Últimos Éxitos de la
NOVELA HISTÓRICA

GENEVIÈVE
CHAUVEL

REINA POR AMOR

PLANETA DeAGOSTINI

REINA POR AMOR

(Reine pour amour, 1998)

Geneviève Chauvel

ÍNDICE

Agradecimientos....4
I....6
II....11
III....15
IV....21
V....28
VI....34
VII....40
VIII....46
IX....53
X....59
XI....66
XII....73
XIII....79
XIV....86
XV....93
XVI....98
XVII....104
XVIII....110
XIX....117
XX....124
XXI....130
XXII....137
XXIII....143
XXIV....150
XXV....157
XXVI....163
Epílogo....168
Bibliografía....169

MAR BÁLTICO
LITUANIA
Kaunas
Kalinigrado
Dantzig
RUSIA
Grodno
Río Neman
Torum
Río Vistula
Río Óder
Poznan
Varsovia
Río Bug
Kalisz
Vilanow
Brzesc Litowski
Río Pripet
Lódz
Río Wisper
Wroclaw
POLONIA
Lubartów
Lublin
Volins'ka Oblast'
Czestochowa
Tarnowskie Góry
Zamosc
Opava
Cracovia
Río San
Olomouc
Tarnow
Zhovkva
Brno
Austerlitz
Yavoriv
Lvov
Zboriv
AUSTRIA
Ternópol
Río Bug
Krems
Deutsch
Podhaice
Río Dniester
CÁRPATOS
Viena
Kam'yanets Podilskyy
Petronell
Stúrovo
PODOLIA
Jotín
Esztergom
Río Tisza
Mohyliv-Podil's'kyy
Budapest
Río Prut
Río Dniester
HUNGRÍA
Río Danubio
MOLDAVIA
Yassy
Chisirau
Szeged
Río Tisza
Osijek
Río Óder
Río Siret
Río Danubio
Belgrado
VALAQUIA
Bucarest
Río Danubio
Itinerario de Sobieski. 1683
MAR NEGRO
TURQUÍA
Escala:
0 50 100 200 300 Kilómetros

A mi madre y a la memoria de mi padre

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar particularmente las gracias:

A Caroline Perier, sin la cual no hubiese podido conocer a Marie Casimire.

Al profesor Aleksander Gieysztor, director del Palacio Real de Varsovia, que me abrió las puertas de Wilanów y Cracovia.

A los profesores Kloczowski, Tazbir y Dunin Wassowicz por sus preciadas entrevistas.

A Teresa Gelinska, directora de los Archivos Nacionales de Varsovia.

A Jolanta Lenkiewicz, conservadora de la Biblioteca Czartoryski de Cracovia.

A Iadwiga Abraham por su magnífica traducción de las cartas de Juan Sobieski a Marie Casimire.

A Barbara Falender, que me acogió en Varsovia y me permitió vivir en un entorno polaco admirable.

A la Reverenda Madre superiora del convento de las salesas de Varsovia.

A Slawa Wachowska por sus largos relatos sobre Polonia.

A la Biblioteca polaca de París, a los Archivos de la Nièvre, a los Archivos del Loir-et-Cher y a los Archivos del castillo de Blois, donde con tanta diligencia y atención me ayudaron a tener en mis manos los mejores documentos.

A mi familia, a Marie-Thérèse, a Nana y a los amigos que me han animado y apoyado con su cariño.

«¿Sabes qué es amar? Es morir en uno mismo para renacer en el otro, es quererse sólo porque se es agradable al objeto amado, es en definitiva una voluntad de transformarse, si se puede, enteramente en él.»

HONORÉ D'URFÉ

«Si en una pareja el hombre es la cabeza, la mujer es el cuello (que orienta la cabeza).»

Proverbio polaco

I

Un largo cortejo atraviesa la llanura inmaculada. Escudos de armas de preclaras familias adornan las portezuelas de las carrozas recubiertas de placas de plata; las berlinas que las siguen se balancean lentamente bajo el peso de su augusta carga. Las escoltan caballeros de vistosos uniformes que bordan en la nieve un magnífico arco iris. Los jinetes llevan una casaca al estilo turco y una capa de leopardo o un abrigo de brocado forrado. El oro y la pedrería de sus uniformes destellan, al igual que las bridas y los jaeces de las monturas, de grupas y crines teñidas de escarlata. Los rubíes de las armas resplandecen y en los gorros de marta cebellina tiemblan las plumas anudadas con un lazo cuajado de diamantes. Estos hombres extraños, de bigotes hirsutos por la escarcha que les rozan los hombros, son los húsares del rey de Polonia. Por caminos helados conducen con gran boato a una princesa de Francia que será oficialmente su reina dentro de unos días. En Dantzig la espera su regio esposo.

María de Gonzaga, duquesa de Nevers y princesa de Mantua, ocupa el segundo carruaje, más imponente y suntuoso que los demás. Sus ojos pensativos otean el horizonte. Su pasado, preñado de revueltas, ambiciones y amores desgraciados, ha quedado en las tierras de Francia: allí han quedado la Fronda, las desgracias y la Bastilla... Y el amor. ¡Cuántas pasiones desenfrenadas sin futuro cuyo recuerdo le entristece la mirada! Gastón de Orleáns, Condé... y el apuesto Cinq-Mars, que murió decapitado con su nombre en los labios. A punto de cumplir los treinta y cuatro años, encuentra un «final honorable» y se casa con Ladislao IV que le ofrece su trono. Una nueva esperanza nace en su interior. Por fin demostrará a toda Europa su sentido de la diplomacia y el poder de su voluntad.

A su alrededor, un cortejo numeroso: un confesor; un médico; damas de honor; un obispo, amigo de Mazarino; y la condesa de Guébriant, viuda del mariscal que conquistó Alsacia. Ésta la acompaña como «Embajadora extraordinaria de la reina de Polonia» y le hace las veces de consejera.

–Ya veréis, condesa –explica María con voz segura–, cómo gobernaré Polonia con mis enaguas. Tenía mis razones para escoger tantas damas de honor. Los «mejores palmitos» y los nombres más importantes de Francia. Mis chicas se harán ricas al casarse con próceres influyentes, y en recompensa no podrán negarme nada. Con ellas tendré a los polacos en mis manos. Tanto en la derecha como en la izquierda. ¡Conseguiré mi facción pro francesa!

Un suspiro ahogado atrae su atención. En un colchón improvisado duerme, escondida debajo del asiento, una niña de apenas cinco años. El fino rostro de facciones delicadas, enmarcado por tirabuzones morenos, es de una blancura excepcional y promete un resplandor incomparable. María se inclina y, con un gesto delicado, acaricia una mano regordeta.

–Angelito –murmura–, obra de arte de la naturaleza, digna de los más grandes maestros italianos.

La maríscala frunce el ceño. Desde el principio del viaje no ve con buenos ojos las delicadas atenciones que recibe la niña. Y como la promiscuidad ayuda y su función es suscitar las confidencias, finalmente se atreve a formular la pregunta que le quema la lengua:

–¿Por qué habéis traído a esta niña con vuestro equipaje, señora? Un perrito, un gato, un pájaro o incluso un mono como lo dicta la moda os daría menos preocupaciones. Sin tener en cuenta las habladurías que provoca su presencia a vuestro lado.

–Conozco las habladurías que corren por ahí y no me preocupa en demasía. Tengo mi conciencia. Nadie puede entender lo que siento por Marie Casimire. La he visto nacer y crecer en mi palacio a orillas del Loira. Su madre es el ama de llaves de mi Casa. Una mujer entregada, subyugada a los caprichos de su esposo que cada año la deja embarazada. Y una vez puesto el huevo, ya nadie se ocupa de él. ¿Cómo cabe en cabeza humana reducir al estado de fregona a una dama? Sus padres me la han dejado sin dudar un momento, no poco contentos de tener que alimentar una boca menos.

La maríscala examina a la niña dormida con mirada fría. La altivez le contrae las facciones:

–¡La hija de una criada! ¿Qué conseguiréis de esta niña que procede de una extracción tan modesta?

–No seáis tan mojigata, condesa. Su madre se llama Françoise de La Châtre. El padre es el marqués de La Grange d'Arquien, capitán de la guardia de Monseñor. La familia no tiene dinero, pero ese título es de mucho empaque. Los La Grange d'Arquien son originarios de Nevers, donde poseen algunas tierras. Es verdad que el marqués es un tipo aventurero, de lengua procaz y con tendencia a sacar fácilmente la espada, además de tener una devoción muy acendrada a la divina botella. Pero, al fin y al cabo, es un hidalgo.

–Ascendentes de ese tipo son peligrosos. Y dudo de la futura virtud de esta «cosa».

–¿Dónde está vuestra indulgencia, Guébriant? ¿Es que no tenéis confianza en las personas? Mirad, he pensado que a mi edad quizá no tenga la suerte de ser madre. Casi la he adoptado y la educaré como si fuese mi hija. Marie Casimire no me decepcionará.

Acurrucada en su rincón, la «cosa» lo ha oído todo, pero finge estar dormida. Escuchar a las personas mayores sin que lo sepan permite conocerlas mejor y enterarse de algunos secretos. Las palabras que le han llegado al oído refuerzan sentimientos contrarios que se confirman a medida que el tiempo pasa. Siente una aversión instintiva por la maríscala de Guébriant y una devoción sin límites por su bienhechora. ¿Cómo no va a querer a la persona que acaba de cambiarle la vida? Todos sus recuerdos están marcados por la duquesa de Nevers, que ha sido la única en manifestarle afecto. Mucho más que sus padres, que no lloraron al abrazarla por última vez en el patio del Louvre. Con el corazón en un puño, los vio desaparecer detrás de la hilera de carrozas y no pudo retener las lágrimas. María de Gonzaga la consoló con su dulce voz:

–No tengas miedo, tesoro, conmigo no te pasará nada.

Se secó las lágrimas. Acarició el cuello de puntilla que adornaba su vestido de terciopelo; orgullosa, pensaba en su nuevo ajuar inesperado, guardado en el baúl de viaje. Fuera, las ovaciones atronaban el aire por todos lados y los cañones retumbaban lejos. En las calles, el gentío se agolpaba en doce apretadas filas para gritar:

–¡Viva la nueva reina! ¡Buen viaje!

No se veía un tragaluz, un balcón, un porche donde decenas de brazos no agitaran pañuelos o banderolas. El cortejo era vistoso y el pueblo rebosaba de alegría. Delante la carroza del rey, seguida por las del Cardenal y dignatarios de la nobleza. La escolta era innumerable... Marie Casimire nunca había visto tanta gente. Contagiada por el entusiasmo, se inclinó sobre la portezuela y agitó la manita riendo de felicidad, convencida de que también la festejaban a ella porque formaba parte del séquito. Ese día entendió que acompañar a una

reina era un privilegio que la diferenciaba del común de los mortales. Este sentimiento se confirmó un poco más lejos, en el pueblo de La Chapelle, cuando los coches se detuvieron y, por primera vez, vio al rey de Francia, su rey. Se detuvo a pocos metros de distancia, cerca de la reina Ana y Su Eminencia. Un niño encantador, no mucho más alto que ella. Tenía aspecto noble con la ropa bordada en oro y las chorreras de encaje. Sus largos cabellos se rizaban admirablemente bajo un sombrero empenachado que le daba un aire majestuoso. La miró a ella de hito en hito con sorpresa, después de besar por última vez a la duquesa de Gonzaga y, con una sonrisa tierna y una reverencia, saludó a la joven La Grange d'Arquien, su súbdita. A pesar de la recia lluvia que caía sin cesar, un rayo de sol inundó el corazón de Marie Casimire. La mirada del rey Luis la enaltecía e hizo nacer en su interior una nueva sensación que adulaba su vanidad. A partir de ese momento era una persona «considerada».

Detrás de su bienhechora, con actitud altiva y andares dignos, regresó al carruaje, pensando que a veces la vida se parece a los cuentos. Al lado de una reina, dejaba a un rey para ir a reunirse con otro. Día tras día, no se cansaba de admirar a los apuestos húsares y no paraba de soñar con ese reino encantado al que llamaban «Polonia». Sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, muchas veces se le agotaba la paciencia. Tres meses es mucho tiempo; una eternidad para una niña que aún no ha cumplido los cinco años y que de repente viaja y viaja por montes y valles a través de Brabante, Holanda, y entre las nieblas frías de Frisia. Luego atravesó Prusia con sus ríos helados, sus bosques infestados de salteadores de caminos y las provincias devastadas por la guerra. Después de las salvas de las baterías, fueron los aullidos de los lobos lo que le hicieron latir el corazón. Se moría de miedo, pero no lo dejaba entrever para ser digna de la mujer que la había llevado en su séquito pidiéndole que fuera buena.

El canto de un cochero apaga el son monótono de las ruedas, que se oye reincidente en la lejanía. Una larga melodía de dulzura infinita. Marie Casimire se revuelve entre los cojines, se sacude un poco dando golpecitos al vestido y se acurruca contra las rodillas de su bienhechora, preguntando con seriedad:

–Cuando sea mayor, ¿yo también podré casarme con un rey?

–Eso está reservado a las damas de sangre real –replica inmediatamente la condesa de Guébriant.

María de Gonzaga, irritada por la respuesta, ayuda a la niña a sentarse a su lado y la abraza murmurando:

–Para ti, ángel mío, encontraré un príncipe. El más apuesto y el más rico. –Se gira hacia la mariscala y añade–: En Polonia no existe la monarquía absoluta como en Francia. Diríase que es una república como la de Platón, donde los campesinos y los nobles son iguales ante la ley. Una asamblea de senadores con el *liberum veto* elige a los reyes. Cada uno compra a sus partidarios. Basta con poner el precio y todo es posible.

Fuera se oyen voces que daban órdenes. Les contestan los gritos de los cocheros, acompañados por el piafar de los caballos. Las ruedas chirrían. En una confusión de ruidos estridentes, el convoy se detiene. Una última fuerte sacudida hace que el carruaje se balancee.

–¿Estamos en Polonia? –pregunta Marie Casimire.

Sin esperar una respuesta, se precipita hacia la portezuela. Levanta la cortina de cuero que las protege de las corrientes de aire y se inclina hacia el

exterior para ver mejor qué ocurre. Cerca de un bosquecillo de abedules que el invierno ha desnudado, pequeñas chozas hechas con planchas mal ensambladas muestran sus techos de bálago enmohecido a los viajeros del séquito real. Unos pelotones de húsares galopan sin orden ni concierto para estudiar el terreno, y multitud de criados se movilizan para hacer acogedor el lugar.

Un viento helado azota el rostro de la niña y juega con su cabellera, pero ella no le presta atención. Un coloso arropado con pieles de marta anda por la nieve en su dirección. Ha reconocido al señor Opalinski, jefe de la expedición. Es él quien, en la capilla del Louvre, se casó con María de Gonzaga por poderes en nombre de su soberano. Lo increpa en un tono travieso, repitiendo las fórmulas polacas de la corte que ha oído durante el viaje:

–Decidme, Ilustre y Muy Querido, ¿está aún muy lejos Polonia?

El palatino, divertido, barre la nieve con su gorro forrado, dejando aparecer el cráneo tonsurado[1] y contesta con voz firme:

–Mañana, palabra de caballero, pasaréis la frontera.

La cara de la niña se ilumina. El final del viaje está cercano, y se burla de la arisca condesa que grita indignada:

–¡Cabañas como pocilgas para cerdos! ¡Qué vergüenza!

–Por el amor de Dios, Guébriant, tranquilizaos –dice molesta la reina–. Las cosas son así y no podemos cambiarlas.

Marie Casimire se acerca a su bienhechora y le coge delicadamente la mano, que acaricia con devoción.

–No se ponga triste, señora –murmura–. Una noche más y veremos al rey.

La reina, emocionada, la abraza.

–Sí, tesoro. Por fin recibiremos los honores que se nos deben.

Un lacayo abre la portezuela, despliega una escalerilla y extiende algunas alfombras para facilitar el paso de las augustas viajeras. Se oyen risas y conversaciones por todos lados. Las damas de honor, que han abandonado las berlinas, se dispersan por la nieve saltando como una bandada de cotorras, mientras camareras y caballeros, capellanes, médicos, poetas, peluqueros y músicos resoplan entre reniegos. Rodeado de jóvenes nobles con uniformes de gala, Christophe Opalinski se inclina ante María de Gonzaga y la ayuda a salir del carruaje.

–Lo hemos hecho lo mejor posible –explica.

–¿Por qué nos hemos detenido en este lugar perdido? ¿No hay un castillo en los alrededores?

El palatino conserva una actitud altiva:

–Majestad, perdonadme. He recibido órdenes de detenernos aquí.

María contrae los músculos y endurece la mirada.

–¿Quién ha dado esa orden?

–El rey de Polonia, señora.

La joven palidece y se siente desfallecer, pero rápidamente recupera su entereza. Mira de arriba abajo al polaco y con voz clara dice:

–Señoría, dadme el brazo. –Se gira hacia Marie Casimire y añade–: Quédate a mi lado, tesoro. Y tápate bien con el manto.

El viento helado muerde su piel. Más que el frío, un sentimiento extraño de inseguridad hace temblar a la niña. Ha oído las palabras del palatino y ha percibido la decepción de la reina. Esta etapa sin castillo es una humillación.

[1] Costumbre polaca. Los hombres se hacían tonsurar para evitar enfermedades del cuero cabelludo como la «plica». *(N. de la A.)*

Sin duda el rey Ladislao será un hombre malo para tratarlas así, y Polonia no es un país tan «encantado» como pensaba. La tarde va cayendo y todo le parece hostil. Tropieza en la nieve y contiene un sollozo. Un criado la levanta y la lleva hasta la choza. Han echado pieles de oso sobre el suelo de tierra batida. Un brasero humea en el centro de la habitación. Unas pieles encima de un jergón hacen las veces de cama y unos tambores, de sillas y de mesas. Se han colocado algunos taburetes cubiertos con pieles de lobo. María de Gonzaga se sienta y sigue con la discusión:

–¿Qué dice Su Majestad?

–Una embajada debe llegar aquí a reunirse con nosotros para darnos sus cartas.

En la habitación el servicio se alborota. Un enjambre de criados zumba alegremente. Cocineros, criados y personal de servicio han sacado algunos cofres y pequeños muebles de las berlinas para amenizar el hospedaje de la reina. Sacan un poco de ropa y la vajilla de viaje. A la luz de las velas que disipan la oscuridad en candelabros de plata, disponen la mesa para cenar. En hornillos improvisados cocinan lo que han podido encontrar en el lugar, huevos, aves de corral y una papilla de cereales.

De pie cerca del hogar, Marie Casimire se calienta y devora una rebanada de pan con confitura. Agachada en el rincón, a resguardo de las miradas y los golpes, lo percibe todo; le preocupa ver al señor Opalinski dar vueltas con aspecto ansioso y luego desaparecer, mientras María de Gonzaga, perdida en sus pensamientos, fija la mirada en las brasas aún incandescentes del brasero. Ocurre algo grave que no puede adivinar. Su instinto de niña le dice que la reina está triste, que tiene ganas de llorar. Con la gracia felina de un gatito, se desliza entre los pliegues de la falda de brocado y frota la mejilla contra la mano de la joven.

–¡Ay, tesoro! –dice emocionada la soberana–. ¡Mi angelito sabe amar!

La puerta se abre con brusquedad y aparece un hombre con un largo abrigo forrado, que se sacude los copos de nieve. La cara de María se ilumina cuando reconoce al conde de Brégy, embajador del cristianísimo rey francés en la corte polaca. Llega de Varsovia.

–¿Traéis las cartas de Su Majestad? –pregunta–. Dádmelas, os lo ruego.

El conde se detiene.

–¿De qué estáis hablando, señora? No os entiendo.

–Mirad en qué situación estamos, amigo mío. Nos han prohibido continuar el viaje. Esperamos cartas de Ladislao.

El diplomático reflexiona durante un instante antes de decir con voz engolada:

–No estoy de acuerdo, señora. Mi opinión es que sigamos adelante. Desde mañana mismo. Tomemos posiciones en el reino... ¿Dónde está el señor Opalinski?

En ese preciso instante, la condesa de Guébriant, con la cara desencajada bajo la escofieta desordenada, entra, seguida por un noble polaco y algunos prelados y oficiales de la escolta.

–Una noticia horrible, señora –exclama–. Dejo a Su Sinceridad el deber de anunciárosla.

–Su majestad Ladislao IV no estará en Dantzig –declara el palatino.

Se gira hacia el conde de Brégy y le entrega una misiva.

–Para vos, Excelencia.

Brégy, febril, lee en voz alta el despacho escrito por el propio Ladislao:

«Os lo suplico, si alguna vez habéis tenido el propósito de complacerme, detened a la reina».

María de Gonzaga respira hondo para no desmayarse. El golpe casi la mata. El corazón acelera su ritmo, pero, acostumbrada a la intriga, no pierde la lucidez y pregunta con voz firme:

–¿Qué motivo impide a mi esposo dejar la capital? ¿Está enfermo?

–Si me lo permitís, Majestad, le pediré al enviado del rey que os conteste. En Varsovia ocurren cosas muy extrañas. Y corren demasiados comentarios sobre esta niña.

Señala a Marie Casimire con el dedo. La niña, arrodillada a los pies de la soberana, los mira uno a uno con sus grandes ojos negros llenos de pavor. Una terrible amenaza, que no entiende, pesa sobre ella. ¿Por qué todas esas malas caras se vuelven hacia ella? ¿Qué ha hecho para merecer este odio súbito? Agarrada a los pliegues de la falda protectora, se acurruca y llora en silencio. Opalinski hace un gesto al mensajero y éste avanza hacia la reina y apoya una rodilla en tierra.

–Perdonadme –suspira mirando fijamente el suelo.

A María se le acaba la paciencia.

–Vamos, señor. Un poco de coraje.

–De acuerdo –dice–. Al Palacio real de Varsovia ha llegado una carta procedente de París a uña de caballo. En ella se dice que una niña os acompaña, cuya madre es la reina de Polonia y cuyo padre es un noble de la corte francesa.

Un murmullo de reprobación invade la sala. Herida por el insulto, María de Gonzaga titubea y se queda sin habla.

Marie Casimire, paralizada por la sorpresa, sostiene las miradas acusadoras. La condesa de Guébriant se precipita sobre ella, la coge por una manga y la arrastra hasta entregársela a una sirvienta, soltando con voz sibilante:

–Lo sabía, es el fruto de la vergüenza. ¡Lleváosla!

II

Marie Casimire tiembla. Las emanaciones del estiércol y los excrementos le provocan náuseas. Hace frío. Está oscuro. La han encerrado en un camaranchón y se pregunta si van a dejarla morir allí dentro.

–¡Menuda desgracia si repudian a nuestra reina por tu culpa! –le dice la sirvienta–. Lo mejor que podría hacer es dejarte aquí para siempre.

Golpea la puerta, grita y suplica. Ya sin fuerzas, se hace un ovillo en el suelo húmedo y espera, aterrorizada. El olor es nauseabundo. No puede respirar, la cabeza le da vueltas. No entiende nada de lo que ocurre. Sólo sabe que la castigan a pesar de ser inocente. ¿Por qué decían esas palabras terribles, «fruto de la vergüenza», «la repudian por tu culpa»? ¿Y qué significa «repudian»? ¿Habrá provocado la desgracia de su reina, a quien ama más que nadie en este mundo? Es la única persona de su entorno que le queda en estas tierras desconocidas donde vive gente que le es hostil. ¿Realmente van a abandonarla y olvidarla como dice la criada? Sollozos secos, porque ya no le quedan lágrimas de tanto llorar, hacen sobresaltar su cuerpecito. Se le cierran los ojos y el sueño la invade, pero resiste a esa torpeza que la adormece, convencida de que la muerte está acechando para engullirla. Con los puños cerrados se golpea las piernas dobladas.

–¡No, no y no! –repite–. ¡No me moriré! ¡Me quiere y no me abandonará!

Y luego añade con voz temblorosa:

–¡Jesús, tú que eres tan bueno en los brazos de tu madre, sálvame, te lo suplico!

Al cabo de un tiempo que le pareció infinito, ruidos de pasos y llaves la sobresaltan. De un salto se pone de pie. Le palpita el corazón cuando se abre la puerta. De repente se queda petrificada. La condesa de Guébriant, que no ha perdido su altivez, está al lado de la criada y dice con voz rasposa:

–Esta fregona no está presentable. Aséela convenientemente.

Marie Casimire, preocupada, se deja lavar y peinar sin atreverse a preguntar qué van a hacer con ella, y luego sigue dócilmente a las dos mujeres a la luz de una antorcha. Su corazón se tranquiliza poco a poco. Reconoce el camino. En el umbral de la choza, duda un instante. Un vistazo al interior de la sala barre rápidamente las pesadillas. Todos sonríen y se dicen palabras amables; las mejillas de la reina vuelven a tener color. María de Gonzaga sonríe y extiende la mano hacia la niña:

–Ven, tesoro mío. No tengas miedo.

Entonces cruza la habitación corriendo, salta al regazo de la reina y enlaza sus bracitos alrededor del cuello de encaje, mezclando sus negros tirabuzones con la cabellera color miel de la soberana. La emoción es tan fuerte que el hipo le levanta el pecho.

–Tranquilízate, cariño. Todo va bien –dice María.

–¿Ya no soy el fruto de la vergüenza? ¿Ya no voy a provocar vuestra desgracia?

–Algunas personas, para que se fijen en ellas, cuentan mentiras sin pensar en el daño que ocasionan. Eres demasiado niña para conocer los detalles de esta historia. Ya te lo explicaré más tarde. Esta noche se han esclarecido tus orígenes. Con enseñar los papeles de tu nacimiento y el acuerdo que tus padres firmaron ha sido suficiente. Eres mi protegida y te respetarán.

Marie Casimire deja de abrazar a su bienhechora para mirarla, la besa efusivamente y le vuelve a preguntar con voz tímida:

–¿No os van a repudiar por mi culpa?

–Olvida esas palabras espantosas –exclama la reina– y vamos a cenar.

–¿Podré dormir a vuestro lado?

–Tienes que portarte bien. Mañana llegaremos a Polonia. Nos esperan grandes fiestas.

Por la mañana temprano, el cortejo se pone de nuevo en marcha. El viento de la noche se ha llevado las nubes. Con la nariz pegada a la ventana de la carroza, Marie Casimire se divierte contando las estrellas, que titilan en la nieve como si el sol las hubiera hecho caer del cielo. De repente una pequeña tropa oscurece el camino. Le palpita el corazón y vuelve a preocuparse. Los caballeros se unen a los húsares de la escolta y rodean la carroza de la reina. Uno de ellos se acerca a la portezuela y muestra una misiva:

–¡En nombre del rey! –exclama.

Marie Casimire se refugia en el asiento y se acurruca contra su bienhechora.

–No quiero que me lleven. Os lo suplico, quedaos conmigo. Haré todo lo que queráis.

Pero el hombre, saludando con el sable que levanta hasta la frente, añade:

–Soy vuestro caballerizo, señora. Para serviros. Con este mensaje personal de Su Majestad para Vuestra Majestad.

Los dedos nerviosos de la reina hacen saltar el sello de cera. Una sonrisa le ilumina el rostro mientras las palabras brotan bajo sus ojos enternecidos.

–Su Majestad pide disculpas por los sinsabores del viaje –explica–. El rey está enfermo. Tiene gota. Pero se encuentra mejor. Hará todo lo posible para estar en Dantzig. Os ofrece sus regalos…

Están ahí, detrás de los caballeros. Tres carruajes magníficos. El más precioso, tirado por seis caballos alazanes con las crines rojas, es para la reina. También le ofrecen un espléndido abrigo escarlata con botones de oro y ribeteado de marta y, para su séquito, abrigos, manguitos, *hongrelines* y gorros de pieles. No han olvidado a Marie Casimire. Han empaquetado un pequeño abrigo de lince y una toca a juego especialmente para ella. María de Gonzaga la ayuda a vestirse.

–Ya no debes tener miedo –le dice–. Este regalo del rey Ladislao es una prueba de benevolencia para contigo.

La niña piensa, se cala el gorro blanco sobre los tirabuzones oscuros y se planta ante la condesa de Guébriant para decirle con voz dulce:

–Me llamo Marie Casimire de La Grange d’Arquien y la reina no se avergüenza de mí.

La tormenta ha pasado, pero jamás olvidará la hediondez del camaranchón oscuro, el olor de la humillación. Aún es muy niña para juzgar la calumnia, y demasiado pura para entender que la reina debía defenderla para preservar su propia reputación. Por el momento, irradia alegría al lado de su protectora. La mirada fija en el horizonte, espera con impaciencia que llegue el momento de ver al rey de Polonia y suspira ante la inmensidad inmaculada.

De pronto la nieve toma nuevos colores y el viento la arremolina. A la vuelta de un alcor, surgen a lo lejos los chapiteles de Dantzig, coronados de gallardetes. Bajo la masa sombría de las murallas, la llanura es un gigantesco mosaico de colores y pedrería. Hasta donde alcanza la vista, divisan las tiendas con tapices persas coronadas de pendones y gallardetes; por doquier cabalgan los caballeros e hileras de soldados blanden picas y espadas

abrasadas por el sol. Todos los ejércitos de Polonia, en posición de firme, han venido a rendir homenaje a su soberana.

–¡Viva la princesa de Francia! ¡Viva la nueva reina! –gritan las voces roncas de los guerreros.

En las puertas de la ciudad, el alborozo es extraordinario. Las delegaciones se suceden ataviadas con uniformes de gala. El rey no ha venido, pero su hermano, el príncipe Carlos Fernando, recibe a la soberana con palabras corteses y expresivas. Después avanza un ministro y expone:

–¡Por orden de nuestro rey Ladislao IV, a partir de hoy, Su Majestad la reina llevará el nombre de Luisa, dejando el de María reservado a la Virgen!

Con la sonrisa en los labios, Luisa María de Gonzaga Nevers acepta. Se llamará Luisa, puesto que así lo ha decidido su real esposo. Un pequeño sacrificio que bien vale un trono y no merece un asunto de Estado.

El cortejo se organiza para hacer una entrada solemne en la ciudad entusiasmada. Marie Casimire se pellizca para estar segura de que no está soñando cuando la colocan con las damas de honor de la reina en una carroza tirada por ocho caballos con gualdrapas, rodeada de cincuenta guardias con alabardas engalanados con condecoraciones, encajes y plata sobredorada. Enfrente de ella, en un asiento de terciopelo azul recamado en plata, está la reina de Polonia, su bienhechora, arropada con un largo abrigo de armiño.

En ese momento comienza un desfile de ensueño que siempre permanecerá grabado en su memoria. Los regimientos del príncipe; los soldados de caballería ligera vestidos al estilo francés; los cuatrocientos caballeros de Dantzig vestidos de negro, con cadenas de oro en el cuello y orejeras de castor tapándoles las orejas; la banda a caballo; las tropas del obispo de Warmie; las tropas de los grandes oficiales del reino; centenares de caballeros, dragones y haiducos húngaros blandiendo sus hachas, cimitarras y arcabuces; y los doscientos próceres con trajes de tela de oro pérsico guarnecidos con marta cebellina o piel de pantera.

En ese mismo instante resuenan los estridentes sones de las seis trompetas de plata del rey Ladislao. A su vez, la carroza real se pone en movimiento. Avanza lentamente por las calles estrechas, bajo la mirada anonadada de una multitud que se apretuja contra las murallas, en las ventanas, o se coge a los más pequeños salientes y hasta se sube a los tejados. Los cañonazos en su honor callan las salvas de los mosquetes, repican las campanas, resuenan los vivas y los clamores. Por todas partes el pueblo aplaude a la reina, y las miradas se fijan en la niña que saluda igual que la soberana. Su tez clara sorprende y su risa seduce.

–Cuando sea mayor –murmura–, yo también seré reina.

La fiesta dura varios días, luego se recoge todo para ir a Varsovia. El 10 de marzo, a las cinco de la tarde, el cortejo llega a la capital y se detiene ante la puerta de la catedral. Los chambelanes se precipitan hacia las puertas. Una cohorte de prelados vestidos de pontifical espera en la plaza donde la guardia real hace los honores. Luisa da algunos pasos y se detiene. Las damas y los nobles de su séquito se colocan detrás de ella. En la primera fila de las damas de honor situadas a ambos lados de la cola, Marie Casimire no se atreve a mostrar su alegría. Sin embargo, desde la mañana lleva el vestido previsto para el gran día y se impacienta al lado de la reina, que se ha engalanado con sus atavíos de boda. Pero en los coches les ha extrañado la fría acogida de la ciudad. Ni salvas ni arcos de triunfo. Como mucho algunas salvas de mosquete

y cosacos alineados en las calles donde hay una multitud escasa. ¿Acaso el rey les reserva nuevos disgustos? ¿Estará esperándola en el templo?

El órgano desgrana sus notas. Luisa de Gonzaga Nevers, emocionada y afligida, a la que sigue un ramillete de jóvenes bellezas, recorre el pasillo bordeado de candelabros. Un murmullo de admiración brota de la concurrencia que llena la nave. Marie Casimire, tímida, camina con la mirada fija en el altar. En su trono dorado está el rey. Lleva un traje de estilo francés hecho con tejido de plata bajo una hopalanda de la misma tela que disimula su fuerte silueta, y media vuelta de plumas de garza negra engalanan el gorro de castor, ceñido con un cordón de diamantes. Ha querido mostrar su mejor semblante, pero una sutil mueca de sufrimiento le contrae el rostro.

Para Ladislao IV, rey de Polonia, gran duque de Lituania, Rusia, Prusia, Mazovie, Samogitie, Livonia, Smolensko y Czerniechovie, rey heredero de los suecos, los godos y los vándalos, la boda empieza mal. Echa interiormente pestes contra esa perra enfermedad que le atormenta, la gota. Luisa de Gonzaga, radiante, se acerca a él y el soberano se queda impasible. Se presenta ante él, hace una genuflexión y le besa la mano... Le basta mirarla con gravedad. En silencio. El órgano ha enmudecido y la corte contiene la respiración. En ese momento Ladislao se gira hacia el embajador del rey de Francia y le dice con una voz que todo el mundo puede oír:

–¡Así que ésta es la belleza de quien me habéis contado tantas maravillas!

De pie ante su banco, Marie Casimire no ha entendido las palabras del rey, que ha hablado en italiano. Sólo oye los murmullos de sorpresa de la concurrencia y ve las lágrimas de la reina paralizada de vergüenza a los pies del monarca. Su corazón late con fuerza. ¿Han repudiado a su bienhechora? ¿Aún podrá protegerla? Sus miedos se desvanecen rápidamente. Un obispo se levanta y el coro entona una cantata. El rey hace un esfuerzo para ponerse en pie. Se acerca al altar cojeando, y se consagra la unión. Luisa se gira, radiante; Ladislao parece estar de mejor humor, y Marie Casimire se entretiene con sus dulces sueños mientras suena una marcha nupcial.

Pero muy pronto el Palacio real la paraliza de pavor con sus pasillos atestados de trofeos, autómatas,[1] enanos y fieras supuestamente «amaestradas». A la luz de las antorchas, se sirve un banquete en una inmensa galería tapizada con pieles. Es demasiado joven para asistir, y se duerme, inquieta, en el saloncito de la reina. Al cabo de un rato, se despierta sobresaltada. Son gritos, voces, estruendo de la vajilla al romperse y enseguida un ruido de pasos rápidos por el enlosado de mármol. Atemorizada, se acurruca detrás de los cojines de la cama y espera temblando. La puerta se abre de golpe. Luisa entra, escoltada por sus damas, y cae, abatida, en un sillón. Los ojos fijos en las manchas que deslucen su vestido, solloza desesperadamente.

–¡Qué salvajes! –susurra–. Jamás olvidaré esta orgía repugnante. El vino corre igual que la sangre. Príncipes y sirvientes, nerviosos por el alcohol, sacan sus espadas y ruedan bajo las mesas. El propio rey, ebrio de hidromiel, yace hecho una piltrafa en el suelo entre los cristales de las copas rotas, en un concierto de ronquidos e hipidos.

–Tranquilizaos, señora –dice la condesa de Guébriant–. Aún no habéis perdido. Vos sabréis poner un poco de orden en esta casa de tócame Roque.

La reina se seca las lágrimas y se crispa.

[1] Los polacos eran aficionados a estos personajes mecánicos que hacían fabricar a tamaño natural.

–¡Volvamos a Francia! –replica–. ¡Me da igual la corona!

Marie Casimire, en ese instante, sale de su escondite y se lanza a los brazos de su protectora.

–¡Oh, sí! –dice–. Volvamos a París. No me gusta Polonia.

Pero el destino la esperaba a orillas del Vístula. Y no podía escapar de él.

III

En la planta baja del Palacio, en los aposentos reservados a las damas de honor, Marie Casimire, febril, se arregla para su primer baile. Dentro de unos días cumplirá catorce años, pero esta noche de San Juan de 1655, hace su presentación oficial en la corte de Polonia. Con un vestido de brocado rosa se mira al espejo mientras una sirvienta le prende las últimas flores en el cabello oscuro sabiamente trenzado y rizado. La excitación le sonroja las mejillas que empolva en vano y sus grandes ojos negros brillan con mil destellos.

–Quiero ser la más guapa, Vania.

–Lo sois, y lo sabéis –contesta la sirvienta, de la misma edad que ella, que la sigue desde su infancia y le sirve de confidente–. ¿Por qué os preocupáis?

–Esta noche, Vania, espero al amor. Sube del río en los cantos de los barqueros. En las tiernas palabras que la brisa del anochecer acaricia entre las flores de la enramada. Al ritmo del baile acunarán mi corazón y es un apuesto húsar el que las pronunciará.

–Estáis enamorada y no me habíais dicho nada. ¡Qué callado lo teníais! ¿Cómo se llama? y, ¿dónde lo habéis conocido?

–El amor viene al baile, Vania. ¿No es así como las demás chicas han encontrado esposo? Esta noche conoceré al mío, al hombre que me robará el alma y me amará para siempre.

Se levanta y mira su imagen en el espejo. Un cuerpo gentil, una cintura fina, un pecho suave, un rostro perfectamente oval, una tez resplandeciente y unas manos que se mueven con gracia. Posee todas las armas de seducción para atraer al mejor de los galanes, pero sigue dudando y quiere estar segura.

–¿Crees que voy a conocerlo? –murmura.

En el transcurso de los años ha visto cómo han ido casándose todos los «mejores palmitos» que vinieron de París con el séquito real. Ha sido partícipe de sus sentimientos ante las cartas de amor que les enviaban los jóvenes guerreros y su emoción cuando éstos les daban una serenata. En cambio ella espera con ilusión el tiempo bendito del noviazgo que precede a la boda. Ser festejada, adulada, cortejada, vibrar con las miles emociones que llaman «amor», y salir por fin de estas habitaciones que una rígida disciplina demasiadas veces transforma en prisión. Lleva aquí nueve años ya y languidece. Ha crecido, y cada día se ha asomado a las altas ventanas ojivales que dan a la explanada del Palacio, fascinada a la vista de los húsares de la Guardia y las suntuosas paradas de los dignatarios. Bajo la férula de severas gobernantas, ha aprendido obediencia y devoción, escritura y cálculo, italiano y polaco. Luisa, fiel a su promesa, no se ha olvidado de ella y se ha preocupado por completar su educación. Más de una vez la ha obligado a permanecer en su salón donde se celebraban recepciones de sabios. Los asistentes hablan con ingenio de teología y astronomía, de artes y ciencias. Declaman poemas, se escucha música y se representan comedias. Marie Casimire está dotada para todo. Toca hábilmente el clavicordio y la tiorba. Le gusta el canto, pero prefiere la danza; hasta la aplaudieron, el año pasado, en una velada de baile en que salía vestida de segadora.

Esta noche espera a su caballero. Ni las polonesas, la *courante,* la giga, la pavana, ni el minué, la asustan. Su gracioso cuerpo se cimbrea como un bejuco y su pie marca el compás encima de la alfombra. De pronto resuena la voz de la gobernanta. Tamborilea en las puertas. Las damas de honor deben acudir a los aposentos de la reina. Como lo exige la etiqueta, servirán la cena

íntima de Sus Majestades antes de escoltarlos hasta la galería donde ya se concentra una sociedad brillante, la más noble de toda Polonia.

Engalanada con todas sus joyas, Luisa resplandece como una estrella. A su lado hay otro rey, más joven y más sonriente. Ladislao murió dos años después de la boda. Pero Luisa ha conservado el trono al casarse con Juan Casimiro, elegido por el Sejm para suceder a su hermano. Le basta su mirada cautivadora para desterrar las «salvajadas» e instalar las costumbres de Francia a orillas del Vístula. Palatinos e hidalgos han aprendido a expresarse con palabras refinadas. Para agradar a las damas, ellos las comparan a libélulas, les hablan de sus pezones menudos como burbujas, alaban la tez más blanca y la comparan al mármol, a la flor de lis, a la leche, a las perlas, al cisne o a la nieve y ya no les prometen hacerlas «chillar como marranas» o «relinchar como sementales». En cuanto a las damas de Palacio, desnudan sus hombros hasta dejar entrever el pecho, llevan vestidos de cola, se pegan lunares postizos y se hacen peinados de formas extravagantes. Se agudiza la inteligencia y ahora se vive al compás de París.

El rey y la reina saludan a la multitud, que vestida de gala y concentrada en los salones decorados con brocado de oro se inclina a su paso. Aclaman a Juan Casimiro que hoy celebra su onomástica, y la orquesta empieza a tocar una pavana. Los soberanos abren el baile en una amplia sala, decorada con columnas de mármol rosa y techos con artesonados realzados de oro. Grandes espejos empotrados en las paredes multiplican su imagen hasta el infinito bajo los refulgentes destellos de las arañas. Están solos, se desenvuelven por el magnífico rosetón de taracea de madera preciosa. Así lo requiere la etiqueta. Pero antes de que la música se pare, regresan a sus tronos. Las damas de la corte, alineadas detrás de la reina, son asaltadas de inmediato y Marie Casimire no tiene tiempo de ponerse nerviosa. Dragones, húsares y lanceros se disputan, uno tras otro, el honor de sacarla a bailar. Los caballeros abundan y ya sólo se ve, a la luz de las mil velas, su fina silueta, su gracia inigualable y su belleza incomparable. Sus labios deliciosamente pintados sonríen de felicidad y sus ojos encienden los corazones. Ante tantos encantos, la corte anonadada murmura palabras de admiración.

Y de repente se presenta... Es él. Lo siente a la primera mirada, cuando viene a inclinarse ante ella. Es el húsar más apuesto que haya visto jamás. Un gigante de fuerza hercúlea, rostro de facciones prominentes, tez rubicunda, con un hoyuelo en el hueco de la barbilla y labios que buscan el beso. Se presenta:

–Juan Sobieski. Teniente de Su Majestad.

Con voz aterciopelada le pide todos los bailes de la velada.

–No me comprometo a la ligera, señor –contesta con aplomo–. ¿Quién me asegura que no vais a pisarme? Prefiero concederos el próximo baile. Luego me lo pensaré.

La risa cantarina del oficial tintinea como una campanilla y sus ojos azules se iluminan de chispas ardientes. Coge la mano fina que le tiende la chica y la acaricia delicadamente con la punta de un dedo. Una rara sensación llena el corazón de Marie Casimire. Una turbación desconocida a la que quiere sobreponerse cueste lo que cueste, porque le sonroja las mejillas, le debilita las piernas y está a punto de hacerle fallar la zarabanda. Pero sus pasos se compenetran y los bailes se suceden. Sobieski los conoce todos y los ejecuta con una elegancia perfecta. Vuelta tras vuelta se divierte y la hace reír cuando le habla de los tártaros y los cosacos, con los que ha hecho sus últimas

campañas. Tiene veintiséis años y lucha desde hace ocho, digno representante de un largo linaje de guerreros de los cuales está muy orgulloso.

–He nacido entre los estruendos de una noche de tormenta –concluye–, y vivo al son de la metralla y del cañón.

–No me aburráis con todo eso, señor. Esta noche celebramos la entrada del verano. Gozad del frescor de la noche.

Lo mira con ternura, provocadoramente, para incitarlo al cortejo.

–A vuestras órdenes, señorita –dice inclinándose–. Vamos a oler el perfume de la brisa.

Juntos siguen a los invitados a los jardines para ver las hogueras de la noche de San Juan. Y él la lleva entre las enramadas a la orilla del Vístula iluminado por centenares de antorchas que se mecen en las barcas que bogan por el río, y le cuenta anécdotas del París que visitó cuando ella ya estaba en Varsovia.

–Si me hubiese cruzado con vos por el camino –dice–, no me hubiese alejado de la portezuela de vuestro carruaje.

–¿Os hubieseis fijado en mí? Sólo era una niña, señor.

Una sombra empaña el brillo de sus ojos. Unas imágenes turban su mirada, siempre las mismas que el tiempo no logra borrar: Opalinski señalándola con el dedo, las caras acusadoras, las palabras humillantes y el camaranchón inmundo. ¿Qué hubiese hecho Juan Sobieski si hubiera estado allí? ¿También la habría despreciado? Más valía que no supiese nada de aquellas calumnias que algunos no han olvidado, que ella ahuyenta de su memoria sacudiendo el cabello rizado con un movimiento imperioso de cabeza. Con una sonrisa melosa, añade:

–Sabéis devolver bien un cumplido, señor. Decidme que volveremos a vernos y seguiremos bailando.

–Siempre que vos queráis, bella señorita.

Se da media vuelta, y se encara con él y lo atraviesa con una mirada ardiente.

–Entonces, señor, si queréis que os crea, no dejéis de asistir a ningún baile del verano.

El joven se sonroja. El turbador pecho de Marie Casimire palpita bajo su mirada, un ligero perfume de almizcle y violeta le cosquillea la nariz, despertando mil deseos que le queman la sangre. Dominando la emoción, coge la mano fina y la aprieta entre las suyas:

–Marysienka[1] –dice en polaco–, ¡cuánto tiempo perdido!, no lo volveremos a perder.

Pero se apagan los farolillos. Tienen que separarse. Sobieski se inclina y desaparece con un ruido de sable. Marie Casimire vuelve a situarse detrás de la reina que disimula una sonrisa, y regresa a Palacio. Sus grandes ojos negros se impregnan de ilusión y sueños, un torbellino de emociones le hace palpitar el corazón y su mano conserva el olor embriagador del hombre que le ha robado el alma llamándola «Marysienka». Nunca antes la habían llamado con un nombre tan dulce. Resuena en su cabeza y su cuerpo se estremece.

–Vania, es él –le confiesa antes de dormirse–, lo presiento. Sólo él me podría llamar así.

Al día siguiente, en el saloncito de la reina, los comentarios siguen su curso.

–Señorita d'Arquien –exclama Luisa con una voz que da fe de su satisfacción–, os felicito por vuestro éxito. Habéis seducido a la corte, y los

[1] Diminutivo de María en polaco. Se pronuncia Marichenka.

poetas no cesan de elogiaros. Escuchad lo que ha escrito el señor Morsztyn sobre vos:

> Es en el cielo, en una palabra, donde está su parentesco,
> todos los dioses han guardado sus tesoros en ella,
> y los corazones van a ella en homenaje, en ofrenda,
> como hacia un templo, como hacia un Arca.

»“Arka”, el Arca, éste es el sobrenombre que os da. Cada señorita ha tenido el suyo. Debemos tenerlo en cuenta a partir de ahora. Podrían servirnos de tema para los próximos bailes. ¿Qué os parece?

Aplauden las palabras de la reina. Brotan otras ideas. En su rincón, Marie Casimire sigue soñando. Poco le importa la palabra «Arka», es demasiado fría, demasiado teatral. «Marysienka», en cambio, mece su corazón, al son de una música suave que le canta al oído y corre por su piel como una caricia. Un nombre encantador que encierra un mensaje cargado de secretos. Después del romance viene el amor, envuelto en ojos color cielo y labios carnosos bajo un largo bigote tembloroso. ¿Cuándo volverá a verle? La voz de Luisa domina el confuso murmullo. Anuncia una serie de fiestas. A lo largo del verano, a merced de su fantasía, paseará a sus damas de castillo en castillo donde abundarán las celebraciones. En apenas unos días partirán de Varsovia. En un revuelo de enaguas, damas y doncellas se dispersan hacia sus habitaciones. La mano de Luisa se agarra al brazo de su favorita:

–Escoged, comparad, poned a prueba… Pero sobre todo, guardaos de los arrebatos que sólo son un capricho. Sed inteligente y escoged al mejor. Sólo deseo vuestra felicidad.

–No os preocupéis, señora –contesta sonriendo la chica–. Me satisfacéis más allá de todo lo que puedo desear, y espero con impaciencia los deseos que nos reserváis.

Dos semanas más tarde, las tropas suecas invaden Polonia y todo cambia completamente. Un verdadero tornado azota el reino, que se ve sumido en un baño de sangre. El país se divide. Una parte de la nobleza se somete al invasor y los soberanos polacos, atemorizados, se enteran de que varios generales se han incorporado al bando del rey Carlos Gustavo, arrastrando bajo sus pendones a nueve mil de los más valerosos guerreros de los regimientos reales. Los nombres corren de boca en boca. Los cortesanos denuncian la traición y condenan a los tránsfugas, pero abandonan Varsovia y se refugian en Glogówek, en Silesia.

Para Marie Casimire el mundo se hunde. Se acabaron los bailes, los festejos y, sobre todo, ¡adiós esperanza de volver a ver a Juan Sobieski! Su nombre aparece en la lista de desterrados. Lucha al lado del rey de Suecia contra el rey de Polonia, que afirma ser también rey de Suecia. Un conflicto estúpido provocado por una pretensión estúpida: la de Juan Casimiro que se ha entretenido en reclamar el trono de su antepasado Segismundo, desatando así la ira del heredero legítimo de los Vasa, Carlos Gustavo. Pero al primer cañonazo ha tenido que huir a uña de caballo, y se lamenta de ser abandonado, olvidando que en su reino los nobles tienen todo el poder, incluso el de cambiar de rey. ¿Es por lo tanto lícito culpar a los que han optado por seguir el poder y dar la espalda a la debilidad? Marie Casimire, anonadada, no sabe qué pensar. Odia este exilio y se enfurece contra esa guerra que se

presenta ante ella como una rival y le disputa a su apuesto húsar, que se ha desvanecido entre los torbellinos de fuego.

«La muerte no le cogerá –se repite a sí misma–. Dios escuchará mi plegaria y no lo permitirá.»

Las noticias corren como el viento, y los meses pasan cargados de incertidumbre. Una brisa ligera despierta la tierra en este final de marzo de 1656. El aire huele a frutas; las mariposas, en bandadas como nubes, colorean los rayos del sol. Lejos de las miradas perversas de la corte, Marie Casimire oculta su melancolía tras la barandilla de una galería que decora el palacio de madera rodeado de alerces. Sus ojos oscuros discurren más allá de las montañas. Sus dedos pellizcan la cuerda de una tiorba, y su canto sube como un lamento:

En el pueblo a orillas del río,
espero la vuelta de mi azor.
Como estrella refulgente vuelve,
a decirme palabras de amor.

Las palabras se le hacen un nudo en la garganta. ¿Dónde está ahora el hombre que la hacía reír y bailar la noche de San Juan?

«¡Juan Sobieski! –murmura–. Si el viento os lleva mi llamada, él os dirá que no puedo olvidaros.»

Una joven de cabello rubio recogido con cintas de perlas viene corriendo por la galería.

–Los aposentos de la reina bullen de mensajeros –exclama en polaco–. La he oído gritar de alegría. Date prisa. Convoca a todo el mundo.

Al ver la cara larga de Marie Casimire, añade:

–¡Alégrate! Si la guerra ha terminado, volveremos a Varsovia.

–Y eso qué importa si no vuelvo a ver al que me ha robado el alma.

Aparece otra chica.

–¿Pero qué esperáis? –dice–. La reina se impacienta. Os espera.

Huele a incienso y cera por los pasillos que conducen a las estancias de Luisa. Todas las habitaciones han sido transformadas en capillas por los religiosos que siguen a la corte en su huida. Obispos, monjes y monjas se prosternan día y noche ante las llamas vacilantes del altar e imploran al Señor y a la Virgen que acorten el martirio que los protestantes sanguinarios de Carlos Gustavo hacen padecer a los católicos polacos. Las puertas entreabiertas muestran las custodias, con la divina presencia a la que los religiosos suplican de rodillas; las damas de honor hacen una pausa ante cada una para santiguarse con fervor.

En la sala de audiencias la gente se arremolina alrededor de la reina: camareras de la reina, obispos, pero sobre todo senadores y oficiales cuyas armas tintinean al rozarse con las espuelas. Los años y las pruebas han surcado la cara de Luisa, que se ha abotagado. Pero los ojos, más hechiceros que nunca, relampaguean como dardos. Desde el principio de la invasión, ha tomado las riendas del reino, ha realizado alianzas y avivado el ardor guerrero. Ha pedido dinero para alistar tropas, ha dado su vajilla de oro y plata y vendido sus joyas. Marie Casimire con sus dos compañeras se desliza hasta el trono, mientras anuncia:

–Nuestros grandes guerreros están de vuelta: Konieçpolski, Sapieha, Wisnowieski y Sobieski. Ya era hora que volviesen a entrar en razón. Se han reunido con el rey. La resistencia se organiza y empieza la reconquista.

Todos aplauden, y añade:

–Me avergonzaba de nuestra nobleza dividida. Pero hoy se retracta. Sigamos rezando, amigos míos, y preparémonos. Nuestro regreso a Varsovia es inminente.

El corazón de Marie Casimire palpita enloquecido. Luisa le ha hecho una señal con la cabeza. Sonríe. Luego se gira hacia su secretario para oír la lectura del correo. El ruido de las exclamaciones es ensordecedor pero, inclinándose, la joven puede enterarse de las últimas palabras del hidalgo:

–El Gran Kan de Tartaria nos envía un cuerpo de elite de diez mil caballeros.

–Escriba al general Czarnieçki –contesta la reina–. Que den el mando de las tropas tártaras al teniente Juan Sobieski. Conoce bien a esa gente y sabrá manejarlos.

Esta vez no hay duda alguna. El apuesto húsar ya no está desterrado, incluso lo han perdonado. La chica se sonroja y sus ojos brillan como ascuas. Una alegría inmensa la invade. Apenas puede contenerse. Luisa, que no ha parado de observarla a hurtadillas, se levanta del trono y se gira hacia ella para decirle:

–Tened la bondad de seguirme a mi gabinete.

Algunos instantes después, en la atmósfera cálida de un saloncito decorado con terciopelo de Génova azul y oro, la reina pone un brazo sobre los hombros de la chica.

–¿Sois feliz, hija mía? –pregunta con voz dulce–. Las aguas van a seguir por donde solían, y preveo para vos una gran felicidad.

Marie Casimire cae de rodillas a los pies de su bienhechora y le coge la mano, que besa emocionada.

–Gracias, gracias –dice efusivamente–. No dudaba de vuestra bondad. Sabía que lo perdonaríais.

–¿De qué me estáis hablando? –pregunta Luisa, fingiendo estar sorprendida.

–¿Su Majestad no ha dado el mando de las tropas a Juan Sobieski? Es el mejor guerrero y estoy segura de que…

La reina levanta a su favorita con un gesto seco. La sonrisa se ha helado en sus labios.

–¿Acaso sois estúpida? –replica–. Sois la más guapa de mis damas de honor, la que más quiero, y ¿creéis que voy a daros a ese pequeño estarosta[2] de poca fe? ¡Un renegado!

Marie Casimire le sostiene la mirada y ahoga dignamente sus lágrimas. Las facciones de la soberana se relajan y el tono se vuelve afectuoso, casi familiar.

–Tengo algo mejor para vos –dice–. Ése sí es un verdadero defensor de Polonia. Se trata de Juan Zamoyski. «El Príncipe», como le gusta que le llamen. No olvidemos que, en nuestra república, que desdeña los títulos y sólo reconoce las dignidades acordadas por el rey, los próceres tienen un poder que les permite cualquier capricho.

Aturdida por estas palabras, Marie Casimire se tambalea. Todo gira a su alrededor y se le hiela la sangre. Todo vuelve a desmoronarse. La esperanza,

[2] Propietario de una estarostía, es decir, un feudo. Juan Sobieski había recibido de su familia propiedades inmensas y el rey Juan Casimiro acababa de ofrecerle la estarostía de Yavorow, al este de Polonia.

apenas resucitada, es barrida de nuevo. Se acerca a una ventana para no desmayarse y la voz de la reina le llega, sonora y lejana, venida desde el fondo de la bruma. Haciendo caso omiso de la turbación de su favorita, la soberana continúa su discurso.

–Solo en su fortaleza, ha rechazado de forma brillante los asaltos del rey de Suecia. Y cuando éste, después de tres semanas de duros combates, le envía emisarios para negociar su rendición, tiene el descaro de responderle a Carlos Gustavo: «Hasta ahora los cañones de Su Majestad sólo han matado un cerdo y unas cuantas gallinas. Y si para Su Majestad el tiempo es largo, ¡ya verá lo que es pasar un mal trago!».

Luisa hace una pausa para reír. Siempre ocurre lo mismo cuando cuenta esta historia.

–¡Qué ingenio! –exclama, poniéndose otra vez seria–. Tiene buena facha, digna de nuestros grandes luchadores de la Fronda... También es verdad que tú no has conocido esa época. ¡Qué tiempos aquellos...! Todo esto para decirte que este príncipe Zamoyski me parece un partido excelente. Eres la más bella de la corte, y él el más rico. Además, me han dicho que está enamorado de ti, ¡«enamorado como un gato»!

Luisa se acerca a la chica y en un arrebato de ternura, la abraza.

–Sabes cuánto te quiero, tesoro. He prometido asegurar tu porvenir, y pienso hacerlo. Créeme, Juan Zamoyski es el hombre que te conviene.

Marie Casimire, desesperada, fija la mirada en los troncos plateados alineados hasta perderse de vista. Aunque la reina pueda permitirse familiaridades de madre, ella, su favorita, no puede dejarse llevar por la desesperación de una hija. Su papel de doncella le impone la obediencia y el respeto. Pero su corazón se rebela, muy decidido a no dejarse destrozar.

–Os lo suplico, señora –contesta con voz grave–, concededle un poco de tiempo a Juan Sobieski. Será el mejor defensor de Polonia.

IV

Han pasado tres meses. Tres meses de aflicciones y lágrimas, como el día en que, al dictado de la soberana, Marie Casimire tuvo que escribir una carta al príncipe Zamoyski para felicitarlo por resistir tan brillantemente a los ataques del rey de Suecia y expresar el deseo de un próximo encuentro. De forma muy hábil, con la excusa de hacerla feliz, la reina teje a su alrededor una red de seda que la empuja suavemente hacia una jaula dorada que su corazón rechaza, pero que debe aceptar por obediencia. Habiendo aprendido el arte de fingir, finge doblegarse, pero aún alberga una esperanza, por muy ínfima que sea, de escapar a la trampa, esperanza que se refuerza cuando, a finales de junio, la corte abandona Glogówek para regresar a Varsovia. En la ciudad liberada, piensa, se organizarán fiestas para celebrar la victoria con bailes y Juan Sobieski, fiel a su promesa, no dejará de asistir. Volverán a bailar a la luz de las velas y después, en la terraza a la luz de la luna, el húsar le acariciará la mano llamándola «Marysienka». ¿Es que no le ha inspirado ese nombre un noble sentimiento? De todas formas, no querrá perderla y jamás dejará que se case con el príncipe Zamoyski.

La carroza de la reina se hunde en las rodadas. Los caminos están llenos de baches a causa de la metralla, y el cortejo avanza lentamente por los campos devastados donde todo está calcinado. Los árboles desgarrados se retuercen trágicamente. Los pueblos son montones de cascotes rodeados de cadáveres destripados que se pudren bajo un sol de fuego. Descubren con sorpresa un paisaje que sólo pertenece a otro mundo.

–Nunca había visto tanta desolación –dice Luisa.

La mirada fija en el horizonte ahumado, Marie Casimire sólo piensa en su húsar y lo imagina exhortando a sus tropas, con la voz y con el gesto, a limpiar los caminos y desplegar por ellos las alfombras de la gloria. Hacen alto en el monasterio de Czestochowa, transformado en fortaleza. El prior les explica la resistencia de sus monjes, luego mira la imagen de la Virgen y dice:

–La madre de Dios hubiese maldecido a Polonia para siempre si la hubiésemos abandonado en manos de los reitres luteranos.

El prior cae de rodillas. La reina y su séquito hacen lo mismo. Un cántico, espontáneamente, les viene a los labios. Un *Salve Regina* magnífico, cantado con fervor. Mientras, oculta a las miradas en la oscuridad de un rincón de la capilla, Marie Casimire, con la cara alzada hacia la imagen que parece flotar sobre las luces de los cirios, reza con toda su alma:

–Sí, salvad a Polonia, Virgen adorada. Pero sobre todo impedid esa boda con un hombre al que no amo. Proteged a Juan Sobieski, os lo suplico. Es a él a quien amo y con quien, con vuestra ayuda, me casaré.

El cortejo prosigue su viaje entre desechos humanos y lodo de sangre y barro. El aire es irrespirable. Las damas sacan sales y pañuelos perfumados. Se pinzan con los dedos la nariz, el estómago se les revuelve y las caras palidecen. Cierran los ojos y alguna se desmaya. Marie Casimire, digna y estoica, contempla el desastre. La guerra está aquí, muy cerca. Varsovia se encuentra detrás del horizonte. Resuenan golpes sordos y el suelo tiembla. Un pelotón de caballería sale de un bosquecillo o de lo que queda de él. El jefe galopa hacia el carruaje real y saluda a la reina, con el sable levantado hasta la frente.

–¿Dónde está el rey? –pregunta la soberana.

–En primera línea, señora.

La reina, satisfecha, baja del carruaje y pasa revista a los dragones alineados con gastados uniformes de combate.

Marie Casimire aprovecha la ocasión para acercarse al oficial.

–¿Dónde está Juan Sobieski? –pregunta anhelante.

–Con el rey.

–¿Lo habéis visto? ¿Estáis seguro de que está vivo?

–Tan seguro como os veo a vos.

–Decidle… Bueno, no. Espero que todo esto acabe pronto.

El 13 de julio, la reina y su séquito entran en Varsovia. Rodeado de sus generales, Lubomirski, Czarnieçki y Potocki, el rey ha salido a su encuentro y le presenta al que acaba de nombrar «chorazy», portaestandarte real. Es un coloso que saluda respetuosamente. Calzado con botas de caña alta, lleva una casaca de cuero engalanada con placas de oro bajo una capa de pantera que flota sobre sus brazos desnudos. Marie Casimire ahoga un grito. Bajo el gorro forrado, ha reconocido a Juan Sobieski. En menos de un segundo sus miradas se cruzan. Le da un vuelco el corazón y sólo tiene ojos para él. Los comentarios y las lamentaciones sobre la ciudad quemada, los muertos por millares y el Palacio saqueado apenas se le pasan por la cabeza. Sólo piensa en una cosa. Quizá dentro de unos días el apuesto oficial le haga doblar la cintura al son de la música y la acunará con dulces palabras. Pedirá su mano y por fin será libre. Para «Marysienka» la guerra ha terminado.

Sin embargo, los combates siguen alrededor de la capital. El enemigo no se rinde tan fácilmente. Se adentra en los bosques de Praga, muy cercanos. La reina, que le ha cogido el gusto a la vida en las trincheras, sube en línea, y Marie Casimire es la única entre las damas de honor, muy pálidas, que le va pisando los talones sin refunfuñar. Cuando la reina se sienta en un tambor para vigilar el tiro de las baterías o hace desenganchar los caballos para mover un cañón, la chica supera el miedo y da algunos pasos hacia una colina. Desde allí ve un regimiento de tártaros venidos de Crimea que lucha al lado de los polacos, y a Juan Sobieski que está al mando de ellos. Distingue su bandera a lo lejos y escudriña los montes para reconocer a su gigante vestido de cuero y oro. En su honor lleva una pequeña chaqueta de estilo turco sobre la falda de amazona y un magnífico penacho blanco engalana el sombrero de fieltro de ala ancha.

El estruendo que provocan los tiros de mosquetes, las baterías y los silbidos de los proyectiles es ensordecedor. Alguna bala de cañón cae a pocos metros, pero no presta atención. En el círculo de los anteojos, un estandarte flota en medio de una contienda brutal. En medio de sus hordas salvajes, Juan Sobieski no flaquea y acuchilla al enemigo.

–Es invencible –murmura–. Ganará y me casaré con él.

De la lejanía llegan gritos que se van acercando. Ya se habla de victoria y Marie Casimire, relajada, vuelve con la reina, que muestra un aire triunfal cuando grita:

–¡Los *pludraks*[1] por fin muerden el polvo! Celebremos este acontecimiento.

Mientras los combates prosiguen allá en el horizonte, bajo las vigas policromas del Palacio del Jardín, a orillas del Vístula, se inician los festejos y los bailes. La corte ha vuelto a constituirse alrededor de los soberanos y ha reanudado sus diversiones. La música llena los salones y acuna los corazones. El de «Marysienka» aguarda desesperadamente. Resuenan en los enlosados

[1] Los suecos. Los polacos daban este mote a cualquier soldado vestido al estilo alemán, por sus pantalones bombachos denominados «Plunderhosen».

de mármol y en los parqués de taracea las botas de los héroes, de los húsares que pasan bajo las arañas iluminadas, pero ninguno de ellos es Juan Sobieski. En primera línea, afrontando la metralla, el portaestandarte real limpia de enemigos el país.

–Deberíais olvidarlo –dice Vania–. Sólo piensa en la guerra y sólo tiene una dama, su espada. En cuanto a lo demás, los campamentos están bien provistos, y he oído decir que les hace los honores más de una vez al día.

–Cállate –replica Marie Casimire al borde de las lágrimas–. Quieres hacerme daño, pero no sabes nada. He leído en sus ojos que me ama, y no puedo quitármelo de la cabeza. Es él y será él, mío para siempre.

–¿Por qué os obstináis por el único que no se postra a vuestros pies? Confesad que buscáis ser desgraciada.

–Volverá y me llevará con él.

A finales de agosto abandonan de nuevo Varsovia. Los suecos, con los refuerzos que les llegan de Brandeburgo, contraatacan por el norte. Los moscovitas movilizan sus tropas en sus fronteras. Al sur, un ejército de moldavos, valacos y húngaros se ha aliado con los cosacos de Ucrania y se apoderan de Cracovia. El enemigo surge de todos lados. Cada uno quiere su trozo de Polonia, y la confusión reina por todas partes. La corte reemprende el camino del exilio. Primero se dirige a la fortaleza de Lantzut,[2] cerca de Lvov, y luego al castillo de Wolborz, en la frontera occidental del reino.

Millares de campesinos engrosan los regimientos reales. La sangre corre. La reina busca ayuda como sea. Marie Casimire, estoica, sólo piensa en Juan Sobieski. Entre el campamento del rey y el gabinete de la soberana es un continuo ir y venir de mensajeros, y el portaestandarte real podría muy bien ser uno de ellos. En la zona reservada a las damas de honor, espían atentamente los movimientos de estos señores cuyo olor a pólvora viste de gloria. Una mañana, por fin, Vania le anuncia:

–Está en las estancias de la reina, con los generales.

–¡Esta vez hablaré con él! –grita la chica.

Sin perder tiempo, corre por los pasillos y se desliza furtivamente en la sala del Consejo donde la soberana, rodeada por los jefes de guerra, estudia los mapas de las zonas donde se desarrollan las operaciones. Escondida detrás de una colgadura, Marie Casimire lo reconoce a la primera ojeada con su capa de pantera sobre la coraza engalanada con oro. Está muy erguido al lado de la reina, que le entrega un despacho declarando:

–Me han dicho que hacéis maravillas al mando de los tártaros. Cuento con vos para reconquistar Cracovia. Marchaos y ganad, ¡por la salvación de la República!

Con la misma discreción con que ha entrado, la chica se retira y se precipita al final de la gran escalera de piedra para sorprender a su húsar. Por los balaustres, lo ve bajar las escaleras a grandes zancadas. Su corazón se acelera. Duda un momento, y de repente se planta ante él.

–¿Dónde vais con tanta prisa? –dice en un tono jovial–. ¿Acaso es a mí a quien buscáis?

La sorpresa lo deja clavado. Su mirada se pierde en los contornos del pecho alterado. Un perfume de almizcle y violeta le sube a la nariz. Le invaden la memoria imágenes que lo turban: el Vístula iluminado, la brisa tibia bajo las enramadas, una cintura de avispa encima de su brazo, y esos ojos ardientes que le queman la sangre.

[2] Se pronuncia Ouanitzout.

–Marysienka –dice con la voz contenida–, la guerra no os ha cambiado, todo lo contrario. No os preocupéis. Acabará pronto y volveremos a bailar.

–Quise veros en la batalla de Praga y estuve a punto de morir.

–Una señorita como vos no debería exponerse a la metralla –le contesta riendo.

–Os he esperado en Varsovia, y no habéis venido nunca. ¿Por qué? Acaso debo entender que…

Se le rompe la voz y unas lágrimas brillan en la punta de sus pestañas temblorosas. ¿Qué puede hacer ante tal confesión, sino huir? Sin embargo, el deseo de llevarla bajo las sombras del parque y robarle el beso que sus labios reclaman es intenso. Pero la reina acaba de darle una orden y el tiempo apremia. Su deber lo llama muy lejos de estos hombros de dulces curvas y de esta piel nacarada que lo hipnotiza. Juega un instante con los dedos perfumados y los aprieta entre sus manos.

–Que Dios os ampare, Marysienka –dice inclinándose hasta rozarlos con su bigote–. Voy a reconquistar Cracovia.

Al final de la escalinata, encuentra su caballo y monta. La mira por última vez y grita blandiendo el sable:

–¡Por vos!

Su risa tintinea como una campanilla. Desaparece bajo la frondosidad carmesí salpicada de verde oscuro y Marie Casimire, quieta, escucha el resonar de los cascos hasta que se pierde y vuelve el silencio. El corazón le late con fuerza en el pecho. Juan Sobieski no ha olvidado a «Marysienka». No la olvidará nunca, está segura. Lo ha leído en sus ojos. Un paje se acerca y le dice:

–Su Majestad os reclama.

Envuelta en un chal ribeteado de piel de marta, la reina espera a su favorita en el balcón de su salón particular.

–Siéntate –dice mostrándole una poltrona a su lado–. Tengo una noticia excelente. El príncipe Zamoyski se ha pronunciado. Pide oficialmente tu mano, y esto es lo que te envía.

De una limosnera de terciopelo saca una cruz de oro con cinco diamantes grandes engastados.

–Este regalo es una prueba suficiente del amor que siente por ti –añade–, y… a la altura de sus posibilidades.

Marie Casimire, aturdida, mira fijamente la joya y rompe a llorar.

–Vuestra Majestad me desespera –dice entre sollozos–. Me obligáis a dejaros para casarme con un hombre al que no amo.

La soberana endurece el tono.

–Veo, hija mía, que estos últimos meses no te han hecho madurar. Te obstinas en planear tu porvenir como una particular. ¿Por qué hablar de amor cuando se tiene la suerte de tener a los pies al hombre más rico y más poderoso de Polonia…? Además, es un hombre apuesto y sólo tiene treinta años.

La chica, que apenas ha cumplido los quince, sigue sollozando y consigue decir:

–Amo a Juan Sobieski.

–Acabas de hablar con él, lo sé –replica la reina, irritada–. Y él, ¿te ama? ¿Te ha hecho alguna promesa?

–Va a reconquistar Cracovia… por mí.

La risa de la reina interrumpe bruscamente las lágrimas de su favorita.

–¿Y te tragas esas historias?, ¡pobrecita!

Agarra el brazo de la chica y la gira para verla cara a cara y penetrarla mejor con su mirada, que tan bien sabe escudriñar a las personas.

–¿Crees, pequeña estúpida, que ese Juan Sobieski, descendiente del mariscal Zhovkvaski, el mayor héroe de Polonia, puede casarse contigo? Su madre no lo permitirá. ¿Quién es la señorita D'Arquien? La hija de un hidalgüelo sin dinero. Y si no te hubiese traído en mi séquito, ¿dónde estarías ahora? Date por satisfecha de que el príncipe Zamoyski no sea más exigente sobre tus orígenes. Eres mi favorita, y para él eso es suficiente.

Marie Casimire, petrificada, se queda muda. En su interior todo se desgarra. Pensaba que su bienhechora la quería, y ahora la humilla. ¿Acaso se burlaba de ella Sobieski al llamarla «Marysienka»? Le ha prometido Cracovia, pero ¿qué significaba su risa estruendosa en el bosque de alerces? ¿El también piensa que su nacimiento es dudoso? Vuelve a recordar otras palabras, el camaranchón y el olor inmundo que siempre asociará con la vergüenza. Una corriente de aire le provoca escalofríos. Se hunde en la butaca y mira dolorosamente a su bienhechora. Indiferente a los estados de ánimo de su favorita, la reina prosigue su discurso:

–Deberías sentirte adulada. El príncipe ha renunciado a las herederas de las mejores familias de Polonia para casarse contigo. Incluso se habla de una viuda preciosa dotada con bienes considerables. Pero ha dicho que eres la más bella, y te toma como Dios te ha hecho.

El hierro se hunde y la lastima. ¿Por qué se empeña la reina en recordarle sus orígenes y la pobreza de una familia de la que no conserva ningún recuerdo? ¿Por qué le hace daño? ¿Para dominarla mejor?

–Al contrario, deberías darme las gracias –sigue diciendo Luisa con un tono más afectuoso–. Eres la última de mis «palmitos» que caso, es a ti a quien he dado la mejor educación, y a quien ofrezco el mejor partido. Los Zamoyski tienen el primer rango de la aristocracia polaca. Sus estados son inmensos. El príncipe posee 700.000 libras de ingresos y las casas más preciosas del mundo, exquisitamente amuebladas. Te otorga una dote de 600.000 florines y una pensión anual de 40.000 para tus «pequeños gastos y fruslerías». Sin tener en cuenta las joyas y adornos que vendrán tras la boda. Señora Zamoyska, vuestro esposo os convertirá en duquesa de Ostroh y princesa de Zamosc. ¡Un éxito rotundo para la hija del pequeño marqués d'Arquien!

La trampa se cierra lentamente, Marie Casimire no puede negarse. ¿Adónde irá sin la reina? Reprimiendo lo mejor que puede la tristeza que le oprime la garganta, se levanta y se inclina ante la soberana diciendo con voz apagada:

–Os obedeceré, Majestad.

–No esperaba menos de tu parte, querida. Aseguro tu futuro y me haces un gran favor. Necesito a Zamosc para reavivar mi política... Bueno, cuando vuelva la paz. Ya te lo explicaré más tarde. ¡Cuando se acabe la guerra, celebraremos la boda!

Luisa cuelga alrededor del cuello de su protegida la cruz de diamantes que pende de una pesada cadena de oro.

–Ya estás prometida –dice–. Anunciaremos la noticia a Su Majestad el rey y al príncipe, que debe de estar impaciente por recibir tu aceptación.

Marie Casimire oculta sus lágrimas en una profunda reverencia y se retira sin decir palabra. Los pasillos desfilan ante sus ojos que sólo ven el vacío, y un torbellino de voces y de palabras se le sube a la cabeza.

«¡Sobieski no se casará contigo...! ¿Quién es la señorita D'Arquien...? La hija de un hidalgüelo sin dinero... Zamoyski no es exigente... ¡Mi favorita, y para él eso es suficiente...!» Con ademanes de sonámbula, vuelve a su habitación y se deja caer sobre un baúl, con la mirada extraviada, fija en el vacío.

–He nacido para ser desgraciada, Vania. Nadie me quiere y la reina juega conmigo. Pensaba que deseaba mi felicidad, pero me utiliza como utilizó a las demás.

–Tranquilizaos –dice la sirvienta acariciando la cruz de diamantes colgada del cuello de su ama–. Con este enlace, Su Majestad os demuestra el afecto que siente por vos. El príncipe es apuesto y pone su fortuna a vuestros pies. ¿Qué más queréis?

–No le amo.

–El amor se aprende. Olvidad al portaestandarte. Es un veleidoso.

A partir del día siguiente, sólo se habla de la boda. Marie Casimire se esfuerza en olvidar al hombre que la llamaba «Marysienka». Ese nombre que provocaba tantas emociones ahora ya sólo despierta despecho y rencor. Para consolarse, se repite a sí misma que si Juan Sobieski la desprecia, Juan Zamoyski no se avergüenza de la hija de un hidalgüelo, todo lo contrario. Así lo demuestra el hecho de que sus gentileshombres hayan atravesado más de una vez el campo devastado para ponerse al servicio de la favorita de la reina. La corte le ofrece sus felicitaciones y cumplidos, y se espera con impaciencia el fin de las hostilidades. En enero de 1658, Varsovia es liberada por segunda vez y aclama a los soberanos. La corte reanuda sus diversiones y festejos. El Palacio del Jardín es un hervidero. El rey y la reina vuelven a leer una vez más el contrato que les ha presentado el primer gentilhombre de la Cámara del príncipe, y se fija la ceremonia para Carnaval.

Se organizan los preparativos. En el ala reservada a las mujeres, todo es agitación febril. Se cose y se borda. Los pajes no dejan de ir y venir llevando cartas de amor, y se llenan baúles. Puntillas y pieles, terciopelos, brocados y sedas, vestidos de corte, vestidos de fiesta, enaguas y casaquillas, las más finas camisas y zapatos primorosos... El ajuar es admirable y las joyas de una riqueza raramente igualada. El señor de Zamosc prodiga su magnificencia. Nada es suficientemente bello para la persona que va a convertirse en su esposa. Y Marie Casimire, maravillada, se deja hechizar. Luisa, según su costumbre, toma el asunto por su cuenta y la instala cerca de ella, en sus aposentos privados, para instruirla mejor en sus próximas funciones de dama del reino. Y la corte ya se inclina ante *pani*[3] Maria Kaziemira, la princesa Zamoyska. La señorita D'Arquien ya no es una doncella, sino una persona «considerada».

Día a día los beneficios de este nuevo estado la reconfortan y le hacen olvidar al húsar que ha desaparecido en no se sabe qué parte de Prusia o de los Cárpatos, enardecido por su espada en busca de gloria y no de amor. No lo ha vuelto a ver desde que realizó aquella visita al castillo de Wolborz, al final de la cual espoleó su montura prometiéndole Cracovia. Han pasado dieciocho meses. Dieciocho meses de silencio. Los farolillos verbeneros y sus quimeras se difuminan poco a poco, pero a veces el recuerdo vuelve para lastimar su amor propio y la empuja con más fuerza hacia esa boda que le ofrece una brillante revancha.

[3] Pani significa señora en polaco.

El tiempo vuela y, en el saloncito rebosante de olores, trajinan sin descanso criadas y camareras. Cuentan los trajes y los guardan siguiendo el orden de las ceremonias. La reina quiere que sean grandiosas, únicas, idénticas punto por punto a las que marcaron antaño las bodas del primer señor de Zamosc con una duquesa de Ostroh, cuyas descripciones han hallado en los archivos del principado.

–Lo respetaremos todo, incluso el elefante –exclama la reina con su firmeza habitual–, y el señor Zamoyski no deberá sonrojarse por ti. Quizá tu familia no tiene tanta fortuna como la suya, pero tienes títulos de nobleza que merecen ser respetados.

Al pronunciar estas palabras coge a la chica por el brazo y la lleva hacia su habitación, lejos de las camareras, de lengua demasiado viva.

–Las investigaciones que he hecho llevar a cabo –le confiesa en la intimidad– os dan doce cuartos y sacan a la luz alianzas ilustres.

Desenrolla un largo pergamino.

–Éste es vuestro árbol genealógico. El marqués d'Arquien me lo ha confirmado y me ha otorgado su consentimiento para esta unión que tanto le honra.

Marie Casimire se estremece.

–¿Es realmente mi padre? –pregunta con voz angustiada.

Ante tal audacia, la reina reprime un sobresalto.

–¿Os atrevéis a decepcionarme?

La joven cae a los pies de su bienhechora.

–Perdonadme, señora. Muchas palabras desagradables me han chocado cuando, siendo una niña solitaria, erraba por los pasillos... Acababa por no saber quién era y me sentía el fruto de la vergüenza.

La soberana, emocionada, levanta a su favorita y la abraza.

–Conozco la insistencia de las habladurías ante una verdad tan limpia que estorba. Lo he sufrido toda mi vida. Tranquilizaos, querida mía. Vuestro nacimiento es de los más legítimos. En su momento aclaré este asunto. Al acogeros a mi lado para hacer vuestra fortuna, sólo he querido ayudar a vuestra madre y demostrarle mi afecto.

–Entonces, señora, ¿mi padre se acuerda de mí? ¿Vendrá para llevarme al altar?

Con un gesto elegante de la mano cargada de anillos, la reina esboza una leve tosecilla.

–He estimado que su presencia no era necesaria. Su Majestad el rey y yo misma os casamos «como nuestra hija».

Se detiene un momento y añade:

–Sed feliz. Me ayudaréis y haréis grandes cosas.

Otras damas de honor, venidas de Francia en busca de fortuna, han oído estas palabras antes de ser metidas en la cama de un señor polaco. La reina le ha dicho una frase rutinaria y Marie Casimire, que esperaba algunas palabras tiernas y afectuosas, esconde su decepción en una profunda reverencia. La corte y su etiqueta le han enseñado desde hace tiempo a esconder sus estados de ánimo y disimular sus sentimientos. Una favorita sólo puede ser feliz. Sólo se le pide encandilar, gustar, divertir, adular con habilidad, dar las gracias con ingenio... pero sigue siendo una sirvienta y su deber es obedecer, dejando sus penas para la almohada. Por la noche, detrás de las cortinas tupidas de la cama, ya no retiene su tristeza.

–¿Por qué lloráis tanto? –susurra Vania arrodillada en la cabecera de la cama.

–Tengo el corazón helado. La reina es buena, pero sigue sus intereses. Mis padres no se ocupan de mí. Están muy contentos de saberme «encumbrada» en la más alta sociedad. En cuanto al príncipe, mi prometido, no puedo creer en su amor.

–¿Estás loca, *doucha*? Os colma de cartas de amor y regalos magníficos.

–Si me amara, Vania, ya estaría en Varsovia y besaría mi mano a cada instante.

–Los hombres tienen sus asuntos, tórtola mía, y el príncipe Zamoyski tiene grandes responsabilidades. Sus tierras son tan vastas como un reino. De punta a punta seréis recibida como una reina. He oído decir que os prepara maravillas.

–Vendrás conmigo, Vania. No me dejes sola tan lejos de Varsovia.

–El príncipe hace tiempo que ya no tiene madre. Seréis el ama. Y no temáis ser dura para haceros respetar.

Marie Casimire se pone a soñar, acunada por las palabras de la camarera. En Zamosc, en efecto, ya no habrá reina para dictarle su conducta. Será libre y a partir de ahora será ella quien imponga su voluntad. Sin ceder ni dudar. A las almas fuertes la obediencia les enseña a tener autoridad. Por la mañana, nada más despertarse, se sienta a la mesa y escribe una corta misiva para su prometido:

> Señor:
> ¿Cuándo venís? Si no lo hacéis como muy tarde el jueves, no podremos preparar todas las ceremonias tradicionales que marcan un acontecimiento como el que vamos a vivir. Esperando el honor de veros, sigo siendo, señor, vuestra humilde servidora.

Se gira y entrega el preciado mensaje a un hombre con ropa de viaje que espera cerca de la puerta del gabinete.

–Daos prisa, señor Podlodowski –le dice–. Id a recordarle a vuestro amo, si no lo ha hecho ya, que debe ponerse en marcha sin tardanza. Me impaciento. Sólo queda una semana para la boda. Y todavía no me ha anunciado el día de su llegada.

V

El 4 de marzo de 1658, el príncipe Zamoyski llega a Varsovia. Su séquito es impresionante. No se ha visto nada igual desde hace mucho tiempo. En medio de un cortejo resplandeciente, se dirige a Palacio para la ceremonia de la «presentación». Según el protocolo y la tradición, Marie Casimire lo espera en un saloncito en compañía de sus damas de honor, escogidas entre sus mejores amigas. Su fino rostro, de una blancura transparente, está enmarcado por tirabuzones y trenzas entrelazadas con perlas. Muy menuda en su vestido de brocado, se estremece cuando los batientes de la puerta se abren bruscamente y aparece un hombre alto, magníficamente engalanado, que se inclina a sus pies. Bajo el gorro de marta con diamantes, la cara es bella, a pesar de las mandíbulas un poco pesadas. Tiene la nariz recta, unos labios sensuales coronados por un bigote corto y los ojos de color avellana. Sonríe, cautivado.

–Vuestra belleza, señorita, sobrepasa todo lo que han podido decirme de vuestros encantos, y me satisfacéis al aceptar ser mi esposa.

A su vez Marie se inclina en una graciosa reverencia.

–Me siento muy halagada, señor, de ser vuestra humilde y fiel servidora.

Le tiende la mano y ella pone la suya encima. El contacto de la piel turba sus miradas al cruzarse. Las mejillas de la joven se encienden tímidamente mientras se deja guiar hacia los aposentos de la reina, donde la nobleza del reino y las damas se han reunido alrededor de los soberanos. Ante ellos, respetando las costumbres, el príncipe Zamoyski coloca en el dedo de Marie Casimire una sortija con un diamante que suscita algunos murmullos.

Finalizado el acto todos aplauden y ellos se dan un beso. Luisa declara los esponsales «solemnes» y la misma noche ofrece un gran baile en los salones iluminados del Palacio. Se intercalan un virelai y una gallarda «al estilo francés» entre los profundos saludos y las majestuosas evoluciones de las polonesas. Cogidas del brazo de caballeros con trajes sármatas o pelucas a la moda del Louvre, camareras y damas de honor compiten en encanto y elegancia. Marie Casimire sólo baila con el príncipe, cuya elegancia un poco estirada y acompasada la intimida. Algunas veces pierde el compás y la cadencia. Pero eso no importa, puesto que sonríe beatíficamente devorándola con la mirada, al igual que los invitados que llenan los salones. Sólo uno está ausente. Pero no completamente ausente, pues su recuerdo vuelve insistentemente para lastimar el corazón de la chica. Ya nadie la llamará «Marysienka». Un rictus de amargura le hace apretar los bonitos labios. Luego se retiran rápidamente, porque el baile es sólo el comienzo de una serie de celebraciones.

Al día siguiente, instalan a Marie Casimire bajo un palio de seda, al lado de la reina que preside otra ceremonia. El conde Podlodowski pronuncia un largo discurso en el que alaba las cualidades de su amo, el príncipe Zamoyski, el esplendor y la nobleza de su apellido, y los importantes cargos que ocuparon sus antepasados en la República. Se inclina respetuosamente y presenta a la reina una corona de diamantes de gran rareza, acompañada de tallos de romero como lo exige la tradición. Entonces Luisa se gira hacia su favorita y, con un gesto lleno de majestuosidad, le coloca la joya excepcional sobre los oscuros tirabuzones. A su vez, el canciller de la reina arenga, por así decir, sobre la belleza de la novia, su inteligencia y demás cualidades. Hace un elogio de su estirpe, del mariscal de Montigny, del cual es sobrina segunda, y de sus antepasados que se remontan hasta el gran Du Guesclin. Habla de San

Luis, pero insiste hábilmente en las ventajas que representa la protección real de la cual se beneficia la señorita D'Arquien.

Todo parece estar a punto para presentarse ante el altar y consagrar su unión, pero antes los prometidos deben someterse a otra formalidad: al baño de la novia, que tiene lugar el tercer día. Siguiendo la tradición, Marie Casimire invita una vez más a sus mejores amigas. Van a bañarse juntas en la habitación del Palacio reservada a este menester. No desconoce los lugares. Todas las mañanas va allí para disfrutar de algunos refinamientos que los polacos han tomado de los turcos y que Europa aún no conoce. En un estanque de mármol con seis escalones y doce grifos de plata que vierten aguas perfumadas, chapotean y platican alegremente en los remolinos perfumados, mientras al borde mismo del estanque, esclavas tártaras preparan toallas calientes y ungüentos. Entre tanto, el príncipe Zamosc hace llevar a una habitación contigua, magníficamente amueblada, algunos regalos que la tradición impone al prometido.

Marie Casimire, impaciente, se precipita a la habitación y se queda sorprendida al ver el lujo desplegado ante sus ojos. El tocador engalanado con un espejo enmarcado en oro, y con un escarchado formando las iniciales de la nueva pareja entre coronas y símbolos de amor. Destaca una *simarre*[1] de brocado tornasolado y forrada con marta cebellina extendida en la alfombra dentro de un cautivador corro de faldas suntuosas, velos, cintas y puntillas a los que se han añadido varios objetos refinados que realzan la belleza. Todo brilla y huele deliciosamente bien.

–Venid –dice llamando a sus amigas–, ayudadme, os lo ruego. No sé qué escoger. No sea que me pierda entre tantos perendengues.

–Dignas de vos, señora –dice una de las chicas–, y la mejor prueba de la consideración que el príncipe Zamoyski os tiene.

–Démonos prisa –interviene otra–. Él podría impacientarse.

Con su sentido innato de la elegancia, Marie Casimire se desliza en un vestido formado por una falda de satén verde y una casaquilla de velo bordada de hilos de oro. Una tártara le cepilla el cabello y lo dispone sobre su nuca con ayuda de pequeños peines de oro y nácar, dejando algunos tirabuzones sueltos en la curva del cuello. De pie delante del espejo, la joven se sonroja de placer cuando sus amigas levantan la *simarre* tan ligera como una nube y se la ponen sobre los hombros.

–Un abrigo para una sultana –exclama la sirvienta rociándola con esencias de rosa y almizcle–. Sois la reina de las huríes. Inflamad su deseo, pero no le concedáis nada. Así lo someteréis. Un hombre debe merecer su placer. Y conozco a más de un rey de la tierra dispuesto a condenarse por besaros la punta del pie.

–Ojalá digas la verdad, tártara negra. Al príncipe le gustan las valacas y desconozco el lado de su perversidad.

–Con mis secretos conservaréis a vuestro esposo. Ahora marchaos, es la hora.

Doce jóvenes pajes con la librea de los Zamoyski y una antorcha de cera blanca en la mano se alinean delante de la puerta. En procesión conducen a Marie Casimire a la otra punta del pasillo donde, en un salón decorado con colgaduras y alfombras preciosas, el príncipe la espera para ofrecerle, a ella y a sus damas, un tentempié. A la luz de los múltiples candelabros, una mesa decorada con un brocado carmesí está llena de pasteles, golosinas y frutas

[1] Especie de albornoz o abrigo para estar en casa.

dispuestas en pirámides. En la alta chimenea el fuego chisporrotea y los violines, ocultos tras de una colgadura, cantan las dulzuras que hacen vibrar los corazones. Es el momento del romance, los cumplidos y las promesas. El señor de Zamosc no es una fiera, pero quiere tranquilizar a la bella. Para la ocasión, lleva un traje de estilo francés y una larga peluca que ondula sobre sus hombros. Ha viajado y conoce las costumbres de los distintos países. Italia, Austria e incluso Francia no tienen secretos para él. Nada puede extrañar a un Zamoyski, porque un Zamoyski hace lo que quiere y cuando quiere. Se expresa tanto en francés como en italiano.

–Veo, señorita –dice con una sonrisa de satisfacción–, que os sienta bien lo que he escogido para vos Me gusta la belleza por encima de todo. Y creo que no me cansaré de admiraros.

Se inclina sobre el pecho nacarado, pasea una mano indolente por el borde del escote a lo largo del hombro y juega con un tirabuzón que se mece en el hueco del cuello. Marie Casimire se estremece ante el hombre entendido que la desnuda con la mirada. La caricia es suave sobre su piel. Un curioso calor se expande por todo su cuerpo, que languidece.

–¿Me amaréis, señor? –le pregunta de repente.

La pregunta sorprende al príncipe y le hace reír. Le brillan los ojos y acerca sus labios a los de la joven hasta rozarlos.

–Conmigo obtendréis placer –murmura–. Bajo todas sus formas, hasta la embriaguez. Conozco sus mil aspectos y os doblegaréis bajo mi deseo. En ese sentido, sí, os amaré.

Los violines acaban de seducirla. Sus labios se tocan, pero conserva la sangre fría. Se levanta y se despide, impaciente por sentir lo que le ha prometido.

El día siguiente es el gran día. Desde la mañana, Marie Casimire está en la habitación de la reina. Camareras y damas de honor la rodean. La ropa para la ceremonia pasa de mano en mano. Camisas, corpiños, enaguas y el vestido entretejido de plata. Ríe, llora, y de repente se queda quieta cuando Luisa, tras ajustarle el velo bordado con lagos de perlas, se acerca con la incomparable diadema, regalo del príncipe Zamoyski, en las manos y se la coloca en la frente. En el espejo, las caras de las dos mujeres están al lado, marcadas por la misma emoción.

–Habría que haceros un retrato –dice la reina–. Y me sabe mal que nadie pueda hacerlo en este momento. –Se seca una lágrima furtiva y añade–: Todo sucede como es debido. Yo no tuve esa suerte en mi época. Pero vuestra boda es un feliz presagio que no hace otra cosa que confirmar las predicciones de mis astrólogos. Vuestra Natividad[2] y la del príncipe armonizan perfectamente y tendréis varios hijos.

Marie Casimire coge las manos de la reina apoyadas en sus hombros.

–Todo va tan rápido –murmura–. A veces tengo miedo.

Luisa abraza a su favorita:

–Pase lo que pase, sabéis que siempre estaré dispuesta a acogeros. Y es aquí, en esta habitación, donde vendréis a traer al mundo a vuestro primer hijo. Cuento con ello.

Los cascos de los caballos resuenan a lo lejos y se acercan, acompañados por aclamaciones.

[2] Los astrólogos del siglo XVII utilizaban este término para designar los horóscopos. A Luisa le apasionaba la astrología y no hacía nada sin consultar a los astros.

–Vuestro esposo, querida princesa –sigue diciendo–, acompañado por sus pares, ha enterrado su celibato y no os ha olvidado en los vapores del festín. Ha llegado la hora de jurar fidelidad ante Dios.

A pesar del viento helado que sopla en este día de primavera, toda la ciudad está en las calles para ver pasar el cortejo. La legendaria pompa de los Zamoyski se ha sobrepasado para la circunstancia. Delante, desfilan cien haiducos de la guardia del príncipe. Llevan chaquetas con corazones en llamas y las iniciales de los prometidos bordadas y gorros de nutria adornados con dos plumas blancas. Blanden hachas de acero dorado que resplandecen al sol de la mañana. Doscientos lacayos con trajes verdes y ribetes dorados les siguen en fila de a dos. Detrás de ellos, avanzan los cuarenta hidalgos del séquito de Zamoyski sobre cabalgaduras cubiertas con gualdrapas escarlata; dieciocho pajes a caballo, vestidos de satén verde, rodean a un elefante enjaezado de perlas. Seis trompeteros, también montados, desgarran el aire con los estridentes toques de trompeta. Acto seguido, imponentes en sus trajes de pompa, desfilan doscientos próceres caracoleando sus corceles en filas de a dos. Finalmente aparece el prometido. Avanza solo, sobre un caballo de Pomerania blanco rosado con brillante pedrería en la silla y en los arreos. Sobre un traje de tela persa de oro ribeteado con piedras preciosas, lleva una chaqueta de marta. Una pluma de grulla tan amarilla que parece de oro adorna su gorro de marta cebellina ceñido con un cordón de diamantes, y la vaina de la espada, de oro macizo, es un mosaico de esmeraldas. Veinte nobles más cierran la marcha de esta comitiva resplandeciente que se adentra en el patio del Palacio Real.

Algunos minutos después, las grandes puertas se abren para otra procesión, aún más majestuosa, compuesta por senadores, oficiales de la Corona, palatinos e hidalgos caminan de dos en dos según su dignidad, precediendo al rey Juan Casimiro que conduce al príncipe hacia la catedral. Se colocan en el coro adornado con macizos de rosas blancas bien abiertas. Y de repente el órgano estalla mientras fuera el gentío aplaude. Entre dos hileras de antorchas que calientan el aire al pasar, Marie Casimire, muy pálida, atraviesa el atrio del templo. Acompañada por dos senadores, avanza por el pasillo central bajo la bóveda iluminada por una miríada de velas. Dieciocho pajes llevan la cola. La reina está detrás de ella, sola, seguida por las palatinas y las damas de la corte que se han puesto sus más bellas galas y todas sus joyas.

Los soberanos, tocados con la corona de los Jagellón, se sitúan ante sus reclinatorios, los prometidos se arrodillan en una preciosa alfombra desenrollada para la ocasión, y el arzobispo de Gnesne, primado de Polonia, empieza la ceremonia. Voces celestes cantan la misa. El prelado se acerca a la pareja para recibir el consentimiento y bendecir los anillos. Marie Casimire se levanta y se gira hacia la reina para saludarla con una reverencia. Antes de decir «sí» ante Dios, pide permiso a su real ama. Luisa se lo concede enseguida inclinando la cabeza, disimulando tras las manos juntas una sonrisa y unas lágrimas.

El órgano entona el final, el cortejo vuelve a formarse y regresan al Palacio bajo una lluvia de vivas. Los festejos se suceden a lo largo del día, y después se celebra un baile en el salón de mármol iluminado por un número infinito de arañas. Pero el rigor de las costumbres hace que el recién casado tenga que volver solo a casa. Debe esperar, para merecer su noche de bodas, a que se lleve a cabo una última ceremonia, la de los regalos y los cumplidos. Dicha

ceremonia se realiza la mañana del quinto día, en la sala del trono. De pie cerca de Luisa sentada bajo el palio, Marie Casimire escucha los discursos elogiosos de los dignatarios de la corte, seguidos por sus pajes que depositan uno por uno los suntuosos regalos. Es entonces cuando piden los carruajes. El rey y la reina, rodeados por un regimiento de húsares de la Guardia real, conducen a la recién casada a casa de su esposo. El príncipe, a su vez, ofrece un festín y un baile. Luego se dirigen en procesión a la habitación nupcial, porque es hora de que los recién casados se acuesten. Cada uno se encierra en un gabinete para ponerse el camisón antes de meterse en la cama bajo los aplausos de la asistencia que formula los deseos habituales; Luisa corre las cortinas.

El crepitar del fuego rasga el silencio. En la penumbra, Marie Casimire espera, impaciente a causa de miles de sensaciones que le abrasan el cuerpo. La tártara se lo ha explicado todo y sus sentidos están alerta. ¿Pero qué hace su esposo en su rincón? ¿Por qué tarda tanto en manifestarse? Un ronquido sonoro le responde, acompañado de unos hipos debidos a la embriaguez. Dejándose llevar por la furia y la amargura, humillada por ser desdeñada en una circunstancia así, echa a patadas al príncipe al suelo gritando:

–¡La princesa Zamoyska no quiere a un carretero en su cama!

La noche es larga para Marie Casimire, que llora por sentirse despechada y se hace mil preguntas. Los buenos matrimonios a veces empiezan con dificultades, le decía Vania. Esas palabras la vuelven a la realidad y la tranquilizan. Finalmente se duerme, muy decidida a vengar la ofensa rechazándolo durante unos días y de esa manera hacerse respetar. Por la mañana, cuando las sirvientas entran en la habitación para encender el fuego, es el señor de Zamosc quien, envuelto en una *simarre* de seda forrada, corre las cortinas de la cama y saluda a su esposa:

–Debo decir que me agradó la diversión que me ofrecisteis. Tenéis carácter, y eso me gusta. Pero no temáis, ni se me había pasado por la cabeza forzaros. Vos ya me pertenecéis.

Con una mirada lasciva y una sonrisa maliciosa, acaricia lentamente la manita encantadora que él mismo ha ornado con magníficos diamantes y añade:

–Tomaos todo el tiempo que queráis para decidiros a ser mía. La espera sólo avivará mi pasión por vos. Eso forma parte del placer. Y apuesto a que estaréis de acuerdo conmigo cuando languidezcáis por ser poseída.

¿Acaso ha leído en sus pensamientos para adelantársele así? Marie Casimire, furiosa por haber sido descubierta, frunce el ceño pero luego se estira lentamente, arqueándose bajo los encajes que las curvas de su cuerpo elevan como olas. Su brazo se moldea a la redondez de su pelo oscuro, dejando descubierto uno de sus senos, la mirada se vuelve pesada bajo los párpados entornados y la boca adopta el contorno de una fruta cuando responde con voz modulada:

–Yo sólo pido desearos, señor... si aprendéis a seducirme.

La insolencia de la réplica le sorprende. Una polaca jamás se hubiese atrevido a hablar así, y las valacas ignoran ese tipo de sutilezas.

–Veo, señora, que sois ingeniosa –dice, soñador–, y creo que los dos saldremos beneficiados de conocernos mejor. Tenemos todo el tiempo del mundo para hacerlo. Largo es el camino que nos lleva a nuestras tierras.

Cada uno permanece en su sitio, y no ocurre nada. Empieza el juego de la conquista. Tanto el uno como el otro pone en marcha su estrategia. Un poco

más tarde, cuando los dos se dirigen a Palacio para dar las gracias a los soberanos por última vez y despedirse, parecen perfectamente felices y eso alegra a toda la corte. Se abrazan y se separan. Zamoyski jura fidelidad al rey; la guerra no ha terminado y en su fortaleza defenderá el reino. Luisa estrecha por última vez a su favorita entre sus brazos.

–Majestad, estad tranquila –murmura Marie Casimire–, creo que Zamosc me gustará.

–Os espero para cuando vayáis a dar a luz, no lo olvidéis, hija mía. Entonces os diré lo que espero de vos.

Hay mucho movimiento a orillas del Vístula. El príncipe y la princesa vuelven a sus tierras remontando el río a bordo de un fastuoso barco. Los soberanos los acompañan hasta el momento del embarque en medio de una flotilla de galeras y los habitantes de los pueblos se arremolinan en la ribera para admirar el magnífico cortejo al son de los mosquetes y de los violines.

El viaje es una delicia. A Juan Zamoyski le gusta celebrar fiestas y las organiza con maestría. Cuando quiere sorprender, corre el oro sin medida y la boda es un pretexto para cautivar a la mujer que ha tenido la osadía de hacerle frente, bien es verdad que no ha visto nada tan hermoso en los palacios reales. El séquito es numeroso y los festines se suceden sin descanso. Ríen, beben, bailan. Coros y músicos animan los días. Sueñan bajo la luna que viste el río con un largo manto plateado mientras el canto de los remeros mece la noche. Encienden la llama de la pasión con poemas y canciones, con palabras tiernas y besos furtivos. El príncipe hace arrumacos a su esposa, pero ante la cama de inmaculadas sábanas, se inclina para susurrarle:

–Dormid bien, señora. Y que Dios os proteja.

Una noche y otra noche el extraño rito se repite. Marie Casimire, imperturbable, le devuelve los deseos con la gracia de siempre, esperando estar sola para manifestar su despecho. Se siente mortificada. Su esposo se venga de haber sido tratado como un carretero. A su modo quiere humillarla, pero no cede. Nunca, aunque se muera de ganas, le suplicará que la estreche entre sus brazos.

–No os preocupéis –dice Vania–. El príncipe está enamorado pero tiene miedo. No sabe cómo comportarse con una mujer honesta. Hasta ahora sólo ha conocido mujeres de vida alegre que no se andaban con remilgos. No quiere ofenderos ni haceros daño.

–¿Cómo lo sabes?

–He hablado con su criado.

–No soy yo quien debe dar el primer paso. Él me ha ofendido primero.

–No os obstinéis como la reina con el rey Ladislao. Puso cara de pocos amigos durante más de un mes, pero al final fue ella quien llamó a la puerta de su esposo.

–Este consejo no me gusta, Vania. Déjame dormir.

–Que la noche os ilumine, tórtola mía.

Una mañana una tropa de caballeros dispara sus mosquetes desde la orilla. Se acercan a tierra y abandonan los barcos. Una hilera de carrozas espera al príncipe y a su séquito.

–Bienvenida a mis tierras –dice finalmente, girándose hacia su esposa.

De repente se inclina, la levanta, la lleva en brazos a una carroza suntuosa cubierta de placas de plata. La abraza con pasión y la introduce en el coche mirándola fijamente. Sus caras se acercan, se rozan; sus alientos se mezclan.

Una fuerza irresistible los atrae el uno hacia el otro, y cuando la deja sobre los cojines de terciopelo, es ella quien lo hace permanecer a su lado colgándose de su cuello.

–Vuestro deseo es tan fuerte como el mío –dice el Príncipe cerrando de golpe la portezuela.

El cortejo se pone en marcha y sus labios se devoran. Tras las cortinas de cuero, el mundo ya no existe. Un ingenioso mecanismo ha juntado los asientos cubiertos con pieles de lobo y, mecidos por los baches de los caminos, sus cuerpos se abandonan a las mil caricias que les dicta el deseo. Por fin se descubren en la desnudez y se embriagan el uno del otro, mientras su fantástica cabalgada atraviesa el país. Trescientos cosacos, aullando como lobos, arrojan sus hachas doradas a lo alto y las atrapan al vuelo, ofreciendo un curioso ballet de estrellas por encima de las antorchas humeantes que blanden los pajes a caballo caracoleando alrededor del coche de su amo. Los cocheros silban, los látigos cimbran el aire y los músicos, embutidos en carros, no paran de tocar al ritmo de los mosquetes. Así van por llanuras sin fin cortadas por bosques sombríos, de donde emergen techos de bálago y campanarios blancos. Despiertan los pueblos. De todos lados sale la gente del campo y los gritos suben en la brisa de la primavera.

–¡Larga vida para Pan Zamoyski! ¡Que Dios bendiga a Pani Zamoyska!

La pareja así agasajada asoma por la portezuela y saluda con la mano. Los pañuelos púrpura de las mujeres y las chaquetas azules, marrones o blancas de los hombres semejan en la distancia florecillas de los campos. La fortaleza de Zamosc se dibuja a lo lejos en las estribaciones que dominan el Gath. Sus altas murallas prolongan los flancos escarpados de una montaña para cobijar una ciudad entera alrededor del castillo. El carruaje aminora el paso y el príncipe explica:

–Mi abuelo, el vicecanciller, hizo construir todo esto durante el reinado de Henri de Valois, el único rey francés que hemos tenido y que no pudo soportar a los polacos más de seis meses. Mirad esas murallas. Son inexpugnables. Han resistido a los ataques más violentos de los tártaros y de los cosacos. En cuanto a los temibles cañones de Carlos Gustavo, ni siquiera las han descantillado. Ese perro se ha vengado quemando mis pueblos. Pero como podéis ver, ya están reconstruidos.

–No me sorprende –replica la joven–. Cada polaco sostiene la espada en la mano derecha y un ladrillo en la mano izquierda.

–Igual que los judíos de la Biblia en tiempos de Nehemías. Trabajan con una lanza en la mano, desde el alba hasta que aparecen las estrellas.

Marie Casimire, fascinada por el descubrimiento de su nuevo reino, mira por todos lados. Varsovia está lejos, con su corte bien educada donde mariposean tantos cortesanos frívolos, vestidos al estilo francés. Aquí está en la Polonia guerrera. Bajo los gorros forrados, las caras resecas, modeladas por los vientos de los montes y las estepas. Los ojos achinados destellan de forma extraña, y el machete formado con una espada acompaña al mosquete.

La ciudad acoge a su princesa con muchos honores. Por turnos, los representantes de la Academia, los burgueses, los siervos, los judíos, los campesinos hacen discursos y le ofrecen ramos. Guirnaldas y festines, ballets, fuegos artificiales... no falta nada. Pero en el patio del castillo con innumerables ventanas decoradas con molduras de estilo italiano, los criados alineados en una fila perfecta tienen cara de garduña y los intendentes sonríen como serpientes. Saludan humildemente, como se debe, a la vez que

juzgan con el rabillo del ojo a esta nueva señora que no desean pero que deberán obedecer. A partir de ahora ya no podrán obrar a su antojo. Marie Casimire, embriagada por el remolino de ceremonias, no ve ni perversidad ni mentiras. Les habla en polaco. Las aclamaciones dictadas para esta circunstancia, es su respuesta.

–¡Bienvenida a nuestra princesa Pani Maria Kaziemira! ¡Dios le dé larga vida y bendiga a su descendencia!

Al oír estas palabras, el príncipe vuelve a levantar a la joven en brazos y se la lleva al interior del castillo, a los aposentos que se ha preocupado de hacer acondicionar para ella antes de ir a buscarla a Varsovia.

–Mi deseo se enciende, señora –murmura posándola encima de la cama–. Ocupaos, os lo ruego, de que nunca se apague.

–Mi *kochany*[3] *tiaptuta,* querido osito –dice con un mohín goloso–, venid para que bese vuestros labios un millón de veces.

[3] Se pronuncia korjani.

VI

Tras domar al amo, Marie Casimire quiere regentar su casa. Pero no es tarea fácil. Si Juan Zamoyski busca satisfacer su voluptuosidad, los criados no quieren más que estar ociosos. El inmenso castillo es una verdadera torre de Babel donde se atropellan pajes y gentileshombres, secretarios y criados, intendentes y cocineros. Todos dan órdenes y nadie obedece. Por los pasillos interminables, a un salón le sucede otro y todos ofrecen a los ojos las más bellas colecciones del mundo. Sin embargo, todo ese lujo está cubierto de una capa de mugre increíble, por no hablar de las cocinas, donde parecen desconocer la economía. Acostumbrada, por haberlos vivido, a los rigores de Luisa y su «etiqueta», la antigua dama de honor se horroriza.

–¡En mi vida he visto una administración como ésta! –exclama.

Recuerda las reprimendas de la reina y sus visitas inesperadas a los pisos que ocupaba la servidumbre, haciendo sonar las llaves al leve movimiento de su cintura. Todo eso, que era el objeto de sus burlas, ahora se le impone como algo necesario. Al mismo tiempo, hace inventario desde los graneros a las bodegas y sacude a toda esa gente perezosa y trapacista. Pero se ríen para sus adentros refunfuñando. Y Pani Zamoyska no para de hacer oír su voz:

–¿Acaso no soy la señora? Lo hacen todo al revés de lo que ordeno. ¿Por qué no me tratan con la misma consideración que al señor? ¡Por Dios, que todo esto cambie!

Marie Casimire, abrumada, va a quejarse a su esposo, al que encuentra en sus aposentos.

–Estáis manteniendo a unos inútiles. Os roban y además vuestro hermoso palacio parece la casa de tócame Roque. No podré cumplir con mis tareas si no me respaldáis con vuestra autoridad. Sólo escuchan al «Príncipe» y vos calláis como si no os importara. Hablad, os lo suplico.

Juan Zamoyski, muy ocupado en ponerse el sayal y el cilicio, la mira con cara de sorpresa.

–¿De qué estáis hablando? ¿Habéis olvidado, señora, la ceremonia del Viernes Santo? Id a vestiros para ocupar el puesto en la iglesia que corresponde a vuestro rango.

–Dosia, amor mío –implora–, ¿me prometéis intervenir?

–Dejaos de súplicas –contesta con voz tajante–. Sabed que ni siquiera escucharía a Santa María si ahora mismo bajase del cielo y me suplicase en el nombre de su Hijo crucificado.

–¿Por qué sois tan duro cuando sólo intento ser amable? Tendremos mucha compañía el día de Pascua y no sé si...

–Deberíais estar lista, Pani Zamoyska. Vais a hacerme esperar.

Dócil, Marie Casimire se apresura en cambiarse albergando la esperanza de que el Cristo clavado en la cruz la escuche con más atención que su esposo. De la ciudad provienen gritos espantosos al compás del chasquido seco del látigo de los flagelantes. En Polonia, la Semana Santa es sagrada. El pueblo vive cada jornada de la Pasión del Hijo de Dios. La gente lo recuerda y se arrepiente de sus pecados imponiéndose estas penitencias.

–*Miserere nobis!* –grita la multitud.

A la luz de vulgares antorchas, surcan las calles varias procesiones. Marie Casimire y sus damas, el príncipe y todo su séquito de hidalgos vestidos con túnicas negras ceñidas con cuerdas y capuchas con dos agujeros para ver. Con estos atavíos se integran en la multitud que deambula detrás de las pesadas cruces de madera.

–*Iesus pius* –gimen los penitentes–, *Iesus fortis, Deus immortalis, miserere nobis!*

En una mano llevan una disciplina teñida de sangre. Algunas llevan puntas o bolas de hierro. En las proximidades de las iglesias, muchos se tumban boca abajo, y cuando se levantan muestran los hombros desnudos y se flagelan, sin dudar en abrirse la carne con heridas del ancho de un dedo. Con la noche los lamentos aumentan. Las ráfagas de un viento helado los acompañan con lúgubres silbidos. De repente, no se sabe cómo, teas incandescentes abrasan los tejados de paja. El fuego se extiende por la ciudad, suena la alarma y Zamosc grita su dolor en un clamor estridente.

–¡Maldición! ¡Maldición!

La gente corre en todas direcciones en busca de agua y se organizan formando cadenas de hombres. Los cubos pasan de mano en mano. Pero no con la suficiente rapidez para apagar las hogueras. Todo se derrumba alrededor de la plaza, detrás de los bellos arcos de estilo italiano, y el viento arrastra las llamas hacia el castillo.

–Vaciad los depósitos –grita el príncipe antes de desaparecer en la oscuridad.

Quinientos cosacos de su guardia y dos mil soldados de su ejército se dirigen rápidamente a la armería y a los establos. En los edificios que el fuego amenaza, el piafar de los caballos aterrorizados hace temblar el suelo y sus agudos relinchos son insoportables. Sin pensar en el peligro, Marie Casimire se lanza a socorrerlos y ayuda a los palafreneros a ponerlos en un lugar seguro en los cercados próximos.

Al alba, el incendio está dominado. El castillo está cubierto de hollín, pero los muros han resistido. Las dependencias se han calcinado, e igual les ha ocurrido a la Academia, a una iglesia, a un campanario y a treinta y cuatro casas. Marie Casimire, agotada, se detiene bajo la escalera de piedra que conduce al *piano nobile.*

–¿Dónde está Su Señoría el príncipe? –pregunta dejándose caer sobre los primeros escalones.

–En casa del señor conde –contesta un mayordomo.

La inquietud le oprime el corazón. No ha visto a su esposo en toda la noche.

–¿Está herido? –pregunta levantándose sobresaltada–. ¡Deprisa, una calesa!

Momentos después entra en casa del conde Podlodowski. Juan Zamoyski, confortablemente instalado frente a una chimenea, los pies sobre los morillos, bebe tranquilamente una jarra de *krûpnick,* una mezcla de mantequilla, aguardiente, hidromiel y especias que le enrojece las mejillas y le adormece la voluntad.

–Menudo aspecto tenéis –dice mirando a su esposa con aire burlón–. Vestís unos pingajos y tenéis la cara tiznada. ¿Es esa vuestra penitencia, cubriros de cenizas? ¿De tantos pecados os hacéis perdonar?

–Vengo del incendio, señor, donde vuestra presencia se precisaba más que la mía. Porque, después de todo, era vuestro castillo lo que iba a quemarse.

–¡Y eso qué importa! –exclama Zamoyski–. Lo hubiésemos vuelto a construir. Pero sigue allí y, como podéis ver, lo estoy celebrando.

–Aunque el castillo se ha salvado, ha habido muchos destrozos en los alrededores y en la ciudad. Eso costará mucho dinero.

–No me aburráis con cuentas de burgués. Mañana mis intendentes traerán las sumas necesarias y empezaremos a reconstruir en cuanto las piedras se hayan enfriado.

La mira de los pies a la cabeza haciendo una mueca de altanería y añade:

–Quitaos esa túnica, señora. No me gusta veros fea.

Se levanta y se acerca a Marie Casimire, pequeña y desamparada al lado de su gigante de cuerpo esbelto. Con un gesto de seductor sagaz, acaricia el cabello en desorden, los labios con las comisuras tan graciosamente levantadas y se inclina para besarla.

–Venid –murmura con voz llena de deseo–, volvamos a casa, y no tendréis que quejaros de mí.

Pocos días después abandonan Zamosc, entre el estrépito de albañiles y carpinteros, para instalarse en Zwyrzyniec,[1] el Parque, una residencia de verano a orillas de un río. El príncipe se muestra atento y de bastante buen humor. Lleva a Marie Casimire a dar largos paseos por el campo, y visitan los castillos, bastante numerosos en este principado que se extiende por seis mil leguas a la redonda e incluye doce ciudades y quinientos pueblos. Le regala una propiedad con una granja, animales, campos y vergeles.

–¿Todo eso es para mí? –exclama encantada–. Me colmáis de dicha.

–¿Os gusta este *ploskié*?

–Me encanta.

–Os debía una dote. Aquí tenéis una parte. Le añadiremos otras tierras, vos misma las escogeréis.

–Dosia, es maravilloso. No podíais hacerme mayor favor. No está lejos del parque y podré venir a menudo, porque pienso hacer fructificar todos estos tesoros.

–Señora, no conocéis nada de esto. Dejad que se ocupen de ello los campesinos y, si ése es vuestro capricho, venid a pasearos para jugar a granjera.

–No, amor mío. Aprenderé.

–Venga ya, os cansaréis y estropearéis estas bonitas manos. Los trabajos de aguja son un pasatiempo más encantador para una dama de vuestra condición. Y, además, no olvidéis que espero que me concedáis un hijo. Los bienes Zamoyski sólo son transmisibles por vía agnada.

Con frecuencia a caballo o en carruaje, se pierden por los bosques y los prados donde alguna choza, convertida por una orden en palacio, acoge los ardores de su pasión. Celebran festejos, bailes y fiestas de disfraces, comidas campestres, y juegan a la gallina ciega... Del brazo de Marie Casimire, cuya belleza y elegancia son inigualables, el príncipe Zamoyski se pavonea, plenamente satisfecho de poder afirmar su superioridad ante sus amigos de los contornos. Aunque no busca los honores, le gusta singularizarse y por algo lo han apodado «Sobiepan», su propio amo. Al casarse con la favorita de la reina, es como si hubiese instalado bajo su techo la corte de Varsovia y la de Francia que sirve de modelo a toda Europa. Las mujeres hacen muecas, disimulando mal la envidia, y los hombres se divierten. Ahora bien, tres de éstos también ponen mala cara. Son el conde Podlodowski y otros dos hidalgos del séquito del príncipe, los señores Jaboclitski y Goletski, administradores de los negocios y los que le llevan el registro de las cuentas. No ven con buenos ojos la sumisión de su amo a esta joven a la que consideran una rival. Si su influencia crece, ¿cómo seguirán manipulando para su provecho al príncipe, del cual conocen todas sus flaquezas? Se murmuran cosas extrañas en las cocinas y en las propiedades de los alrededores. ¿Por

[1] Se pronuncia Zwirjiniec.

qué se declaró aquel incendio la noche de Viernes Santo? Es la princesa, por supuesto. La maldición pesa sobre ella y los vampiros se han despertado...

Marie Casimire, que disfruta de la mayor felicidad del mundo, no oye los chismorreos provocados por la tontuna y la envidia de la gente. El verano se anuncia en todo su esplendor y su «kochany tiaptuta», su querido osito, al que también llama «Fanfan», está siempre allí para amarla cada noche e incluso de día, colmándola de caricias ante las cuales el tiempo se detiene. Sin embargo, una mañana el príncipe anuncia que se marcha.

–Sólo unos días –dice–. Voy a tomar posesión de las tierras que me ha otorgado el rey Juan Casimiro. Mi vigorosa resistencia a los suecos me vale como recompensa la vaivodía de Kamieniec, otra fortaleza que ya ha repelido a muchos turcos y a no pocos tártaros.

–Volveréis pronto, ¿verdad?

Una angustia inexplicable le hace un nudo en la garganta a la joven, que añade:

–Dosia, juradme que me amáis.

–Vamos, señora –responde riendo mientras un criado le pone uno de esos trajes de estilo francés a los que es tan aficionado–, ¿no os lo he demostrado ya? No os preocupéis, Kamieniec no está en el fin del mundo.

–¿Qué voy a hacer sin vos? –dice acercándose a una ventana abierta sobre el río–. No os habéis ido y ya os echo de menos, mi corazón siente un vacío.

Se arrima a ella y pone las manos sobre las caderas juveniles.

–Cuidaos, Pani Zamoyska. Espero oír pronto que lleváis a mi heredero.

La ausencia no dura mucho. Pero es suficiente para que Marie Casimire se resienta de sus efectos y compruebe que poco a poco el amor se asienta en su alma. Vania tenía razón cuando afirmaba que el amor se aprende. Pero se olvidó decir que lo acompaña ese miedo insidioso, socarrón y doloroso de no ser amada.

–Siempre ocurre lo que tememos –refunfuña la sirvienta–, así que no penséis en cosas tristes.

Estar alegre no siempre es fácil. Marie Casimire no está sola, es verdad. Al igual que la reina, tiene su corte. Pero a diferencia del saloncito de la reina donde se comentaban con ingenio las noticias del mundo, aquí las damas de compañía desconocen lo que hay más allá de su provincia. La mayoría pertenece a la pequeña nobleza y se casaron con castellanos al servicio del «Príncipe», y la llegada de esta dama refinada de la corte real representa para ellas la mayor aventura que pueden imaginar. La escuchan cautivadas pero permanecen escépticas cuando se trata de realizar cambios en sus costumbres. Al igual que la reina, Pani Zamoyska es francesa, una extranjera. Los escotes, los lunares postizos y los peinados extravagantes que luce pueden divertir al señor de Zamosc, que suele llevar más a menudo el traje ornado de lazos y borlitas que el *kontouche*[2] bordado, pero ¿qué esposo polaco que se precie aceptaría esas fantasías impúdicas en su casa? ¿Se atreverían todas esas damas educadas según la tradición polaca a presentarse sin cuello ni gorguera y quitarse el gorro? Cuchichean por los rincones, murmuran y se ríen sarcásticamente. Tras los halagos tejen las intrigas más pérfidas y, con un tono falsamente inocente, inoculan el veneno con sus lenguas de mojigatas: «La belleza pasa... Los excesos no se olvidan... El vicio es tenaz... Dios nos guarde de la enfermedad...». Son pequeñas frases que dejan caer con cuentagotas que causan tantos estragos como el ácido más fuerte.

[2] El *kontouche* es un tipo de abrigo sin mangas, forrado y bordado con pedrerías.

–¿Las has oído, Vania? –dice Marie Casimire cuando, por fin sola en su habitación, puede desahogar su amargura–. Las odio. No quiero volver a verlas.

–Sois demasiado joven y demasiado guapa, tórtola mía. No os lo perdonan.

–No voy a afearme para gustarles. Puesto que sólo tienen sarcasmos en la boca, voy a concederles argumentos para que sigan haciendo de cotorras.

La propiedad de Ploskié se convierte en su refugio. Al galope de su yegua tártara, se dirige allí todas las mañanas y se embriaga con un placer muy particular: el de la propiedad. Por primera vez en su vida, algo le pertenece. Y ese algo no es poca cosa. La propiedad es extensa y posee buenos cultivos. Los suecos no la han devastado demasiado. Los edificios están deteriorados, pero se pueden arreglar. Uno de ellos, bien acondicionado, le servirá de residencia.

–«Mi» casa –dice, imaginando ya el bálago nuevo sobre el verde yerba de las persianas pintadas, las hiedras trepando por las paredes, las pieles de oso delante de la enorme chimenea, los muebles encerados, los objetos de cobre y las telas tornasoladas.

Conversa con los campesinos, inspecciona los campos y pregunta por los cultivos, cuando es la época de la siembra y de la cosecha. Pronto van a segar y en los huertos ya se recogen los frutos. Con faldas de colores vivos, una blusa bordada de flores y un pañuelo anudado debajo de la barbilla, Pani Zamoyska se confunde con las campesinas y se divierte compartiendo sus tareas.

Una mañana del mes de julio, un paje anuncia el regreso del príncipe Zamoyski. Marie Casimire llama enseguida a las sirvientas y se sumerge en la bañera de plata.

–Deprisa, mi vestido de satén rosa y el delantal de puntilla bordada. La crema para la cara, los polvos, el perfume y el colutorio. Sacad también las perlas y los diamantes.

Ríe y canta. Dentro de unas horas su esposo estará allí y ella estará en sus brazos. Los disparos de los mosquetes en la lejanía anuncian su llegada. Los alaridos de los cosacos se acercan, los cocheros silban y los látigos restallan en el aire, los cascos de los caballos retumban sobre la grava del patio, las pisadas de las botas resuenan en la antecámara y oye sus pasos por la escalera… La puerta se abre.

–¡Dosia! –grita corriendo hacia él.

Sonríe y la estrecha contra su pecho.

–Tenía prisa por volver a veros –murmura el príncipe.

Contempla el rostro perfecto y se inclina sobre el escote perfumado.

–Eso es lo que más me gusta, señora. Me volvéis loco.

–Os he echado de menos, mi *tiaptuta.*

La voluptuosidad les devuelve los juegos amorosos que la ausencia había interrumpido. Se besan, se abrazan; se muerden, se arañan; se entrelazan, se separan… La pasión dicta sus leyes hasta que por fin, relajados, estirados uno contra el otro, se miran, sorprendidos de haberse amado tanto.

–El placer, hasta morir –dice con una sonrisa beatífica–. Ése es mi lema, señora. Sabéis satisfacerme y estoy muy contento de ello.

–Mi placer es gustaros, señor, puesto que así me amáis.

Más tarde se sirve un banquete exquisito en el comedor principal donde se han dispuesto tres mesas para los diferentes miembros de esta pequeña corte,

según su categoría. Marie Casimire, resplandeciente, preside la mesa mayor al lado del amo. A su alrededor están sentados los primeros nobles y sus esposas, el capellán y el médico. Criados con trajes al estilo cosaco pasan las tradicionales pirámides de carnes asadas condimentadas con cuatro salsas, sirven la cerveza o el vino de Hungría, y luego van a colocarse en fila cerca de las paredes, vigilando los platos con ansiedad. Las sobras serán su cena. Zamoyski brinda una y otra vez. Los vasos se vacían y se vuelven a llenar. La cadencia se acelera y las copas se levantan una y otra vez. El conde Podlodowski y sus dos compinches, Jaboclitski y Goletski, entretienen a la asistencia con sus bellas palabras, siguiendo con mirada pérfida el efecto del alcohol en el comportamiento del príncipe. Marie Casimire se da cuenta de sus intrigas y se preocupa. Ahora bien, ¿cómo detenerlos sin provocar un alboroto? Se inclina hacia su esposo y se limita a murmurar en un tono alegre:

–Mi almohada es para mi amado y no para un carretero.

Al oír estas palabras, Juan Zamoyski se sobresalta y dice con voz atronadora:

–Callaos, Pani Zamoyska. Vuestros sermones me aburren. Odio a la gente triste. Y vos estáis triste porque no bebéis. Venga, señora, bebed si queréis contentarme. Obedeced. Aquí yo soy el amo.

Un silencio mortal petrifica a la asistencia y Juan Zamoyski lo rompe con una risotada que sus cortesanos corean con igual fuerza. A su lado, su esposa palidece, pero se controla para conservar la sonrisa. Sin perder ni una pizca de gracia, se levanta y se gira hacia sus damas diciendo:

–Creo que ha llegado el momento de dejar a nuestros señores con sus juegos.

Esa noche, el príncipe no se acuesta con ella. Sin embargo, por la mañana está a su cabecera y le pide disculpas. Llora y se arrepiente, haciendo mil promesas para obtener su perdón. Marie Casimire está dispuesta a olvidar el asunto. Se reconcilian tras las cortinas que les sirven de cómplices. Algunas semanas después, por fin anuncia con una mano en el vientre:

–Señor, llevo a vuestro hijo. ¿Estáis satisfecho?

–Ay, señora –dice estrechándola entre sus brazos–, me convertís en el hombre más feliz del mundo.

Le regala perlas tan grandes como avellanas y algunas tierras para agrandar su propiedad de Ploskié. Un correo lleva la noticia a Varsovia. La reina les felicita y renueva su invitación escribiendo:

«Si el aire de Zamosc no le conviene a vuestra honorable esposa, deseamos profundamente que nos la enviéis aquí para mejorar su salud».

–¿Queréis iros? –pregunta el príncipe–. Vuestras indisposiciones me preocupan y me temo que nuestro médico no sea lo bastante competente.

–No, amor mío –dice estrechándose contra él–, ya sabéis que no puedo vivir lejos de vos.

Marie Casimire, olvidando los trastornos que son las molestias normales de un embarazo, se preocupa mucho más por la salud de su esposo. El príncipe está enfermo. La gota, dicen. Pero le asaltan dolores de cabeza que lo hacen gritar y unas convulsiones muy raras que le hacen echar espuma por las comisuras de los labios. En los pasillos, los criados huyen y se santiguan. Ahora la crisis ha pasado y debe cuidarlo para impedir que sus cortesanos lo destruyan con el *krûpnick.* Dosia le ha pedido ayuda y ella se la ha prometido.

Llega el otoño, que despliega sus resplandores mezclados de oro y púrpura por el campo. Abandonan el Parque para ir a la casa solariega de Kreszow[3] rodeada de alerces y abetos, donde celebran cacerías y el príncipe Zamoyski organiza grandes batidas. Cada año espera este momento y se entusiasma cuando le dicen que la caza es abundante en los bosques. Los pajes portadores de las invitaciones parten a galope tendido hacia las propiedades vecinas. Mientras tanto, los monteros se preparan y cuentan los perros. Han enviado a tres mil campesinos ojeadores a las lindes para que se coloquen en buena posición. Los invitados se reúnen en el patio y los caballos piafan. El toque de trompa anuncia la salida y los cazadores lanzan sus monturas y se dispersan bajo el arbolado. Los criados exploran los bosquecillos y los nobles ordenan soltar a los perros.

–Tres jabalíes en la linde –dice el cazador mayor.

El príncipe Zamoyski se detiene en un cruce de caminos para sorprenderlos. Marie Casimire está a su lado, vestida de amazona con un traje al estilo francés. Intercambian palabras amorosas entrecortadas por la risa. De pronto, al final del camino que se encuentra frente a ellos, aparece un caballero con una chaqueta al estilo turco y una capa de pantera. Lo rodea una pequeña escolta y galopa hacia ellos. Bajo su sombrero de fieltro empenachado, la cara de la palatina se petrifica. Desde el primer momento ha reconocido la silueta del hombre que creía haber olvidado.

–¡Sobieski! –exclama Zamoyski–. Qué sorpresa tan agradable. ¡Así que sois nuestro vecino!

–Sólo por unos días. La guerra aún no ha terminado. En la frontera del país seguimos pisando los talones a los suecos y nos llegan rumores inquietantes de Moskovskaya Oblast’.

Se gira hacia Marie Casimire y la saluda ceremoniosamente.

–Perdonad, señora, esta irrupción brusca, y permitidme saludaros respetuosamente, así como desearos felicidad.

–Os conocéis, creo –dice Juan Zamoyski–. He oído rumores de que no dejabais de asistir a ningún baile de la corte.

–Tiempos que duermen en el olvido –responde el oficial con un semblante soñador.

Sus ojos azules se posan sobre la joven, que consigue apaciguar los latidos de su corazón y le pregunta con voz helada:

–Hablabais de guerra, señor. ¿Debo entender que vais a llevaros a mi esposo?

De repente aparece un oso a pocos metros, perseguido por la jauría de perros. Zamoyski se lanza, preparado para atacarlo, y Marie Casimire vuelve grupas. Sobieski le pisa los talones y acerca la montura de la joven a la suya.

–¿Acaso tenéis miedo? –pregunta intrigado.

–Voy a ponerme a cubierto, señor. Estoy embarazada.

Juan Sobieski se inclina enseguida y coge las riendas de la montura de su acompañante. Sus miradas se cruzan y se sonrojan. Le confía con un murmullo:

–No os preocupéis, Marysienka, permaneceré a vuestro lado.

[3] Se pronuncia Kchechov.

VII

En la gran sala de la casa solariega cuyas paredes están adornadas con pieles y trofeos, los cazadores comentan con entusiasmo las peripecias de la jornada. Se han divertido mucho con los jabalíes, a los que la jauría seguía de cerca y que acorralaban con venablos antes de que los perros los despedazaran. Pero lo más divertido fue el feroz y aterrador combate del oso por seis dogos de Inglaterra. El oso mató a los dos primeros de un zarpazo y a los dos siguientes los destripó y, furioso, se levantó sobre sus patas traseras para atacar a los dos últimos cuando el príncipe Zamoyski picó espuelas a su caballo y de un lanzazo certero lo clavó en el suelo. Brindan en honor del amo de la casa, y vacían con alegría las jarras de cerveza.

–Perdonadme, amigo mío –dice el príncipe acercándose a su inesperado invitado–, debería haberos otorgado ese placer. Espero que no me lo tengáis en cuenta.

–Vuestra Señoría puede estar tranquilo –replica Juan Sobieski en un tono ceremonioso–. He tenido el gran honor de asegurar la protección de Pani Zamoyska, y con eso me doy por satisfecho.

Con una expresión divertida, se gira un momento para saludar cortésmente a Marie Casimire. Acompañada por sus damas, está sentada cerca de una chimenea donde chisporrotean unos troncos. La joven disimula su turbación jugando a los dados. La llegada inopinada del portaestandarte real y su regreso juntos a través del oquedal siguen turbándola. ¿Por qué ha vuelto? ¿Por qué la ha llamado «Marysienka»? ¿Por qué hace resurgir los recuerdos tras tanta indiferencia? Son muchas las preguntas que no se ha atrevido a hacerle, prefiriendo dominarse y conservar su dignidad permaneciendo en silencio. El fuego chisporrotea y dora los rostros. Marie Casimire devuelve el saludo al oficial con una inclinación de cabeza y una sonrisa discreta y se concentra de nuevo en el juego, sin dejar de observar a hurtadillas a los dos hombres que hablan entre sí en un tono familiar.

Uno lleva peluca, el otro está tonsurado. Casi tienen la misma edad y la misma estatura, y se conocen desde que coincidieron en el instituto de Cracovia donde, con una disciplina totalmente militar, aprendían historia, filosofía y las ciencias humanas veneradas por los antiguos. Pero a diferencia del señor de Zamosc, que sigue las modas extranjeras, Juan Sobieski es un sármata, fiel a las tradiciones de su país hasta en el traje que adorna con toques orientales. Esta noche ha cambiado su uniforme de húsar por un *kontouche* forrado y bordado con hilos de oro. Al lado del larguirucho Zamoyski, desenvuelto y cambiante, que pasea su mirada un poco triste por lo que le rodea, Sobieski, de espaldas anchas y fuertes, voz potente, mirada viva y ademanes rápidos, es el típico hombre de acción. Su valentía y su coraje le han valido la estarostía de Yavoriv, a diez leguas de Zamosc; el título de portaestandarte real y luego el grado de coronel, y sólo tiene veintinueve años.

–La República está en peligro –dice con una voz grave.

–¿Por qué sois tan pesimista? –replica Zamoyski–. El enemigo ha sido repelido por todos lados.

–Bien es cierto que hemos recuperado nuestra Polonia, pero todo está quemado, saqueado, se cuentan los muertos por miles, y en el estado de debilidad en que estamos, el rey hace cualquier cosa. Está pagando un tributo anual y derechos sobre nuestras minas de sal a Austria. Incluso ha prometido su trono al emperador para que se decida a enviarnos refuerzos. Y si no

hubiésemos hecho capitular a Ragotski en sus montañas de Transilvania, hubiésemos perdido Poznan y Cracovia, que se le habían prometido en el más absoluto de los secretos.

–Sí, ya lo sé. También he oído que Juan Casimiro quiere formar un ejército con campesinos. Eso no es bueno ni para nosotros ni para Polonia. Que el Sejm se reúna y le opondremos nuestro veto, no hace falta decirlo. El sable es para nobles, no para labrantines.

–Los labrantines, como decís, han luchado como leones, y los necesitaremos. Todavía no se ha firmado la paz.

–¿Y qué esperamos? He oído decir que Carlos Gustavo nos suplica de rodillas que se la concedamos.

–Con unas condiciones que rechazamos. Y la guerra sigue. Estamos reconquistando nuestras tierras de Prusia y el rey, empujado por la reina, nos apoyará personalmente cuando asediemos Torún. Preparad vuestros regimientos, Sobiepan. Reclutad todo lo que podáis. Es lo que he venido a deciros de parte de Su Majestad.

–Por la Virgen de Jasna Góra, ¿dónde voy a encontrar el dinero para las pagas? Nuestras estarostías ya no producen los ingresos de antaño, y los prestamistas judíos nos sacan todo el dinero.

–Vamos, amigo mío, cuando la salvación del país está en juego, no hay nada más importante.

Sobieski vacía de un trago su jarra de cerveza y luego se inclina hacia su huésped y baja el tono para preguntar:

–¿Cómo estaba Kamieniec?

–Tranquilo.

–¿La guarnición está bien armada?

–Es un auténtico polvorín.

–Vigiladla bien. Esa fortaleza es nuestro cerrojo contra los turcos, y los oigo merodear en la lejanía.

–¡Venga ya! –exclama Zamoyski con voz sonora–. Desde que mataron a vuestro antepasado y a vuestro hermano, ésa es vuestra obsesión. Por ahora yo desconfiaría más bien de los cosacos y los moscovitas. La muerte del viejo Bogdan ha despertado las tensiones a lo largo del Boristenes. Espero el regreso de mi hermana, la duquesa Wisnowieska, para tener noticias más detalladas.

Marie Casimire, que durante todo este tiempo ha mantenido los oídos bien abiertos, se estremece al oír esas palabras. La visita de esta cuñada cuya autoridad se ejerce incluso sobre el príncipe, dicen en el principado, se anuncia como una tempestad. Tenía razón al preocuparse cuando vio llegar al húsar. Sin duda alguna, su compañía no es de buen augurio. En el baile de la noche de San Juan, le había explicado entre risas que en el momento de su nacimiento un rayo cayó sobre la fortaleza de Olesko donde su madre estaba dando a luz y el estruendo volvió sorda a su ama de leche. ¿Habrá adquirido desde ese momento el don de atraer las tormentas?

–¿Qué ocurre? –grita Juan Zamoyski–. Ya no oigo los violines y no queda cerveza. Vamos, amigos, que no estamos en un entierro.

La música se reanuda, los criados se apresuran y las copas chocan con carcajadas como ruido de fondo.

–¡He ganado! –dice una dama después de haber lanzado los dados–. ¿Queréis una revancha, Pani Zamoyska?

–¿Y de qué serviría? –contesta–; siempre pierdo en el juego.

–Porque no estáis concentrada –señala Sobieski en un tono guasón.

La conversación con el amo de Zamosc no le ha impedido observar a Marie Casimire. Su regreso silencioso por el bosque ha reavivado el fuego que lo abrasaba cuando, tres años antes, llevaba la fina cintura de la chica y la hacía doblar sobre su brazo. Mil detalles le queman la memoria. Bajo los artesonados de Varsovia, sus encantadoras manos le aprisionaban los dedos, sus adorables pechos temblaban a cada paso y, en el hueco del escote, una peca que se moría de ganas de devorar lo embrujaba. Ahora la favorita de la reina es una esposa muy deseable. ¿Por qué no se atrevió a pronunciarse antes de que fuese demasiado tarde? También es verdad que la guerra le mantenía totalmente ocupado. ¿Acaso podía pensar en su felicidad cuando su país estaba a punto de arruinarse? Pero sobre todo estaba el miedo a una madre austera e implacable que sólo concibe el amor en el rigor del honor y se olvida del corazón. Theophila Danillowicz Sobieska le había hecho jurar a Juan que vengaría a Marc, el hermano mayor y su hijo preferido, que los turcos habían decapitado cinco años antes. Ultimo heredero de su ilustre familia, no podía decepcionarla y perder la oportunidad de merecer una consideración materna demasiadas veces rechazada.

–Estoy seguro de que si me permitieseis jugar una partida con vos –añade acercando una silla de tijera–, ganaríais.

–Sé, Pan Sobieski, que hacéis profesión de complacer a las damas. ¿Llegaríais hasta el extremo de jugaros el sable?

–No perderé nada, señora –replica–. Sois vos la que os anotaréis el punto; me parece que ya habéis decidido ganar.

Marie Casimire reencuentra esa locuacidad con la que sobresalía en los juegos favoritos de la corte, donde la gente se araña con palabras llenas de ingenio.

–Señor abanderado, sois un diablo malo al que me abstendré de tentar. Prefiero que me habléis de Varsovia.

–El Palacio sin su «Arca» ya no tiene atracción, señora, pero todavía recitan los versos de nuestro galante poeta, el señor Morsztyn, llorando vuestra ausencia:

> Y los corazones van a ella en homenaje, en ofrenda,
> como hacia un templo, como hacia un Arca…

Una sonrisa socarrona le hace apretar los labios y su mirada se endurece. El húsar se acuerda y apenas disimula su emoción. Sin embargo, ¿por qué la despreció antaño, cuando una palabra hubiese bastado, una palabra que deseaba tanto y que hubiese cambiado el curso de sus vidas? ¿Porque sólo era una doncella de la reina? Al oficial fogoso le gustaba jugar a dos bandas. Poco le importaba por aquel entonces romper un corazón de quince años y poco le importa ahora abrir las heridas cerradas. Sin duda alguna, seducir a la palatina Zamoyska le ofrece un juego más candente. Consciente de su rango y de lo que representa ahora para la aristocracia polaca, Marie Casimire saca pecho y mira de arriba abajo al joven diciendo en un tono muy altivo:

–Os felicito por vuestra memoria, señor abanderado. ¿Cómo está Su Majestad la reina? Cuando la veáis, decidle, os lo ruego, que soy feliz al lado de mi esposo el príncipe Zamoyski.

Pero cuando, un poco más tarde, Juan Sobieski se levanta para despedirse, lo mira con melancolía y murmura a hurtadillas:

–Volveremos a vernos, ¿verdad?

–El destino tiene sus leyes, señora –responde inclinándose–. Nadie puede cambiarlas.

Pocos días después, todo se complica. Sobre el traje francés, el príncipe Zamoyski se ha anudado una larga bufanda de seda blanca. Parte para la guerra. Con una escolta de mil quinientos caballos, dos mil criados, mil carros y tres mil bueyes, conduce su regimiento al pie de las murallas de Torún en la zona prusiana, la ciudad que el rey Juan Casimiro va a asaltar. ¿Cuánto tiempo durará el asedio? Nadie puede predecirlo y Marie Casimire, tras una ventana, acompaña con la mirada anegada en lágrimas a la impresionante columna que se aleja más allá de las montañas. Las últimas nubes de polvo desaparecen en el horizonte, y la inquietud le asalta el corazón. De repente se enfurece contra Juan Sobieski. ¿Acaso no es él quien ha truncado su felicidad llevándose a su esposo?

El otoño muere y las primeras borrascas de un invierno helado azotan Zamosc. Esas borrascas llevan en su estela a la imponente Griselda Wisnowieska, que vuelve de Ucrania y recupera sus derechos bajo el techo de sus antepasados. Con su hijo Miguel, de diez años, y las doscientas personas de su séquito, ocupa un ala entera del castillo que se dispone a vivir bajo su ley. Gruñe, vocifera, critica, se burla, espía e intriga… La atmósfera se carga y se hace irrespirable. Marie Casimire, desbordada, se refugia en el Parque donde espera a su esposo, temblando ante la duda de si volverá. Y cuando por fin el galope de los caballos, los chasquidos de los látigos y los alaridos de los cosacos despiertan los bosques de los alrededores, una fiebre lenta la consume. Los médicos, preocupados por la violencia de los dolores y las náuseas, no saben qué prescribir; se temen lo peor y acogen al príncipe con caras compungidas. Juan Zamoyski, descompuesto, se acerca a su esposa.

–He venido en cuanto mis deberes me lo han permitido –dice cogiéndole la mano–. No sabía que estabais tan mal.

–Dosia –dice débilmente–. Voy a morirme, ¿verdad?

–No, amor mío –susurra, ahogando un sollozo–. Os llevaré a Varsovia. Los cirujanos de la reina os salvarán.

–¿Vendréis conmigo, Dosia? Os lo suplico, no me dejéis sola.

–Me retienen asuntos muy urgentes, pero me reuniré con vos lo antes posible. Os lo prometo.

Se inclina sobre el rostro ardiente de su esposa.

–Os necesito –añade, susurrándole al oído–: Necesito vuestras caricias y los placeres con los que me colmáis. Vendré a reunirme con vos y no volveré a separarme de vuestro lado.

–Entonces viviré –dice con una sonrisa débil.

Pani Zamoyska, a bordo de una litera acolchada con pieles que han colocado sobre un trineo de plata, y su séquito de cuarenta personas atraviesan los campos nevados en una carrera vertiginosa, parándose sólo para cambiar las monturas. El viaje es una tortura y, cuando el servicio ya agotado cruza las rejas del Palacio del Jardín, transporta a toda prisa a una mujer extenuada a una habitación colindante a los aposentos de la reina. La soberana no está allí. Está en Prusia con el rey y toda la corte, pero ha dejado allí a su viejo médico francés, Augustin Courrade, que vino de Nevers con su cortejo. El médico se ha especializado en el tratamiento de enfermedades de la mujer. Ha enumerado siete y las cura todas utilizando un agua de

propiedades especiales cuya fuente está en el Nivernais. Se coloca los quevedos, procede al diagnóstico, y declara con su voz sonora que colorea un fuerte deje de la región:

–Observo una sofocación de la matriz debida a un exceso de furores. Pero no os preocupéis, señora. La hidra[1] no es invencible. Tenemos lo necesario para fulminarla: ¡la beneficiosa agua de Pougues! Acabo de recibir un pedido de trescientas botellas cuyos elevados gastos han corrido a cargo de Su Majestad. Dios os protege, porque es un milagro que hayan cruzado tantas fronteras sin romperse en estos tiempos confusos.

De hecho, cuando la reina regresa dos meses más tarde, Marie Casimire puede levantarse para ir a su encuentro y arrojarse en sus brazos. Se abrazan llorando y se congratulan.

–Ay, querida mía –dice la reina, más animada–. ¡Menuda aventura! Estaba en un fuerte desde donde veía los dos ejércitos como el de Chaillot a la puerta de Grenelle. Los polacos no bajaban la guardia. ¿Sabéis que al final nuestros enemigos estaban tan debilitados que cargábamos los cañones con carne de caballo y nos respondían arrojándonos quesos holandeses?

–Os arriesgáis demasiado, señora –dice Marie Casimire retorciéndose las manos–. La guerra no es esa comedia que explicáis. Os seguí a Praga y vi la carnicería que hacían las balas de cañón.

–Tranquilizaos, querida, los hemos exterminado. Los suecos han capitulado. De los dos mil quinientos hombres que defendían Torún, sólo han dejado la ciudad setecientos. Desde mi portezuela, los veía pasar cabizbajos delante del rey a caballo y de nuestros ejércitos en orden de combate.

–¿Cómo habláis así de esas cosas, señora? ¿No sois sensible al número de muertos?

–Ojo por ojo y diente por diente, querida princesa. –Adopta un aire pensativo y añade suspirando–: Con el tiempo, la guerra endurece los sentimientos.

Una puerta se abre en ese momento, y el rey Juan Casimiro entra en el saloncito, rodeado por un cortejo de enanos, perros y monos que le son tan indispensables como el aire que respira. Con un loro en el hombro, se acerca a Marie Casimire y se planta delante de ella haciendo una mímica graciosa.

–Me he enterado de que estáis enferma... Pero veo que os encontráis mejor. Para distraeros, he traído esto.

Deja caer sobre las rodillas de la palatina una bolita de pelo que no es otra cosa que un perro enano no mayor que un ratón. Todo el mundo ríe y se extasía. Juan Casimiro se vuelve a poner serio y dice con voz grave:

–El príncipe Zamoyski se ha portado bien. Estoy satisfecho de él y me gustaría verle. ¿Dónde está?

Al oír estas palabras Marie Casimire rompe a llorar. El rey hace una mueca y se retira rápidamente. La soberana se queda a solas con su protegida.

–Serenaos –dice acariciando las manos de la chica–. Veo que tenéis muchas cosas que contarme. ¿Acaso se atreve el señor Zamoyski a maltrataros?

–Cuando está a mi lado, no sabe qué hacer para manifestar su amor. Pero en cuanto nos separamos, ya no se preocupa de mí, como si dejase de existir. Sollozaba sobre mi litera, jurando que vendría cuanto antes, pero desde entonces sólo me acompaña su silencio. No contesta ninguna de mis cartas, y Dios es testigo que no dejo pasar un solo correo.

[1] En un tratado escrito en 1634, Augustin Courrade compara las enfermedades de la mujer (enumera siete) a una hidra.

Luisa la escucha frunciendo el ceño y responde en un tono desenvuelto:

–Vuestro embarazo os cansa y lo veis todo negro.

–Hay más cosas, señora, y me avergüenza confesároslo. Me deja sin dinero. Me veo obligada a devolverle mis criados uno a uno, porque no puedo pagarles su soldada. Ni siquiera puedo comprar el lino necesario para el parto. Guardo lo poco que me queda para asegurar el alimento de mis damas. En cuanto a mí, no hago ningún gasto porque la tristeza me impide comer.

La reina se crispa. Un desagradable sentimiento de culpabilidad le recuerda la responsabilidad que tuvo en esa boda. ¿Habrá hecho una mala elección para su favorita?

–El príncipe es un hombre de honor –replica–. Lo ha demostrado en combate; no puedo creer que os deje voluntariamente en la inopia. La guerra ha vaciado nuestras cajas y son tiempos difíciles. Apuesto que busca, al igual que todos nosotros, ducados contantes y sonantes.

–Entiendo esas cosas, señora. Pero esa no es la cuestión. Todo es culpa de los gentileshombres que lo rodean. El mariscal, el tesorero y los intendentes no son personas honorables. Lo halagan y después le roban. Lo entretienen con la bebida para sonsacarle mil ventajas y comprometen su salud. Mi presencia les molesta y, para separarnos, se valen de las más mezquinas estratagemas.

Los ojos de la reina se turban y su mirada se endurece bajo la frente que muestra unas incipientes arrugas. Reflexiona jugueteando con los flecos de su escofieta y dice:

–Vuestro asunto es fácil de resolver. Primero, vamos a curaros. Del dinero, no os preocupéis. Recibiréis una pensión como antes y yo mantendré a vuestras damas. En cuanto al príncipe, decidle que el nacimiento es inminente. Estará obligado a venir a la corte y sabremos obligarle a permanecer a nuestro lado mediante algunas ventajas seductoras.

–Sin vos estaría muerta –dice Marie Casimire, agradecida.

La soberana se levanta y sigue su discurso caminando de un lado para otro.

–Una idea me da vueltas en la cabeza y necesito contar con la lealtad del señor Zamoyski. Vamos a reforzar la República, darle otras leyes, una autoridad. Eso es lo que les falta a los polacos... mientras que en Francia...

Se detiene ante la joven, desconcertada.

–Pero todo eso son asuntos de política para más adelante –sigue diciendo en un tono de broma–. En cuanto hayamos firmado la paz. Mientras, venid a mi gabinete. Debo tener una crema mágica para una tez irresistible. Vuestra fuerza está en vuestra belleza, no lo olvidéis nunca.

Juan Zamoyski llega una mañana de abril y se instala en Palacio. Marie Casimire le ha reservado una habitación en su antecámara y le ha cedido un gabinete de mármol que le sirva de salón, donde recibir a sus invitados. De manera muy hábil, lo separa de las personas de las que ella no se fía, y mediante la ternura restablecen su intimidad. Sueltan todos los reproches acumulados, se perdonan llorando y se abrazan con ardor. La risa ahuyenta los malentendidos y esperan con impaciencia la llegada del heredero que llevará el nombre de su padre y de sus numerosos antepasados. Pero, días después, Marie Casimire trae al mundo una niña y Juan Zamoyski refunfuña.

–No estéis decepcionado, Dosia –le dice melosa–. Volveremos a empezar y eso nos procurará más placer.

La reina, que se ha instalado para la ocasión al lado de su favorita con médicos y capellanes, coge al bebé en brazos y declara:

–Mi ahijada. ¡La llamaremos Marie-Louise!

Celebran las fiestas del bautizo y el rey distribuye favores. Juan Zamoyski recibe el palatinado de Sandomierz y el título de senador. A partir de ahora su voz será preponderante en el Sejm, y deberá presentarse más a menudo en la corte. Si el príncipe es indiferente a tantos honores, Marie Casimire no esconde su felicidad. En el Palacio del Jardín ha reencontrado sus antiguas costumbres y sus gestos familiares. Ya no es una extranjera, como en Zamosc, del que ahora teme la soledad y la hostilidad. Varsovia es seguramente más atrayente. Entre las ventajas, está la de conservar a su esposo y no tener que padecer más unas relaciones nefastas.

Por todos lados la ciudad bulle. Se reconstruye rápidamente lo que los suecos han quemado. Esta vez es definitivo. Los han vencido y ya no volverán. Se celebran fiestas continuamente. Coros y violines llevan la batuta y Marie Casimire triunfa. Su ingenio cautiva y su belleza hechiza. La joven palatina ha superado a la antigua favorita de la reina. Poetas, científicos, húsares y pequeños marqueses se disputan el honor de agasajarla. Su risa desvanece las nubes de la tristeza, y Zamoyski lo observa todo con aire de satisfacción. El éxito de su esposa distrae su buen humor y adula su vanidad. ¿Acaso no pertenece al señor de Zamosc la mujer más bella del reino? Y cuando en la penumbra de la alcoba sus largos brazos enlazan al pequeño cuerpo de voluptuosas curvas, su ardor no disminuye y lo acompañan regalos fuera de lo común.

–No puedo cansarme de vos, señora. Y a mi deseo se añade el que abrasa las miradas de los hombres que os divierten.

–Decidme que me amáis, Dosia, y me sentiré satisfecha.

–Sólo existe el placer, señora. Sin él no hay amor.

–¿Y qué hace vuestro corazón, señor?

–Guardad vuestras preguntas para los poetas y petimetres, y no me atosiguéis con ellas.

Pero una noche, la risa sonora de Juan Sobieski resuena de punta a punta de la galería. Su alta silueta destaca sobre la asamblea de cortesanos que llena los salones y se inclina ante los soberanos, que le felicitan. Se honra al estarosta de Yavoriv, promovido a primer portaestandarte real. Los músicos tocan una «marcha de estilo polonés» y Marie Casimire disimula su turbación detrás del abanico cuando viene a ofrecerle el brazo. El rostro curtido por el viento luce una sonrisa resplandeciente que barre cualquier género de duda. El encanto del seductor hechiza a la joven palatina, que se deja arrastrar en los reflejos de las arañas.

–¿No os alegráis de volver a verme, Marysienka? –dice la voz cálida muy cerca de su oído.

Se estremece y se prohíbe perder la cabeza. Como en el pasado, sus pasos concuerdan y la divierte con retruécanos. Ella sonríe y bromea.

–¿Es el azar el que vuelve a reunimos o el destino del que me hablabais antaño?

–No creo en el azar, Marysienka. Sólo está el destino y las sorpresas que nos reserva.

VIII

El viento otoñal arrastra las hojas secas, que se arremolinan y motean el césped como puntos de bordado rojizo. Sentada bajo una enramada, con el rostro descompuesto, está Marie Casimire, ensimismada tras los velos de luto. Para ella terminaron los bailes y los violines han enmudecido. El verano se llevó a su hija, un bebé demasiado enclenque que se apagó en plena noche. Y para sumarse a su dolor, Juan Zamoyski, alarmado por un despacho, acaba de regresar a su principado.

–Sólo cojo una pequeña escolta –le explica– y quemaremos etapas. Disponéis de todo el tiempo del mundo para reuniros conmigo con vuestras damas y nuestros criados.

Demasiado debilitada por su tristeza, no ha podido seguirle y le preocupa esa partida precipitada. ¿Realmente existe un asunto grave o es sólo una estrategia del conde Podlodowski para volver a someter al amo a sus caprichos? Dentro de unos días sabrá a qué atenerse, cuando regrese al principado. La invade un extraño presentimiento. Tendrá que volver a afrontar las caras hostiles y a sentir las intrigas. ¿Durante cuánto tiempo seguirá luchando contra esas influencias nefastas? ¿Dispondrá de fuerza suficiente para hacerlo? De repente siente un gran vacío en su entorno, una lasitud cercana al desánimo. Todo iba bien en Varsovia. Dosia parecía ser feliz. Las asambleas del Sejm lo mantenían ocupado, y los dos se embriagaban de placer en las diversiones de la corte. Pero tras las diversiones vienen las pruebas, en la misma abundancia.

Su mirada vaga por las aguas reverberantes del Vístula. Chalanas cargadas de madera se deslizan lentamente por el río y el canto de los barqueros se alza en la brisa de olores húmedos. La campana de un convento cercano toca a vísperas. Marie Casimire se santigua y junta las manos para rezar, pensando en el pequeño cuerpo inerte que descubrió una mañana, una imagen cruel que se esfuerza en borrar de sus pensamientos. Sufrir con paciencia, le ha dicho su confesor. Dios no deja sin recompensa ningún dolor, por pequeño que sea, si se sufre por Él.

–Aceptar es imposible –murmura–, y, sin embargo,

A ti, Señor, elevo mi alma,
alivia los ahogos de mi corazón.
Hazme salir de mis angustias,
ve mi aflicción y mi pena,
En ti espero, Señor.[1]

–¡Amén! –responde un hombre escondido entre las hojas.

La palatina reconoce aquella voz cálida y se sobresalta. No tiene tiempo de girarse. Más ágil que un felino, Juan Sobieski pasa por encima de un macizo de rosas y se inclina ante ella. Las botas entrechocan, el sable resuena sobre las espuelas, y la capa de pantera engalanada con pedrería acaricia con sus ondas el cuerpo del galán revestido de cuero guarnecido con oro.

–Por fin os encuentro –dice sentándose a su lado–. Ahuyentad las malas ideas, Marysienka, y sonreíd.

La llegada repentina del oficial ilumina el rostro de la joven. Se han visto más de una vez en las fiestas de la corte. La amistad de Juan Zamoyski con el

[1] Salmos, 25 (V. 24), Biblia de Jerusalén.

vecino de Yavoriv favorecía sus encuentros y, puesto que podían permitirse ciertas familiaridades, entre los dos había nacido una complicidad.

–Tenéis razón –dice–. Intento olvidar, pero en cuanto estoy sola, los recuerdos no me dejan. ¿Qué chismes vais a contarme para entretenerme?

Al oficial no le faltan buenas palabras. Marie Casimire melindrea detrás del abanico y de repente se percata del uniforme de combate. Su mirada se ensombrece.

–¿Debo entender que también vos os marcháis?

–Soy un guerrero, señora, ya lo sabéis. El deber me llama a Prusia. Su Majestad me envía al lado del Mariscal, que está desbaratando los últimos focos de resistencia, y quería saludaros.

–Tened cuidado –dice conteniendo la emoción.

Sus grandes ojos negros se sumergen en el lago de los ojos azul cielo del apuesto guerrero y rápidamente se desvían hacia una bolsita de terciopelo que abre nerviosamente. Del interior extrae un escapulario de oro engastado en piedras preciosas.

–Llevadlo, Juan –dice dominando el temblor de su voz–, y no lo menospreciéis. No porque os lo haya dado yo, sino por las reliquias que lleva la cruz. Si por desgracia cayerais en combate, hallarán en vos la marca de un buen cristiano.

Sobieski, estupefacto, no rechista. Desliza la joya alrededor de sus dedos y se la lleva a los labios.

–No lo consideréis como un favor –añade–. Es algo que haría por cualquiera.

–Venga, señora –replica con un destello en los ojos–, ¿no me he ganado una parte de vuestro corazón?

–Dándoos este escapulario que aprecio –dice con voz grave–, os trato como a un hijo. ¿Aceptaréis por mi parte un afecto maternal?

El hoyuelo tiembla en el hueco de la barbilla y los ojos claros se giran para esconder la turbación que los invade. Juan Sobieski se levanta, se inclina y desaparece bajo la frondosidad. Marie Casimire, perpleja, intenta entender el motivo de esa brusquedad. ¿Habrá entendido mal sus palabras el portaestandarte real y las habrá considerado inoportunas? Pasos sobre la grava de un camino, acompañados de risas y alegres palabras, interrumpen el curso de sus reflexiones. La reina, a la que siguen sus damas, desciende hasta la orilla llena de cisnes, nutrias y flamencos rosa. Deja el refugio de la enramada y la palatina se une a ella rápidamente.

–¿A qué viene tanta melancolía en este hermoso rostro? –pregunta la soberana.

Marie Casimire duda un instante antes de responder y decide guardar en secreto la entrevista. Suspira y murmura con cara compungida:

–Me entristece dejaros, señora.

–Confesadlo todo –replica la soberana observándola con su mirada incisiva–. Teméis regresar a vuestro hogar y aburriros.

–Me pregunto sobre todo en qué estado se encontrará el señor Zamoyski cuando lo vuelva a ver rodeado de sus hidalgos.

–Una palabra bastará, querida. Os espero a los dos en Dantzig. Nos vamos dentro de poco con la corte. Las negociaciones de paz nos mantendrán ocupados durante todo el invierno.

En su carruaje tirado por seis caballos atigrados con suntuosos jaeces, Marie Casimire se deja acunar sentada en los cojines de terciopelo. Frente a

ella, las damas de compañía dormitan. Puede sonreír y tararear una canción sin temor a que adivinen sus pensamientos. No es el regreso a sus castillos lo que la pone de buen humor, sino la perspectiva de reunirse con la corte en Dantzig y disfrutar de sus entretenimientos lo antes posible. Y en este preciso instante, sus pensamientos se dirigen al caballero engalanado que se acerca a la portezuela aprovechando que el tiro cruza las rejas del Palacio. Bajo el gorro forrado los ojos azules de Juan Sobieski son dos brasas.

–Aceptad mis excusas, señora –le dice–. Me he comportado como un patán y por ello os pido humildemente disculpas.

–Me habéis dejado sin aliento, señor. Creía haberos ofendido.

La recorrió de arriba abajo con su mirada de entendido:

–Este sombrero os sienta de maravilla. Lo reconozco, cometería un error si rechazase a una «mamá» tan guapa.

Marie Casimire se cubrió el rostro con la máscara de cuero[2] para disimular una sonrisa de satisfacción. En un tono desenvuelto, le preguntó:

–¿Estaréis en Dantzig?

–Apuesto a que vos también estaréis allí.

–Lo habéis adivinado. Ahora mismo voy a buscar a Dosia.

–¿Me concederéis el primer baile?

Como respuesta, le tendió la mano enguantada de seda. Sobieski la rozó con sus labios murmurando:

–¡Hasta pronto, Marysienka!

–¡Nos veremos en Dantzig! –replicó la joven mientras el portaestandarte real espoleaba su montura.

Le vio lanzarse a galope tendido, rodeado de sus caballeros, y desaparecer al final de un camino. Desde ese momento tuvo el corazón en vilo. Tras los párpados entornados desfilan escenas, pero sólo ve a Juan Sobieski, sólo a él, siempre a él, en la luz dorada de mil velas. El cuerpo magníficamente musculoso que se inclina con gracia para hacerla bailar, la tez curtida por los vientos, los dientes brillantes, los ojos de un azul celeste... Y la cálida voz que se desliza en su interior como un rayo de miel. ¿Está enamorada? Se estremece sólo al imaginarlo y ahuyenta enérgicamente ese pensamiento que la turba. Sin embargo, no puede negar la inquietud que siente cuando sus manos se tocan, los cosquilleos de su cuerpo cuando cruzan las miradas y el calor en las entrañas cuando lo tiene tan cerca que puede percibir el olor de su piel. ¿Será lo bastante fuerte para jugar con la llama de esas peligrosas sensaciones sin quemarse para siempre ni caer en pecado? ¿No sería más conveniente rechazar al húsar despreocupado y pensar sólo en proteger su matrimonio? Una única respuesta le viene a la mente: Juan Sobieski ha vuelto a cruzarse en su camino, y no quiere perderle. No para hacer de él un amante, sino el cómplice de un pasado familiar, un confidente, un hermano... ¿Por qué no un hijo? Al ofrecerle su amor de madre, lo atraerá a la intimidad de su hogar y conservará el honor.

«¡Nos veremos en Dantzig!», murmura mientras cierra los ojos para soñar mejor.

Pero el viaje desemboca en desengaño. Cuando ve las montañas de Zamosc en el horizonte barriendo el cielo, divisa las siluetas de hombres armados que se pasean por las murallas de la fortaleza y nota que los campos están desiertos. En las inmediaciones de los muros, riadas de gente a pie o en carro

[2] Las damas de condición no viajaban sin una máscara de cuero que aguantaban con la mano y que usaban para protegerse el rostro del viento, el polvo y el frío.

se dirigen a toda prisa a la poterna. Han abandonado sus pueblos para refugiarse en la ciudad, que se prepara para resistir un asedio. La guarnición está alerta, los hombres han vuelto a las posiciones de defensa y, en el castillo, el príncipe Zamoyski acoge a su esposa con un golpe de espada en el talón de la bota.

–Son los cosacos, señora. Ucrania se despierta. Una vez más se sublevan. El hijo de Bogdan se ha aliado con Moscú y aniquila a todos los que no quieren seguirle.

El año pasado, de una punta a la otra de Polonia todo el mundo se alegró cuando se enteraron de la muerte del viejo Bogdan, que diez años antes había tomado el mando de los cosacos encolerizados. Lo que pedía para tranquilizar a los suyos no era imposible: una autonomía en el marco de una federación. Ahora bien, su desaparición, lejos de apagar los rencores, había provocado una crisis. En la orilla izquierda del Boristenes, la población seguía a su hijo Georges que, respaldado por el zar, proclamaba la independencia, mientras que en la orilla derecha se conformaban con algunas libertades acordadas por Juan Casimiro y seguían siendo fieles a la República.

–Estamos pagando las consecuencias de nuestra debilidad que ha dejado proliferar las víboras –sentenciaba Zamoyski.

La puerta del salón se abre bruscamente y Griselda, que ha oído las últimas palabras de su hermano, exclama con violencia:

–Tendemos la mano y nos arrancan el brazo; pronto nos cortarán la cabeza.

Para ella, los cosacos siempre han sido bestias de carga endurecidas por el látigo. Desde que tuvieron la osadía de degollar a su esposo, el gran duque Yaréma Wisnowieski, y devastar sus bienes, su odio no encuentra palabras para designar aquello que sólo merece el fuego del infierno. Se gira hacia Marie Casimire:

–He oído, señora, que pensáis ir a Dantzig. No es momento de celebraciones para el señor Zamoyski. ¿Creéis que tiene ganas de ir a bailar cuando el enemigo se prepara para despojarlo?

–Griselda, mi querida hermana, estáis ofendiendo a Pani Zamoyska –interviene el príncipe.

La duquesa se deja caer pesadamente en una butaca y sigue refunfuñando:

–¡En qué manos descansa la suerte de Polonia! Una corte extranjera que sólo piensa en frivolidades.

Marie Casimire, que hasta ahora había permanecido sin participar en la discusión, petrificada por todo lo que oía, replica con una voz fría:

–Si no os gusta esa corte, señora, pagadla con la gente de vuestro rango. ¿Es que no es vuestro Sejm el que ha colocado a los Vasa en el trono? ¿No es vuestro Sejm el que ha animado al rey Juan Casimiro a casarse con la reina Luisa, su cuñada? Y creo que os equivocáis al quejaros de la reina, aunque francesa, porque no ha dudado en vender sus joyas para armar Polonia contra los suecos.

La nobleza que rodea al príncipe se burla de lo que llaman «chismorreos de mujeres», y éste, aburrido, se congratula con ellos. El alborozo de sus risas cubre muy pronto el de las jarras que chocan entre sí. Marie Casimire mira a los unos y a los otros ultrajada y comenta:

–¡Esto ya no es un castillo, es una posada!

Con andares nerviosos, se dirige hasta la puerta. Las risas burlonas se clavan en su espalda como puñales. En un arrebato de orgullo, se gira hacia su esposo y lo increpa con voz seca:

–Tenéis una manera muy curiosa de recibir a la madre de vuestro hijo, señor. No permaneceré ni un minuto más en esta casa de tócame Roque. Ahora mismo me voy, me instalaré en el Parque. Os recibiré de buena gana cuando estéis más dispuesto.

Por vez primera, ha tenido el valor de desafiarlo ante su corte y sus palabras han dado en el blanco. Por la noche viene a reunirse con ella en la casa solariega a orillas del río.

–¿Estáis embarazada? –pregunta antes de descorrer brutalmente las cortinas de la cama.

–Dadme ganas de estarlo, señor –dice enroscándose en las almohadas–. La mujer es una tierra que se nutre de caricias y necesita muchas para producir frutos.

–¿Qué tenéis para encenderme así, diablesa?

El juego de la voluptuosidad vuelve a unirlos. Marie Casimire emplea uno a uno los secretos de la esclava tártara. Sus suaves manos recorren la piel morena. Mil caricias sabias despiertan el deseo del gran cuerpo indiferente. Conoce los gustos de su esposo y lo embriaga con los besos más locos que le arrancan gritos de placer hasta dejarlo exhausto. Para retenerlo a su lado, olvida su propio placer. Pero Juan Zamoyski no tarda en liberarse. Sus ausencias, cada vez más frecuentes, se prolongan a veces hasta el punto de durar semanas enteras. Con sus gentileshombres, viaja por el principado para verificar los puntos de defensa. En realidad, vuelve a sus continuas borracheras, blasfemando y jurando como un carretero con sus compañeros de crápulas, gente sin escrúpulos a la cual aprecia por sus triviales conversaciones y su falta de educación.

Marie Casimire se siente decepcionada. Las ilusiones se desvanecen y los sentimientos se apagan. ¿Qué les queda de aquella pasión de los primeros días? Sólo repiten los gestos, y se sirven de las mismas las palabras para reconfortarse. Pero es ella quien espera ser amada, porque en su corazón todavía se alberga la esperanza. No está todo perdido, puesto que es la reina del tálamo. Cuando su vientre se redondee, Dosia cambiará.

Pero por ahora ha de engañar al tiempo y calmar sus humores. ¿Cómo no va a patalear de rabia por estar relegada en el otro extremo del reino, tan lejos de la corte fastuosa que se divierte sin ella a orillas del Báltico y baila hablando de paz, mientras, en la soledad de Zamosc, esperan con pavor la marejada de las hordas salvajes? Marie Casimire escribe a la reina y le deja caer sus quejas. También garabatea algunas palabras para Juan Sobieski echando pestes contra los cosacos que la privan de todo lo que la embriaga.

Los días pasan en la campiña desolada que parece retener la respiración antes del cataclismo. En los salones de la casa solariega de Zwyrzyniec, las damas de compañía han vuelto a los bordados y chismorreos, esta vez desprovistos de banalidades. Comentan las noticias. Los criados y los pajes divulgan los más alocados rumores y las damas repiten incansablemente el relato de las insurrecciones pasadas, con su sarta de horrores, mientras no dejan de comer pastelitos y otras chucherías. Todas estas moradoras de los castillos, bien entradas en carnes, han manejado antes el sable como ahora hacen punto. La duquesa Wisnowieska, que ha venido de Zamosc para hacerles una visita y vigilar a su cuñada, no es la menos locuaz a la hora de explicar de manera pormenorizada la forma en que maneja el venablo. Un temible golpe de muñeca que más de un hombre le envidia, cuando clava en el suelo a la fiera más amenazadora de un potente tiro.

–Lobos, jabalíes, osos, nada se me resiste –concluye con voz desapacible–. En cuanto a los cosacos, los ensarto de tres en tres.

Con una agilidad sorprendente, se gira en redondo, haciendo chirriar la butaca bajo el peso de sus noventa kilos, y mira fijamente a Marie Casimire con un semblante burlón.

–Si la situación empeora, como se comenta, ¿qué podemos esperar de vos, Pani Zamoyska? Sois tan poca cosa que dudo de vuestras capacidades para echarnos una mano.

–No os preocupéis, duquesa. Aunque no tenga la corpulencia que a vos os sirve de muralla, he aprendido a defenderme. Disparo *à l'espagnole* y no he encontrado todavía a nadie que quiera batirse en duelo conmigo. ¿Os dignaríais ponerme a prueba?

La duquesa, desconcertada, se toma su tiempo para asegurar su respuesta. Un paje se inclina ante Marie Casimire y le tiende algunas cartas en una bandeja de plata.

–El correo de Varsovia –susurra.

La cara de la joven se ilumina. El sello real marca el papel.

–¡La reina! –exclama mirando de arriba abajo a la asistencia.

Los gorros cabecean y las barbillas tiemblan por encima de las gorgueras. Con voz clara, Marie Casimire comenta algunas confidencias escritas por la soberana, y posa su mirada orgullosa sobre Griselda para saborear mejor su triunfo y afirmar su diferencia.

–Bailes suntuosos han marcado la apertura de las negociaciones... Su Majestad echa de menos mi presencia en Dantzig... También se preocupa de los peligros que nos amenazan y el rey nos envía un ejército.

Extiende la mano hacia una segunda carta y está a punto de abrirla. Se le sonrojan las mejillas. Sobre el sello de cera ha reconocido el escudo de Juan Sobieski.

–Leeremos el resto más tarde –dice haciendo desaparecer las misivas en la manga.

Se gira hacia un grupo de músicos y añade:

–¡Vamos, amigos, *piesni, tance i padwany*![3] No dejéis dormir vuestras flautas y tamboriles.

Esta carta inesperada le ha hecho latir el corazón y aviva su impaciencia. Pero espera a estar sola en la intimidad de su habitación para abrirla. Y lo que lee, entonces, la petrifica de estupor. Imaginaba algunos relatos de las fiestas salpicados con cotilleos de la corte, y sólo encuentra palabras que lanzan pullas contra su honor y la enfurecen.

–¡El guerrero sólo concibe la conquista! –exclama poniéndose delante del secretario.

Coge una pluma y contesta con voz enrabiada:

> Señor:
>
> Os estoy agradecida por las molestias que os tomáis al escribirme. Pero estoy bastante enfadada de que me pidáis algo que no puedo otorgaros sin que eso suponga una ofensa para mí. Y si vos lo consideráis con toda la justicia necesaria, reconoceréis que eso me perjudica. Debéis conformaros con el afecto de madre que os

[3] Cantos, danzas y pavanas.

demostré al ofreceros un escapulario que aprecio. Adiós, vivamos contentos en la virtud.[4]

MCf Zamoyska.[5]

–Vania –dice girándose hacia su sirvienta–, dale esto al paje de servicio y dile que alcance sin falta el correo de Varsovia.

Un fuego vivo chisporrotea en la estufa de porcelana. La joven se acerca y echa a las llamas las palabras ultrajantes que se consumen al momento.

–Se acabó con ese *«nic dobrego»*[6] –exclama mirando desaparecer la misiva entre las llamas.

Su corazón está triste. Una vez más, Sobieski no entiende nada y arruina sus ilusiones. Al igual que no supo coger el amor de sus quince años, ahora no sabe responder a los sentimientos de una mujer que quiere conservar la honestidad. ¿Sólo es sensible a las circasianas y las valacas? ¿Dónde está su alma de noble hidalgo? La noche se llena de lágrimas y cuando llega la mañana, con los olores familiares y los ruidos sigilosos de las camareras, un dolor le muerde las entrañas y la cabeza le da vueltas. El médico diagnostica un embarazo.

–Necesitáis reposo, señora. Evitad las imprudencias.

–Siempre decís lo mismo, señor Hipócrates. Pero alabemos a Dios por la buena noticia.

Retira los edredones de seda y se sienta en el borde de la cama.

–Vania, mis zapatillas y mi bata. Abre las ventanas.

La sirvienta le da una *simarre* de seda forrada.

–Está nevando, Pani Zamoyska.

El invierno ha cubierto de blanco los arreboles del otoño. Caen copos espesos que doblan las ramas, tejiendo con minuciosidad un manto espeso que el deshielo deshará. Un graznido rompe el silencio. De la lejanía provienen vagamente rumores. ¿Son bramidos de ciervos perdidos o aullidos de lobos hambrientos...? Los rumores se acercan, acompañados por chasquidos de látigos entre un estruendo de esquilas y disparos de mosquetes. En los pasillos del palacio todo es un hervidero. De las bodegas a los graneros, criados y cocineros corren en todas direcciones.

–¡Su Señoría el príncipe! –gritan por todas partes.

Marie Casimire se sienta ante el tocador.

–Ponme guapa, Vania.

Contempla su rostro en el espejo y añade:

–Dios por fin me concede la felicidad. El príncipe llega cuando su hijo se estremece en mi interior.

Los caballos y los trineos invaden el patio. Un gran número de botas resuena en las baldosas del vestíbulo primero, y en los peldaños de la escalera a continuación. La puerta se abre con estruendo ante un grupo de hidalgos jadeantes. Transportan a su amo en una manta de piel. Las manos en el vientre, la palatina palidece.

–Sólo es la gota, señora –dicen los médicos de la escolta–. La crisis es violenta pero se repondrá.

---

[4] Carta auténtica.

[5] La firma significa Marie Casimiro, esposa de Zamoyska. Todas las cartas pertenecientes al primer matrimonio están firmadas con esta rúbrica.

[6] Inútil.

Pajes y criados se ajetrean alrededor de la cama, donde acomodan al príncipe moribundo. Preso de convulsiones súbitas, pega gritos mientras una espuma verdosa le sale por las comisuras de los labios. Marie Casimire, aterrorizada, mira la escena. Los hidalgos mueven la cabeza y a los médicos se les escapan gestos de malos augurios.

–Dejadnos solos –dice con un gesto seco de la mano para despedir a la asistencia–. Yo lo curaré.

Durante tres semanas, respaldada sólo por un médico y algunas sirvientas, casi sin dormir, lo vela noche y día, temiendo a cada momento verlo apagarse, hasta que la crisis desaparece tan rápidamente como había aparecido. Los ojos cansados de Juan Zamoyski se cruzan con los de la joven. Le coge la mano y esboza una sonrisa.

–Os veo muy pálida y destrozada, señora. ¿Es posible que me améis tanto para soportar tantas preocupaciones?

–Si dudabais de ello, Dosia, aquí tenéis otra prueba –dice mostrándole con orgullo su vientre.

–Son las palabras adecuadas, la mejor medicina. Sois una buena esposa.

Poco a poco recobra la salud y la ternura vuelve a unir a la pareja. Una vez más con el placer se compenetran y los días transcurren, prolongando la voluptuosidad de las noches. Un escudero venido de Zamosc irrumpe y turba su tranquilidad.

–Han degollado a Juan Wihowski y su familia –declara.

–¡El jefe de los cosacos aliados nuestros! –exclama Zamoyski–. ¿Quién ha podido cometer semejante locura? Esta vez sí que es la guerra.

El hombre continúa su relato. En las dos orillas del Boristenes se clama venganza y la gente corre hacia el bando de Georges, el hijo de Bogdan. Las hordas dan alaridos, blanden las espadas y marchan hacia Polonia. Los moscovitas que los respaldan están a diez leguas de Lublín.

–Todos los que pueden salir de esa ciudad se refugian en Zamosc –concluye.

En el Parque, lo recogen todo precipitadamente para cobijarse en la fortaleza. Juan Zamoyski parte al galope, en compañía de una guardia numerosa. Marie Casimire lo sigue en su trineo.

Una loca carrera la lleva por los caminos llenos de baches y socavones. Una violenta sacudida hace volcar el vehículo y, bajo los ojos del cortejo atemorizado, la palatina cae rodando al fondo de una torrentera. Todos temen lo peor, se santiguan y luego suspiran con tranquilidad. Pani Zamoyska se levanta y se sacude mientras los pajes bajan para socorrerla. Pero cuando llega a Zamosc, se desmaya en brazos de una de sus damas. Un líquido oscuro le corre por las piernas y le mancha la ropa.

–Una caída fatal –declara el médico–. Gracias a Dios, la vida de Vuestra Señoría está a salvo.

Hace reposo total guardando cama, y durante doce días su habitación es el centro de todas las atenciones del castillo. El príncipe la convierte en su salón y celebra allí las audiencias. A Marie Casimire le encanta. Los acontecimientos se precipitan y no deja pasar ningún detalle. Incluso se permite intervenir en algunas decisiones que toma su esposo. Una mañana anuncian la llegada del general Sapieha. El Notario de la Corona llega de Varsovia por orden de Su Majestad y saluda con un fuerte taconazo. Juan Zamoyski le devuelve el saludo.

–Estáis en vuestra casa –dice ceremonioso y zalamero.

–Os traigo como refuerzo dieciocho compañías –declara el visitante–. ¿En qué sector podremos acampar?

–Enviad vuestros contingentes a Cotelniy, amigo mío, y unios a nosotros para la cena.

–Esa propiedad me pertenece –dice entonces Marie Casimire, incorporada en las almohadas de encaje–. Cercioraos de que vuestros soldados la respeten.

El hetmán[7] se mete una mano en la casaca y dice:

–Aquí tengo algo para obtener mi perdón, señora. La reina me ha entregado una carta para la honorable palatina.

Se acerca a la joven y añade en voz baja:

–Os traigo las disculpas de Sobieski.

–No me habléis de él –resopla fustigándolo con una mirada helada.

–A pesar de ello, leedla, señora. Entenderéis su desconcierto.

–Está bien –dice crispando los dedos en la esquela.

[7] General.

IX

En el gran comedor del palacio de Zamosc, la cena está muy animada. Al son de los violines se sirven los patés y luego vienen las carnes asadas; el vino de Hungría se escancia abundante en los vasos y aparecen los postres en un largo cortejo. Por vez primera desde su accidente, Marie Casimire se ha levantado de la cama para ocupar su lugar al lado de su esposo en honor al ilustre visitante. Con un vestido de terciopelo color cereza, engalanada con perlas y piedras preciosas, ríe y hace mil preguntas. Está radiante. En el mensaje secreto que ya ha leído más de veinte veces, Sobieski le pide perdón. Acepta su afecto y sólo quiere demostrar su buena fe. Un sentimiento de satisfacción con un tinte de orgullo la invade. No tiene dieciocho años y hace doblegarse al guerrero de treinta y dos. En la mesa se habla un poco de política y de los plenipotenciarios extranjeros reunidos en el monasterio de Oliva; luego se entretienen con los múltiples comentarios sobre el rey, la reina y las innumerables fiestas que revolucionan la ciudad del norte.

–Veo que desconocen la noticia más importante –dice de pronto Sapieha, animado por la espléndida comida–. Nuestro Sobieski ya no se separa de la Leszczynska. La corte espera la boda.

Marie Casimire domina los latidos de su corazón. Su victoria sobre el portaestandarte real ya no le parece tan gloriosa. En este instante entiende por qué ha aceptado tan fácilmente tratarla como una madre. El húsar hace arrumacos con otra mujer y se burla de todas las demás. Se siente humillada hasta el fondo del alma, pero encuentra la suficiente fuerza para decir en un tono jovial:

–Deberían casarse en carnaval, como el príncipe y yo. Es la mejor época del año.

–Con esta maldita guerra, se casarán sin nosotros –concluye Zamoyski.

Se gira hacia su esposa y la mira con insistencia. Marie Casimire, respetando la señal acordada, se levanta y se retira, seguida por todas sus damas. Los hombres disfrutan bebiendo todo lo que les apetece y soltando palabras subidas de tono.

En cuanto amanece, se arma el zafarrancho. Bajo el mando del general Sapieha, un regimiento del príncipe de Zamosc y las dieciocho compañías del rey de Polonia se dirigen a Ucrania. Juan Zamoyski, engalanado con la tradicional bufanda blanca sobre la casaca de cuero, los acompaña unas leguas y luego va a inspeccionar las fronteras amenazadas de su principado.

Para Marie Casimire la vida se convierte en un infierno. Griselda, con el poder en sus manos, la tiraniza a su antojo y el servicio la persigue a su manera. Los mayordomos italianos y las sirvientas polacas hacen lo que les da la gana, fomentando lo mejor que pueden un desorden que favorece sus intereses. Con el señor lejos, se burlan de Pani Zamoyska, la francesa de gustos raros. Por lo tanto desconfía de todo y de todos. Sólo la respaldan con su fidelidad unos cuantos pajes, un viejo chambelán, la leal Vania y una joven camarera. Cansada de enfrentarse a tanta hostilidad, se refugia en sus aposentos y guarda cama, porque los disgustos le dan fiebre. Los días transcurren y el tiempo se alarga. El aburrimiento se asienta con la melancolía que conlleva y el recuerdo de Sobieski, lancinante, le atormenta la razón.

Esa boda la irrita. ¿Le seguirá escribiendo el portaestandarte si otra mujer ocupa sus pensamientos? ¿Cómo conseguirá conservar su amistad sin la cual su corazón se hiela? Después de pensar durante muchas horas, vuelve a la

idea del principio. El juego de la madre y el hijo, bajo un velo de inocencia, le parece el medio más seguro para fomentar una relación honesta y conservar esa confidencia que le aporta un poco de calor y, en la soledad de este inmenso castillo que la rechaza, una razón para vivir. Enseguida vuelve a coger la pluma. Sobieski le ha escrito en polaco con algunas palabras en francés. Ella responde en francés mezclando algunas expresiones polacas.

Señor:

Nos ha entristecido que haya ardido vuestro Yavoriv, al igual que vuestros baños donde se habían refugiado varias circasianas que huían de Ucrania. Cuidad que no os digan: «*Ne bery Woloski!* No toques a las valacas».

Y ahora, cambiemos de tema. Decidme cómo está la señora Leszczynska. ¿Sigue en Prusia?, ¿os casaréis este invierno? Nos complacería gratamente tener una vecina tan guapa. Las dos esperaríamos ansiosas vuestros regresos. Lamentamos no poder asistir a la boda, pero para vuestra mudanza, nos invitamos nosotros mismos, esperando vuestra hospitalidad.

Os escribo guardando cama. Dios os hubiese concedido un hermanito si una carrera en trineo no hubiese terminado tan mal. Caí, y eso me ha hecho guardar cama hasta ahora.

Si queréis complacerme, os pediré que busquéis manteles adamascados de Flandes y lino holandés. Que me lo traigan vuestros hombres. Os envío una hilera de esmeraldas. Dádselas a Su Majestad la reina, pero vigilad, os lo ruego, que el joyero las engaste bien y ponga todas las piedras. La reina os dará el dinero necesario por lo que lo confío a vos.

En cuanto a Dosia, va y viene. Se ha marchado a sus fronteras mientras sufrimos por mi salud. Me aburro atrozmente.

Adiós, señor. Soy vuestra humilde y querida madre. Dosia no sabe que os he dado el escapulario. Una vez más, adiós. Mandad vuestras cartas y quemad las mías.[1]

MCf Zamoyska.

Escribe más cartas. Una correspondencia en un único sentido que, para ella, toma las formas de un diálogo con un interlocutor que moldea según su humor. Sobre las hojas de papel, la pluma corre incansable, revelando los pequeños secretos de una existencia aislada. Convierte al portaestandarte real, muy ocupado en sus llanuras del norte, en su confidente, su factótum, su *patito.* Una respuesta, breve y cortés, la anima a seguir y se envalentona, dando más detalles en un tono más íntimo. Lo explica todo: sus estados de ánimo, sus gestos y sus hechos, la inconstancia de su esposo, sometido a la influencia creciente de sus allegados.

Os aseguro que cumplo mi purgatorio teniendo a toda esa gente aquí... En fin, os entretengo con estas pequeñeces porque vos queréis. Y os comunico una noticia que os extrañará. He obtenido de Juan Zamoyski el permiso para dejar de peinarme al estilo francés. Ahora llevo gorro al igual que las mujeres casadas de Polonia. Me he

[1] Carta auténtica.

> cansado de los armadores que llevaba. He hecho hacer uno que es bastante bonito, cerrado de lado al estilo crimeano... Le espero con gran *«ochota».*[2]

Ya imagina el regreso del estarosta a su castillo de Pielaskowice y quiere acogerlo según la tradición a la cual es aficionado cuando haga sus visitas de cortesía. La primavera ha reanimado el campo. Los cosacos han sido frenados en sus fronteras y Zamosc respira. El rey de Suecia ha muerto y, en el monasterio de Oliva, se establecen los detalles de la paz. Los temores se disipan y con ello se piensa en fiestas. La pareja Zamoyski y su séquito han abandonado la fortaleza para ir a Krzeszow, la cita de caza desde donde salen invitaciones. Sobieski guarda silencio y Marie Casimire se enfurece:

> Os equivocáis si pensáis que somos vuestro noticiero. Su Señoría el príncipe os espera para que le deis explicaciones por todas sus cartas a las que no habéis contestado, y yo para deciros que no abandonaré este silencio que empiezo ahora.[3]

Pero un día de julio, fuera de sus casillas por las borracheras de Zamoyski, la palatina vuelve a coger la pluma. La bebida hace violento al príncipe y si no le hubiese arrancado la espada de las manos, habría matado a su criado sin vergüenza, en medio de la habitación, al pie de la cama conyugal. Aún tiembla. El miedo es tan fuerte que se ve obligada a hablar de ello para aligerar la pesadumbre que la aflige. Sin confesarlo, busca una protección. Y para demostrar a Sobieski que lo necesita y que sólo confía en él, le envía el contrato de seguro sobre una de las estarostías de su dote para que estudie los términos y juzgue su conformidad.

Una carta de Luisa le hace olvidar el drama. Se ha firmado la paz. La corte está en Varsovia. Es hora de resolver el asunto de Ucrania, y los soberanos han decidido instalarse en una estancia del este para seguir de cerca las operaciones.

–¡La reina aquí! –exclama la palatina.

Inmediatamente pone patas arriba su casa, da órdenes, reparte las tareas, porque hay que recibir con dignidad a su real protectora y a su séquito. Cuentan los asadores, inspeccionan las reservas. ¿Habrá suficiente caza, suficientes patés? No deben faltar los potajes al estilo francés, col al estilo polaco y montañas de dulces, sin olvidar las flores preferidas de la soberana. Los días vuelan en un ambiente febril de laboriosa colmena cuando de repente una cabalgata invade el patio. Dos oficiales se hacen anunciar, el portaestandarte real y el notario de la Corona. Durante unos segundos, la sorpresa inmoviliza a Marie Casimire en medio de su salón. Los dos hombres se inclinan ceremoniosamente. Responde de la misma manera y se dispone a formular los cumplidos habituales cuando Sobieski, muy rígido, la cara crispada, declara sin rodeos:

–Estoy harto de vuestra amabilidad, señora. Sois la esposa de mi amigo el príncipe Zamoyski y no veo con buenos ojos esa forma de escribirme. Eso no le sienta bien a una mujer honesta. Os lo hago saber tal y como lo pienso, porque no hay razón alguna para que tengamos más consideraciones con las mujeres que con los hombres. Somos iguales en todo, señora.

---

[2] Ilusión. Esta carta también es auténtica.

[3] Carta auténtica.

Con estas palabras se retira con la misma brusquedad con que entró. Con las manos cruzadas en el pecho, Marie Casimire aguanta el golpe con dignidad. Sapieha no esconde su sorpresa ante una rudeza así y balbucea excusas por cuenta de su amigo. Pero enseguida la palatina lo interrumpe:

–¿Asegura que somos iguales en todo? De acuerdo. No me debe nada, yo no le debo nada. He sido una estúpida al ofrecerle mi afecto, cosa que no he hecho por nadie más. Y si ha sido el primero, también será el último en tratarme así. Que no se imagine que le he escuchado pacientemente por estupidez. Tengo la suficiente confianza en mí para pensar que no soy la última de las mujeres.

–Los eslavos son impulsivos y lunáticos. Lo que hoy dice Sobieski, mañana ya no lo pensará. En este momento está en un estado de confusión extrema. Los moscovitas se dirigen a Zhovkva, la tierra de sus antepasados. Se dispone a partir hacia allí con sus dragones. Perdonadlo, os lo suplico. Estoy seguro de que en este momento se siente bastante desdichado.

Se gira hacia una ventana y piensa un instante mirando el paisaje. Para ella, el mensaje está muy claro. El portaestandarte real se libera de cualquier vínculo. Sin duda alguna, la boda con la Leszczynska se llevará a cabo muy pronto, y ya no hay «Marysienka». La palatina debe admitir su derrota y poner buena cara.

–Puesto que vos lo deseáis –contesta–, aceptaré sus palabras como galantería fruto de su buen humor. Pero no pienso tolerar palabras en ese tono.

Las notas vibrantes de las trompetas reales resuenan en la lejanía. Al son de los pífanos y los tambores, un largo cortejo con sus banderas multicolores cruza la poterna. Marie Casimire se refugia en sus aposentos para tranquilizarse y verter un río de lágrimas que ya no puede contener.

La recepción es espléndida. El rey y la reina visitan la ciudad de una punta a otra y se entretienen con los equipamientos de diversos baluartes. En una sala de la fortaleza, trazan los planes de la batalla para castigar como se merecen a los rebeldes de Ucrania y fustigar al zar que, tras haber tomado posesión de Livonia y Curlandia, se entretiene a orillas de Lituania con una mirada golosa sobre Podolia y el palatinado de Rusia.

–Viene a buscar su trono –declara Zamoyski, girándose hacia Juan Casimiro con una expresión de furia.

–¡Menudo desorden si hubiese muerto en combate! –exclama riendo el soberano–. El sueco paga para vencernos, y yo, para oponerme a él, ofrecí mi trono a aquel que me enviase refuerzos.

–Gracias a Dios –interviene la reina–, hemos maniobrado hábilmente y conservamos nuestra independencia. Brandeburgo se conforma con nuestra Prusia, y al emperador le hemos asegurado que su hijo, el archiduque Carlos, sería nuestro sucesor.

–Vais en contra de las leyes –ruge Zamoyski–. Los nobles eligen al rey. Elección *viritim,* señora. Es la base de nuestra Constitución. ¿Vuestra Majestad lo ha olvidado?

Marie Casimire palidece ante la insolencia sin límites de su esposo que sorprende a la asistencia. Este hombre ya no tiene miramientos para con nadie, ni siquiera para con la primera dama del reino. Lo juzga con la mirada. ¿Dónde está el amor cuando ya no hay respeto? Sin embargo, deberá someterse y darle el heredero capaz de hacerlo cambiar, puesto que ése es su

destino. La soberana deja a un lado la dureza de sus palabras y le contesta con su inefable sonrisa:

–¿Acaso pensáis, Ilustre y Muy Querido, que dejaría a un Habsburgo apoderarse de Polonia? ¡No más que a un Hohenzollern o a un Romanov! Si tuviese el poder de decisión, yo me decantaría más bien por un Borbón, pero Polonia es libre, en eso reside su fuerza. Y sin duda alguna Vuestra Sinceridad se pondrá de parte del hombre que sirva mejor a los intereses de la Corona.

–Lo que es bueno para nosotros será bueno para Polonia –sigue refunfuñando Zamoyski.

–Por el momento sigo vivo –concluye el rey–, y voy a continuar luchando.

Juan Casimiro ha reclutado las últimas tropas y ha reunido a sus mejores generales: Czarnieçki, Potocki, Lubomirski, Sobieski, Sapieha… y Juan Zamoyski. Todos los ejércitos de la República se ponen en marcha hacia las fronteras del este. Luisa, con su corte, se instala en Sambour, no muy lejos de Lvov. A petición suya, Marie Casimire se reúne con ella rápidamente. Con el corazón en un puño ha visto partir a su esposo. Está otra vez embarazada y esa invitación de la soberana le permite olvidar los tormentos de Zamosc.

Sobre una calesa que sigue la ribera del río, las dos mujeres disfrutan de unos momentos de paz en el silencio del anochecer del verano que toca a su fin. Los majestuosos sauces se reflejan en el agua quieta y los arriates multicolores exhalan perfumes que impregnan el aire. A los pies de la palatina, un enano se postra reverente.

–¿Desde cuándo os gustan estas cosas? –pregunta la reina.

–¿Verdad que es gracioso? Mouchka es un regalo del señor Sobieski.

Marie Casimire esboza una sonrisa al recordar al mensajero a caballo que se había interpuesto delante de su carruaje cuando salía de Zamosc. Le acompañaba un enano que, saludando ceremoniosamente, le ofrecía una suntuosa cesta de frutas para defender la causa de su amo arrepentido:

–Quiere morirse y os pide humildemente perdón. De día como de noche lleva vuestro escapulario, cuyas lágrimas de oro se entremezclan con las suyas. Sed buena, noble palatina. Algunas palabras acompañadas de un pequeño retrato vuestro le devolverían la vida.

El enano había pronunciado estas palabras con tanta gracia que Marie Casimire, enternecida, lo hizo enseguida. Escribió al húsar y le dio las gracias por su detalle. Como prueba de su amistad, conservó al pequeño Mouchka, vínculo de unión de la complicidad reencontrada.

–El portaestandarte real es un oficial excelente –dice pensativa la reina–, pero me cuesta entenderle. Parece ser muy veleidoso. Este invierno la mariposa volaba de dama en dama, y echaba el ojo a la Leszczynska. Esperábamos el anuncio de la boda, y ahora ya no se habla de tal cosa. ¿Podemos confiar en un hombre así?

Ante el silencio titubeante de Marie Casimire, añade:

–Ahora más que nunca necesito consolidar mis apoyos. ¿Crees que los señores Sobieski y Sapieha están a mi favor?

–Puedo aseguraros, señora, que os aprecian con el mayor respeto y estarán dispuestos a serviros en cuanto se presente la primera ocasión.

Luisa contempla el paisaje de una pureza celeste. Una brisa ligera riza los encajes de su escofieta y su rostro se ilumina con una luz que la transforma cuando dice con voz inspirada:

–Estamos en el alba de una nueva era, querida. Las próximas horas serán embriagadoras. Mi «gran asunto» está tomando posiciones.

Se inclina hacia la joven para confiarle en voz baja lo que trama desde hace ya casi cuatro años, instaurar en Polonia una monarquía absoluta y hereditaria siguiendo el modelo francés y que Dinamarca acaba de adoptar sin violencia alguna.

–El *liberum veto* lleva este país a la destrucción –explica–. Hay que desmembrar a la nobleza y desbancar esa Constitución absurda.

Marie Casimire la mira muy sorprendida.

–¡Las libertades nobiliarias son una religión inamovible! –exclama.

–¡Que no quede por eso! Pondremos a un rey francés en el trono.

–¿Cree que los próceres aceptarán el *absolutum dominium*?

–Tenemos partidarios. Y compraremos a los demás.

–¿Vuestra Majestad ya piensa en sustituir a Su Majestad el rey? ¿En tan mala salud está?

–Solamente un poco senil. Corre tras las faldas y se rodea de prelados para arrepentirse más fácilmente. Todavía acepta combatir, pero la política ya no le interesa y yo no viviré eternamente. Podría abdicar, pero si el trono se queda de pronto vacío, será el fin de Polonia. Lo he comprobado en Oliva. Nos adulan para comernos mejor.

Guarda un momento de silencio antes de seguir:

–No podemos permitirnos uno de esos interregnos que dejan al país sin ley y favorecen la anarquía. Nombraremos a un sucesor *vivente rege,* con el rey en vida, y así instauraremos la continuidad dinástica de la cual gozan las naciones poderosas.

–¿En quién estáis pensando, señora?

–En el hombre que se casará con mi hija.

Marie Casimire se aparta de su protectora y la mira sorprendida. ¿Habrá perdido la razón la reina? ¡Diantre, no! Imperturbable, sigue hablando:

–Como no tengo hijos, he adoptado uno, mi sobrina Ana de Gonzaga, hija de mi hermana, y le he buscado un esposo. En Francia, por supuesto. Su Eminencia el cardenal,[4] provocador como siempre, me ha propuesto cualquiera de sus dos sobrinos. ¡Demasiada modestia para mi gusto! Le he opuesto el archiduque de Austria. Se ha enfurecido y me ha expuesto un Longueville. He exigido, naturalmente, aquel en quien siempre he pensado, el joven duque de Enghien, hijo de mi querido príncipe de Condé. Mazarino se resiste: Condé está desterrado, relegado al otro lado de los Pirineos. Pero el obstáculo ha sido eliminado. La boda de Luis con la infanta de España lo arregla todo. Condé ha sido rehabilitado, los Habsburgo del sur han sido neutralizados y Su Eminencia descubre con una ilusión maliciosa que un príncipe francés en Varsovia le permitiría atenazar a Viena.

La soberana recobra el aliento, se gira hacia la atónita joven palatina y la envuelve con una mirada que irradia seducción:

–He labrado vuestra fortuna, querida, y ahora os necesito. Cualesquiera que sean los defectos de vuestro esposo, tratadlo con consideración. Todos tienen defectos. Pero él es el príncipe de Zamosc. Quizá no es el gran capitán que imaginaba, ni tampoco muy ducho en cuestiones políticas, pero un buen número de próceres siguen su opinión. Es vuestro deber convencerle de que es de su interés servirme sirviendo a Polonia.

Marie Casimire se inclina.

[4] Mazarino.

–Soy la humilde servidora de Vuestra Majestad –murmura.

La calesa traspasa un arco de plantas tallado en los bosquecillos de la ribera y sube por un camino majestuoso, bordeado de tejos y de esculturas de estilo antiguo, que conduce hacia el palacio ornado de arcos y galerías caladas.

–Una cosa más –sigue la reina–. Puesto que os entendéis tan bien con el señor Sobieski, recomendadle que alcance al Mariscal y que no se separe de él. Quiero saberlo todo sobre Lubomirski. Su actitud es confusa. Pensaba que estaba de mi parte, y me he enterado de que uno de sus agentes mantiene contactos secretos con el emperador. A vos no os falta delicadeza y sabréis presentar el asunto. Y sobre todo, ni una palabra sobre nuestra conversación. Tened cuidado. Los espías están en todas partes y abren las cartas.

Una legión de criados acude y rodea el tiro. El paseo ha terminado. Camareras de la reina y damas de honor avanzan ceremoniosamente. Abren la portezuela y despliegan los estribos. La soberana vuelve a girarse hacia la palatina de Sandomierz y toca furtivamente los pliegues de la falda abombada.

–Esta vez no os separaréis de mí. No quiero imprudencias, porque espero a un ahijado.

De regreso a sus aposentos, Marie Casimire se sienta delante del escritorio y permanece un buen rato pensando. Las palabras de la reina han convertido su cabeza en un hervidero. Ahora está catapultada a la cima de las más altas intrigas. Luisa la ha juzgado digna de conocer algunos secretos de Estado e incluso le ha pedido colaborar en la ejecución de algunos proyectos. La antigua dama de honor ya no es una simple beneficiaría del favor real. Luisa le ha encargado una misión. A partir de ahora es su agente. Esa posición de intermediaria entre el trono y «los demás» es un privilegio que tiene sus ventajas. Enseguida se percata del partido que puede sacar de ello si maniobra con habilidad. ¿Le servirá para ganarse la consideración de su esposo? Lo duda. «Sobiepan», como muchos próceres, se burla del poder de los reyes, y más aún cuando el rey está en manos de una reina. Intentar impresionarlo sólo provocaría los más desagradables sarcasmos. Con Juan Sobieski, en cambio, las cosas son de otra manera. Aunque pertenezca a la alta nobleza, sigue siendo un oficial de la Corona, y su deber es obedecer. Ahora bien, de ahora en adelante será ella quien le transmita las recomendaciones de la soberana. Son pretextos con los que apegárselo más estrechamente.

La primera carta es para Juan Zamoyski, su «adorado corazón y muy querido esposo». Con las palabras más tiernas le explica que se siente «triste de no poder verlo» y le ruega que venga lo antes posible porque se siente totalmente «melancólica, pero siempre su humilde y obediente esposa». Después garabatea una corta misiva para Sapieha y le pide, de parte de la reina, que proteja sus tierras de cualquier ocupación militar. Si a su esposo le divierte despilfarrar sus bienes, ella quiere proteger los suyos. Las posesiones de su dote son su única fortuna y, en estos tiempos de guerra que sólo conllevan incendios y devastaciones, se afana por hacerlos fructificar. En efecto, para ser considerado, es mejor no estar falto de bienes. El dinero lo mismo viene que se va, los palacios se queman, sólo la tierra permanece.

Con un mohín risueño, coge otra hoja y desliza las barbas de la pluma por su rostro. Esta vez escribe a Juan Sobieski. Entre cotilleo y cotilleo sobre la vida de corte en Sambour, le recomienda unirse rápidamente a Lubomirski y, para picarle la curiosidad, añade en posdata:

En nuestro próximo encuentro os contaré de viva voz historias muy particulares y terribles. Estos asuntos incumben a todo el mundo, incluso al rey y a la reina. Ya he hablado demasiado. No comentéis nada de esto a nadie, ni en vuestras cartas. Os advierto que las abren.[5]

[5] Auténtica.

X

El otoño quema con colores de fuego los jardines de Sambour. Las monturas de los correos, de grupas también de fuego, se pierden a lo lejos en el campo carmesí. El viento ha refrescado y las hojas se arremolinan. A lo lejos retumba el cañón y una fiebre pertinaz se apodera de la joven palatina. Aumenta cada noche y va acompañada de dolores insoportables de cabeza que nada ni nadie puede calmar. Ni siquiera el agua de Pougues traída a costes muy elevados. Al malestar de un embarazo difícil se suman las angustias provocadas por las noticias de los combates. La guerra causa estragos en Ucrania y Zamoyski no da señales de vida. Se comenta que se dirige a Kiev. Sobieski tampoco escribe. Pero está con Lubomirski, en Volyns'ka Oblast', de donde llegan todos los días los despachos para la soberana.

–Por la Virgen santísima y su hijo Jesús, nunca había leído nada tan bonito –exclama Luisa–. Escuchad, querida, Sobieski hace maravillas. Solo con su guardia, ha plantado cara a los bárbaros de Schérémétieff y ha ganado en Slobodysza. El milagro está con él, dicen los soldados. Ni come ni bebe, persigue al enemigo sin tregua. Ha habido una terrible batalla en Cudnow. Cien mil moscovitas han mordido el polvo, y sólo han matado a dos caballos de nuestro portaestandarte real. ¡Es un héroe bendecido por Dios!

Estirada en una tumbona, con cara de agotamiento, Marie Casimire sonríe. El enano Mouchka está acurrucado cerca de ella. Coge su mano y le susurra al oído:

–¡El escapulario!

Piensa en el pequeño retrato que le ha enviado. Quizás el oficial lo ha guardado debajo de su coraza. Ese pensamiento colorea sus mejillas.

–¿No hay noticias del príncipe? –pregunta–. Su silencio me hace temer lo peor.

–No os torturéis innecesariamente –dice Luisa–. Que yo sepa, vuestro esposo no es un fanático de la pluma.

La inquietud de Marie Casimire dura poco tiempo. Al día siguiente un escudero de Juan Zamoyski viene a explicarle que el príncipe la espera en Zamosc y que echará a todas las personas que la persiguen.

–Es una promesa que hace a Vuestra Señoría –asegura.

Conmovida por esas demostraciones de interés por parte de su esposo, Marie Casimire se alegra y piensa en ponerse en marcha inmediatamente para obedecerle hasta en el más mínimo detalle. Pero Luisa no ve las cosas desde el mismo punto de vista.

–¡Es una locura! –exclama–. Si os marcháis, ponéis vuestra vida en peligro. Que sea el señor Zamoyski quien se reúna con vos aquí.

–A pesar de correr el riesgo de contravenir vuestros deseos, señora, estoy decidida a obedecerle porque de lo contrario podrían contarle muchas mentiras. No dejaré que sus amigos de juergas lo aparten de mí cuando llevo a su heredero.

En Zamosc no la espera nadie y nadie le anuncia ningún regreso. Griselda, altiva, ríe con sarcasmo, y las persecuciones domésticas vuelven a enturbiar sus relaciones. Las indisposiciones y los dolores de cabeza se intensifican. El parto se acerca y será difícil, pero esta vez Marie Casimire está sola, lejos de los médicos y los cirujanos de la corte. ¿Acaso la habrá atraído Zamoyski a la fortaleza para dejarla morir, abandonada de todos? Desesperada, sigue

suplicando. Todos los días parten cartas para Ucrania. Para el príncipe y también para Sobieski, a quien confía su desasosiego:

> Os lo suplico, encontrad la manera de hacerle volver a mí. Traeré al mundo a un apuesto hijo que luchará tan bien como su padre y que os daré para que aprenda de vos cómo comportarse gloriosamente en toda ocasión. Si es una niña, podréis presumir de ella. Hacedle volver lo antes posible, os lo pido encarecidamente. Vuestro Mouchka es la cosa más encantadora del mundo, llora a menudo y quiere serviros... pero no.[1]

Es ella la que llora y ya no sabe qué pensar. En su cabeza la confusión la desespera y su corazón no sabe quién la ama y a quién debe amar. El bebé le pesa en el vientre y le asustan los dolores que tanto la atormentan. El médico no puede aliviarla y la mira poniendo mal gesto. A su alrededor reina la indiferencia. En ausencia del amo, nadie se preocupa de «la extranjera». No les importan sus sufrimientos y cuando, con el frío de diciembre, un rumor que anuncia la muerte del príncipe, caído en combate, se extiende por la ciudad, se lo comunican sin contemplaciones. La conmoción de la noticia le hace perder el conocimiento. Algunas horas más tarde, trae al mundo a una niña y Griselda declara:

–La llamaremos Catherine, en honor de nuestra madre.

Marie Casimire está muy mal y la decepción de este nacimiento no mejora la situación. Los que la rodean apenas tienen esperanzas de arrancarla de las sombras que le acechan, y rezan postrados alrededor de su cama. De pronto, como en el pasado, resuenan como martillazos sobre los adoquines del patio los cascos de los caballos. A través de los zumbidos que le llenan la cabeza, la joven abre los oídos. ¿Una tropa a caballo...? ¿No será sencillamente la lluvia que cae como un diluvio para limpiar la tierra antes de Navidad? Pero entonces, ¿por qué oye esos ruidos de pasos en la antecámara y en la escalera? La puerta se abre y Juan Zamoyski se precipita a la cabecera de la cama. Marie Casimire abre los ojos.

–Dosia, abrazadme fuerte. Demostradme que estáis vivo.

Poco a poco se recupera. La pareja se echa en cara algunos reproches, se reconcilian entre lágrimas y celebran algunas fiestas en honor al regreso del amo de Zamosc. Las Navidades pasan, empieza un nuevo año y ya preparan las máscaras de carnaval. Los invitados se anuncian, serán numerosos. El castillo bulle desde los calabozos hasta las almenas y lo decoran con guirnaldas. Todos se afanan por tenerlo listo, pero Marie Casimire ya no tiene ánimos para esas cosas. Zamoyski ha olvidado sus promesas y sus juramentos. Sale de su habitación por la mañana y sólo vuelve por la noche para hacer oír el hipo de la borrachera. Sus hidalgos lo acaparan y lo tienen como cautivo. Es con ellos con quien ríe, bebe, se divierte y disfruta maliciosamente haciendo todo lo que pueda irritar a su esposa y provocar su ira. Si quisiese volverla loca no lo haría mejor.

Al lado del bebé enclenque que se esfuerza en vivir, la joven se resigna y perdería el ánimo si no tuviera todas las cartas que escribe a lo largo del día para ahuyentar el aburrimiento. A la reina, al notario de la Corona que ahora también es el suyo, y sobre todo a Juan Sobieski, al que sigue tratando como a un hijo. Los combates han terminado en Ucrania. La corte está en Cracovia.

[1] Auténtica.

¿Vendrá el portaestandarte real a sus tierras, a Yavoriv o a Pielaskowice que se encuentra tan cerca? Lo espera con impaciencia. Tienen muchas cosas que contarse. Esos pequeños secretos de los que cada uno conoce una parte y que Zamoyski ignora. Porque «Sobiepan», indiferente a lo que no le concierne, se niega a conversar con su esposa.

A principios de primavera, por fin anuncian la llegada del portaestandarte real. Ha venido al bautizo del hijo del rector de la Universidad y pasa a saludar al amo de la ciudad que lo recibe en la intimidad de sus aposentos. Marie Casimire, radiante, le presenta a la pequeña Catherine y se preocupa al ver la tristeza que nubla su rostro. Es cierto que Sobieski muestra una cara preocupada. Llega de Czestochowa, donde el rey Juan Casimiro, durante una reunión secreta, ha expuesto el proyecto de la reina.

–Su Majestad abdicará cuando el Sejm haya elegido a su sucesor –explica con una voz sorda–. Nos pide que nombremos al duque de Enghien, hijo de Condé y sobrino del rey de Francia.

–¡Es una farsa para sembrar la discordia, amigo mío! –exclama Zamoyski golpeando la mesa con el puño–. El rey es un fantoche. La reina lo maneja como un oso encadenado. Pero todo eso no es serio. En el próximo Sejm, dictaremos nuestras leyes.

Se gira hacia su esposa, que escucha con atención y disimula su agitación abanicándose.

–Perdonadme, señora, si no comparto totalmente vuestro afecto por la soberana.

Sobieski ahoga una leve tos en la manga y prosigue su discurso:

–No os ocultaré mi preocupación. El país es un disparadero y el ejército, que reclama las pagas atrasadas, amenaza con confederarse. Si seguimos con estas divisiones, acabaremos por matarnos los unos a los otros. ¿Qué pasará entonces con nuestra bella Polonia?

–¡Mientras nosotros vivamos, ella vivirá! –declara Zamoyski levantándose bruscamente.

Un paseo por el parque apacigua los ánimos. Los pájaros atestan las ramas y el agua del río murmura sobre los guijarros. El príncipe se entretiene con sus hidalgos. Sobieski ofrece su brazo a la palatina para ayudarla a pasar por un puentecillo de madera. Marie Casimire se inclina hacia él y susurra:

–La reina os pide detalles más amplios sobre esa confederación. Si por desgracia no pudiésemos detenerla, entonces, para impedir la ruina completa del país, os ofrece el cargo de mariscal y al señor Sapieha el de sustituto. Si lo rechazáis, encontrad personas respetables.

Con un gesto rápido, le mete una nota en la manga.

–Es una carta. La reina os pide que la queméis cuando la hayáis leído.

Mira a su alrededor, bromea y ríe para eludir cualquier sospecha y se inclina otra vez hacia él:

–Ordenadme lo que os ordene la reina, pero creo que es lo mismo. Siempre el emperador, el elector y el zar de los moscovitas. Sed cuidadoso en los tiempos que corren. Sellad bien vuestras cartas. Coged esta barra de cera, que es de mejor calidad que la que vos usáis.

Sobieski, imperturbable, sonríe como un galán, la mira fijamente al escote.

–Pensáis en todo y me divertís. ¿Habéis pegado a propósito ese pícaro lunar en semejante sitio? Aunque mirándolo desde más cerca, me parece que es de verdad, y me pregunto qué le sienta mejor, si estar tapado o no.

Un brillo de satisfacción pasa furtivamente por los ojos de Marie Casimire, pero replica con voz severa:

–Me parece que os tomáis demasiadas licencias, hijo mío, y me culparán de no haberos zurrado lo suficiente cuando erais pequeño.

Una bocanada de calor abrasa al estarosta. Siente la tentación de abrazar a esta «madre» tan cautivadora, pero no tiene derecho a hacerlo. Una risa cómplice los une y un momento de silencio los devuelve a la realidad. Antes de despedirse, añade:

–El Sejm será difícil, Marysienka. Espero que Dosia sea de los nuestros.

–No escucha a nadie, ya lo sabéis, y me abstendré de intentar convencerlo.

A principios de mayo de 1661, las fiestas que se organizan por todo lo alto marcan la apertura del Sejm. Todo lo que la República tiene de poderoso se encuentra dentro de los muros de Varsovia. El Palacio Real despliega sus fastos y, en la sala de teatro lujosamente renovada, representan *El Cid* traducido al polaco.[2] En efecto, no hay nada como los acentos guerreros de Corneille para celebrar el valor de los que han defendido el país con coraje y alabar la paz de Oliva que anuncia una nueva era. La elección de esa obra francesa tendería a apoyar el buen fundamento de algunos rumores. Una multitud inquieta despliega su elegancia. Las joyas abundan, el oro destella, y ya no se sabe dónde está el espectáculo, si en el escenario o en el patio de butacas. Pero la gente se entretiene con murmullos observando un palco cercano al de los soberanos. Con un vestido de brocado de oro adornado con perlas, esmeraldas y diamantes, la palatina de Sandomierz, duquesa de Ostroh y princesa de Zamosc, más resplandeciente que nunca, está sola. Su esposo ha permanecido en sus tierras. No quiere comprometerse y espera el desarrollo de los acontecimientos.

Sin duda alguna la situación es explosiva. Tras los bailes y los banquetes, los senadores y los diputados se apresuran para entrar en la sala del Congreso y escuchar el discurso del rey. La atmósfera es asfixiante, incluso hostil en algunos bancos, cuando Juan Casimiro se sienta en el trono. En la pared que tiene enfrente, se ha acondicionado un palco en una plataforma elevada por orden de Luisa que, desoyendo voluntariamente la ley, asiste a esta ceremonia prohibida a las mujeres. Marie Casimire se ha deslizado detrás de ella para no perderse ningún detalle del acontecimiento. Además, en la tarima, en un bosque de banderas y trofeos tomados al enemigo en los campos de batalla de Ucrania, Juan Sobieski se encuentra en la primera fila de los grandes oficiales de la Corona. El tumulto no se acalla cuando el rey se levanta y declara con emoción:

–¡Dios quiera que sea un falso profeta! Pero os digo que si no ponéis remedio al mal, la República se convertirá en presa de las naciones extranjeras. Los moscovitas se esforzarán en separar las provincias rusas hasta el Vístula. La casa de Prusia querrá apoderarse de la Gran Polonia. Austria se abalanzará sobre Cracovia. ¡Cada una de esas potencias preferirá partir Polonia a poseerla entera con vuestras libertades actuales!

Al decir estas palabras, rompe a llorar y sorprende a la asistencia. Pero se eleva una voz:

–*Niema zgodi!* ¡No hay consentimiento!

[2] Auténtico.

Un vocerío descomunal estalla por respuesta. Algunos asistentes llegan a las manos. El soberano, descompuesto, se retira, sostenido por los guardias, y la reina, atemorizada, se apoya en el brazo de Marie Casimire que la reconforta con palabras alentadoras:

–Nada está perdido. Aún no han deliberado.

Se reúnen en los aposentos del rey, que se encuentra bastante agitado.

–¿Quién se ha opuesto? –pregunta con la voz rota.

–Un diputado a sueldo del mariscal –dice Juan Sobieski en un tono desdeñoso.

En el mismo momento, entra un canciller y le tiende una nota a la reina susurrando:

–El gran mariscal Lubormirski solicita audiencia.

–¡Jamás! –grita rompiendo rabiosamente el papel.

Pero se tranquiliza rápidamente y, reprimiendo su furia, declara en un tono más suave:

–¡Que entre!

Sobieski sale furtivamente y Marie Casimire hace lo mismo. Se reúne con él en la antecámara donde húsares montan la guardia. Hace ver que la desdeña e intenta huir, pero ella lo alcanza agarrándolo por el abrigo forrado.

–No podréis escaparos, querido hijo –dice riendo.

–Ahora no es el momento de jugar, señora.

La envuelve con una mirada severa y pregunta de forma brutal:

–¿Por qué Dosia está ausente? ¿Va a reunirse con los confederados?

–Actualmente se abstiene de tomar cualquier decisión. Pero no voy a esconderos que el Gran Mariscal te ruega estar de su parte. Os convendría más volver a vuestra casa para disuadirlo.

–Todo sería muy fácil si aceptaseis el cargo que os ofrece la reina.

–Me abstendré de reemplazar a Lubomirski. Un príncipe del imperio,[3] que es dueño de más de la mitad del país. Nos precipitamos a la guerra civil si no encontramos un compromiso.

–Veo que estáis de bastante mal humor, señor. Y me despido de vos. Sed más caballeroso la próxima vez que nos veamos.

A finales de julio, Juan Sobieski regresa a sus tierras y hace un alto en el castillo de Zamosc. El príncipe lo recibe con su habitual altanería. Hablan del Sejm, que terminó en un alboroto fenomenal con los gritos de «¡Fuera Condé!». Un fracaso humillante para el partido de la reina.

–El ejército se está decantando hacia el bando de los confederados –añade Sobieski.

–Y todo porque la reina ha sacado el hacha de Richelieu y se alía con Mazarino –exclama Zamoyski–. Esa francesa quiere nuestra ruina.

–Convenid, Sobiepan, que el país necesita disciplina. Dios nos libre de un baño de sangre.

–Veis las cosas desde el punto de vista de un guerrero, Sobieski. Sin embargo, no olvidéis los principios sacrosantos de nuestros antepasados. Elección *vitirim* y *liberum veto,* así defendemos nuestra libertad. Y ahora, perdonadme, pero los negocios me esperan.

El príncipe se levanta pesadamente y sale para ir hasta el carruaje que lo espera fuera. Tras los pasos de un lacayo, Juan Sobieski se reúne con Marie

[3] Polonia no reconocía los títulos nobiliarios, pero sí los que otorgaban el emperador de Austria y la Santa Sede. Lubomirski llevaba oficialmente el título de príncipe que le había dado el emperador.

Casimire en un prado cerca del río. La palatina no ignoraba la presencia del portaestandarte real, pero ha preferido dejarlo solo con su esposo, sabiendo que no se atrevería a marcharse sin venir a saludarla. Con un gesto de la mano, despide a sus damas. Con la falda de color y la blusa de muselina bordada de flores, parece una niña. El aire libre le ha satinado la piel y el cabello se le riza alrededor de la cara en múltiples trenzas con flores ensartadas.

–Os esperaba con impaciencia –le dice.

–Os he traído lo que me habíais pedido: tablillas, cintas y joyas. Lo he verificado todo, han respetado vuestras instrucciones.

Bajo la sombrilla de seda de colores en tonos pastel, sus ojos se iluminan.

–Perfecto –dice jugando con dos anillos de esmalte que se coloca enseguida en el dedo.

–¿Puedo pediros a cambio un pequeño favor? –pregunta el oficial con aire confuso–. Me gustaría dejaros esta arquilla. Contiene objetos que estimo mucho. Y cuento con vuestra discreción para no abrirla.

Marie Casimire, intrigada, lo mira con una sonrisa maliciosa y, el corazón alerta, adopta el tono de burla para obtener más información:

–¿Cartas de un antiguo amor cuya existencia debe ignorar el nuevo?

Durante su última estancia en Varsovia, se había olido algo. La frialdad de Sobieski no era debida sólo a las tensiones políticas. Sus ojos ya no brillaban cuando bailaba con ella. No bromeaba de la misma manera que en el pasado y desaparecía antes del final del baile. ¿Una relación culpable, como lo susurraban las lenguas bien informadas? De tanto jugar a hacer de madre, ha caído en su propia trampa. De repente, las confidencias tantas veces suscitadas abundan. Habla y no para de explicar lo que le ocurre. Se ha enamorado de una prima que se niega a verlo y no sabe qué hacer. Ama y se siente desgraciado. El vencedor de Cudnow está a punto de llorar.

–Vamos –dice acariciándole la mano–. Yo también pienso que vuestra parienta es cruel, pero sabéis muy bien haceros la víctima que al final se dejará vencer.

Poniéndose la arquilla sobre las rodillas, añade:

–Habéis hecho bien en confiar en mí. No intentaré saber qué escondéis bajo esta tapa. Sólo deseo una cosa: veros feliz. Vivamos en buena armonía como madre e hijo.

Juan Sobieski vuelve a su propiedad y Marie Casimire guarda silencio. Sólo por unos días. El tiempo de mentalizarse de que el vecino de Yavoriv se le vuelve a escapar de las manos. Después de la Leszczynska llega la prima Lubomirska, a la que otra mujer suplantará. ¿Qué le cabe esperar en su posición? Su autoestima se rebela, pero la moral pesa más. ¿No sería mejor que Sobieski se casase y acabasen con esas punzadas que les destrozan el corazón? Ella misma tiene su honor y un esposo que, aunque la abandone, le ha dado un nombre, una fortuna y un rango. Si sigue jugando a hacer de madre, podrá conservar al amigo con más seguridad.

Vuelve a coger la pluma para exhortarle a casarse. Le devuelve sus regalos, una bufanda y una pulsera, y reclama su retrato. Entonces se entera de que está melancólico por alguna razón. Enseguida, para distraerlo envía a uno de sus pajes para que le lleve un curioso libro que acaba de descubrir en la inmensa biblioteca de los Zamoyski: *Artamène ou le Grand Cyrus,* un cuento oriental y caballeresco, y al mismo tiempo una novela con claves. Bajo los nombres de los personajes que la señorita de Scudéry pone en escena se

esconden las figuras más emblemáticas de la corte de Francia y algunas celebridades de París, honrando con su presencia los «salones» de moda, el hotel Rambouillet y otros. Y bajo las facciones de Ciro se puede reconocer rápidamente al príncipe de Condé, el mismo cuyo nombre revoluciona Polonia.

La elección da en el blanco y entusiasma al portaestandarte real, acostumbrado a los dramas épicos vividos sobre el terreno, frente a los turcos y frente a los tártaros. A su vez, le envía una historia que lo ha conmovido, la *Cléopâtre* de La Claprenède. Los de Yavoriv y los del Parque guardan buenas relaciones, a pesar de la distancia, y vibran con las mismas aventuras, en un universo imaginario cuyos héroes, cada día más familiares, tejen una nueva intimidad entre ellos. Juegan a los criptogramas y se envían «confituras», cartas muy embarazosas para los que intentaran interceptarlas.

Una tarde de agosto, entre los cinco mil volúmenes de preciosas encuadernaciones traídos de Viena, Venecia o París, Marie Casimire encuentra a Astrée. La bonita pastora imaginada por Honoré d'Urfé ama al pastor Céladon y los dos acuerdan, para mantener en secreto su felicidad, que Céladon finja amar a otra. Esta estratagema es el origen de muchas desgracias, pero finalmente el amor triunfa y los amantes consiguen reunirse.

–Astrée y Céladon –murmura, soñadora–. Marie Casimire y Juan...

Un velo se descorre. El sentimiento que no osaba confesarse, considerándolo imposible puesto que el honor lo prohíbe, se convierte en posible. La templada Astrée y el platónico Céladon, la amante virtuosa y el amante sometido... Eso le conviene más que la madre y el hijo, sin lugar a dudas. ¿Aceptará Sobieski este nuevo juego? Una explicación de viva voz obtendría mejores resultados. Se aproxima la temporada de caza y no dejará de asistir. El príncipe ya ha mandado las invitaciones. Pero el estarosta no viene y ni siquiera responde a las tarjetas de su amigo Zamoyski.

De forma imprevista, la salud de Marie Casimire se altera. Tiene dolores de cabeza e indisposiciones frecuentes que le provocan desmayos. Pierde peso y se debilita. El médico, preocupado, acaba por confesar:

–Vuestra Señoría tiene la enfermedad del príncipe.

–¿La gota? Qué ignorante sois.

Hace llamar a su esposo. Este se molesta y muestra su disgusto.

–Me temo que tiene razón, señora, y lo siento.

–¿Qué queréis decir? Yo no me emborracho como lo hacéis vos.

–Leed esto y lo entenderéis.

Abre un cajón y saca un opúsculo en italiano titulado *El mal francés.*

–Uno se sobrepone a él, pero no se cura nunca. No me miréis así. Es una enfermedad corriente, hasta en la mejor sociedad, pero cada cual guarda su secreto.

Se gira hacia el médico y le arroja una bolsa llena de escudos.

–Ni una palabra a nadie. ¿Lo habéis entendido bien?

Marie Casimire, horrorizada, hojea las páginas del librito y se dedica a la lectura de un cuento pastoril que no se parece en nada a la sinfonía del señor d'Urfé. Esta vez el pastor se llama Syphilus. Está aquejado de esa sífilis que algunos han llamado el mal napolitano, aunque fue importado de América por los españoles, quienes lo llevaron a Italia desde donde se extendió por toda Europa, transmitido por los franceses. Para aliviar los dolores y curar las lesiones, el buen hombre sólo ha encontrado una medicina, las plantas sudoríficas y una madera de guayaco, llegada de las islas con los españoles al mismo tiempo que el mal que cura.

–Las infusiones, señora –añade el príncipe–. En ese gabinete encontraréis todas las hierbas milagrosas: flores secas de borraja, pétalos secos de rosas pálidas, folíolos de sena, frutos de anís, y por supuesto la indispensable zarzaparrilla, la madera de guayaco y el sasafrás. ¡Tienen un gusto atroz y prefiero morir tranquilamente bebiendo mi *krûpnick*!

¡La muerte! Marie Casimire ya ve el espectro implacable alzarse en el horizonte y acercarse, desplegando su manto de hielo para sepultarla. ¿No hay ninguna salida para escapar a ese horrible destino? ¿Dios ya la ha condenado? ¿Por qué pecado? ¿Y si ha cometido un pecado, no hay perdón ni misericordia posible?

–Es una prueba que el señor os envía –le dice el capellán–. Rezad y obtendréis la luz. Dios no nos abandona nunca.

En un rincón de su habitación transformada en oratorio, encienden velas y queman incienso. Arrodillada ante el crucifijo y ante la imagen de la Virgen sonriente, durante noches enteras implora, convencida de que sus oraciones detendrán la marcha fatal.

> Sálvame, oh Dios,
> porque las aguas me llegan hasta el cuello.
> Estoy exhausto de gritar.
> ¡Sácame del cieno, que no me hunda!
> Por tu gran amor, oh Dios, respóndeme.[4]

Y, de hecho, se produce una mejoría. Las infusiones surten efecto y una bocanada de esperanza calienta su cuerpo enflaquecido.

«¡Me curaré! –se repite con la mirada fija en la cara de tez de cera que le devuelve el espejo–. Si Dosia quiere morir, ¡yo quiero vivir... y ser amada!»

Algunas manchas oscuras aparecen en la curva del cuello.

–El «collar de Venus» –murmura–. Lo borraré.

Enseguida saca sus perlas y se engalana. Se empolva las mejillas con un poco de colorete, se coloca unos cuantos rizos en las sienes y se pone un vestido de terciopelo adornado con puntilla, el abrigo gris rosáceo, un sombrero guarnecido con plumas y guantes de seda.

–¡Vania, mi carruaje y mis baúles, nos vamos!

A su esposo le declara:

–¡Quiero saber a qué atenerme y voy a consultar al señor Courrade en Varsovia!

–Haríais mejor en decir que vais a conspirar con vuestra reina –responde el príncipe–. ¿Creéis que la política os curará de vuestra enfermedad? Me hacéis reír, señora. Divertios. En cuanto a mí, me voy a cazar.

En el Palacio Real la encuentran un poco pálida y Luisa, acostumbrada a darse cuenta de la situación con una sola ojeada, da enseguida su veredicto:

–Os aburrís en vuestro campo, querida. El aire de la corte os sentará bien. Aquí todo se complica y no tenemos tiempo para la tristeza.

Marie Casimire no dice nada y, con el mayor secreto, se confía al viejo hombre de Pougues. Augustin Courrade confirma el mal vergonzoso, pero deja entrever una cura.

–En París –le dice–, los doctores de la Facultad han experimentado una nueva terapia a base de química que hace maravillas. La medicina moderna

[4] Salmo, 68.

es, para algunos casos, más eficaz que las plantas. Os tratarán con mercurio y recobraréis vuestra salud.

Limpia sus quevedos y añade con una voz emocionada:

–Secad vuestras lágrimas, hija mía. Os he cuidado desde vuestra más tierna infancia. Seguid mi consejo y marchaos. No os veré morir antes que yo.

–Una última pregunta, señor. ¿Es por eso por lo que mi primer hijo no sobrevivió y por lo que mi pequeña Catherine es tan frágil?

–Sí.

–¿Seré para siempre una tierra maldita que sólo dará frutos podridos?

–En París, señora –repite inclinándose.

XI

La palatina regresa a sus habitaciones y se instala en una butaca para ordenar un poco sus pensamientos. El viejo Courrade ha hecho renacer en su ánimo la esperanza. Existe un remedio para curar el mal. Sólo le queda convencer a Zamoyski de hacer el viaje los dos o, por lo menos, si se niega a acompañarla a recibir el tratamiento, que la autorice a marcharse. Ahora bien, ¿cómo va a justificar en la corte sus prisas por abandonar el país en un momento en que en los caminos pululan bárbaros y rebeldes? Un pretexto baja del cielo en el mejor momento. Una carta de su familia le comunica que el marqués d'Arquien está enfermo. ¿Puede un padre al que no conoce morir sin haberla abrazado? Volver a ver a su familia se convierte en algo indispensable. Sin esperar más, se confía a la reina que, desde las primeras palabras, la atraviesa con su mirada escudriñadora, reflexiona durante un rato y dice:

–Es una buena idea y podría sernos útil. Descansad, querida, y coged fuerzas.

La joven se retira satisfecha, lista a recoger sus pertenencias para ir a convencer a su esposo. Al traspasar la puerta de la antecámara, unas anchas espaldas le impiden el paso. Reconoce a Juan Sobieski.

–¡Pensaba que estabais en Yavoriv! –exclama.

–La reina me ha convocado –explica–. Los confederados han formado una liga sagrada, *nexus sacer.* Los agentes dudosos abundan. El dinero circula y lo cogen de todos lados.

–Todo eso ya no me interesa –dice–. Pronto estaré en París.

Sobieski se estremece. El hoyuelo se agita en el hueco de la barbilla y la mirada se le ensombrece.

–¿Puedo veros después de mi audiencia? –pregunta en un susurro–. Esperadme bajo la enramada, cerca del seto. Nos encontraremos allí.

–Ya os estoy esperando –murmura, con los ojos entornados–. Yo también quiero explicaros algo.

Canturreando despaciosamente, Marie Casimire vuelve a su habitación y se toma el tiempo necesario para realzar su tez con una nube de polvos preciosos especialmente elaborados para ella. Es una composición de perlas finas machacadas con coral rojo, a los que se ha añadido semillas de acedera y esmeralda, ámbar amarillo, un poco de cuerno de unicornio y de ciervo, raspaduras de pata de alce, ojos de cangrejo de río y una pizca de *manus christi.* Se perfuma con una mezcla de violeta, almizcle y rosa, y se coloca un tembleque de diamantes en el pelo. «Ha llegado la hora de hablar de Astrée», se dice a sí misma.

Vestida con un abrigo de entretiempo que envuelve su silueta enflaquecida, se desliza entre los matorrales hasta un banco disimulado entre la hojarasca. Sobieski se le ha adelantado. Camina de un lado a otro bajo la enramada y el sable tintinea al compás de su nerviosismo. Viene a su encuentro, le coge la mano y la ayuda a sentarse.

–No podéis partir de Polonia –dice con voz grave.

–¿Y cuál es la razón, por Dios? –exclama riendo–. Me tenéis en vilo, señor.

–Os amo y no puedo seguir callando. Si os marcháis me moriré.

Con la mirada fija en las manos del oficial que aprisionan las suyas, Marie Casimire se queda sin voz. Esta brusca confesión la desarma. Su corazón está a punto de estallar. La invade un loco deseo de echarse en brazos de su húsar, de sentir su calor, su olor y aturdirse con sus caricias. Pero la duda le enfría el

alma. Sobieski tiene un carácter veleidoso. ¿Lo que dice hoy lo pensará mañana? ¿Dónde están las lágrimas que vertía en el pasado por su prima? ¿Acaso no ha oído anunciar a la reina la próxima llegada de una cierta señorita de Valençay, sobrina del príncipe de Condé, a petición del portaestandarte real que quería una esposa francesa?

–Ya va siendo hora de que dejéis de burlaros –dice en un tono cortante–. No conseguiréis convencerme de que sufrís cuando estoy lejos de vos. No os agrada verme.

–En estos tiempos difíciles y en las posiciones que ocupamos, el menor gesto, la menor palabra que pronuncie en relación con vuestra persona puede dar lugar a las más alocadas interpretaciones. Dosia es un amigo y la idea de traicionarlo me es insoportable. Lo he intentado todo para olvidaros, Marysienka... ¡Sin embargo, no puedo amar a otra mujer!

Un raudal de ternura empaña los ojos claros del oficial, que se inclina hacia la joven. Desliza su brazo alrededor de la fina cintura; sus labios se buscan y sus cuerpos se estremecen.

–¡Iachou![1] –suspira Marie Casimire apoyándose en el hombro del más apuesto de los húsares del rey.

Se serena y añade con voz ardiente:

–El amor es un noble sentimiento y no puede ser culpable. El señor d'Urfé lo explica perfectamente. Sus pastores nos indican el camino que debemos seguir. Para evitar toda sospecha, fingid estar enamorado de otra. Seré la única en conocer vuestros sentimientos. Habrá numerosos obstáculos, es verdad, pero si nuestra pasión es fuerte, triunfará. Sed Céladon y yo seré Astrée.

Ha leído la saga que desde París hace vibrar a toda Europa.

–Estoy a vuestra disposición, Marysienka.

–¿Estáis dispuesto a jurarme fidelidad?

–Cien veces si hace falta.

Estrecha las manos de la joven sobre sus labios y añade:

–Seré vuestro Céladon y hago voto de celibato.

Un silencio emotivo los envuelve a los dos. De repente la palatina se crispa. Su corazón vuelve a dudar. La promesa es demasiado comprometedora para ser verdadera.

–Para creeros –replica–, necesito que lo juréis ante Dios.

Al día siguiente, día de San Juan en ese año de 1661, cuando las campanas tocan a vísperas, un carruaje rodeado por una escolta a caballo se detiene delante del convento de los padres carmelitas en las afueras de la ciudad. Juan Sobieski, con una prestancia magnífica en su uniforme de portaestandarte real, entra en la iglesia con paso marcial. En el coro desierto, lo espera Marie Casimire. Arropada en un manto oscuro, está arrodillada ante el altar. Un velo de encaje negro cubre su rostro que gira hacia él cuando se le acerca. Sonríe y sus facciones de una belleza inaudita irradian felicidad. En un cojín cuadrado de terciopelo depositado cerca de ella centellean los dos anillos de esmalte que el estarosta le había llevado a Zamosc. Uno es azul, el otro verde; uno y otro se abren sobre dos corazones que arden de una misma llama. Enlazan sus manos.

–Fe y amor –dice Juan–, hasta el día en que muera. Lo juro ante Dios.

Marie Casimire coloca en el dedo meñique del oficial el anillo azul. A su vez, repite el juramento y recibe el anillo verde.

[1] Diminutivo de Ian, Juan en polaco.

–Unidos en la virtud y el amor de Dios –dice.

Sobieski se santigua y concluye con voz sorda:

–Que estas «bodas del Carmelo» nos unan para siempre y os retengan en este país.

Uno cerca del otro, permanecen absortos durante un rato ante el altar y salen de la iglesia con la misma discreción con la que habían entrado. Dos días después, el portaestandarte se dirige a Podolia por orden de la reina, que le ha encargado una misión entre los confederados, y Marie Casimire regresa a su principado. ¿Qué hará de su mística boda? Todavía no lo sabe. Por ahora, el amor de Juan Sobieski la llena enteramente y le da suficientes fuerzas para enfrentarse a los demonios de Zamosc. Ahora más que nunca quiere curarse, y no puede renunciar a su proyectado viaje a París.

En cuanto llega al principado, habla de París. A Zamoyski lo divierte y explica sus excursiones cuando paseaba por Europa su porte exótico. Incluso da órdenes para marcharse con un cortejo parecido. De pronto, en un arrebato de furia, cambia de idea.

–Me condenáis a muerte, señor, tanto a mí como a vos y a nuestra hija.

–Todos debemos morir. Antes o después, ¡qué importa eso! No saldréis de Zamosc, señora, y os vigilaré de cerca. Me han dicho que recibís en secreto al portaestandarte real.

Marie Casimire palidece. ¿Habrán interceptado su último mensaje? Un escudero de Juan Sobieski surca el campo, mensajero de cartas de amor garabateadas deprisa. Pero nadie puede descifrarlas sin conocer la clave de los criptogramas que han establecido juntos. Imitando los personajes de la señorita de Scudéry, han adaptado nombres en clave. Sobieski es Céladon, Sylvandre, la Pólvora, el Otoño. Marie Casimire se esconde tras Astrée, la Rosa, el Ramo, la Aurora, las Esencias. Se envían «naranjas» para demostrar su amor y hablan de su salud con la palabra «odor». Le vienen a la mente las palabras de su última misiva. No dejan ninguna ilusión:

> Pienso en vos desde que nos hemos separado y ya no me preocupo de gustarle a nadie más. No os divirtáis en ninguna parte, si queréis que os crea puntual a lo que deseo de vos, disfrutar cuanto antes de vuestra presencia. Para Céladon y sólo para él, Astrée guarda sus naranjas. Que el Otoño se dé prisa. La Rosa suspira por la Pólvora.[2]

Mirándola con malos ojos, Zamoyski observa a su esposa, al acecho de la menor prueba que demuestre su culpabilidad. En un tono sentencioso, lleno de altivez, añade:

–Pensabais engañarme y aliarme con Francia. Habéis malgastado tiempo y esfuerzo. Voy a reunirme con el mariscal. Lubomirski es mi tío, y Polonia permanecerá en manos de los polacos, y no de los extranjeros. Los Zamoyski tienen honor, señora, y pienso demostrároslo.

–¿El honor de haberme contaminado y de negarme los cuidados que podrían salvarme? –le replica con sangre fría fustigándolo con una mirada llena de desprecio.

Su esposo vuelve a enfurecerse y después se tranquiliza. Marie Casimire ya no teme plantarle cara y le obliga a aceptar una invitación de los soberanos para celebrar la Navidad en su compañía. Si consigue que se una al partido de

[2] Auténtica.

la reina, a cambio conseguirá una ayuda indispensable para la realización de sus propósitos. Ya ha tomado una decisión. Con o sin Zamoyski, irá a París. Y si no la acompaña, atraerá a Juan Sobieski para no regresar nunca. En una carta enviada en secreto, ruega al portaestandarte real que se reúna con ella en Varsovia.

La pareja Zamoyski se dirige a la capital. Más versátil que nunca, el señor de Zamosc se muestra dócil ante la soberana, y se une al príncipe de Condé, candidato favorito al trono de Polonia. Le escribe una carta elogiosa con homenajes elocuentes y ya no se opone al viaje de Marie Casimire. La palatina tiene permiso para reunirse con su padre antes de que muera, y Luisa, encantada, establece nuevos planes. Con Zamoyski, tiene en sus manos a un buen número de próceres que opondrá a todos los que Lubomirski levante en su contra.

–Ya era hora –confía a su protegida llevándola hacia su gabinete–. Necesitaba a toda costa un hombre poderoso para oponerme al mariscal. Sobieski, con quien contaba, no da señales de vida. Corre el rumor de que defiende la causa de los confederados. Su alma de tránsfuga ha vuelto grupas. Tenía razón al dudar de él.

En ese preciso instante, anuncian al portaestandarte real. Entra como un huracán. Bajo el gorro erizado, cubierto de nieve, las mandíbulas crispadas. Ejecuta un profundo saludo de corte y declara:

–Que Vuestra Majestad perdone mi silencio.

Dirige la mirada hacia Marie Casimire. Una ojeada, llena de una ternura preocupada, que la atraviesa. La joven se retira discretamente mientras el oficial empieza su informe a la atención de la soberana. Antes de salir, le susurra unas palabras al chambelán de guardia en la antecámara y desaparece al fondo de un pasillo, en un gabinete secreto donde espera a Juan Sobieski. Una hora más tarde, está a sus pies y le besa la mano con efusión.

–¿Por qué hacéis este viaje? ¿Qué urgencia tenéis en añadir más distancia entre nosotros?

–He despistado hablando de mis padres, a los que a partir de ahora llamaremos «aves marítimas». En realidad trabajo para nosotros. Estoy harta de todas las precauciones que debemos tomar para vernos. A pesar de respetar la moral, me siento culpable. Sólo podremos amarnos libremente lejos de aquí. Ésta es la razón por la cual viajo a París. Con el apoyo de la reina del que estoy segura, podríamos obtener del rey de Francia un cargo digno de vos, regimientos, un título, ¿quién sabe? ¿No os gustaría que estuviésemos juntos? Amarnos en pleno día sin preocuparnos de los horrores que ya propalan sobre mí y pronto sobre vos...

–Os seguiré allá donde vayáis, Marysienka, pero eso sólo será posible cuando la tranquilidad haya vuelto a la patria. Por ahora, estoy al servicio del rey y, a pesar de toda la pasión que siento por vos, no faltaré a mi honor.

Marie Casimire reprime un sobresalto. Esas palabras le demuestran que su influencia sobre el portaestandarte real no es tanta como suponía.

–Ya volveremos a hablar de ello –contesta, conciliadora.

Al día siguiente, Sobieski no está en Varsovia. Se ha enterado de la muerte de su madre, y ha partido para su castillo de Zhovkva con el fin de presidir los funerales. Marie Casimire le da el pésame y le recomienda regresar lo antes posible. Sin embargo, no puede esperar lo. Se ve obligada a seguir a su esposo y vuelve a Zamosc. El príncipe ha vuelto a enfermar. Ella también. París se impone con toda urgencia, pero Zamoyski, una vez más, olvida sus promesas.

–Me esperan en el Sejm –declara–. Quiero pronunciarme.

–De acuerdo, id a votar –dice Marie Casimire–, pero no seáis perjuro, no os opongáis a mi curación.

–Una buena esposa permanece en su hogar. Que yo sepa, aquí no os falta de nada, ni siquiera medicamentos; yo mismo he ordenado que aumenten los suministros. Adiós, señora, espero que hayáis recobrado la salud cuando regrese.

Altivo e indiferente, le da la espalda y monta en su caballo, escoltado por sus guardias cosacos y sus violines. La palatina, indignada, patalea de rabia y en su cabeza nace un pensamiento loco: ¡huir! Salir para siempre de estos palacios malditos, de este país hostil donde por todas partes y en todo momento la acechan, la ofenden y la vilipendian. Una persecución insoportable que la mata a fuego lento.

–¿No es eso ir al encuentro de la muerte? –grita Vania asustada.

–Necesitamos una escolta armada –dice Stavski, un chambelán fiel a la palatina–. Los peligros nos acechan a cada rodada. El Mariscal[3] está contra Vuestra Señoría y sus hombres aparecen por todas partes. Sin contar los del príncipe, que han recibido órdenes estrictas sobre vos.

Las advertencias no menguan para nada su decisión. La suerte está echada y no quiere volverse atrás.

–Morir por morir –replica–, que sea en la libertad.

Algunos criados muy fieles aceptan seguirla. A toda prisa, aprovechando la noche, arramblan con todo lo que pillan: comida, objetos preciosos, vajilla de oro y plata, y setenta mil táleros descubiertos en un cofre. Llenan de ropa los baúles y las joyas aumentan el peso de los dobladillos de su falda.

–Iremos de convento en convento –dice al cochero–. ¡A falta de ejército, Dios será nuestro protector!

Por los caminos que los rayos de luna blanquean en aquella noche abrileña de 1662, Marie Casimire rompe a llorar. Ha tenido que dejar a su pequeña Catherine, que se ha curado mal de una reciente epidemia de peste y a la que Griselda retenía con severidad. Chirrían los ejes del carruaje a cada bache. Levanta la cortina de cuero y abre la ventana de la portezuela. Los pajes caracolean en silencio en un murmullo de martilleos sordos. El aire es fresco al besar su rostro. Suspira mirando las estrellas que empiezan a desaparecer de una en una. El cielo está palideciendo. Una nueva aurora asoma por levante en medio de los trinos de un pájaro que el eco repite en el otro extremo del bosque.

–Juan –murmura, soñadora–. ¡Pronto, y para siempre!

No le ha revelado su mal, pero ¿acaso no es por él por lo que quiere curarse? Sonríe al pensar en su último encuentro. En respuesta a su llamada, había acudido en secreto a Ploskié. Como se lo había pedido, pasó por el convento de frailes para no ser visto, acompañado de Sapieha. Le puso al corriente de la mala administración de las propiedades de Zamoyski y su preocupación por las suyas, desde que el príncipe, sin vergüenza alguna, le cogiera dos mil escudos para sufragar los gastos de su última estancia en Varsovia. Sin esperar más había buscado la protección de hombres de ley sinceros y no había encontrado a nadie mejor que al portaestandarte real y al notario de la Corona; a fin de cuentas eran sus amigos. Así la administración de sus tierras se encontraría en buenas manos y Sobieski, de paso, renovó la

[3] Lubomirski.

promesa de reunirse con ella, cuando lo deseara, en el fin del mundo si era preciso.

Cerca de la frontera, la intercepta un correo de la reina y le entrega varias cartas con el sello real. Marie Casimire se ha ocupado de informar a la soberana de las desavenencias con su esposo y su precipitado viaje. Luisa la regaña, pero lo entiende. Añade algunas recomendaciones para sus amigos de la corte y una carta para su hermana, la princesa palatina,[4] nombrada desde hace poco tiempo superintendente de la joven reina María Teresa. No habla para nada de salud. Zamoyski ha guardado el silencio sobre ese tema escabroso, y el desatino de su esposa pasa por una cabezonería.

En su hotel de capitán de la guardia de Monsieur, en una calle estrecha entre el Louvre y el Palais-Royal, el marqués de La Grange d'Arquien ya no está enfermo y recibe a su hija con orgullo. La amplia peluca rizada, un bigote encanecido y unos ojos de azabache que echan chispas. Es de bella prestancia, erguido y de buen aspecto. Anda con paso enérgico, es elegante y pasea su sombrero de fieltro con la mano suelta para hacer un saludo muy estudiado. Seducida desde el primer momento, Marie Casimire se echa en sus brazos y lo ama como si no se hubiese separado nunca de él. Cerca hay una mujer resignada, envejecida por las maternidades. Las facciones marcadas por la dulzura han perdido su belleza y la mirada ya no tiene brillo.

–Vuestra madre –dice el marqués.

La palatina la abraza con timidez. Es difícil reconocerse después de tanto tiempo. Avanzan dos mosqueteros, con un bigote un tanto tembloroso y una mirada chispeante. Son apuestos y giran con soltura sobre los talones de sus botas.

–Vuestros hermanos –sigue diciendo el marqués–, Anne-Louis, conde de Maligny, y el caballero Louis. Más tarde conoceréis a vuestra hermana mayor Louis-Marie que está al servicio de la reina María Teresa como dama de honor. Ha sido un gesto de atención por parte de la palatina. También veréis a la benjamina Marie-Catherine, no tan guapa como vos, pero con una dulzura exquisita. En cuanto a las pequeñas, como bien sabéis, han entrado en religión. En los conventos de Bourges y Nevers esperan vuestra visita.

Se miran con curiosidad, hablan y se familiarizan. Día tras día simpatizan. Nacen y se asientan tiernos sentimientos y Marie Casimire saborea el calor de una familia. En un ala del primer piso, le ceden dos habitaciones, y su séquito encuentra alojamiento en otras dependencias.

–París tiene su particular modo de vida, hija mía –dice el marqués D'Arquien–. En la corte y en la ciudad. Princesa de Zamosc, duquesa de Ostroh o palatina de Sandomierz, debéis presentaros en consonancia con vuestro rango.

–Ya os he explicado las condiciones en que salí de Polonia, padre. Mis medios son limitados y no estoy segura de poder volver allí, y aún menos de ver al príncipe en París o de recibir dinero de su parte.

–Dispones de un cortejo discreto, pero de calidad. Ya nos encargaremos nosotros de propalar que estáis de visita privada en casa de vuestros padres.

Empapeladores y carpinteros se ponen manos a la obra y la palatina escoge un mobiliario de acuerdo con la estación del verano que se avecina. Tapices con figuras en las paredes y bonitas cenefas en la alcoba presidida por una

[4] Ana de Gonzaga, hermana pequeña de Luisa, casada con Eduardo de Baviera, conde palatino del Rin, llevaba el título de princesa palatina. Su función política durante la Fronda fue importante.

cama con ángeles de plata, forrada con damasco carmesí, y están preparando otra cama de baldaquino de terciopelo para el invierno. Encargan un nuevo carruaje acolchado siguiendo la moda de París y para los pajes y los lacayos del séquito una librea de color café con leche con un galón de terciopelo bordado en seda. Todo eso hace muy buen efecto y la princesa Zamoyska por fin puede recibir «en la alcoba», como es debido. Y para adaptarse en todo a los caprichos de las costumbres parisinas, convoca a peluqueros y costureros y hace venir diversos maestros, los mejores, «los que enseñan a la reina». Canta y toca la guitarra, baila y lo hace bastante bien, así que el mentor, con voz de falsete, se digna expresar un cumplido. Le preocupaba su pequeña estatura, pero aquí no la consideran tan «canija». Este París le encanta. La invitan, la halagan, la adulan, incluso parece como si la adoptasen.

–¿Qué esperáis para presentaros en el Louvre o en Saint-Germain?

–Vuestra reina debería pedir para vos la almohada de las damas palaciegas.

–Cuando Su Majestad os reciba, haceos llamar por el título de duquesa.

Las palabras se atropellan, la embriagan, la aturden. Los títulos, la almohada... De la corte a la ciudad no se habla más que de eso, sólo viven para eso. La gente se desvive por atribuirse títulos de príncipe, duque o marqués. Se ponen lazos y borlitas, esconden el oro por temor a que se lo roben y, si no lo tienen, menosprecian al que lo posee tratándole de «bárbaro» o de zafio. ¡Qué lejos está el Palacio de Varsovia donde se exhibe sin vergüenza el lujo y las piedras preciosas porque la importancia se mide por la fortuna y el mérito! Allí los títulos sólo son un juego, una forma de cortesía. Sin embargo, creía estar en Francia, al lado de su reina francesa que no olvidaba nunca los refinamientos de su primera educación. Ahora se ríe de todo aquello y le parece muy cargado, hasta el francés preciosista que se habla allí, salpicado de palabras italianas o polacas cuando no por los giros latinos que lo mancillan de grandilocuencia.

¿Va a renegar de esa Polonia que la ha visto crecer, que la ha alimentado desde hace tantos años? ¿No ha dejado allí una parte de su corazón? Desde su llegada a las orillas del Sena, no ha dejado de escribir a Juan Sobieski. Largas epístolas en las que le explica detalladamente cómo está instalada y qué vida lleva. Su padre que la adora, la visita a la princesa palatina en su fabulosa casa de Asnières, y luego al marqués de Cablé en su castillo de Meudon que tiene la mejor vista del mundo. Le ha enviado un pequeño retrato suyo y un brazalete hecho con cabellos suyos trenzados. A cambio, le pide que le haga llegar alfombras de Persia, gorros de cola de marta y caballos para su padre. Para él se ha puesto a buscar una casa por si confirma su propósito de comprar una. El momento es favorable, le ha explicado Marie Casimire, porque todo el mundo vende ante el temor a ser embargado. Doce cartas que no han obtenido respuesta. ¿Los correos se han desvanecido con el viento de la estepa o ya es el olvido? Vuelve a coger la pluma una vez más y lo regaña como en la época en que lo trataba de *nieszczeny syn,* hijo desleal, y amenazaba con darle una azotaina.

> Me han informado que ha helado en Polonia. Me percato de ello, dado que soy muy friolera. Las preocupaciones del Sejm os hacen descuidar Francia y a los que estamos aquí. Anunciadme qué estáis dispuesto a hacer y qué estáis haciendo. Si queréis adquirir bienes, enviadme poderes para hacerlo en vuestro nombre. Estoy molesta ante la imposibilidad de entreteneros con muchas cosas. Aquí

encuentran mi talla realmente bella. Adiós. Dad fe de mi afecto a nuestra tropa.[5]

También escribe a Luisa y le explica los chismes de la corte y su esperanza de ser presentada a la reina de Francia, que acepta entrevistarse con ella de incógnito en el convento de los capuchinos de Saint-Germain. Menciona por encima al desgaire el detalle de la almohada y sugiere en un inciso que el portaestandarte real sería un representante digno de Polonia en el bautizo del Delfín que acaba de nacer.

Zamoyski le ha confirmado que no se reunirá con ella. De ahora en adelante, el camino está libre para Juan Sobieski. Con más actividad que nunca, le busca una casa y quiere prepararle apoyos. Solicita una audiencia al marqués de Lionne. Pero el ministro del rey se hace el sordo. De repente, todo se complica. Sobieski por fin contesta, pero no habla de viaje. Va a recibir a los soberanos en su castillo de Yavoriv. La joven se desmorona: «¡Ya veo que he nacido para ser desgraciada!».

La suerte se muestra cruel, es verdad, y las malas noticias se acumulan. Se pospone la entrevista con la reina. Zamoyski multiplica las borracheras y le corta cualquier clase de suministros; se ha apoderado de los ingresos de Ploskié y de toda la ropa que ha dejado allí. Y para acabar de rematarlo todo, se entera de que la pequeña Catherine está enferma.

Una fiebre alta se apodera de Marie Casimire, cuya salud parecía estar mejorando. Los dolores se avivan, acompañados de náuseas y desmayos. El mal que se hacía olvidar, hasta tal punto que ya no pensaba en su existencia, vuelve a torturarla. Tiene miedo. No de la muerte, sino de la vergüenza de que descubran su secreto. Una tos le salva el honor. Los médicos le prescriben un cambio de aires y Louise-Marie la lleva a Saint-Germain.

El viaje es horrible, cerca de la agonía, pero el campo le sienta bien. El color le vuelve a las mejillas y recupera tan bien las fuerzas que su padre le propone unirse a la familia en el Nivernais para vendimiar. Acepta la propuesta sin pensárselo dos veces. El castillo de Prye que poseen los La Grange d'Arquien, no muy lejos de Nevers, se encuentra a tan sólo cuatro leguas de la estación termal de Pougues. Las aguas benéficas confortarán su convalecencia y quizá la ayuden a curarse sin recurrir a ese mercurio que, según le han comentado, ennegrece las encías, pudre los dientes y provoca la caída del cabello. Acaba de cumplir los veintiún años y se niega a aceptar una figura horrorosamente fea. ¿Conservará la vida? Nadie puede asegurarlo. Además, ¿en quién puede confiar que no traicione su dignidad?

La fiebre vuelve como una hoguera y le roba el sueño. La llevan de nuevo a París y los apellidos más célebres de la Facultad de Medicina acuden a su cabecera: el señor Dupuis, médico de la princesa palatina, el señor Guénaut, médico de la reina madre, y el señor Esprit, médico de Monsieur. Cotejan los diagnósticos. ¿Un absceso en el pulmón? ¿En el hígado? Dudan. Después de una sangría, le hacen beber semillas frescas conservadas en culantrillo; y terminan por concluir:

–La melancolía, señora. ¡Esa es vuestra peste!

Los grandes sombreros se siguen moviendo sobre las largas túnicas. Discuten en latín, le recetan leche de burra y se marchan tranquilamente. Pero un hombre con una túnica corta que asistía al señor Esprit vuelve sobre sus pasos y se acerca a la cabecera de la palatina.

[5] Auténtica.

–Es mi deber comunicaros lo que no se han atrevido a confesar.

–Confirmáis mi mal –dice con voz resignada–. ¡El «mal francés»!

–Tenemos un remedio, señora. El mercurio. La Escuela de Montpellier me ha enseñado esa medicina moderna que denominan «iatroquimia».

–El señor Courrade me ha hablado de ello. Calma por un lado lo que destruye por otro.

–Todo depende de lo que dure el tratamiento. Y en vuestro caso... Medio año y ya no pensará más en eso.

Permanece un buen rato sin decir nada, los ojos discurriendo por las vigas del techo, y luego se gira hacia el joven, al que atraviesa con una mirada de fuego:

–Quiero vivir, señor. Quiero curarme.

Lo despide con un gesto seco y coge la pluma. Con una mano torpe debido al cansancio, escribe a Juan Sobieski: «No estoy bien, pero no os aflijáis. Espero que no sea nada. Vuestra Astrée va a conservarse para su Otoño. Escribidme a menudo y detalladamente».[6]

[6] Auténtico.

XII

En el castillo de Vincennes, el Gran Maestre[1] entretiene a la reina y a Monsieur, el hermano del rey. El marqués D'Arquien está al lado de su augusto príncipe, y Marie Casimire, acompañada de sus hermanos, forma parte de los invitados. Todo el mundo se fija en su buena cara y su elegancia. Sonríe inclinando la cabeza con gracia. En el cortejo de María Teresa, soberana altiva y severa, reconoce a su hermana y a la princesa palatina, que le hace una señal. Toda la corte está presente y el aire se llena de conciliábulos.

Los ilustres invitados dan un corto paseo bajo el radiante sol de julio. Peleas de leones, leopardos y toros salvajes abren la fiesta con una nota de barbarie, pero no menos excitante, y luego regresan a los carruajes que se dirigirán a unos puntos precisos esparcidos por el parque, desde donde asistirán a varios tipos de caza. Los entretenimientos se suceden en un orden perfecto. La jornada acaba con un suntuoso tentempié servido con refinamiento en un concierto de violines.

La gente rodea a Pani Zamoyska. Su belleza les fascina y su fortuna aguza la curiosidad.

–Es exquisita. Su esposo, un prócer, posee más de un millón de rentas. ¿Os habéis fijado en sus joyas?

–Ya casi es duquesa. Es inminente. ¿Os habéis fijado en su carruaje?

En la parte trasera de su coche Marie Casimire ha hecho coser las armas de los Zamoyski entrelazadas con las de los La Grange d'Arquien en un manto ducal. Desde Varsovia, Luisa le ha comunicado que había solicitado la almohada con el rango que la acompaña, y que su atribución no debería tardar. La mirada chispeante de la joven se pasea sobre una verdadera asamblea de cortesanos y jóvenes oficiales que sirven en los regimientos de Luis XIV. No les falta ingenio ni seducción y bailan con gracia, como el rey que tiene la misma edad y les sirve de modelo.

La «pequeña palatina», como la llaman cariñosamente, se divierte y deja oír su risa fresca. Es feliz. Esta recepción es su primera salida. Se siente rejuvenecer tras un invierno que ha sido un verdadero infierno. A su enfermedad y al tratamiento pesado que parecía haber surtido efecto, se ha añadido esa muerte que, tras quitarle a su hija en la fortaleza de Zamosc, ha venido a perseguirla hasta la casa de su padre para disputarle al más fiel de sus criados. Una neumonía mal curada, tras la renuncia de la Facultad, se llevó a Stavski, su fiel chambelán. Durante su agonía, no se separó ni un momento de él, ayudándolo con asiduos cuidados que tanto le hubiese gustado dar a su pequeña Catherine. Lo socorrió lo mejor que pudo, confortándolo con sus plegarias. Usó todos los medios para mantener el fulgor de sus ojos que se vaciaban poco a poco y el ligero soplo que se apagaba y luego se alargó hasta el último segundo en que, repentinamente, ya no hubo nada. Una lucha terrible contra la fatalidad que la dejó palpitante y alelada, repitiendo incansablemente:

Las olas de la muerte me envolvían,
me espantaban las trombas del Maligno,
los lazos del sepulcro me rodeaban,
delante de mí trampas de muerte.

[1] De la francmasonería.

Clamé al Señor en mi angustia.[2]

El anciano se le apareció en sueños, al igual que sus dos hijas, desaparecidas en un pequeño espacio de tiempo, una tras otra. Sonreían, rodeados por la claridad dorada de las nubes, y parecían velarla. ¿No se acercaban para cogerla? Hizo decir misas por sus almas y se instaló en una casa situada a una legua de París, prestada por el conde de Quincey, el hombre más loco de la corte. En efecto, había que estar loco para tener una bañera en casa y ponerse en remojo cada día. Y eso era justamente lo que buscaba la «pequeña palatina», ya que ella también era asidua a esas prácticas en castillos lejanos lujosamente equipados. A la gente le hacían gracia sus excentricidades, pero nadie sabía que un médico de Montpellier le había ordenado, además de las píldoras de mercurio, baños cada día de agua sulfurada. Ahora se ocupaba de su salud, aunque la carta de la reina a propósito de la almohada de las damas palaciegas le había devuelto la alegría, confirmada cuando, en una misiva, su esposo le reclamó algunas «explicaciones»: toda Polonia, decía, explicaba que Pani Zamoyska se había instalado en Francia con Sobieski, apodado desde entonces el «Calígula disoluto, objeto de la reprobación y escándalo universal».

¿Había anunciado el portaestandarte real su viaje? ¿Por fin vendía sus tierras para adquirir otras cerca de París? ¿Se habrán perdido algunas cartas? Las últimas, escritas desde Zhovkva, sólo mencionaban la visita de los soberanos polacos y le reprochaban las «naranjas podridas» de sus «confituras», lo que en hablar paladino significaba que consideraba muy moderadas sus cartas. En ese momento, la palatina, enfadada, había reclamado su retrato, pero luego se tranquilizó añadiendo:

«Espero que en las próximas noticias “todo esté decidido” y no “pronto os escribiré lo que he decidido”, como lleváis haciendo desde hace seis meses».[3]

La embriaga la espera del hombre que le ha robado el alma y jurado fidelidad, y ya se imagina su reencuentro en una casa cercana a las Tullerías. Juntos comprarán una propiedad y un castillo cerca de Meudon o Saint-Germain. Y por fin se amarán, de día y de noche, lejos de las perfidias y las habladurías.

Pero al regresar de Vincennes, el sueño se desvanece. Le entregan el correo de Varsovia. La reina habla de guerra. Juan Casimiro moviliza las tropas contra Moskovskaya Oblast’ y los ejércitos se dirigen a Ucrania. Luisa hace hincapié en las proezas del portaestandarte que demuestra su fidelidad a la Corona y, de forma imperativa, aconseja a su protegida hacer las maletas. Ha pasado por Zamosc, ha comprobado las cuentas y promete que todo va a arreglarse. La orden es formal: debe volver.

Una vez más, todo se desmorona y Marie Casimire está enrabiada. Debe someterse. Pero no a la reina, sino a esa maldita guerra que vuelve para mofarse de ella y le usurpa a Juan Sobieski. La fiebre se apodera de nuevo de ella y sus nuevos médicos ya no le prometen la curación. Tiene altibajos. Al igual que las valacas, lleva el mal y lo transmitirá. En estas condiciones, ¿aún tiene derecho a amar? ¿Y a quién debe amar? El que le ha robado el corazón sólo se siente a gusto bajo la metralla y su esposo la deja olvidada a orillas del Sena. Sólo le queda la enfermedad, el sufrimiento y la agonía antes de dormirse eternamente. Ahora bien, ¿no es ella quien ha osado desafiar los

[2] Salmos, 17.
[3] Auténtico.

designios de Dios en la capilla de los padres carmelitas profanando el sacramento del matrimonio con un falso juramento? ¿No es el dedo de Dios el que la lleva de vuelta a Zamosc donde le espera su deber de esposa? Hacia Dosia, el único recurso permitido, el que Dios ha bendecido. Juntos compartirán el mal que en lo sucesivo les unirá. Para lo malo, a falta de lo bueno. En cuanto a Juan Sobieski, ¿seguirá siendo un amigo o deberá olvidarlo?

Dejando aquí sus ilusiones, se prepara para irse y despedirse, para separarse de esta familia a la cual empezaba a querer. Abrazos y lágrimas. Les promete que volverá. El marqués D'Arquien refunfuña y decide que su hijo pequeño Louis la siga.

–Su presencia os hará menos vulnerable –dice– y lo ayudaréis a encontrar un puesto en los ejércitos de Escitia.[4]

A finales de octubre de 1663, Pani Zamoyska cruza la frontera de Polonia. La travesura ha terminado. Como un condenado que camina hacia su muerte, con el alma resignada, así sigue Marie Casimire el camino de Zamosc. La fortaleza será su tumba. Se convence de ello durante el viaje. ¿Qué acogida le reserva su esposo? A partir de ahora poco le importa. Aceptará sus enfados y sus palabras humillantes con paciencia y sumisión, ofreciendo a Dios ese purgatorio que ya ha aceptado.

Una nube de polvo anuncia que un tropel a caballo se acerca, las hachas doradas vuelan por el aire... Los cosacos de la guardia del príncipe Zamoyski rodean el ínfimo cortejo de la palatina y lo escoltan con gran ceremonia. Vienen mandados por el conde Podlodowski. Saluda respetuosamente y se inclina hacia la portezuela del carruaje:

–El príncipe está en el Parque –dice después de los cumplidos al uso–. Está demasiado enfermo para venir a presentaros sus respetos y daros la bienvenida.

Marie Casimire palidece. Con la emoción se le hace un nudo en la garganta. Sus órdenes resuenan tajantes y se vuelven a poner en marcha al galope. Esta vez es ella la que atraviesa la antecámara corriendo, la que sube a toda prisa las escaleras, la que abre la puerta de la alcoba y se precipita hacia la cama.

–Dosia –exclama cogiendo la mano de su esposo–. No os dejaré morir. Mis píldoras os salvarán.

–¿Para qué, si queréis dejarme? –susurra mirándola fijamente con los ojos febriles.

–Os amo como siempre os he amado. ¿Por qué prestáis oídos a los mentirosos? En este país pululan y sus palabrerías os envenenan. Yo os cuidaré, no os preocupéis, y os curaré.

Se instala en la cabecera de su cama, lo vela, lucha con ahínco contra la muerte implacable que vuelve a mofarse de ella. Implora a Dios y le ofrece su calvario, lucha con constancia, con todas sus fuerzas, se niega a asistir a un adiós doloroso que le anunciaría el suyo. Cada día de vida que le arranca le da más coraje, porque retrasa de paso su propio fin. El mercurio socorre al príncipe. Al cabo de un mes, puede levantarse y la ciudad de Zamosc se viste de fiesta para celebrar solemnemente el regreso de la princesa: bendiciones del obispo, discursos en verso y prosa, teatro, música, bailes, banquetes, no falta nada. Marie Casimire irradia felicidad. La curación de Dosia es su triunfo y él le está agradecido por ello. El esposo obligado ha perdido su altanería y la lleva al Parque para hacerle allí arrumacos durante lo que queda de invierno.

[4] Nombre dado a Polonia en el siglo XVII.

Le perdona la huida y está dispuesto a olvidar las habladurías con la condición de que el amigo Sobieski no aparezca por sus tierras. Enseguida ella replica con la más dulce de sus sonrisas:

–¿Consentiréis a cambio en despedir a todos los miembros de vuestro personal que me han ofendido?

–Vamos, señora –contesta riendo–. No he dejado de castigar a los intendentes que se permitieron desviar los ingresos de vuestras tierras. En cuanto a mis hidalgos, también recibieron una buena reprimenda y me han prometido serviros con tanto interés como a mí.

Y de hecho, Podlodowski, Jaboclitski y Goletski, los tres compinches de lengua viperina, porfían en ser amables y le piden perdón. Griselda tempera sus humos y su hijo Miguel le dirige miradas cariñosas. Celebran festines y bailes. El castillo se llena todos los días de una abundante compañía y Marie Casimire sorprende a los señores del vecindario y a sus esposas recibiéndolos «en la alcoba».

–Tanto en la corte como en la ciudad, ésa es la costumbre que tienen las damas –explica con voz lánguida.

Engalanada con sus vestidos «a la moda», canta y toca la guitarra. La aplauden haciendo mil cumplidos, pero se apresuran a explicar por turno que Pani Zamoyska mete a todo el mundo en su cama. Las murmuraciones arremeten de nuevo con fuerza, vuelven a producirse malentendidos y la llegada del caballero D'Arquien sólo consigue envenenar aún más un clima ya bastante tenso. En un tono de presunción inadecuado, el joven se toma la licencia de hacer algunos comentarios inoportunos sobre el amo de Zamosc, que en esta ocasión se encoleriza en extremo y lo persigue blandiendo la espada. Marie Casimire interviene oportunamente, pero Zamoyski se niega a aceptar las disculpas del caballero y le prohíbe permanecer en su casa.

–¡Un mocoso sin dinero se atreve a darme lecciones! –exclama–. Los franceses se piensan que lo saben todo... No necesitamos para nada sus consejos ni sus costumbres. Todavía no han conquistado Polonia.

Recupera el aliento y añade:

–Nuestras tradiciones son tan buenas como las vuestras, señora, y decidle a vuestro hermano que salga inmediatamente de mis tierras.

La joven se inclina y suspira. El que había venido para ayudarla, para protegerla, se convierte ahora en una carga demasiado pesada para sus débiles hombros. Está comprobado que nada cambia bajo el cielo de Zamosc. Una vez más, está sola y desamparada. ¿Hacia dónde debe girarse para encontrar un apoyo? Un nombre se impone: Juan Sobieski, el amigo, el confidente, el *patito,* el hombre que sabe escuchar, al que ha dejado de lado desde su regreso. Combate en Ucrania, dirigiendo una retirada bien pensada a orillas del Boristenes. Su sable hace maravillas y obliga a las hordas cosacas y moscovitas a retroceder, pero todo el mundo se pregunta por qué misteriosa razón el portaestandarte real sólo lleva ropa negra. La palatina, que ha guardado silencio hasta ahora para respetar las promesas hechas a un marido receloso, vuelve a coger la pluma y le recomienda a su hermano:

«Será vuestro servidor en la misma medida que yo siempre he sido vuestra amiga y sirvienta. Por el amor que me profesáis, sed un poco bondadoso con él».

Explica detalladamente la enfermedad del príncipe, que le causa mucha pena, y se preocupa por saber si el oficial ha recibido el reembolso de las sumas que le había prestado. De forma hábil restablece las relaciones,

suscitando una respuesta, pero se obliga a mantenerlas en el terreno de los negocios, el único permitido de ahora en adelante. Desmenuza la administración de sus estarostías, las cuentas de los diversos pedidos que Sobieski hizo cuando ella estaba en París e incluso le propone comprarle sus dragones.

«Vuestra ayuda sería infinita si me escogieseis a mí antes que a otra persona. Sois libre de aceptar. Estaré contenta de haceros un favor.»

Llegan respuestas. Abundan los reproches, difuminados con ternura. Cada vez se escriben más, deprisa y corriendo, escondiéndose tras nuevos criptogramas. Sobieski desaparece detrás de Beaulieu, nombre tomado a una camarera de Luisa, y Marie Casimire se oculta bajo los rasgos de su hermano cuando confía en una pequeña misiva:

«No encuentro el momento para escribiros con seguridad. Espero recibir una carta de mi querida Beaulieu, con quien soy y seré siempre tierno. Ella está siempre presente en mis pensamientos».

Le envía una bufanda color fuego y un retrato del caballero D'Arquien que no es otro más que el suyo. Pero Sobieski prorrumpe en quejidos y se niega a ceñirse la bufanda. En su alma ya no hay felicidad, dado que Marysienka ya no quiere verlo.

Durante este tiempo, el invierno blanquea los campos y endurece los caminos. El Parque se adormece bajo la nieve, pero en los salones de la propiedad las borracheras no sólo vuelven sino que se multiplican. El *krûpnick* corre a raudales al calor de la inmensa chimenea donde todos los malos genios parecen habitar. En compañía de sus hidalgos, el amo se divierte en un concierto de groserías e hipos destemplados. La orgía es permanente y el servicio saquea la casa a su antojo. Marie Casimire se enfurece, pero sus gritos no hacen más que aumentar las risas, las burlas y los insultos. Abrumada por su impotencia, la palatina se refugia en sus habitaciones para llorar todo cuanto quiere antes de que el borracho de su esposo venga a avasallarla.

Envía cartas regadas con sus lágrimas al Palacio de Varsovia. La reina se conmueve ante tantos horrores y le aconseja el divorcio. La idea seduce a la joven. Consiente en llevarlo a cabo, pero de repente lo rechaza. ¿Qué puede hacer con ese mal que vuelve a quemarle las entrañas? El príncipe tiene arrebatos, pero tras la brutalidad viene la dulzura. Entonces es manejable y no sabe cómo hacerse perdonar. A pesar de la fiebre que la consume permanentemente, lo cuida y vela por él porque las convulsiones cada vez más frecuentes lo fulminan. Un día, sin embargo, al fijarse en la mala cara de su esposa, le propone volver a Francia y reemprender el tratamiento. Marie Casimire replica enérgicamente:

–Somos inseparables, Dosia. Dios nos ha unido para lo bueno y para lo malo. Os haré compañía y curaré vuestra enfermedad.

El mes de junio de 1664, está embarazada por cuarta vez y el embarazo está a punto de llegar a su término. La joven vuelve a tener esperanzas. ¿Dios le concederá por fin un heredero? Recuerda los consejos del joven médico de Montpellier.

–¡Debo llegar a París lo antes posible! –exclama–. El bebé será tratado con mercurio desde el primer momento. Así sobrevivirá. Me lo han asegurado.

Zamoyski le da toda clase de facilidades: le proporciona un carruaje, una escolta y dinero; ahora bien, el viaje termina en Dantzig. Marie Casimire da a luz a una pequeña niña a la que bautizan rápidamente porque ven que es muy

escuchimizada y no sobrevivirá. Una extraña suerte parece perseguir a la princesa Zamoyska que regresa, desesperada, a sus castillos. Las sombras de sus angelotes la guían inexorablemente hacia un moribundo que la arrastra hacia la tumba y, para olvidar la marcha fatal, vuelve a escribir cartas.

A principios de enero de 1665, un correo le transmite una curiosa misiva de Juan Sobieski. Le comunica que le han ofrecido el bastón de mariscal y lo ha rechazado inmediatamente. Le pide que medie ante la reina a la que ya ha hecho una concesión, para que no insistan más sobre el tema, porque si no abandonará Varsovia. El mismo día, un dragón de la Guardia real cruza la poterna del castillo de Zamosc, portador de una misiva escrita por Luisa de su puño y letra. Con palabras apremiantes, la soberana ruega a su querida palatina que se presente lo antes posible en la capital. Con el príncipe, si Su Ilustre Señoría quiere acompañarla.

–Sí, id a conspirar –dice Zamoyski refunfuñando–. Apenas acabo de reponerme y no estoy en condiciones para viajar. Es lo que explicaréis a vuestra reina. En realidad, desde que Lubomirski ha sido destituido y condenado a la infamia por un Sejm corrupto, prefiero permanecer en mi casa. Rehúso esa política que desgarra el país y menosprecia a sus más valientes defensores.

–Puesto que es así, yo tampoco iré. Esas historias no me interesan más que a vos.

–Marchaos, señora. No irritéis a Su Majestad. Eso os distraerá y lo necesitáis.

En el carruaje colocado encima de un trineo, los criados amontonan pieles de oso e instalan calientapiés. Gritan, corren, ultiman los preparativos. Los látigos chasquean sobre las grujías de los caballos y los cascabeles vibran el aire con sus tintineos cristalinos. Cuando, algunos días más tarde, Marie Casimire llega al Palacio Real, Luisa está fuera de sí. Su secretario Jean de Noyers está a su lado, y también están presentes el marqués de Lumbres, embajador del rey de Francia, y un tal señor Caillé, agente muy especial del secretario de Estado de Asuntos Exteriores francés, el señor de Lionne.

–Tenemos que acabar con Lubomirski –comenta Caillé–. Vuestra Majestad debe cortar el nudo gordiano.

–Consultaré a mis astrólogos –dice Luisa.

Con un gesto de la mano, despide a la asistencia. Con la cara iluminada por una sonrisa, avanza hasta situarse delante de la palatina, que espera respetuosamente cerca de la puerta y se inclina en una profunda reverencia de corte.

–Venid, querida, tengo mil cosas que contaros.

La joven sigue a la reina a su saloncito y la escucha desvelar uno a uno sus secretos. Con el dinero de Francia, Luisa ha reconstituido una facción pro francesa compuesta por un buen número de nobles polacos y lituanos. Ya no querían saber nada del duque de Enghien, que se ha casado con Ana de Gonzaga, oficialmente adoptada por los soberanos, y preferían al príncipe de Condé, cuya gloria militar es más aduladora. Todo iba bien. Lubomirski, al que apoda el «Celoso», parecía por fin aprobar, haciendo ver que pactaba, y por detrás conspiraba con el emperador y el elector, envenenando la sedición.

–Como escribía todavía ayer a Chantilly –sigue explicando la soberana–, el «Celoso» persigue a la «Amante» (nuestra Corona), mientras los «Ratones» (los nobles y próceres) sólo piensan en roer los escudos franceses. Hemos distribuido seiscientos mil y espero un millón más. Francia no escatima nada.

Luis incluso ha previsto «medios extraordinarios»; Condé y doce mil hombres están dispuestos a apoderarse del trono por la fuerza.

–¿Queréis desencadenar una guerra civil? –exclama Marie Casimire.

–No queda más remedio –dice Luisa–. Lubomirski se ha refugiado en sus tierras de Silesia. Me han comunicado que recluta un ejército para volver como conquistador. Quiere sangre. Con la ayuda de Dios, lo evitaremos.

Suspira mirando los copos de nieve que caen sobre el Vístula.

–¡Ese *liberum veto* es un arma infernal, el arma del diablo, que siembra la anarquía y arruina Polonia!

Coge la mano de Marie Casimire y sus ojos nublados por una catarata naciente se sumergen en la mirada de la joven.

–¿De qué parte está Zamoyski? Me han dicho que respalda al mariscal.

–Sus opiniones oscilan, señora, al igual que su salud.

–¿Estáis dispuesta a divorciaros?

La palatina palidece y mueve la cabeza.

–Dios me ha unido al príncipe y vos lo habéis encogido para mí, señora. Lo cuidaré hasta el final, cualesquiera que sean las pruebas que deba soportar. Además, ¿quién me querrá cuando esté sola?

–¡Juan Sobieski!

Marie Casimire crispa las manos sobre los brazos del sillón para no desfallecer.

–Es demasiado tarde –dice con voz seca.

–¡No os entiendo! –exclama la reina–. ¿Qué representa este anillo en vuestro dedo? El portaestandarte real lleva otro idéntico. Sé leer en el corazón de los hombres, querida. Y éste es vuestro. Si no hubiese habido esa maldita confederación, y luego la campaña de Moscú, hubiese galopado camino de París para buscaros.

–Es demasiado tarde, os digo –repite Marie Casimire crispada–. No romperé los lazos que Dios ha anudado. Mi destino es cuidar a mi esposo mientras esté enfermo.

La mirada de Luisa se endurece.

–Estáis agravando mi preocupación –dice en un tono severo–. Sin embargo, espero que no me decepcionéis. Sólo tengo a Sobieski para ocupar el lugar de Lubomirski. Pero el portaestandarte real se niega. Sólo una cosa le haría aceptar el bastón de mariscal, vuestro divorcio.

Un velo se descorre. La joven de repente entiende de qué misteriosa concesión hablaba el estarosta en su última carta. Agita el abanico para disimular el rojo que le ruboriza las mejillas. ¿Confesará el mal vergonzoso que destruye su vida para siempre? Antes prefiere morir clavada en el suelo. Se levanta, va y viene con nerviosismo por la habitación, se detiene cerca de una ventana y vuelve a prosternarse a los pies de la reina.

–Me agobiáis, señora. Pero hay cosas que no puedo deciros. Sabed, sin embargo, que estoy enteramente a vuestra disposición. Haré todo lo posible para ayudaros, en compensación por todo lo que os debo.

En un arrebato afectuoso, Luisa levanta a la palatina y la abraza.

–Entonces, querida, utilizad toda vuestra influencia y vuestros encantos para convencer a nuestro portaestandarte real de que acepte los honores que le ofrecemos. La suerte de nuestra bella Polonia está en sus manos. No tenemos un defensor mejor.

Marie Casimire se retira a sus aposentos, cercanos a los de la reina. Una mueca amarga le atenaza los labios. Le vuelve a la memoria el castillo de

Glogówek. El castillo del exilio donde, en el pasado, Luisa le impuso al príncipe Zamoyski, cuando su corazón latía por Juan Sobieski, un simple estarosta del cual no se fiaban. Había apoyado la causa del gran guerrero que entonces presentía, ¡el mejor defensor de Polonia! Acababa de oír sus propias palabras.

–Es demasiado tarde –dice una vez más, desmoronándose encima de la cama, lastimada por el destino.

XIII

En el saloncito salón azul que prolonga su alcoba, Marie Casimire camina nerviosa retorciéndose las manos y se acerca a una ventana. Tras los cristales llenos de vaho por el hielo, el césped nevado centellea. El sol resplandece en un cielo sin nubes y refleja su luz dorada en las aguas heladas del Vístula. La palatina tiembla y se acurruca cerca de la estufa de porcelana. Han transcurrido dos días desde su llegada al Palacio del Jardín. Dos días y dos largas noches en las que ha reflexionado, sopesado las ventajas y los inconvenientes, desmenuzado el porqué y el cómo, acusado la fatalidad y desechado la mentira para finalmente rendirse a la implacable verdad que le destroza el corazón y le tortura la conciencia. El «mal francés» le prohíbe entregarse a Sobieski. Ahora bien, Polonia necesita a Sobieski y éste sólo acepta salvar a su país si obtiene el amor de Marysienka.

Unos golpecitos en la puerta. Una sirvienta anuncia al portaestandarte real. La joven lo espera con impaciencia y cierta aprensión. No se han visto desde la cita de Ploskié que precedió a su extraordinario viaje a Francia. Han pasado tres años, que han visto tantas cartas, ilusiones e intentos fallidos. ¿Se reconocerán? Juan Sobieski entra y la mira con emoción. Lleva una bufanda color fuego anudada encima de la *joupane*[1] de seda negra que cubre un kontouche del mismo color.

–Por fin me concedéis la alegría de veros –dice reprimiendo su emoción–. Después de estos meses de frialdad e indiferencia, no me atrevo a creerlo.

Sonríe mientras coge el brazo del oficial y lo conduce hacia una banqueta tapizada en terciopelo.

–La República está en peligro –dice ella conservando la fuerte mano entre las suyas–. Su Majestad os necesita.

–No os entiendo, Marysienka. Me habláis de política cuando yo os hablo de nosotros. Ver vuestro rostro me importa más que todas las quimeras del mundo. Tened compasión de mí, os lo ruego, y declarad las verdaderas intenciones de vuestro corazón.

–Aceptad el bastón de mariscal. Es necesario.

Sobieski se crispa. Contrae la mandíbula y le tiembla el bigote cerca de la barbilla.

–No –contesta brutalmente–. Insisten, me acosan, pero me niego. Ya os lo escribí. ¿No entendéis que es imposible? Jerzy Lubomirski es un amigo, un pariente. Luché a su lado en Prusia, en Transilvania y en Ucrania… Ha sido mi mejor maestro. ¿Creéis que me atrevería a ocupar su lugar? La reina se precipita. No debería atacar así al hombre que liberó el país de la invasión sueca. La opinión del Sejm lo magnifica. El destierro lo convierte en un mártir del derecho y la libertad. ¿Qué soy yo al lado de ese «Padre de la Patria»? Un «advenedizo», como dicen algunos. Ya circulan ciertos rumores, y prefiero la desgracia al deshonor.

–¿No pensáis que se deshonra a él mismo fomentando la sedición al escuchar las adulaciones de soberanos extranjeros?

–A los ojos de Polonia, actualmente es el defensor de nuestra Constitución. Incluso comentan que Dios se decanta por él. Se han visto señales bien claras. En Studziany, una imagen aparece como milagrosa; en Bus’k, Cristo sangra por las llagas y en Dzierkow, los ojos de la Virgen vierten lágrimas. ¿Cómo vamos a luchar contra aquel que el cielo viste con su poder?

[1] Los polacos tradicionales llevaban una túnica adornada con un cinturón drapeado bajo el kontouche, especie de capa sin mangas, forrada y bordada con pedrería.

–La reina está en un laberinto. Sólo un puño de hierro la sacará de ahí. Y sólo os ve a vos.

–Es suficiente, señora, no se hable más. He dicho todo lo que tenía que decir.

–¡Por el amor que me profesáis!

Los ojos negros buscan los ojos azul cielo. Los une un largo silencio.

–Sólo vuestro divorcio –dice al fin con voz grave– me decidiría a llevar a cabo lo que me parece absolutamente imposible, y a ese precio, nada es un obstáculo. –Suspira y añade–: Pero si llegásemos a este punto, sería peor que cortarse el cuello con la propia mano.

La emoción le quiebra la voz. Se levanta bruscamente, apenas saluda y desaparece, dejando a Marie Casimire más desamparada que nunca. Una colgadura se levanta. Por una puerta excusada que da a su gabinete, la reina ha seguido la conversación.

–Acepta –dice con una sonrisa de triunfo–. Estamos salvados.

–Podría aceptar –corrige la palatina–, si estoy dispuesta a divorciarme.

–Bueno, pues cosa hecha. Zamoyski accederá a lo que le pida. En cuanto a vos, querida, olvidad vuestros escrúpulos. Salís ganando con el cambio. Si vuestro esposo no fuese tan pródigo y disoluto, es a él a quien le hubiese ofrecido el bastón, pero... Bueno, no hace falta pensar más en eso. Venid conmigo. Tenemos que hacer muchas cosas todavía.

En la cabeza de Marie Casimire reina una confusión extrema. Su entrevista con el portaestandarte real no ha aclarado nada. Todo lo contrario. A los dos problemas que se planteaban, la suerte de Polonia y el obstáculo de su enfermedad, ahora debe añadirse otro, el divorcio. Contrariamente a lo que opina la reina, Juan Sobieski habla de ello con reticencia, considerándolo una infamia. ¿Para qué, en esas condiciones, obstinarse en desafiar el orden establecido por Dios? Las palabras giran y los pensamientos se entremezclan. Como una sonámbula, sigue a la reina que trota hacia su gabinete de trabajo. Detrás de una gran mesa cubierta con un tapiz de Persia, Jean de Noyers, el secretario, se ajusta los quevedos y prepara la pluma. El marqués de Lumbres tose discretamente y el emisario del Louvre se alisa el bigote.

–Señores –declara la reina–, como os he dicho, ya tenemos nuestro gran mariscal.

–¿Quién es? –preguntan a coro.

–¡Sobieski!

–¡Un indeciso con tintes de republicanismo! –exclama el embajador–. Me parece que nos convendría más conseguir la amistad de la nobleza doblegándonos a sus deseos.

–Por lo que he podido observar –añade Caillé–, creo que ese hombre es descuidado y que le importa más satisfacer su placer que obtener más poder.

–No os preocupéis –afirma la reina–. Respondo de él como de mí misma. ¡Lo tengo en mis manos!

Su mirada radiante se dirige hacia Marie Casimire, que escucha en silencio y padece los acontecimientos que se aceleran y se la llevan en un torbellino. Un escudero toma el camino de Zamosc con la petición de divorcio. Escriben al Louvre y a Chantilly para anunciar el nombre del nuevo mariscal. Algunos días más tarde, el príncipe envía su consentimiento. Liberado de su esposa francesa, podrá unirse al bando de su tío injustamente desterrado sin tener que avergonzarse. Sin perder un minuto, Luisa convoca al portaestandarte real, pero éste se mantiene a la defensiva.

–El asunto es grave –dice–. Circulan panfletos. Que Vuestra Majestad se tome la molestia de leerlos: «Nadie querría deshonrarse apropiándose de los despojos de un inocente». Necesito seguir pensando. Con vuestro permiso, voy a retirarme a mis tierras de Zhovkva.

La sucesión de Lubomirski no es asunto de poca monta. Los dos cargos que tenía de por vida lo han convertido en un hombre poderoso y respetado. Como gran mariscal, era el más importante de los cinco ministros de la Corona, también era atamán de campamento y comandaba el ejército real.

–Estoy dispuesta a ofreceros los dos bastones –añade la reina.

–Uno ya pesa demasiado, señora.

–De acuerdo. El bastón de atamán será para el viejo Czarnieçki.

Hace una profunda reverencia y añade antes de despedirse:

–Cuento con la discreción de Su Majestad. Aún no he decidido nada.

Juan reflexiona bajo el techo de sus antepasados; Marie Casimire consulta a varios médicos y se refugia en el convento de las salesas que la reina ha hecho construir muy cerca del Palacio. Conoce la piedad del portaestandarte real. En la cripta de sus antepasados, invocará al Todopoderoso. En comunión con él, en el fervor del claustro, se arrodilla e implora:

Tú eres mi luz, Señor.
Ilumina mis tinieblas,
muéstrame tus senderos,
dirígeme en tu verdad.[2]

La reina no cumple sus promesas. Se propaga el nombre del nuevo mariscal. Varsovia se solivianta y expresa su desaprobación. Al mismo tiempo, un despacho del frente anuncia la muerte del viejo Czarnieçki a manos de los cosacos en los bosques de Volyns'ka Oblast. ¿Quién recibirá su bastón?

–Juan Sobieski –dice Luisa, nerviosa–. Es hora de poner punto final a los titubeos sin sentido. ¿Qué está esperando para regresar?

Un dragón de la reina parte hacia Zhovkva. Ante la reja del Palacio se cruza con un caballero que llega de Zamosc con una carta del príncipe. Zamoyski se niega a divorciarse y reclama a su esposa. Se arrepiente de sus errores pasados y promete cuidarla con amor. La reina lo lamenta y Marie Casimire, pieza disputada, sólo repite:

–¡Nadie separará a los que Dios ha unido!

–Hablaré con el portaestandarte real –replica Luisa–. Negociaremos.

Pero misteriosamente alguien le ha puesto al corriente de rebote y le comunica que, en esas condiciones, se retira y se niega a aceptar. La reina se desmorona.

–¡Los polacos acabarán conmigo! –gime llevándose una mano al corazón.

Marie Casimire, abrumada, no puede retener las lágrimas. Pero por el pasillo se oye ruido de sables, gritos y pasos precipitados. La puerta se abre bruscamente.

–¡El rey! –exclama el chambelán.

Juan Casimiro, rodeado de su círculo habitual de enanos y perros, se dirige a la palatina y tira sobre sus rodillas el papel que tiene entre las manos.

–Aquí tenéis vuestro divorcio –dice con voz grave. Se gira hacia Luisa y añade–: ¡Juan Zamoyski ha muerto! El día 7 de este mes. El Viernes Santo.

–Que su alma descanse en paz –murmura la reina santiguándose.

[2] Salmos, 24.

El silencio llena la habitación. Marie Casimire, desconcertada, se levanta lentamente y se dirige a la soledad de su habitación para hacer el balance de su vida. El frío le penetra hasta los huesos y la sangre se le hiela. Ante ella se abre el vacío.

–¡Dosia! –murmura.

El príncipe se ha ido a reunirse con las sombras de sus tres hijas; ya no queda nada de su unión. Perder a un esposo con el que se han compartido ocho años de la existencia a los veinticuatro años es perder una parte de sí misma. Como fantasmas desfilan los recuerdos y las imágenes por su memoria. Las peleas, las humillaciones, los gritos, los hipos de beodo, pero también las reconciliaciones, los abrazos y las caricias. Momentos de felicidad demasiado cortos destruidos por la maledicencia y la envidia de unos allegados egoístas y avariciosos. ¿Por qué el príncipe no le prestó más atención? ¿No es culpa de él si, para poner fin a la soledad y a la insatisfacción, ella se ha dedicado a conquistar a Juan Sobieski, descubriendo al mismo tiempo que ejercía una influencia sobre él? Y lentamente, descuidando al hombre que la descuidaba, tejió una tela de araña alrededor del hombre que la escuchaba. De repente, el juego se le escapa de las manos. Otros maestros intervienen, la reina, la política, el destino...

¿Qué decidirá Juan Sobieski, ahora que el príncipe ha muerto? El divorcio exigido, aun considerándolo imposible, ¿no era la excusa para rechazar más fácilmente un nombramiento que, según él, mancilla su nombre y su reputación? El portaestandarte real es muy quisquilloso cuando se trata del honor y de los vínculos familiares que le unen a los Lubomirski. Importunado por todos lados, podría perfectamente decantarse por huir. ¿Qué hará ella entonces con los años que le queden por vivir? Las críticas se le clavan ya como flechas venidas de todas direcciones contra la esposa infiel, la Cleopatra, la Clitemnestra... Incluso la acusan de haber envenenado a su esposo para arrojarse más fácilmente en brazos de su amante, el «atamán mujeriego, arribista y disoluto». De todos los rincones de Polonia, los familiares del príncipe se dirigen a Zamosc. El clan Zamoyski se reúne alrededor de los restos mortales de Juan propalando a todo el que quiera oírles que no habrá nada para la codiciosa extranjera.

Pasan los días y Juan Sobieski, recluido en sus posesiones de Zhovkva, no le envía el pésame. La preocupación aumenta. Pero con los primeros soles que provocan el deshielo, entra en Varsovia y se presenta en Palacio rodeado de un séquito rutilante. Marie Casimire está en el gabinete de la reina cuando un chambelán les anuncia la visita.

–El portaestandarte real ha pedido audiencia ante Su Majestad el rey.

–Entretenedlo en la antecámara –contesta Luisa.

Luego, girándose hacia la joven, añade:

–Ajustaos el velo, querida, y salid a su encuentro. Tendría que ser de mármol para resistirse a vuestros encantos.

Con el corazón latiendo a toda prisa, Marie Casimire camina apresurada por los corredores salpicados de guardias, abre una puerta y, sin hacer ruido, levanta la cortina. En el salón cuadrado decorado con alabardas y trofeos, Juan Sobieski espera impaciente taconeando con las botas el parqué. Se precipita hacia ella y dice con voz grave:

–He tomado una decisión, Marysienka. Si el rey me lo permite, ahora mismo pido vuestra mano. No me importan las maledicencias ni las habladurías.

Conozco vuestra inocencia y mi corazón es vuestro. ¿Cuándo podré estrecharos entre mis brazos?

–Pronto –comenta con una sonrisa que a través de la gasa se le antoja más turbadora.

–Para casarnos, hemos de esperar a que se acabe el luto. Sin embargo, escribamos ya a vuestros padres.

Un ujier se acerca; Sobieski se inclina hacia la joven y añade discretamente:

–Por vos, mi alma, acepto el bastón de mariscal.

A lo largo de corredores y galerías que la llevan a los aposentos de la reina, Marie Casimire camina con tanta prisa que ya no siente el suelo bajo sus pies. Una felicidad inmensa la invade y le provoca vértigo. Por su cabeza cruzan palabras de amor que no dejan duda alguna. Plantando cara a las habladurías, indiferente a las calumnias, Juan Sobieski sólo escucha su corazón y decide casarse con ella, dispuesto a superar las mil y una dificultades que hará surgir esta boda. El cargo de mariscal le pondrá en contra a esa mitad de Polonia que apoya a Lubomirski, pero para él el amor de Marysienka no tiene precio, y su acción lo demuestra.

–Podemos fijar ahora la fecha de la ceremonia –anuncia, triunfadora.

–Después del plazo de decoro –precisa la reina, encantada.

¿La palatina olvida su mal? Ya no lo considera un obstáculo. Un médico venido de China, con el que se ha citado en secreto, le ha descrito las precauciones que debe tomar para no transmitirlo y le ha prometido curarla. Hasta ahora tenía dudas, pero el amor de Juan glorifica la esperanza. Dios todopoderoso y misericordioso, al que no ha cesado de implorar, no puede concederle sólo una parte de su plegaria e impedirle entregarse al hombre que Él le envía. Sólo le falta regresar a Zamosc para enterrar a Dosia y recuperar sus bienes. Ese molesto formulismo marcará su renacimiento al lado del hombre que su instinto había reconocido diez años antes.

Pero la política, una vez más, vuelve a turbar el orden de las cosas. Llega un nuevo embajador de Francia. Encargado de servir con más decisión los intereses de Luis XIV, Pierre de Bonzi, obispo de Béziers, reemplaza al marqués de Lumbres.

–¡El rey se impacienta! –declara nada más llegar.

Luisa le presenta al nuevo mariscal y se hace lenguas de su valor y sangre fría.

–Desde ahora la victoria está asegurada –concluye–. Lubomirski se doblegará y Condé tendrá vía libre.

El prelado refunfuña. No cree en la devoción de Juan Sobieski. Ese hombre no le gusta mucho.

–Que Vuestra Majestad pase a la acción –declara–. Condé y cuatro mil suecos desembarcan en Dantzig y ¡asunto concluido!

–Habrá un baño de sangre –exclama Sobieski–. Yo no me hago responsable de nada.

–He consultado a mis astrólogos –añade la reina–. Las direcciones y revoluciones del príncipe rebelde le son muy favorables. No podemos intentar nada antes de enero.

Están a principios de mayo. Tergiversan y calculan. Luisa duda y, olvidando la presencia de su nuevo mariscal, se pone a pensar en voz alta:

–¿Por qué hacer la guerra si podemos tender la mano? ¿No podríamos hacer un trato con el desterrado? ¿Acaso Dios nos habla de perdón?

–¡Haga el trato que quiera! –grita Bonzi, irritado–. ¡Pero que sea en beneficio de Condé!

Sobieski se levanta, rojo de furia, vocifera y golpea el suelo con el pie:

–Os burláis de mi honor y mi dignidad. Puesto que así es, prefiero retirarme.

Sale con estrépito y va a encerrarse en sus posesiones.

Dos horas más tarde, Marie Casimire entra en los aposentos de la reina agitando la carta que un paje acaba de entregarle. La angustia crispa sus facciones.

–¿Qué habéis hecho, señora? –exclama trastornada–. El mariscal quiere verme. Asegura que por vuestra culpa todo ha cambiado.

–Tranquilizaos, querida –contesta Luisa compungida–. Pronuncié en voz alta unos pensamientos inapropiados. Una reflexión fuera de lugar, lo reconozco. Pero acabaremos por encontrar una solución.

Le explica el incidente. La palatina se enfurece y, sumida en la desesperación, se olvida del protocolo:

–Os burláis de él, señora, y entiendo su furia. Tened cuidado que no se decida a unirse al bando de los confederados. Toda Polonia lo seguirá, y Condé será barrido. En cuanto a mí, ya no tengo porvenir. Sé lo que me va a decir Juan Sobieski.

La voz se le quiebra, prorrumpe en sollozos y la joven se desmorona. La reina la observa, pensativa. De repente, su mirada se ilumina. Una sonrisa maliciosa irradia en su rostro.

–Os pide que lo recibáis… La situación no es tan dramática como imagináis, querida. Negaos. Insistirá. Haced oídos sordos. Así lo picaréis y se empeñará en obtener una entrevista. Vuestro silencio lo intrigará. Dentro de unos días, cuando por fin le concedáis lo que reclama, habrá olvidado los reproches que quería expresar y os agradecerá el favor que le hacéis.

Dispuesta a cualquier cosa con tal de avivar las esperanzas, Marie Casimire levanta su rostro hacia la reina.

–¿Lo creéis así? –pregunta secándose las lágrimas.

–¡Estoy segura! –replica la soberana.

Se levanta del sillón, se acerca a la joven y alza el rostro turbado, echando hacia atrás el velo.

–No dudéis de vuestros encantos, querida. Caerá en la trampa, y allí estaré yo para confundirlo. Una comedia a la italiana que nos permitirá precipitar los acontecimientos y no le dejará tiempo para pensar.

Tras las cortinas de la ventana que apenas abre, Marie Casimire escudriña la oscuridad. El corazón le late con fuerza. ¿Vendrá Juan? Siguiendo las instrucciones de la reina, durante más de una semana se ha callado antes de convocarlo al anochecer bajo los tilos del parque. El aire está cargado de perfumes en este final de mayo, los pájaros pían en las ramas y las aguas del Vístula murmuran suavemente bajo los olmos de la ribera. La joven se sobresalta al reconocer la alta silueta que pasa por las terrazas y desaparece en la sombra de los árboles.

–Ahí está, Vania. Ve a buscarlo.

Armada con un cabo de vela, la sirvienta se dirige rápidamente al encuentro del oficial mientras la palatina vuelve a ponerse ante el espejo. Durante casi cuatro horas se ha preparado para este encuentro. En el pabellón de los baños, la esclava tártara le ha hecho un masaje con aceite, la ha perfumado, peinado y vestido. Todos sus encantos están a la espera, listos para seducir. Preocupada de no estar perfecta, se coloca algunos tirabuzones, retoca las

puntillas del escote, se muerde los labios para enrojecerlos, se acomoda en una tumbona y ordena cuidadosamente los pliegues de la bata de satén adamascado. La emoción le hace un nudo en la garganta y le bulle la sangre en las venas.

Los peldaños crujen en la escalera excusada. Una puerta se abre lentamente. Después, el coloso está a sus pies y la envuelve con una mirada llena de deseo.

–¿Por qué me dais largas? –murmura.

No puede contestar. Juan la rodea con sus brazos y le devora los labios. Ya no puede defenderse y se deja ir entre las manos que aprisionan su pecho y bajan a lo largo de su espalda. Sin embargo, en un instante de lucidez, lo rechaza lentamente.

–¿No queréis saber nada de mí? –pregunta con voz temblorosa–. Es algo difícil de explicar. Se trata de mi salud...

El mal, París, el tratamiento, empieza a explicárselo, pero al oír las primeras palabras la interrumpe:

–Basta, señora, os amo.

La levanta y se la lleva hasta la habitación contigua. La acomoda en la cama llena de pieles y cojines y, lentamente, la desnuda, descubre su cuerpo menudo lleno de gracia, cuya perfección lo deslumbra.

–Nunca hubiese imaginado una belleza tal –dice emocionado–. Mira cómo se abrasa el «caballero».[3] Pero voy a tomarme el tiempo necesario. Quiero acariciarte y besarte. Cada parcela de tu ser vibrará con lo que me hace vibrar. Te embriagaré al igual que tú me embriagas ya. Ven, amor mío, déjate querer.

Marie Casimire oye estas palabras por primera vez. El cuerpo musculoso de su húsar se enrosca alrededor del suyo. Su piel y su olor le hacen perder la cabeza. Las manos recorren sus piernas. Los dedos se vuelven suaves, besos locos le abrasan el vientre y, por primera vez, su corazón vuela entre las nubes.

Una vez satisfecho su ardor, se quedan enlazados. Uno al lado del otro, sólo forman uno y ya no quieren separarse.

–Mi alma y mi todo –no para de repetir Juan.

–¿Siempre me amarás con tanta intensidad? –pregunta Marie Casimire.

–El mundo alterará su orden antes de que yo cambie. Eres mi todo y por mucho tiempo.

De repente se quedan de piedra. La reina está a los pies de la cama. Con las prisas, no se han preocupado de correr las cortinas. La soberana ha entrado sin hacer ruido y finge estar sorprendida. Fingiendo un enfado mayúsculo, estalla en reproches e improperios:

–¡Escándalo, ultraje, crimen de lesa majestad!

Marie Casimire, divertida, se cubre la boca con el embozo para esconder su hilaridad. Sobieski, estupefacto, ya no sabe qué decir. Lo reprenden, lo sermonean, le hablan de honor y reparación.

–Supongo que sólo deseáis una cosa –concluye la reina–, casaros con la señora Zamoyska.

–Por supuesto, señora.

–Está bien, señor mariscal, os esperamos dentro de una hora en nuestro oratorio.

[3] Nombre que Sobieski da a su sexo, al que también llamará el centinela, o el Grande de España... Son nombres que vuelve a usar en su correspondencia íntima.

Es medianoche cuando el confesor de la reina entra en la capilla del Palacio. Cerca de Juan Casimiro, en primera fila, la soberana exterioriza su alegría. Este intermedio la divierte. Al mismo tiempo le asegura a un servidor encadenado que ya no puede echarse atrás. ¿Qué habría hecho si hubiesen esperado el plazo de decoro? En los bancos forrados con terciopelo carmesí, están el obispo de Béziers, el secretario Jean de Noyers y el chambelán de Kiev. Serán los únicos testimonios de esta ceremonia secreta. Emocionados y recogidos, Marie Casimire y Juan están arrodillados ante el altar que preside, en su marco de oro, la Virgen de Czestochowa. La trémula llama de los cirios ilumina apenas la capilla. El sacerdote pronuncia las palabras del sacramento, la pareja intercambia los anillos y enlazan sus manos. Juan, mientras tanto, se inclina hacia Marysienka.

–Fe y amor –murmura.

A su vez Marie Casimire repite las palabras pronunciadas cuatro años antes en la capilla de los padres carmelitas. Esta vez no hay blasfemia. Dios bendice su unión.

La cama estrecha multiplica sus abrazos, pero al amanecer, Sobieski se retira con discreción. No se puede divulgar la boda. Aún no han enterrado al príncipe difunto y la señora Sobieska sigue siendo oficialmente la viuda Zamoyska. Han caído en la trampa de esa política que les empuja a pesar de ellos hacia un destino que no pueden imaginar. Por ahora, tanto uno como otro seguirá desempeñando su papel; la comedia no ha terminado. Esperan el segundo acto, y es en Zamosc donde se representará.

De todos los rincones de Polonia, hidalgos de las mejores familias, escoltados por ejércitos y milicias domésticas, se encaminan hacia la fortaleza. Parientes y beneficiarios del príncipe Zamoyski van a reivindicar su herencia y en el Palacio Real de Varsovia se preocupan por saber en qué manos caerá esa plaza cuya importancia estratégica se conoce. Ya corre el rumor de que Lubomirski quiere quedarse con ella. Marie Casimire se pone en marcha. Le dan una compañía de infantería para escoltarla. Ella también tiene pretensiones que quiere hacer respetar, las estarotías de su dote y sus muebles. El 5 de junio su cortejo llega ante las murallas de la ciudad. Un hidalgo de su servicio la precede y se presenta en el castillo para anunciar a Pani Zamoyska. Rompen los puentes y cierran la poterna. Enseguida Griselda replica con voz enrabiada:

–¡Ella no nos ha invitado a su boda, así que mal la vamos a invitar nosotros al entierro!

Marie Casimire palidece. ¿Quién ha difundido el secreto? Insiste. Su gente de a pie quiere asaltar el castillo, pero un oficial les detiene. Un denso gentío reunido en la orilla de los fosos clama a voz en grito contra Pani Zamoyska. La palatina sale del carruaje para que la reconozcan.

–¿Sabéis a quién estáis hablando? –vocifera un dragón de la escolta.

–¡Sí, a la señora Sobieska! –dice un hombre.

–¡Fuera, mujer de Sobek![4] –gritan por todos lados–. ¡Fuera, la Sobkowa!

La viuda abucheada vuelve a entrar en el coche y da media vuelta. Llorando de vergüenza y despecho, se refugia en Pielaskowice donde Juan Sobieski, obedeciendo las órdenes de la reina, ha reunido algunas tropas, preparándose para interceptar al ex mariscal, si por ventura intentara apoderarse de Zamosc.

[4] Mote despectivo aplicado a Sobieski.

–No digáis nada, amor mío, lo sé –dice con voz emocionada–. Se han propagado historias lamentables sobre nosotros por los pueblos y los conventos. Me lo temía. La reina puede ver los efectos de sus actos inoportunos. Somos el hazmerreír y objeto de burla de todos los chismorreos.

Saca del bolsillo un papel y lee en voz alta una «Serenata de medianoche para las bodas extraordinarias de una pareja ilustre, entonada en Varsovia, una vez concluido el asunto». Un largo poema en verso sobre la hábil manera de adelantarse al sacramento y lanzar así una nueva moda.

–Este libelo es el más clemente –concluye–. Otros, mucho más crueles, circulan hablando de nosotros.

–¿Cómo puede ser? –pregunta, atemorizada–. Su Majestad había prometido mantenerlo en secreto.

–Todo el mal proviene de sus prisas. Pero dado que la intención es buena, que Dios se lo perdone.

Se acerca a Marie Casimire y la estrecha entre sus brazos.

–Ven, mujercita encantadora. Tu belleza me ha penetrado tan intensamente en la cabeza que no he podido pegar ojo en toda la noche. ¡Ven, mi Clitemnestra, a los brazos de tu Calígula!

Con un gesto rápido la levanta y se la lleva a sus aposentos que, durante dos días y dos noches, cobijarán sus retozos y juramentos. Con prisas, como si estuviesen hambrientos, hacen provisión de felicidad antes de afrontar nuevos tormentos. Las rosas y los tilos perfuman el aire bajo las ventanas abiertas y trina el ruiseñor en la enramada. Bajo el cielo de la cama se inicia otra lucha amorosa. La pasión dicta sus palabras y guía sus gestos. Los abrasa el mismo deseo, del cual no se hartan. Las horas pasan demasiado deprisa, la luna de miel es demasiado corta. Se siguen besando, pero deben separarse. Juan Sobieski se dirige a Lvov.

–Siguen titubeantes numerosos regimientos –le explica–. Voy a unirlos a la causa del rey. El kan de Crimea nos ha prometido refuerzos y debo asegurarme de su palabra. Nos volveremos a ver en Varsovia.

–Regresad pronto –dice con voz anhelante.

–No te preocupes, mi amor, la «pólvora» se reunirá con su «aurora» y ya no se separará nunca más de ella.

XIV

La «comedia» de Luisa no ha acabado. Le falta el último acto, el que deshace los entuertos. Las campanas de Zamosc no doblan a muerto por su señor, las de Varsovia repican gozosas para celebrar las bodas oficiales del gran mariscal y la viuda Zamoyska.

El 5 de julio de 1665, antes de que el sol se levante, una impresionante cabalgata atruena con el ruido de los cascos las calles de la capital. Precedida por hoiducos húngaros y cosacos de su guardia que blanden antorchas, Juan Sobieski se dirige a Palacio. Le siguen un millar de hidalgos, sirvientes y criados con libreas de vivos colores y ricas armaduras. Sobre un joupane de lamé plateado abotonado con zafiros, lleva una chaqueta de terciopelo azul que resalta la anchura de su fuerte espalda. Una piocha de oro y diamantes se estremece sobre el gorro con ribetes de marta. En la cintura cuelga un sable con vaina de oro incrustada de zafiros, y su caballo está enjaezado con un tejido aljofarado y bordado con pedrería.

Durante todo ese tiempo, en el saloncito de la reina, Marie Casimire, febril, termina de acicalarse. Un magnífico vestido de lamé plateado sobre un cuerpo de puntillas también plateadas resalta su fina silueta y realza el resplandor de su rostro enmarcado con tirabuzones. La emoción le colorea un poco las mejillas nacaradas cuando Luisa, con los ojos húmedos, se acerca y le coloca una diadema de esmeraldas en el cabello sabiamente dispuesto.

Siguiendo las tradiciones, el abanderado del mariscal llegó la víspera para presentar la petición de su amo. Sus arengas alabaron las incomparables virtudes del héroe y pusieron por las nubes la gloria deslumbrante de sus antecesores, sin olvidar al ilustre antepasado, el primer atamán Zolkiewski. Jean de Noyers, en nombre de la soberana, alabó con entusiasmo los encantos, la modestia y los dones distinguidos de la señora Zamoyska. Luisa inclina la cabeza como muestra de aceptación, mientras abren un cofrecillo con la diadema de los Sobieski acompañada de la indispensable corona de romero.

–Los gestos se repiten –dice Marie Casimire, pensativa–. Y, sin embargo, ya no somos los mismos.

–¿No sois feliz? –pregunta Luisa.

–Como lo era por aquel entonces, pero de una manera muy distinta.

La ingenua muchacha que se casaba con el príncipe Zamoyski escondía, bajo el velo bordado de perlas, mil esperanzas y otras tantas ilusiones. Soñaba con ser amada, y se alarmaba de no poder serlo. Ahora, la viuda ha desechado la gasa y no teme mostrar su rostro que las pruebas han depurado, otorgando más gravedad a su excepcional belleza. Su corazón alberga una certeza. El amor de un hombre le abrasa el corazón, pero a veces tiene miedo de no saber amarlo con la misma fogosidad que él le demuestra. El recuerdo de los últimos abrazos abrasa todo su ser. Se gira hacia el espejo y echa una última ojeada a la pequeña mancha oscura del pecho, imaginando los labios impacientes de Juan por devorarla.

A través de las ventanas abiertas, se oye el griterío y las risas de los pajes y las damas de honor que se divierten deteniendo el cortejo cuando éste se adentra en el patio del Palacio, acogido por las bandas y los cantos de alegría. El fausto y los epitalamios de hoy han borrado el escándalo de ayer. Toda la nobleza rodea al rey y la procesión toma posición para acompañar hasta la iglesia a la pareja, hasta ayer mismo deshonrada.

–Para calmar las opiniones, les damos tradiciones –murmura Luisa.

Coge la mano de Marie Casimire.

–¡Venga, querida, el gran mariscal os espera!

Juan Sobieski se halla bajo la bóveda del templo, inmóvil y serio. Y cuando el órgano desgrana su cascada de notas tiene que dominarse para no girarse. Los murmullos de admiración regalan sus oídos y le hacen olvidar las vejaciones del día anterior. Un temblor incontenible agita el hoyuelo de su barbilla, y las perlas del guante que mantiene con una mano ruedan por las baldosas de piedra. La mirada de Marie Casimire, que sube por el pasillo central acompañada de la reina, le quema la espalda y le atraviesa la nuca. La joven se sitúa a su lado y sonríe con gracia. La emoción le enrojece la cara a Juan cuando al fin se atreve a contemplarla, cautivado.

–¡Alegría de mi alma! –murmura.

Desde sus sillones dorados, los soberanos de Polonia, vestidos de armiño y tocados con la corona, otorgan su consentimiento con una señal de cabeza. Luisa suspira, radiante, y el nuncio del Papa, el cardenal Pignatelli, asistido por el obispo de Béziers, pronuncia las palabras litúrgicas y bendice los anillos. Por segunda vez, los unen los vínculos de la boda, aunque esta vez ya no tienen que mantenerlos en secreto. Sin embargo, puesto que la recién casada es viuda desde hace sólo tres meses, la boda sólo durará tres días.

El rey les ofrece un festín con un baile que dura toda la noche. Al día siguiente, Marie Casimire preside la tradicional entrega de regalos, y la gente se percata de que para la ocasión, Luisa le ha cedido el trono. El tercer día, por fin, Sus Majestades, escoltadas por un numeroso cortejo, llevan a la maríscala a su esposo, que los invita, a ellos y a toda la corte, a un banquete extraordinario del que se hablará durante mucho tiempo. Cuartos de cervatillo, alces enteros, pies de oso, colas de castor y otros manjares dispendiosos y refinados desfilan incansablemente por las mesas. Sobre los manteles de encaje, fijados con clavos por temor a que los roben, una espléndida vajilla de oro y plata brilla en un bosque de candelabros. Se han abierto cuatro toneles de vino de Hungría y el vino francés corre a raudales. Clamores entusiastas acompañan a los violines, pero muy pronto las disputas cubren los acordes de los instrumentos. Legiones de criados se lanzan sobre los restos del festín, se llega a las manos y los cristales rotos cubren el suelo. Se intercambian tanto los golpes de sable como los brindis en una orgía a la que sigue una horrible pelea. Una vez más, se ha respetado la tradición.

Los recién casados abandonan la sala. El rey, la reina, las damas y una multitud de grandes los siguen a sus aposentos hasta la cama nupcial. Luisa «corre las cortinas».

–Que el mariscal no olvide su deber –susurra al oído de su protegida–. El rey parte ahora mismo con su ejército.

Marie Casimire tiene el corazón en un puño, con las manos de Juan sobre su vientre no puede pensar. Mientras, se siguen oyendo los pasos de los invitados crujir sobre el suelo entarimado. Sobieski la abraza contra él, coge sus labios y la abrasa con sus caricias.

–La noche es corta, amor mío. No desaprovechemos ni un instante de nuestro amor.

Una angustia sorda oprime a la joven y aviva sus sentidos. Una vez más, la guerra se alza como su rival. ¿Querrá alejarle a su hombre? En los campos de batalla ronda la muerte, pero también las valacas y circasianas que reavivan el coraje con el calor de sus muslos. ¿Qué hará Juan lejos de ella? ¿Olvidará sus viejas costumbres? Lo marcará con sus armas carnales para conservarlo con más seguridad.

–Déjame amarte –le dice arrodillándose cerca de él.

Sus manos expertas ya no buscan el dominio como en el pasado. Dan por el placer de dar y el goce de Juan la invade de un deseo loco que a su vez la embriaga. Se entrega al dar, como él se entrega al recibir. Sus corazones y sus cuerpos se compenetran, vibrando con la misma fiebre que no pueden atenuar.

El alba interrumpe sus retozos. El mariscal se levanta, se pone una malla de búfalo y coge el sable. El deber lo llama al lado de Juan Casimiro. El ejército real ha atravesado el Vístula durante la noche para proteger los alrededores de Varsovia. Un despacho, recibido durante la ceremonia de boda, anunciaba que Lubomirski había salido de Silesia y se dirigía hacia la capital con cinco mil hombres. Deben separarse, y lo hacen entre besos, promesas y lágrimas.

–Te llevo en mi corazón –le dice Marie Casimire.

–Lo que temía se produce –replica Sobieski–. La guerra civil va a devastar el país.

En ese instante entra un escudero y le comunica que su propiedad de Zhovkva está en llamas. Lubomirski la ha saqueado por completo.

–¡Una vil venganza! –ruge.

Con la mirada sombría bajo el gorro forrado, se reúne con su escolta, cuyos caballos piafan en el patio; luego espolea su montura entre alaridos de su gente y chasquidos de fustas y látigos. Sola en la cama, Marie Casimire ya sólo oye los crujidos del fuego que parecen rasgar el silencio de la habitación donde reina ya el vacío. Todo vacila a la luz temblorosa de las velas. Se estremece y se acurruca bajo las tibias sábanas. Las almohadas conservan el olor de sus abrazos, y con ese consuelo cruza los brazos alrededor de su cuerpo para retener los ardores de la noche. Juan se ha ido, la vida se detiene. ¿No debería permanecer así hasta que regrese?

Apenas Sobieski ha abandonado el Palacio y ya sus cartas llegan en avalancha.

> ¡Mi querida y bella mujercita! Ignoro si pensáis en ello alguna vez. En cuanto a mí, duerma, coma o camine, todos vuestros encantos permanecerán siempre en mis pensamientos. Yo mismo me extraño de ver hasta qué punto me habéis cambiado, mi única. Mis deseos y apetitos son grandes, y las ocasiones no faltan, pero, sin embargo, no consigo pecar contra vos, ni siquiera de pensamiento, os lo prometo.[1]

Ya está tranquila, porque Juan ya no se fija en las valacas. Coge la pluma y se dispone a escribirle palabras locas que lo enciendan y lo mantengan en vilo. Otras misivas llegan sin tardar:

> La pequeña «Mosca»[2] me hace languidecer y no sé qué hacer sin ella. Sobre todo ahora que me habéis recordado su existencia y me habéis invitado a besarla. Si se pudiera volar como el viento, besaría todos vuestros encantos no un millón de veces, sino cien millones.[3]

En una corta carta, añade:

[1] Carta auténtica.
[2] Apodo dado al sexo de Marie Casimire.
[3] Cartas auténticas.

> Querría convertirme en pulga, no para incomodar vuestro cuerpo tan bello y delicado, sino para vivir bajo ese disfraz discreto en vuestra adorable intimidad. No dudéis de la languidez de mi «centinela» aunque no piensa servir en ningún otro lugar, porque se siente de maravilla cobijándose en la pequeña «mosca».[4]

Multiplican los juramentos. Su pasión crece al compás de las palabras que escriben sus plumas febriles. Y para entretenerla mejor, Marie Casimire envía limones, albaricoques, castañas, chocolate y un brazalete hecho con cabellos trenzados. Borda almohadas para el sueño de su amado y cortinas para su tienda. Pasan los días, se prolonga la separación y la joven se lamenta. La guerra se eterniza y la priva de su esposo.

Lubomirski encabeza el ejército confederado. Los nobles de varios palatinados lo siguen. Austria y Brandeburgo lo apoyan. Frente a él, el ejército real a las órdenes del viejo atamán Potocki es una caricatura. Está formado por soldados harapientos que reclaman pan y las pagas atrasadas; los oficiales luchan a regañadientes contra uno de los suyos, y más aún porque el príncipe del imperio tiene cuartos de nobleza que hacen de él un personaje tan importante como el rey. Sobieski lo hace lo mejor que puede. Desaprueba la conducta de Juan Casimiro, que no es capaz de mantener orden ni disciplina. Cada uno da su opinión. Marchas y contramarchas convierten esta campaña en una sorprendente farándula. A su vez, expresa sus quejas a Marysienka. La reina no cumple sus promesas. El final del conflicto está comprometido.

> Sólo hemos recibido la mitad del dinero previsto. ¿De qué ha servido mentirme? Todo el mundo debería colaborar. Para dar ejemplo, ofrezco todo lo que tengo, porque estamos entre la espada y la pared. Si no reunimos las sumas necesarias, moriremos irremediablemente, estoy seguro. Por favor, explicadlo, señora.[5]

Sin esperar, Marie Casimire hace enganchar el carruaje y se precipita al Palacio del Jardín, decidida a aclarar el asunto y apoyar la causa de su esposo que se ha convertido en la suya propia. Lo defenderá con uñas y dientes y no permitirá que se burlen de él. Luisa la escucha con aire confuso y suelta con voz cansada:

–¡El reino de Polonia está en venta!

El obispo de Béziers se pone nervioso y enseña sus bolsillos vacíos. La reina piensa y dicta un despacho para Condé, al que ruega intervenir ante el rey de Francia.

–El príncipe es un buen orador –señala Bonzi–. Seguro que conseguimos un millón.

–No espero menos de él –replica Luisa. Los ojos recuperan la vivacidad y una sonrisa le anima el rostro. Se gira hacia Marie Casimire:

–Tranquilizad al mariscal, querida. Su ayuda es primordial y Su Majestad sabrá mostrarse agradecida con las personas que favorecen sus proyectos. *Omnibus modis* pondremos a Condé en el trono.

[4] Cartas auténticas.
[5] Cartas auténticas.

–Esa empresa no tiene precio para el Rey[6] –añade el obispo con autoridad–. Sólo piensa en aniquilar al emperador y arrancarle su corona. No faltarán ni dinero ni recompensas.

El prelado da algunos pasos hacia la joven, a la que se divierte en cortejar.

–A mi soberano no le desagradaría tener una maríscala tan encantadora en la corte.

–Hablad con claridad, os lo ruego, señor embajador.

–¿Rechazaría el señor Sobieski el título de mariscal de Francia?

París, el Louvre y ese Versalles del que tanto se habla, que mañana eclipsará a Saint-Germain. La corte, dar almohada, los títulos… Otra vez las palabras le cargan la cabeza y Marie Casimire se embriaga. El perverso obispo, pródigo en promesas, la atrae con el señuelo de las glorias militares. Con él juega al reversino y hace castillos en el aire. Irse se convierte en su único pensamiento. Irse lejos de una Polonia desgarrada que la separa de su esposo y podría quitárselo para siempre. Huir de las humillaciones que se repiten con la apertura de la sucesión Zamoyski. Le iría bien la presencia de Juan para defenderla. Pero lucha por una Polonia desagradecida que no reconoce su nuevo cargo y no para de mofarse de él. ¿No serían más felices los dos bajo otros cielos?

A finales de agosto, Marie Casimire viaja a Zamosc para la apertura del testamento. Ásperas discusiones crispan las relaciones con los notarios y juristas. Hipotecan sus estarostías y le impugnan los muebles. Le roban y se rebela. Sobieski acude y sube el tono. Conoce las cuentas y defiende la viudedad de su esposa. Regresan juntos a Varsovia y ese viaje es su luna de miel.

–Ámame siempre como lo haces en este momento –le dice–, eres la dueña absoluta de mi corazón y mi reposo.

Convencida de su influencia, Marie Casimire le habla de París, de las entrevistas con la reina y de las promesas del obispo de Béziers. Pero no le convence.

–¿Vais a sacrificarme a los intereses de Francia por unas simples quimeras? ¿Os prometen que Luis nos estará agradecido? ¿Os prometen gloria y recompensas? Eso una farsa mayúscula. Decís que la reina se acuerda de mí. Esa es la cuestión, que es la única recompensa, porque en realidad no he recibido ninguna y tampoco espero obtenerla. No seáis crédula, señora. Olvidad las bellas palabras engañosas y pensad más en mí.

No insiste más; lo entretiene con caricias y le habla de amor.

–No me dejes más sola, Iachou. Te necesito como el aire que respiro.

–¿Crees que me gusta estar en el campo de batalla? Si estuvieras allí no me cansaría nunca y encontraría deliciosa nuestra vida nómada. Deja que me embriague más de esa pequeña mosca sin la cual el caballero se pone fláccido.

Las horas de felicidad son escasas para un guerrero. Las despedidas le destrozan el corazón. Se siguen escribiendo casi cada día palabras ardientes y canciones que acarician el alma, esperando los siguientes retozos.

–¿Cuánto tiempo durará esta guerra? –pregunta desesperada.

–Nadie lo sabe –contesta–. Al paso que van las cosas moriremos todos.

Para hacer más corta la ausencia, se citan. Una posada o una granja cuando no hay castillo. Acompañada sólo por una sirvienta, Marysienka recorre las inhóspitas tierras por caminos intransitables. Treinta, cincuenta o sesenta leguas, no importa la distancia. En sus pensamientos, al igual que en su

[6] Con este nombre conocía toda Europa a Luis XIV.

corazón, sólo está Juan, el azul de sus ojos, sus facciones profundamente marcadas por el viento y ese gran cuerpo que la engulle en su calor y luego se abandona como un niño. Se aman en Czersk[7] y creen expirar cuando tienen que separarse.

–¡Una hora sin vos se convierte en un siglo! –exclama Marie Casimire–. Imaginad lo que es una semana lejos de vos.

Días más tarde están en Yavorow y acaban encalabrinados, y luego en Chmiel de donde Juan se marcha enseguida. ¡Cuántas lágrimas vierten entonces!

–No –gime la joven–. No tenemos tiempo de decirlo todo. ¿Por qué no podemos encerrarnos en un tronco de árbol hueco, lejos de todos?

Por él olvida todas sus exigencias, su comodidad y los refinamientos del palacio de Varsovia. De choza en choza o de convento en convento, arrastra un baúl con ropa, una bañera de plata y su cofre para su aseo personal donde guarda las lociones, cremas, polvos y perfumes que la harán más deseable. Por valles y llanuras, de retozo en retozo, sigue a su amor y no imagina otra felicidad que no sea perderse en los brazos de Juan.

Llega otra carta de amor, aún más ardiente:

> No me engañéis en mi espera, mi única. Que os encuentre en ese feliz Mszczonow[8] que encerrará todos mis tesoros, todas mis alegrías. Ya pierdo por ello el sueño y el hambre. La imagen de todos los placeres, de todas las delicias me asedia sin cesar. Veo esa gracia de la primera acogida, como nunca mujer en el mundo mostró otra igual.

Marie Casimire se precipita, impaciente, y transforma el tugurio en palacio. Juan llega y se embriaga en el torbellino de su ardor, descansa un poco y la deja desamparada, con el cuerpo destrozado.

–Hasta pronto –dice después de darle un último beso–. Y que la reina se tranquilice. Si se rompe el tratado, como lo presiento, acabaremos esta guerra con una gran victoria antes del final del invierno.

Estas últimas palabras reavivan su coraje. Llena de esperanza, Marie Casimire vuelve a Varsovia y se presenta en Palacio, donde los comentarios aumentan. Lubomirski acepta negociar, pero rechazan sus condiciones.

–¿Sus dos bastones por la paz? –exclama la reina–. ¡De eso ni hablar!

Las negociaciones se interrumpen y la guerra se recrudece. Se han reunido importantísimos refuerzos con el ex mariscal. Alrededor de Juan Casimiro, dudan. El rey quiere retirarse de la frontera de Lituania, pero cambia de idea y persigue al enemigo, al que sorprende cerca de Torun. Lubomirski, debilitado, se modera. Ya sólo reclama sus bienes y su honor.

–También le daremos permiso para que salga del reino –dice Luisa–. A ese precio firmamos una tregua.

Marie Casimire se alegra. El regreso de Juan se acerca. Pero la preocupación empaña su entusiasmo. Una parte de la opinión sigue apoyando al príncipe rebelde y circulan panfletos contra el nuevo mariscal. El Sejm, reunido en esa primavera del año 1666, acepta la legitimidad de su cargo y la ciudad murmura contra Juan Sobieski, apodado «el Calígula que tiene las manos en las calzas». ¿Dónde está y cuándo vendrá? Una misiva tranquiliza a

[7] Se pronuncia Chtersk.
[8] Se pronuncia Mchtonov.

la joven. Juan está en Zhovkva y le pide que se ponga en marcha para reunirse con él. Le gustaría. Está impaciente por acurrucarse contra él y olvidar cualquier cosa que no sea su amor. Sin embargo, duda. Desde hace algunos días vuelven a aparecer viejos demonios. Tiene fiebre, náuseas y mareos. ¿Está embarazada? Los médicos mueven la cabeza, preocupados, y le desaconsejan el viaje. No sabe qué decidir cuando la reina la hace llamar.

Los rumores que agitan la ciudad perturban a Luisa. Teme que se produzca un enfrentamiento sangriento. Y para sosegar los ánimos, sólo encuentra una solución, apartar a Sobieski. Lo ha convocado, pero él no se da por enterado. ¿Sabrá resistirse a las llamadas de Marie Casimire? Hábilmente, manipula a su protegida.

–Tenéis mal aspecto –le dice en un tono almibarado–. Vuestras andanzas por esos campos de Dios os están matando. De tanto querer satisfacer a vuestro esposo, os estáis destrozando la salud.

–El mariscal me pide que me reúna con él, pero ya no tengo fuerzas para correr tras él como un guardia. Los médicos me han recomendado reposo.

–¿Estáis embarazada?

–Tengo los síntomas, pero todavía no estoy segura.

–Pues exigid que acuda a vuestra cabecera.

Marie Casimire le escribe enseguida, pero Juan se niega a aparecer por Varsovia cuando el Sejm está reunido:

> Sus Majestades necesitan mi llegada oficial para ponerme en un aprieto y no para pedirme consejo o solicitar mis servicios; porque no se trata de deliberar, sino de arrebatarme lo que me han concedido para devolvérselo al otro. Estimo haber hecho lo suficiente al aceptar llevar a cabo una farsa por la cual sólo una décima parte de Polonia me acepta como gran mariscal de la Corona. Hacen que todos me odien para atarme como un esclavo. Y ahora me atraen para sumirme en la desesperación. Hay que pedir cosas justas a los amigos que también lo son, sin sacrificar su honor por las intenciones políticas.[9]

Esta respuesta irrita a la joven. Conoce desde hace tiempo el carácter cambiante de la reina a la que, en sus cartas, llama Peonza o Camaleón, y su gusto inmoderado por la intriga. Cogiendo palabras al vuelo tras las cortinas, se ha enterado de sus perversas intenciones a propósito de Juan. No va a dejarse confundir por sus amabilidades, ni mucho menos. Ha llegado su turno de aprovecharse. La persistencia de las calumnias y el mal estado de su salud han despertado un viejo sueño, vivir en Francia con el hombre que se ha convertido en su esposo. Sin embargo, no entiende por qué se enfurece, ya que si viniese a dar sus propias explicaciones de viva voz no se quedaría sin ventajas. Si ya no es gran mariscal de la Corona, podría ser mariscal de Francia, como se lo ha asegurado Pierre de Bonzi. Al carajo Polonia y sus habladurías si París les ofrece honores y tranquilidad. Actuar al dictado de Luisa sólo puede servir a sus intereses, que Marie Casimire cree que también son los de Juan. Vuelve a la carga con él, le muestra algunas promesas y reclama su regreso acusándolo de negligencia e indiferencia. Enseguida replica:

[9] Carta auténtica.

> Espero que las personas que os dicen esas cosas no se dediquen a separarnos. Ignoro qué os ocurre, corazón. Parece que los asuntos de Estado ocupan todos vuestros pensamientos. No os fiéis de aquellos que sólo satisfacen la imaginación, dejando como rastro viento y humo. Cada vez lo veo con más claridad, los monarcas más poderosos siempre escogen lo provechoso ante todo y lo presentan con un buen título, «raggione di stato».[10]

Sin embargo, Sobieski hace una concesión y le propone encontrarse en una posada cerca de Varsovia. Marie Casimire acepta, pero en el último momento, obedeciendo las órdenes de Luisa, anuncia que debe guardar cama y reclama su presencia a su lado. La maniobra funciona. A finales de abril, el mariscal impugnado entra en la ciudad y padece los oprobios que temía. Regaña áspera pero educadamente a su esposa:

–¿Qué placer encontráis al escribirme palabras que me matan? Uno de vuestros enemigos os ha aconsejado ese método para que perdáis a vuestro esposo.

Juan echa pestes contra la corte y la joven discute y protesta con mala fe, repitiendo que preferiría vivir en París y que, por su amor, debería hacer todo por complacerla. Entonces él se acuesta y llora como un niño, desesperado ante el hecho de no ser amado. Marie Casimire, fuera de sí, lo abraza y lo consuela.

–Perdona mi torpeza –le dice–. Sólo quiero que seamos felices, lejos de las afrentas que este país nos hace soportar. No temas, Iachou. No voy a abandonarte.

–¡Eres mi primer y último amor, Marysienka! No lo olvides. La guerra vuelve a empezar. Lubomirski ha roto la tregua. Juan Casimiro reúne un ejército y le entrega a Sobieski el bastón de atamán de campamento. Es el único que posee la suficiente autoridad para restablecer la disciplina en las filas incontroladas. También es verdad que ha sido el único en vaciar sus arcas para saldar las pagas atrasadas y los soldados le juran fidelidad y obediencia. Tras una persecución agotadora, los dos partidos se enfrentan cerca de la marisma de Matwy. El rey ordena a sus regimientos cruzar el vado y los rebeldes los aniquilan. Sobieski, que se encuentra en primera línea, escapa por los pelos, ordena la retirada y se apresura en tranquilizar a Marysienka.

Mientras escribe una carta de amor, ella también le escribe y sus mensajes se cruzan. Marie Casimire todavía desconoce la noticia del desastre, pero desde hace algunos días, su corazón se reconcome. La fiebre la consume. Se ha adelgazado y su tez ya no resplandece. El placer le consume el cuerpo. Debe temperar sus ardores para no despertar el «mal» y transmitirlo.

–Vuestra vida está en juego –le dice el médico venido de China.

Esas palabras le hielan la sangre. El choque es tan violento que anuncia sin rodeos a Juan que va a enviudar. Su salud está muy deteriorada, declara, y desde ahora no quiere tener «comercio carnal» con él. Sólo consiente en verle de día y porque está demasiado fea para gustarle. Sobieski se enfurece:

> Al pretender que estáis enferma, destrozáis mi vida que sólo depende de vos. En cuanto a decir que estáis fea, me pregunto de qué sirve. Vuestra belleza es lo que menos me importa. Sólo me han decidido a quereros las cualidades de vuestra alma, que no deberían

[10] «Razón de Estado». La carta es auténtica.

estar sometidas a ningún cambio. Os doy un beso de buenas noches, a pesar de que me apartan de vos el capricho, el consejo o le falta de amor.[11]

Esta amarga carta encuentra a la joven de mejor humor. La fiebre y las náuseas han desaparecido y el espejo la reconforta en cuanto al aspecto de sus encantos. Ante el miedo a morir, ha exagerado la gravedad de su estado sin pensar en el sufrimiento de Juan. Ahora se atormenta. Se echa en cara no haber medido sus palabras y no sabe cómo arreglarlo.

Un escudero le comunica que Lubomirski, acongojado por la cruel escabechina, presentará su rendición al rey de Polonia. La reina le confirma la noticia y le pide que la acompañe, porque no quiere perderse por nada del mundo la ceremonia. Sin dudarlo un instante, Marie Casimire sube a la carroza real. El acontecimiento se produce en el momento justo. La sorpresa surtirá efecto y borrará los errores.

En el campamento de Rawa Mazowiecka, Juan Casimiro espera a Lubomirski en su tienda de campaña. Sobieski está a su lado, con el bastón de mariscal. No mueve ni un músculo del rostro crispado cuando, detrás de la reina, ve entrar a Marysienka. Ella busca su mirada y se le enrojecen las mejillas. Juan finge no haberla visto. Toda su atención está centrada en el príncipe rebelde que llega al mismo tiempo. Éste pronuncia una arenga y presta juramento. Después pasa delante de cada uno de sus pares y les da el espaldarazo. Al final se detiene ante Sobieski, le coge la mano y se la coloca encima de la cabeza. En ese instante bajan las telas para que el ejército entero sea testigo. Lubomirski se inclina ante su rival. El nuevo mariscal de la Corona ha sido legitimado.

Marie Casimire domina su emoción. Juan clava su mirada sobre ella. Olvidando todo lo que lo ha herido, camina hacia ella y se inclina murmurando:

–El «caballero» quiere vengarse de la pequeña «pasa de Corinto» y vos no podéis negaros a ello.

[11] Carta auténtica.

XV

Las caricias hacen desaparecer los malentendidos y los ardores se despiertan. Se embriagan con besos locos y se extreman en sosegar el ardor que ahora es más exigente ante el miedo de no entenderse. En la calma benefactora de una ternura renovada, discuten amorosamente y hablan del futuro. Juan está sombrío. Las calumnias mancillan su honor y lo llenan de amargura. Marie Casimire lo tranquiliza. Está maleable y se deja llevar. Lo nota y encuentra las palabras que despiertan en él la esperanza porque, para ella, no hay duda alguna. París los espera. Si apoyan la causa de Luisa, recibirán una recompensa.

–De ahora en adelante la vía está libre –repite–. Condé puede venir.

Juan no comparte su entusiasmo. A pesar de la espectacular rendición de su rival, aún desconfía. Lubomirski ha firmado todos los convenios, pero nada le impide retractarse y reemprender la guerra civil.

–Ese hombre es poderoso –dice–. La reina no dudará en destituirme a mí para conseguir su apoyo.

–Un argumento más para no dejarnos humillar –replica la joven con energía.

–Estoy dispuesto a resignarme, Marysienka, pero en esas condiciones no pienso permanecer en Polonia. Y el sacrificio de mi amor propio merece compensaciones.

Juntos, establecen una lista y se ponen de acuerdo en cada detalle. Actualmente Juan es el segundo personaje del reino y puede expatriarse con las bendiciones del rey más grande de Europa. Marie Casimire conoce la importancia de algunos objetivos. Las confidencias de Luisa y las promesas de Bonzi le han hecho ver claras algunas cosas. Sólo deberá llevar el timón con firmeza.

En el camino de regreso a la capital vuelve a ocupar su puesto al lado de la reina, que se enorgullece de haber sorteado tan hábilmente las trampas y se alegra del giro a su favor que toman los acontecimientos.

–Se puede comprar a todos los hombres –explica–, incluso a un prócer. Basta poner el precio. Con lo que le he prometido a partir de ahora Lubomirski respaldará la candidatura de Condé o la de su hijo, el duque de Enghien, en cuanto abdique el rey. Y eso no tardará en producirse. Ayer Su Majestad volvía a mascullar: «Mi cabeza sólo reposará cuando esté bajo una capucha».

Fija su mirada incisiva en el obispo de Béziers y añade:

–No cabe duda que Francia nos ayudará a cumplir nuestro compromiso y me recompensará.

El prelado asiente con una sonrisa y se inclina hacia Marie Casimire alisándose el bigote.

–El marqués de Lionne –susurra– me ha confirmado que el Rey está dispuesto a otorgar el título de mariscal de Francia al mariscal de la Corona.

–Eso es poca cosa –contesta la joven.

La sorpresa que manifiesta su interlocutor le divierte y se envalentona a precisar sus proyectos.

–Parecéis olvidar, monseñor, que actualmente el gran mariscal está en propiedad de cargos civiles y militares que lo convierten en un hombre poderoso en el reino. Se le debe otorgar algo más que un simple título para que ofrezca su apoyo al candidato del rey de Francia, al que Polonia no acepta de buen grado. Desde ahora añadid la orden del Espíritu Santo, una propiedad de cuatrocientas mil libras y el título de príncipe. Como complementos,

acordaréis para mi hermano, el caballero D'Arquien, el cargo de teniente de la Guardia real y para mí, dadme la almohada que su majestad la reina Luisa ya pidió hace más de tres años.

Bonzi se queda sin habla y se sume en el rezo de los salmos para disimular su desconcierto. Luisa se abanica y se coloca la máscara de cuero en la cara. Fuera, los caballeros de la escolta aligeran el paso levantando una nube de polvo en el camino que el sol de agosto reseca. El aire es irrespirable y el calor, molesto. Marie Casimire no presta atención a estas incomodidades y se inclina por la portezuela. A la cabeza del cortejo, detrás de un regimiento de cosacos de la Guardia, Juan caracolea al lado del rey y se gira en ese preciso instante para saludarla.

De regreso a Varsovia, la salud de la joven se altera. Hablan de embarazo, pero los médicos se decantan más bien por una enfermedad, el escorbuto o algo más grave. Sobieski está preocupado. Debe ausentarse para reconducir el ejército a sus cuarteles de invierno en Ucrania, y Marie Casimire se lamenta de no ser amada. ¿De qué le sirve ese esposo que la abandona a cada momento después de haberle prometido no volver a dejarla? El recuerdo de Zamosc viene a atormentarle la memoria. Un curioso destino la persigue con esa soledad que la horroriza y esa fiebre que la asusta. Sin embargo, dos meses más tarde, está en condiciones de emprender un viaje y se pone en marcha hacia Lvov para reunirse con Juan.

Huyen hacia Zhovkva, donde la nieve que cubre los bosques sin fondo guardará su amor de los indiscretos. Abrigados con pieles, corren en trineo para ojear zorros y lobos. Los acogen grandes hogueras, y las noches renuevan sus retozos. Se olvidan del mundo y creen que la felicidad es posible, pero una mañana de diciembre resuenan alaridos salvajes en las fronteras de Ucrania. Nuevas hordas llegan en tropel a Polonia y hacen una carnicería entre los regimientos reales.

–Hoy son los tártaros –ruge Sobieski–, mañana serán los moscovitas y después vendrán los turcos. Adiós, alma mía. Odio esos días que van a separarnos. Os amo. Creedlo ahora más que nunca.

–Que Dios te ampare, mi Ianitchkou. Él escuchará mi plegaria y nos guiará hacia cielos más clementes.

Juan espolea su montura y los gritos de sus guardias se desvanecen a lo lejos. El inmenso bosque de abetos se anima. Un ejército de pequeños hombres de ojos oblicuos se precipita sobre las murallas de Zhovkva, sembrando el terror por donde pisan. Acompañada por sus pajes y vestida con su librea, Marie Casimire huye hacia Pielaskowice, escapando milagrosamente de los rostros curtidos que vociferan pisándole los talones y acaban dando media vuelta aullando de despecho. En la antecámara de la casa solariega, un inmenso retrato de Juan le hace olvidar el miedo y refuerza un pensamiento que nunca olvidará, Polonia la destroza y es en Francia donde se instalará.

A finales de enero, el gran mariscal regresa con honda amargura y profunda preocupación en el alma. Ha luchado como un diablo para vencer a los tártaros y alejar a los moscovitas. Una campaña rabiosa que acabó en pacto. El rey de Polonia ha cedido ante el zar, y eso le llena de amargura.

–Hemos perdido Rusia Blanca y la mitad de Ucrania. Alexis ha establecido sus campamentos en el Dnieper. ¡Diantre, necesitamos un ejército! Si no me lo dan, renuncio.

Marie Casimire lo escucha con una sonrisa. La furia de Juan es un buen augurio y va en la dirección de sus planes. Lo sigue a Varsovia, donde se reunirá el Sejm. Tiene que comentar algunas cosas. Y ella también, pero con relación a otro asunto. Mientras Juan se reúne con los senadores en la sala del trono, la joven se dirige al gabinete de Luisa y se encuentra con una reina intranquila. Lubomirski, una vez más, la vuelve loca. Ha roto los pactos y amenaza con reemprender la guerra civil.

–Es una artimaña de Austria, lo presiento –exclama Luisa dando un puñetazo en la mesa–. El emperador ambiciona nuestro trono.

–Su Majestad Cristianísima no le dará opción a ello –contesta el obispo de Béziers, también bastante nervioso–. Condé y sus diez mil hombres sólo esperan la orden de embarcarse rumbo a Dantzig.

–Bonzi, esto no me gusta –sigue gimiendo–. De tanto desear lo mejor para Polonia, corremos el riesgo de aniquilarla para siempre. Los polacos se sublevarán y el país será un polvorín.

Marie Casimire, de pie a la puerta de la sala, ha seguido toda la conversación y carraspea para llamar la atención. Bajo la escofieta que disimula las canas de su cabello, la cara cansada de la reina se ilumina. Le hace una señal para que se acerque.

–¡Espero, querida mía, que me traigáis buenas noticias! –exclama–. ¿Vuestro esposo aceptaría renunciar a sus cargos?

La joven toma asiento en un sillón frente a la soberana y guarda silencio. La necesitan. Ha llegado el momento de jugar con astucia, pero antes de pronunciarse, necesita otras explicaciones y, sobre todo, propuestas. Luisa añade con voz cansada:

–A estas alturas sólo se me ocurre esta solución para evitar un nuevo baño de sangre.

Luego es el obispo quien se manifiesta y multiplica sus zalemas en torno a la maríscala. Ha recibido la orden de sus amos de atraer a Sobieski a Francia donde desconfían de este capitán al que consideran demasiado irresoluto, capaz de arruinar el proyecto de elección si se le ocurriese aliarse con el bando de los rebeldes.

–Tenemos el diploma real –dice con su voz suave–, el mariscalato y el título de par.

–Falta algo, monseñor –contesta en un tono seco–. El amor propio no está en venta.

En ese preciso instante se abre la puerta. El secretario Pierre des Noyers se acerca a la reina y le entrega un despacho. Luisa palidece y declara:

–¡Lubomirski ha muerto!

Guarda un momento de silencio y de pronto se anima.

–Esta vez la elección está asegurada –declara.

Sus mejillas se sonrosan y sus ojos se iluminan. Ya no hay ningún obstáculo. Hace mil combinaciones y proyectos para el futuro, que el obispo de Béziers anima. Pensiones para unos, privilegios para otros, ninguna artimaña es poca para elegir al príncipe de Condé. Marie Casimire se retira discretamente pensando que la política es un gigantesco mercado donde cada uno hace su oferta y se permiten todas las audacias.

Regresa a su palacio, pensativa. Un chambelán le comunica que el mariscal la espera en la biblioteca. Juan va y viene por la sala echando pestes:

–Tenéis ante vos, señora, a un gran mariscal al que denigran, y a un gran atamán de la Corona sin ejército digno de ese nombre. El rey me ha entregado

solemnemente el bastón y, al poco rato, anunciaba una reducción de los efectivos. ¿Para qué sirven todos esos títulos si no dispongo de los recursos propios de mi cargo? A menudo me arrepiento de no haberos seguido a Francia en aquella ocasión.

Marie Casimire lo reconforta, le explica la entrevista y le repite las palabras del embajador Pierre de Bonzi.

–No hay nada perdido, Juan. Que Condé suba al trono y obtendremos nuestras compensaciones.

–Diga lo que diga la reina, la elección no es segura. Se ha interrumpido el Sejm en cuanto el rey ha hablado de abdicación, y cuando ha pronunciado el nombre de Condé toda la sala se ha alzado gritando: «*Niema zgody!* ¡No imitemos a Richelieu y a Mazarino!».

Da vueltas y vueltas en la sala; de repente se detiene en el centro. Un rayo de sol dora la opulenta cabellera de Marysienka y le ilumina el pecho. Sonríe mirándolo fijamente con sus grandes ojos oscuros y se lleva a los labios un collar de perlas que mueve entre sus dientes. Una llamarada de deseo abrasa al mariscal. Se acerca a su esposa y la coge en brazos.

–De momento, amor mío, te llevo a Yavorow. Necesito un heredero y en primavera no hay nada mejor que la campiña polaca.

Algunas semanas después, Marie Casimire está embarazada. Ya era hora. Sobieski se impacientaba y ella lo criticaba ante la posibilidad de que fuese estéril, puesto que ella le había dado tres hijos al difunto. Sin embargo, como en la época de Zamoyski, el embarazo es difícil y vuelve a tener fiebre y esos dolores inexplicables. La preocupación se apodera de la joven y la atormentan pesadillas nocturnas. Espera a este hijo desde hace dos años. ¿Por qué ha tardado tanto? ¿Lo perderá como perdió a los demás? Sólo hay un remedio, París. El médico de Montpellier se lo dijo claramente. Juan pone mala cara, negándose a admitir la urgencia de un viaje de esas características.

–Me llenáis de confusión, mi alma. Consultaremos a los médicos de Varsovia.

Un despacho precipita el viaje. La reina ha muerto a mediados de mayo a causa de un catarro sofocante que la ha fulminado durante una agitada entrevista con el canciller de Lituania, que se negaba a respaldar la candidatura de Condé. Marie Casimire, afligida, se olvida de la fiebre y viaja al lado de Juan.

–Ha querido salvar Polonia –dice llorando–, pero Polonia la ha matado.

–Entiendo vuestra tristeza. Sin embargo, estad de acuerdo conmigo que no dudaba en aprovecharse de vos según sus intereses.

–¿Qué habría sido de mí sin su protección?

–A veces me pregunto si no hubiésemos sido más felices sin esa protección demasiado pesada. Pero no podemos volver atrás. ¡Qué Dios la acoja en su santa luz!

Se dirigen al Palacio Real y dan el pésame al desconsolado soberano. Los funerales oficiales se llevarán a cabo más tarde en Cracovia, donde Luisa será enterrada en la cripta de Wawel, al lado de su primer esposo, Ladislao. Ahora se expone el féretro en una sala iluminada con multitud de cirios, decorada con los más bellos tapices de la Corona. El féretro está recubierto con un paño de oro adornado con pedrería, realzado con ornamentos reales dispuestos sobre un cojín cuadrado de terciopelo. Se han colocado dos altares, uno a cada lado. Se dicen misas permanentemente ante una multitud de frailes y

prelados que rezan rosarios, los húsares montan la guardia y las camareras de la reina, vestidas de luto riguroso, rodean el catafalco.

Con el rostro destrozado bajo las gasas negras, Marie Casimire se arrodilla y reza. Los recuerdos afluyen a su mente y se entremezclan. Han pasado veintiún años desde que llegó a este castillo de ladrillo, cogida de la mano de la mujer que la protegía como una madre y que le serviría de ejemplo. Una princesa venida de Francia que ha sabido cambiar las costumbres de una corte bárbara. Su sentido político y su inagotable energía han librado a Polonia del yugo sueco. Sin embargo, a veces le faltaban matices a su autoridad y su gusto por la intriga le hacía perder el sentido de la realidad.

–Perdonadla, Dios mío –murmura.

Pero ella, ¿podrá perdonar la testarudez de la soberana por obligarla a casarse con un hombre vergonzosamente enfermo que quizá la ha destruido para siempre? La riqueza de Zamoyski estaba emponzoñada, y cuando por fin Sobieski le ha ofrecido su corazón, unas prisas desmesuradas los han cubierto de oprobios como si fuesen vulgares malhechores. Las humillaciones acumuladas no se pueden olvidar. Un buen día, resurgen y se busca venganza, que es la manera de lavar esas manchas. De hecho, ¿qué siente ante los despojos de la mujer que la ha educado y pretendía hacerla feliz? Un gran vacío, pero no pena. Una tristeza profunda mezclada con amargura, y cierto rencor que quiere ahogar en su pecho porque por encima de la reina está Dios. ¿Acaso no es Él el que ha deseado ese mal terrible que la consume? Después de todo, ¿no es la vida un purgatorio?

Todo el mundo está impaciente en Varsovia. La reina ha muerto, pero la intriga sobrevive. La facción pro francesa se reagrupa alrededor del obispo de Béziers. ¿Quién llevará a partir de ahora la antorcha que portaba la soberana? Buscan una nueva ninfa Egeria para contrarrestar las maniobras de los partidos contrarios, y todos miran a la maríscala, educada desde la infancia con los métodos de su protectora. Pierre de Bonzi le hace asiduamente la corte. Es verdad que sin pensar en la sotana que lleva, olvida su almohadilla en casa de algunas damas y las crónicas cuentan que éstas salen de su casa con el delantal lleno de escudos. Por su parte, Marie Casimire se limita a confirmarle la fidelidad de su esposo al proyecto de elección y le repite la lista de sus compensaciones. Las habladurías llenan la ciudad, pero ella hace oídos sordos. Un asunto primordial se está solucionando en el secreto de sus aposentos. Juan ha convocado allí a los médicos de la corte para confrontarlos con el suyo.

–París es indispensable para salvar a la madre y al niño –dice el viejo Courrade.

–El mercurio desde el nacimiento –afirma el doctor Germain, venido recientemente desde Francia para curar a Marie Casimire.

Sobieski, desesperado, se vuelve hacia su doctor escocés, Davidson, que confirma el diagnóstico:

–El tratamiento que recibe aquí no es malo, pero tampoco es suficiente. Nuestra sospecha no es vana. El príncipe murió a causa de esta enfermedad. Vuestra esposa sólo puede curarse si se pone en manos de un hábil cirujano.

El veredicto es inapelable. La vida de Marysienka y el niño que ha de nacer dependen de París. Desconcertado por una realidad que se negaba a admitir, Juan se desmorona.

–Al igual que en un pozo profundo, he ahogado en vos mi fortuna, mis placeres y mi vida entera. Ahora soy más pobre que los mendigos a la puerta de las iglesias, porque si os pierdo lo pierdo todo.

–Iachou –le dice entre carantoñas–, me curaré y vendrás para reunirte conmigo como lo hemos comentado muchas veces.

–¡No podría yo también disfrutar las alegrías de este mundo en un país más acogedor! –murmura.

Sueña en silencio, suspira y sigue diciendo con voz sorda:

–Nuestras fronteras del este están amenazadas. Miles de tártaros se disponen a invadirnos. Sí, marchaos, amor mío. Estaréis más segura en París.

Da órdenes. El cortejo de la maríscala será digno de ella. Un séquito de cuarenta personas y su hermano, el caballero D'Arquien, para acompañarla.

–A pesar de no ser príncipes –dice–, los cargos que Dios nos ha otorgado nos dan más peso en Polonia que diez príncipes del imperio. Y cuando queráis pasar inadvertida, mi querido corazón, escoged el nombre que más os apetezca: marquesa de Zhovkva, de Kalush o de Yavorow.

El 17 de junio de 1667, una rutilante cabalgata escolta un suntuoso carruaje hacia las orillas del Vístula. Una galera espera, dispuesta a zarpar. Bajo la mirada de numerosos dignatarios venidos a saludarla, Marie Casimire, vestida de gris, sube a bordo. Ha prometido llevar ese color mientras dure la separación. Juan la guía hasta sus dependencias y de paso verifica las instalaciones de la embarcación. Esta partida lo trastorna. Ni siquiera ha podido dormir. Abraza con fuerza a Marysienka y la besa con ternura.

–El amor verdadero está lleno de temores –murmura– y amo como nadie en este mundo.

–Estás en mí, Juan, y mi pensamiento permanece a tu lado.

Mira por última vez la alta silueta que vuelve a la orilla y monta a caballo. Suenan las trompetas. Bajo el látigo del capitán, la chusma levanta los pesados remos del agua del río, y la galera navega hacia mar adentro con el empavesado.

XVI

El viaje dista mucho de parecerse a la famosa huida de la princesa Zamoyska. Entonces, cinco años atrás, abandonó su castillo aprovechando la noche y se llevó en su carruaje todo lo que pudo para ir a recibir un tratamiento. Tampoco es lo que digan las lenguas viperinas. No es un viaje de placer, todo lo contrario, la maríscala Sobieska sufre un auténtico martirio. Por las rutas de Alemania, Holanda y Bélgica, con un calor asfixiante a causa de la sequía estival, cree morir más de una vez y sólo resiste gracias a su firme voluntad de traer al mundo al hijo de Juan. Otro pensamiento refuerza su energía. Su padre, que no acababa de aprobar su nuevo matrimonio, dejará de lado sus reservas cuando vea el cortejo multicolor y lujoso y el ejército de sirvientes. Entonces ya no dudará de los sentimientos de Juan Sobieski hacia su hija.

A mediados de agosto, Marie Casimire entra en París. Esperaba una recepción brillante por parte de sus padres, pero se lleva una decepción. Un asunto de herencia perturba a su familia y el marqués D'Arquien le presta muy poca atención. Rodeado de juristas, no para de refunfuñar:

–El testamento es nulo y voy a demostrarlo.

Su prima, la condesa de Guitaut, ha muerto sin descendencia, y legalmente él es el heredero de las tierras de Epoisses propiedad de la noble dama desaparecida. Sin embargo, antes de morir, se las legó al príncipe de Condé con la obligación de devolvérselas al viudo, que, además, es su hidalgo y amigo. Actuando así, la difunta eludía la tradición de Borgoña que prohibía cualquier liberalidad a favor del esposo.

–Nos despojan –repite el marqués–. Epoisses nos pertenece por ley.

Marie Casimire lo tranquiliza rápidamente. Las cosas vienen que ni rodadas. Desde las primeras palabras, ha captado la importancia del asunto y el provecho que puede extraer de ello.

–No os preocupéis –dice con voz firme–. Si el príncipe quiere ser rey de Polonia, os devolverá lo que os pertenece. No puede burlarse de nosotros y contar con nuestro apoyo.

El marqués sigue siendo escéptico. Maquinando su revancha no deja de vociferar. La joven acaba agotada haciendo promesas para sosegarlo. Al cansancio del viaje se añaden las preocupaciones de la casa, cuya atmósfera se vuelve irrespirable por culpa de las peleas. Con la fiebre vuelven las indisposiciones, los dolores reaparecen, una terrible angustia se apodera de la maríscala y su estado de salud empeora. El doctor Germain, que la ha seguido desde Varsovia, la ingresa en una clínica discreta cerca de la puerta Saint-Antoine donde tratan científicamente el «mal francés». Nadie, salvo la familia, ha oído una palabra al respecto.

Todos los días, durante cuatro semanas, estirada delante de un gran fuego, recibe friegas en el cuerpo desnudo con un ungüento a base de mercurio. Una fricción «muy generosa» que provoca una excreción salival. A continuación, la envuelven en una manta y la dejan en una celda para que expectore hasta ocho litros de saliva. La dosis de mercurio aumenta en cada sesión. El tratamiento es duro de soportar; todo el cuerpo se le contrae y se le reseca en medio de un olor fétido. A veces se pregunta si no se estará pudriendo. Pero en su vientre, que va tomando forma, una fuerza se anima y le devuelve la esperanza. A finales de septiembre, entra en convalecencia. Le dan leche de burra, vino emético y caldo de pollo.

–Vuestras lesiones están curadas –dicen los médicos– y el bebé parece gozar de buena salud.

Sonríe débilmente. Le permiten leer su correo de Polonia. Una cantidad de cartas que llevan el sello de su esposo. Las abre de una en una con dedos impacientes. Las palabras tiernas acarician su corazón y Varsovia entra en su habitación: el rey, las intrigas, los chismes... Una página desgarradora los ahuyenta. Juan se acaba de enterar de que Marie Casimire está muy mal. Eso lo ha sumido en un torpor que ha durado varios días. Por la curación de su esposa ha prometido a Dios construir un convento y ha ordenado que recen por ella en nueve iglesias durante nueve semanas. Él mismo ayunará durante nueve sábados. Se lamenta de su silencio y se asusta.

¿Qué ha ocurrido con las cartas que le envió? ¿Dónde está ahora él y qué piensa mientras ella lee sus misivas de más de un mes? La distancia y los caprichos del correo no facilitan el entendimiento. Coge la pluma y lo tranquiliza. Está mejor y el bebé nacerá pronto. Un niño o una niña... ¿Qué nombres escogerán? ¿Jacques? ¿Thérèse? Pero sobre todo quiere que venga para estar a su cabecera. Le asusta este parto, como la asustaron en su día los anteriores cuando estaba con Zamoyski. Quiere a su esposo cerca de ella, quiere sentir su presencia y cogerle de la mano.

Le llegan más noticias y su cabeza es un hervidero. Juan está en la línea de fuego. Lucha con un reducido número de soldados contra miles de tártaros y cosacos que, para obligarlo a capitular, han quemado una de sus propiedades y han hecho una carnicería con sus campesinos. Varsovia no lo respalda, y sus pares, demasiado ocupados en enterrar a Luisa en Cracovia, incluso lo acusan de fabular para adular servilmente al rey. Mientras tanto, vende su cubertería, hipoteca sus bienes y pide préstamos a todos los judíos de Zhovkva para pagar a sus soldados y darles el material necesario para defenderse. ¡Y luego nada!

Pero hablan de él en París, Versalles, el Louvre y Chantilly. De la corte a la ciudad, la gente comenta la *Gazette* y sólo dan pocas oportunidades a ese héroe digno de Homero que se ha encerrado en el campamento parapetado de Podhajce[1] con tan sólo cinco mil caballeros y tres mil soldados de infantería para plantar cara a los ochenta mil guerreros de Galga, el gran kan de Crimea. Y no paran de repetir el comentario del príncipe de Condé:

–Una locura que tendrá como única ventaja para el gran mariscal conseguir que mueran unas horas antes que su patria.

Marie Casimire ya ni duerme siquiera, sólo reza con fervor. Y de repente, contrariamente a cualquier cosa que se podía esperar, se enteran del triunfo. Tras sitiarlos durante diecisiete días, Sobieski y su puñado de hombres derrotan a las hordas salvajes. La *Gazette* explica su hazaña, y a orillas del Sena, al igual que en toda Polonia, aclaman al vencedor de Podhajce, el «guerrero más noble de todos los tiempos». Por fin llega una misiva. Juan le escribió, apoyándose en un tambor, la noche de la batalla.

> Ni esta victoria, ni la salvación de mi país consiguen regocijarme, puesto que no puedo ver aquello que es toda mi vida, ni estar en el lugar donde he puesto todo mi corazón y todos mis pensamientos.[2]

[1] Se pronuncia Podraícé.
[2] Auténtica.

Marie Casimire se estremece. Una oleada saludable la hace entrar en calor y le llena el corazón. Unos días después, otra carta más larga responde a la suya última:

> ¿Qué tal están los limoncitos y la barriguita? Me explicáis que empezáis a sentir dolores y que la carta me llegará cuando el trabajo esté realizado. Jacques o Thérèse, no importa, todo forma parte del mismo cesto. Espero que hayáis recuperado vuestra salud, mi bella Marysienka, y que me améis, a fe mía, sólo una décima parte de lo que yo os amo.
>
> Me pedís que vaya a pasar con vos por lo menos el invierno, aunque deba regresar en primavera. ¡Es sencillamente imposible, cariño! A pesar de la paz que acabamos de firmar, ya debemos pensar en una guerra turca la próxima primavera. Debo hacer acto de presencia en el Sejm por primera vez como atamán victorioso, y será una situación difícil. Al final tomaremos una decisión: o dejamos lo de Polonia o nos olvidamos de lo de París.[3]

Para Marie Casimire sólo hay una certeza: su porvenir está en París. A principios de noviembre da a luz un niño. No es muy grande pero seguro que vivirá. Con la condición, dicen los médicos, de que reciba un tratamiento de mercurio durante varios meses, quizá treinta. Para ella prescriben curas aún más intensivas. Además del mercurio, necesita el antimonio, los baños y las aguas medicinales. Y sobre todo la abstinencia.

–¿Tan grave es el mal? –pregunta.

–Se despierta con el placer. Suprimid el placer y desaparecerá.

–¿Durante cuánto tiempo?

–Todo el que sea necesario.

¿Cómo hacer ver esta verdad a un esposo enamorado que se niega a considerar la gravedad de su mal? Vivir a su lado sin «hacerlo» es impensable. Sin embargo, deberá anunciarle que ya no puede, porque de ello depende su vida. Se enfurecerá, gruñirá, reivindicará y pasará el tiempo, un tiempo que le ayudará a curarse. Y si la ama tanto como asegura, volverán a encontrarse y se amarán otra vez, con más intensidad que nunca. Pensándolo bien, todo parece fácil. Pero la realidad nunca es como uno piensa.

Juan se alegra del nacimiento de su hijo, «un buen fruto con bellotas», y le recuerda que con el otro sólo tuvo hijos «agujereados». Sin transición, retoma sus lamentaciones sobre sus deseos exacerbados y esa separación que lo consume.

> Es tener delante a cien verdugos a cada minuto que pasa, mil puñales en el corazón y un millón de otros millones de tormentos imposibles de expresar... Os lo ruego, señora, os lo ruego, no malgastemos nuestros años en vano, ¡nuestra vida es tan corta! Sois mi todo. Cuando os tengo, no me preocupa nada del mundo.[4]

Marie Casimire todavía no le confiesa nada. Precisa un rápido restablecimiento y que el pequeño Jacques se fortalezca. Se instala con su numeroso séquito en un hotel cercano al de su padre que hace acondicionar

[3] Auténtica.
[4] Auténtica.

con todo lujo. Lo describe detalladamente a su esposo y le pide que le haga llegar lo antes posible alfombras de Persia, mantas de Turquía y bonitas martas cebellinas. Juan se lo envía todo enseguida y añade un aderezo de esmeraldas y perlas. Y en términos cifrados precisa:

> En cuanto 21 [el rey] deje de ser lo que es, la Pólvora[5] da su palabra de honor de que se reunirá con su ramo, aunque sea al fin del mundo, y se establecerá donde las Esencias[6] lo deseen.

Su alegría es tan intensa que vacila y se tambalea hasta un sillón. Por fin oye las palabras que anhelaba desesperadamente. Juan ha tomado una decisión. Vendrá. Eso sí, con los honores debidos, y Marie Casimire va a ocuparse de ello con coraje. Enseguida inicia relaciones con Versalles y Saint-Germain, y hace avanzar tan bien sus asuntos que, en marzo de 1668, Luis XIV acepta tener en brazos al hijo de la maríscala en la pila bautismal de la capilla del Louvre, al lado de la reina de Inglaterra, viuda de Carlos I.

Al niño lo llaman Jacques, nombre de su abuelo, el castellano de Cracovia, y Louis, nombre de su real padrino. Alentada por este éxito que no se puede pasar por alto, prosigue sus negociaciones en el gabinete del ministro De Lionne y obtiene una entrevista. Le confirman el bastón de mariscal de Francia para su esposo, una tierra a elevar a ducado con dignidad de par y la banda azul. Pero se rebela:

–Olvidáis mi almohada, la tenencia de los guardias para mi hermano, la capitanía de los cien suizos para mi padre y el marquesado de Epoisses para mi familia.

Sin decir palabra, apartan el informe y la acompañan educadamente hasta la salida. Pálida de rabia, regresa a su casa pero su mal humor no cesa. ¿Va a doblegarse? Ni hablar. Es cierto que ha incomodado a esos señores de la cancillería alargando súbitamente la lista de sus «fruslerías»; pero el asunto de Epoisses envenena la vida de los La Grange d’Arquien. Marie Casimire se ha vuelto muy quisquillosa en materia de respetabilidad y se ha prometido a sí misma que hará restituir a su padre, injustamente vejado, esas tierras y cierta consideración. Oponerse a los Condé por su familia, cuando se supone que su esposo debe favorecer su entronización en Polonia, no es tarea fácil y cuando menos es contradictoria. Pero eso no le importa. No quieren escucharla, despistará el juego y pondrá entre la espada y la pared a las más altas instancias. Coge la pluma y escribe a Juan para recomendarle que deje de hacer tratos con el obispo de Béziers y los haga con el emperador:

> Estoy convencida de que para vuestra gloria, vuestro honor y el amor que sentís por mí, no tomaréis partido por un príncipe que usurpa los bienes de vuestra familia y, en consecuencia, los vuestros si sabéis que yo no estoy contenta... Le digo al señor De Bonzi que, cuando deban elegir a un rey, no apoyaréis a ese príncipe mientras yo no os informe que nos han devuelto aquello que nos pertenece.[7]

Pide tanto que poco a poco se le cierran las puertas que se le abrían. Molesta, irrita y apenas puede contener su cólera. Sin embargo, se enfurece

[5] Nombre de código de Sobieski.
[6] Nombre de código de Marie Casimire.
[7] Auténtica.

ante los lamentos de su esposo que se imagina que ya no lo ama, cuando lucha en todos los bandos para hacerlo venir con todos los honores que se merece. Pero no adopta una buena estrategia y se ensimisma. Cueste lo que cueste, quiere vengarse de todas las humillaciones pasadas, y también de las de su familia, que hace suyas. En realidad, está resentida con el mundo debido al mal que la consume y le impide amar, al tratamiento que trastorna su cuerpo, altera su carácter y arruinaría su belleza si no inventase mil artimañas para reanimar su luminosidad. Son cuidados infinitos y minuciosos para que nadie pueda adivinar nunca lo que le ocurre. A veces duda cuando el espejo no le devuelve los encantos del pasado. Entonces le asusta la manera en que Juan la mirará, tiene miedo de que desvíe la mirada y la abandone. Preocupada, melindrea para ponerlo a prueba y ganar tiempo.

> Os amo con locura, pero ya no puedo vivir en Polonia donde estoy constantemente enferma.[8]

Y Juan le contesta:

> Lo oigo bien, me amáis, pero me ponéis en un plato de la balanza y París en el otro, y es el otro quien gana. Mi salud también sufre, porque soy un esposo fiel. Y soy un hombre en pleno vigor, fuerte y sano. [9]

Enseguida Marie Casimire replica:

> Si vieseis el fondo de mi corazón, deberíais admitir que vuestro amor es imperfecto si lo comparáis con el mío. [10]

Juan se rebela:

> Hablemos de vuestro amor. Siempre reproches, siempre quejas, siempre es culpa mía. ¡Nunca estáis de buen humor, ni me concedéis la menor complacencia! Envidio la suerte de vuestro perro. Lo tratáis mejor. [11]

Con el desfase del correo, cada misiva llega a destiempo y sólo consigue exacerbar aún más sus sentimientos. Se torturan, se desgarran y hasta se odian por no confesarse la verdad. Marie Casimire va de fracaso en fracaso en las negociaciones con las cancillerías. Y Juan, por su parte, no encuentra una ocasión para marcharse del país sin perder su honor. Por el momento, se ha ofrecido un desfile triunfal por las calles de Varsovia y escribe rápidamente:

> Comentan que hasta ahora ningún atamán había hecho una entrada igual. Todas las damas presenciaban desde diversas casas, y una multitud increíble, al igual que en un espectáculo... Tened cuidado, señora, algún día el «granuja», puesto que así lo tratáis, se

[8] Fragmentos de cartas auténticas.
[9] Fragmentos de cartas auténticas.
[10] Fragmentos de cartas auténticas.
[11] Fragmentos de cartas auténticas.

vengará de la «mosca». Os equivocáis al no suspirar por mi «centinela», porque no puede vivir sin ella. [12]

París está lejos de Varsovia. La joven no se percata del efecto de la victoria para su esposo. En esa Polonia sin jefe, de repente todas las miradas de los nobles que el rey ha decepcionado se dirigen hacia él. Su popularidad es extremada y su posición de poder absoluto. El hecho de acumular los dos cargos más importantes de la Corona le otorga todos los poderes. Mientras tanto, Marie Casimire envenena sus picas. Y Juan, desesperado de ser incomprendido, le da a entender que sólo le queda morir. La guerra contra los turcos se aproxima y le concederá esa oportunidad.

> Está bien, vivid allí, mi único amor. El destino quería que el desgraciado Sylvandre se convirtiese en algo molesto para su Astrée, y que muriese con esa gloria en los tiempos venideros, por haber sido el amante más apasionado y el esposo más tierno. [13]

Marie Casimire reacciona inmediatamente y, para asegurarle que sus sentimientos no han cambiado, le envía un brazalete hecho con cabellos y un pequeño retrato. Ahora bien, sigue argumentando, invocando a un nuevo médico con un tratamiento nuevo, cuando un rumor que confirma la cercana abdicación de Juan Casimiro llena París. Entonces resurge el interés de Francia por Polonia y la mariscala Sobieska reanuda la carrera para conseguir las «compensaciones». Juan, a petición suya, le envía una firma en blanco para que negocie en su nombre. La joven renueva las tentativas, se estanca y se enreda. Sus gestiones se paran en seco. Versalles la deja de lado. Llora de rabia por ello y luego se tranquiliza y se sume en una larga reflexión que reaviva la esperanza. Todavía no ha perdido la partida, se dice para sí misma. Jugará a Varsovia cuando se abran las negociaciones. París ya no sirve para nada. Debe marcharse. Anuncia su regreso, con desgana, poniendo pretextos por menudencias. Partir a toda prisa sería reconocer el fracaso. Prefiere hacerse rogar e impone una condición: ¡no tener más hijos! Juan se opone inmediatamente:

> Tuvisteis tres con el otro y deseabais tener más. Si teníais que cambiar de opinión al cambiar de esposo, deberíais haberme informado dos años antes, esa noche en que, para teneros, arriesgué algo más importante que mi vida: mi honor. ¡Venga, basta ya de comedias! ¡Decidme con franqueza qué es lo que os da asco de mí! [14]

Marie Casimire melindrea por coquetería:

> ¿Asqueada de vos?, ¡por Dios! ¡Pero si aquí todo el mundo se extraña de las prisas que tengo de reencontrarme con vos, a pesar de mi salud apenas restablecida y de mi cura inacabada! [15]

Le llega una respuesta áspera:

[12] Auténticos.
[13] Auténticos.
[14] Auténticos.
[15] Auténticos.

> ¡Para nada me importa vuestro mundo parisiense y sus opiniones! Parece que juzgan las cosas según la moda del país, un país donde todas las esposas y todos los esposos tienen amantes. Yo soy de Polonia, y nuestro pequeño Jacques también. ¿De dónde pensáis que sois, señora? [16]

Marie Casimire se somete, pregunta con humildad qué rutas debe seguir y dónde deberá encontrarse con él. Ha tenido tiempo para completar el tratamiento y puede traer de vuelta a su hijo a Varsovia.

A finales de septiembre de 1668, la mariscala Sobieska cruza la frontera y se dirige hacia Dantzig. Estalla una impresionante tormenta que transforma los campos en una gigantesca ciénaga. En el camino enlodado, el convoy disminuye la marcha. Una crin alazana aparece entre las trombas de agua. Envuelto en una capa hinchada por el viento, un caballero vestido de negro galopa hacia el carruaje y detiene su montura cerca de la portezuela. De un salto, Juan desmonta y se mete en el coche, abrazando a la viajera desconcertada.

–No he podido resistirlo, amor mío. He dejado plantado el Sejm y salí volando en cuanto Su Majestad acabó su discurso.

En los brazos el uno del otro, lloran y se perdonan. Sus labios se juntan y sus corazones se responden. Escoltados por su brillante cortejo, van por las llanuras y los bosques, acampan aquí y allí en el esplendor del otoño y reanudan los hilos de la intimidad. Juan conoce a su hijo, que abre sus grandes ojos oscuros.

–Se parece a vos –dice–. Lo convertiremos en un guerrero digno de sus antepasados.

De parada en parada, le explica las noticias. El rey de Polonia ha abdicado y el país entero bulle como un volcán en erupción.

–Parece que hayamos regresado a los tiempos de Lubomirski –explica–. Por todas partes la nobleza monta a caballo como si la patria estuviese en peligro, y los palatinados se confederan. El nombre de Condé está maldito. Actualmente París ofrece al duque de Neoburgo, pero no conseguirá más sufragios. Los nobles no quieren a ese candidato.

–Opino lo mismo que ellos. Es una «rata de iglesia» y no conviene. Tengo algo mejor. Vamos a hacer elegir al duque de Orléans.

Está resentida con el rey de Francia, que la ha despreciado y ha hecho caso omiso de sus reivindicaciones. Para vengarse, no ha encontrado nada mejor que presentar a su hermano, que resulta ser el señor del marqués D'Arquien.

–Estáis bromeando –replica Sobieski–. El duque de Orléans en el trono de Polonia sería una siniestra bufonada. Por un fantoche de ese tipo, no moveré ni un pelo de mi bigote. No da la medida frente a Carlos de Lorena, que el emperador apoya.

Marysienka, pensativa, mira el paisaje mientras Juan le acaricia la mano y la aprieta contra sus labios.

–De todas formas, habría preferido a Condé –suspira–. Su pasado es más brillante. Por desgracia, la reina, que en paz descanse, sembró el terror del *absolutum dominium.* En el país entero los señores levantan sus tropas. La nobleza que quiere a un Piast convoca la leva general. Me han pedido que la encabece.

[16] Auténticos.

La mirada de Marie Casimire se ilumina y se pasea amorosamente por las facciones marcadas de su esposo. Por un segundo, imagina el apuesto rostro tocado con una corona. Un pensamiento alocado le pasa por la cabeza, pero enseguida lo descarta. Juan no tiene sangre real.

–¡Un Piast! –repite ella.

Juan elude el tema con un gesto de la mano y mientras observa uno por uno todos los tirabuzones que enmarcan el fino rostro ornado con algunas pecas dice:

–Olvidemos la política y hablemos de nosotros. ¿Por qué me habéis dicho que estabais tan cambiada y tan fea? Mis ojos os encuentran exquisita y mi alma no puede cansarse de vos.

Llegan a las alturas de Praga y a lo lejos descubren los tejados de la capital. El graznido de una corneja resuena bajo la frondosidad jaspeada de oro y rojo. Marie Casimire se estremece y recuerda las palabras de Vania:

–¡Las cornejas sólo graznan ante los reyes!

XVII

Varsovia está conmocionada. Un Sejm denominado de «convocatoria» reúne a los senadores provenientes de todos los rincones del país, con el fin de designar a los candidatos al trono de Polonia. En su palacio de Ujazd, Marie Casimire no permanece inactiva. Tomando el relevo de Luisa de Gonzaga, no para de moverse en medio de una pequeña corte y ha hecho renacer de sus cenizas una facción pro francesa que se consumía lentamente desde que su jefe, el obispo de Béziers, tuvo que huir para que no lo matasen. Insatisfecho de ser considerado el agente del despotismo, el embajador de Luis XIV se dedicaba a poner cuernos en la frente de todos los esposos.

La mariscala Sobieska no tardó en encontrar su rastro en un pueblo de Prusia, no muy lejos de la frontera, y se ofreció a representarlo en la capital. También le aseguró que con el apoyo del gran mariscal, su esposo, y su propio ardor para defender los colores de Francia, cabía depositar todas sus esperanzas en el príncipe de Condé o en cualquier otro candidato del Rey Sol. Entusiasmado ante la oportunidad que se le presentaba, Bonzi aceptó enseguida su propuesta y Marie Casimire se apresuró a establecer una cadena de correos secretos para recibir sus instrucciones.

«Trabajar para Francia es mi única preocupación. El trono será para un francés», no para de repetirle.

Pone todo su empeño y toda su energía en lograrlo, y no duda del éxito, apoyo indispensable que le permitirá seguir pidiendo sus «compensaciones». Dejar Polonia, arrancar de allí a Juan, regresar a París... El viejo sueño, tantas veces acariciado, de repente está al alcance de la mano y, más que nunca, obsesiona su razón.

«Un gran castillo cerca de Meudon o de Saint-Germain», suspira.

Pero Juan se muestra huraño. La nobleza, que desconfía de los próceres y sus intrigas, ha votado el principio de excluir a los candidatos corruptos que pronuncien el nombre de Condé.

–Olvidemos al moscovita –refunfuña–. No es católico. ¿Quién nos queda? Neoburgo y Lorena. De tanto machacarlos juntos en el mismo mortero será imposible sacar de ellos un rey. Esta elección no me entusiasma para nada y prefiero irme de caza.

–No os desaniméis tan pronto –replica Marie Casimire–. Un despacho del señor De Bonzi dice algo totalmente diferente. Francia apoya oficialmente a Neoburgo, pero no abandona a Condé, que sigue siendo su candidato oficioso. Se acuerdan de vos y cuentan con vuestro apoyo para elegirlo en el último instante. Parece ser que vuestro poder y vuestra influencia hoy en día tiene su precio en los gabinetes de Versalles. Leedlo vos mismo. Aumentan las compensaciones.

–Es demasiado tarde, Marysienka. Acabo de prestar juramento de no dejarme corromper.

–En ese caso, actuaré yo sola. Sería una locura no escuchar las ofertas que vienen por ese lado. Obtendréis el mariscalato, la banda azul y un ducado con dignidad de par. Además, nos ofrecen una casa en París y mi hermano recibirá una abadía. Puesto que Condé vuelve a ser candidato, si insisto conseguiré Epoisses.

–Cuando se os mete una cosa en la cabeza, es difícil quitárosla. Tened cuidado, mi alma, que esas promesas no se conviertan en humo.

–No voy a dejarme engañar, Juan. No daré un paso sin una credencial.

–Olvidad esos asuntos, mi dama, y regresemos a nuestras tierras. Lo que os quiero ofrecer es más valioso que las intrigas y la política.

Marie Casimire sonríe y espabila al numeroso servicio para preparar el viaje. Pero antes de ponerse en marcha al lado de su esposo, convoca al caballero D'Arquien y le entrega una nota para el obispo de Béziers. El mensaje cabe en una línea: «¡Si no hay Epoisses, no hay cuartel!».

El otoño tiñe de colores las tierras de Zhovkva. Los arces, los tilos y los fresnos pierden sus hojas que cubren los caminos de una marquetería de bronce y cobre. Los abedules se desnudan y esparcen por los alrededores miles de hojas doradas que se arremolinan cerca de los abetos. Cobran muchas piezas en la cacería por los bosques de abundantes presas, y Juan se divierte al matar en una sola batida diez osos, cuatro ciervos y tres jabalíes. Pero también asiste a los Sejms de su provincia y se acerca a las fronteras del este para oír el viento de la estepa. El suelo tiembla con el galopar de los caballos más allá del Dnieper, y aún más lejos a orillas del mar Negro.

Mientras tanto, en una sala colindante a las cocinas, Marie Casimire enciende sus alambiques y prepara sus productos de belleza. Luisa le ha legado una recopilación de recetas que había coleccionado y experimentado. Cremas para blanquear la tez, suavizarla o eliminar las impurezas del rostro; agua de leche para lavar la cara, agua de lis, de fresa o de cebada para refrescarla y embellecerla; agua de mirra para las arrugas, agua de caracoles para la consunción; agua blanca para mantener la lozanía de la juventud; pomada de patas de oveja para la piel seca; crema para las manos a base de claras de huevo o para el cabello a base de manteca de cerdo, miel, clavo y limón; precipitado de perlas, polvos preciosos y polvos violeta que hace el cuerpo más turbador. Enjuague bucal y esencia de mirto para perfumar los pañuelos, sin olvidar el agua de la reina de Hungría que reaviva el ánimo, modifica la médula y los nervios y mejora la vista. Todos esos pequeños secretos se amontonan en botellas y tarros colocados en fila en las estanterías de un armario tras haber llenado las copas y frascos opalinos o de cristal que decoran su tocador.

Regresa a sus aposentos, donde flotan discretas esencias de almizcle, rosa y sándalo. Cae la noche y los criados encienden los candeleros de plata. Los leños chisporrotean en la chimenea. Vania le cepilla la larga cabellera y le masajea el cuerpo con aceite perfumado. Se abriga con una toga de seda forrada y se echa en una tumbona. De la habitación contigua le llegan los balbuceos del pequeño Jacques. Coge su guitarra y rasguea las cuerdas. Desgrana las notas de una romanza, mientras cavila mil combinaciones. Espera el regreso de Juan pero el silencio de Bonzi le preocupa.

El invierno adormece la tierra y los mensajes enviados reiteradamente por Marie Casimire a la frontera de Prusia permanecen sin respuesta. En el mes de marzo, se queda embarazada y la fiebre reaparece. Ésta aumenta a medida que pasan los días y la mantiene clavada en el lecho. Su estado empeora. Sobieski abandona enseguida los Sejms provinciales y acude a su lado.

–Tiene la viruela –dicen los médicos.

Juan enloquece y suplica a la ciencia.

–¿Marysienka va a morir?

Reza con fervor, prometiendo hacer ayunos y penitencias. Sin preocuparse por el contagio, vela noches enteras a la cabecera de la cama de su amada y le aplica en el rostro un ungüento con miel, grasa y requesón que él mismo ha

preparado para evitar que le queden los horribles hoyuelos del mal. A finales de abril, Marysienka se ha salvado y Juan derrama lágrimas de alegría.

–Estáis fuera de peligro, mi alma, y el bebé también.

–¿La enfermedad me ha dejado señales? –pregunta, preocupada.

–Ninguna –contesta aguantándole un espejo–. Comprobadlo vos misma.

Marie Casimire da un grito. Es cierto que su rostro está intacto, pero se le ha caído el pelo y las cejas. Se gira hacia Juan, horrorizada:

–Ya no me amarás, Iachou. Debería haber muerto.

Le coge la mano y la besa con pasión.

–No te preocupes, mi alma. Sin ti, pierdo las ganas de vivir.

Sin tardanza hace llegar una lámpara de oro al monasterio de Czestochowa. La Virgen de Jasna Gora ha atendido sus plegarias. Con el sol de primavera la joven recupera sus fuerzas, y Juan habla de regresar a Varsovia. El Sejm va a reunirse. Es el jefe militar del reino y el jefe de la policía, y tiene la obligación de mantener el orden en la ciudad revolucionada.

–Quedaos en Zhovkva –le dice–. Os reuniréis conmigo cuando estéis totalmente recuperada.

–No, corazón. Por nada del mundo me perdería esta elección.

¿Perdería la ocasión de ganar sus «compensaciones»? ¡Diantre, no! Mil intrigas van a tramarse alrededor del «Kolo»[1] y en los palacios. Le viene a la memoria la imagen de la reina Luisa enardeciendo a los próceres contra los suecos. Ahora le toca a ella reunirlos alrededor del candidato de Francia contra los austríacos, y recibirá su recompensa en un París más clemente para su salud. Su voluntad se impone a sus decaimientos. Haciendo acopio de energía, se prepara para el viaje y esconde los estragos de la enfermedad bajo un gorro «a la polonesa» que conmueve a su esposo.

De todos los rincones de Polonia la gente se dirige a Varsovia. Los hidalgüelos, que han abandonado sus arados, vestidos con sus trajes de fiesta llenan los bancos del Sejm, y se sientan al lado de un señor cuya voz tendrá la misma importancia que cada una de las suyas. Los próceres se ponen en marcha con sus hidalgos, haiducos y dragones. Los de Lituania luchan contra los de Polonia, y en las calles de Varsovia la sangre se derrama día y noche.

Repican las campanas. En el aire resuenan los clamores y los cantos. Bulle el gentío en un ambiente de feria del Ryneck a las orillas del Vístula hasta el arrabal de Wola donde se alza el vallado del recinto que rodea al «Szopa», el santuario desde donde saldrá el futuro rey.

El cortejo del gran mariscal no pasa inadvertido. Lo aclaman hasta las puertas mismas de su palacio de Ujazd, y se extrañan de no ver a la maríscala Sobieska inclinarse a la portezuela del carruaje para saludar al gentío con su graciosa sonrisa. Estirada en un asiento convertido en litera, Marie Casimire se sujeta el vientre con ambas manos y cierra los ojos para disimular su ansiedad. Desde la mañana el bebé no se mueve. Todo el cuerpo le arde por la fiebre. La transportan hasta la cama y los médicos, esta vez, confiesan su consternación.

–Ha perdido al niño y la madre también morirá.

Juan se desmorona. La tristeza lo destroza y también su deber que lo llama al exterior cuando no puede separarse de Marysienka. Se arrodilla junto a su cabecera, reza en silencio y se retira para dirigirse al Kolo, donde escucha sólo con una oreja las vociferaciones de la asamblea.

[1] Campo cercado, fuera de la ciudad, donde se llevan a cabo las elecciones.

A la noche siguiente Marie Casimire da a luz a dos gemelas nacidas muertas. Juan está a su lado y la coge de la mano. La consuela y la tranquiliza con su ternura.

–Ánimo, mi única, estoy aquí y te amo.

Se gira hacia él con la cara bañada en lágrimas.

–¿Cómo va la elección? –murmura.

Con brevedad, le explica la situación, que es bastante confusa. Francia presenta a Neoburgo, pero quiere colocar a Condé. Austria, que tiene un acuerdo secreto con el rey de Francia en cuanto a la partición de España, también apoya a Neoburgo para no enemistarse con el zar, pero en realidad paga para que salga elegido Carlos de Lorena. Y la nobleza enfurecida reclama a un Piast sin tener ningún nombre para proponer.

–Francia debe ganar –suspira Marie–. Así obtendremos nuestras compensaciones.

–Piensa en ti, alma mía, piensa en nosotros. Tu salud vale mil veces más que todos los honores del mundo.

Conoce mal la voluntad de Marysienka. Dos días después, fresca y descansada en los almohadones de encajes, se informa y vuelve a sus actividades.

–Neoburgo no tiene ninguna posibilidad –le dice su hermano–. Austria paga más que Francia.

Se entera de que el obispo de Béziers está en Polonia. Está de incógnito en el pueblo de Bialoleka y por la noche en los palacios donde las damas, durante cenas suntuosas, negocian los votos de sus esposos. Enseguida lo convoca. Llega aprovechando la oscuridad. Sobieski lo recibe y con una sonrisa de felicidad le dice:

–Venid a ver a mi mujer. Está mucho mejor.

–¿Puedo contar con vos? –pregunta Bonzi, nervioso–. Los Paç hacen alianzas. Franquearemos el paso a Condé.

El mariscal frunce el ceño. El lituano Miguel Paç es su enemigo, un hombre vanidoso, celoso y susceptible que lo ha metido en una riña estúpida tratándolo de «advenedizo». Conoce bien las prisas que tiene por apoyar al emperador, hecho que en su momento provocó la muerte de Luisa.

–Esas personas os engañan –declara Juan con voz alterada–. Han firmado un pacto con Lorena. Os toman el pelo, y como no quiero que me ocurra a mí lo mismo, os ruego que no contéis conmigo.

Estirada en la cama guarnecida con numerosos cojines, Marie Casimire lleva una bata de casa de damasco con un bordado de perlas y oro para acoger al prelado. Su rostro enflaquecido ha recuperado un poco de esplendor y sus ojos brillan con la intensidad del fuego. Tiene las ideas muy claras. Ahora o nunca defenderá sus intereses, con gracia y habilidad. En tono de broma, le explica que el representante de Carlos de Lorena, un tal conde de Chavagnac, distribuye dinero a manos llenas y el embajador de Austria ha prometido tres millones a las personas que lo apoyen. Siguen hablando de Epoisses y de una abadía para su hermano. Conches en defecto de Fécamp. Con voz firme, exige un acuerdo por escrito:

–¡Si no hay abadía, no hay cuartel! Reflexionad, señor embajador. Espero a Chavagnac a las cinco. Nos ofrece un buen montón de billetes de banco.

Pierre de Bonzi hace el gesto de dar la vuelta a sus bolsillos.

–Los Paç se lo han llevado todo –dice con una expresión compungida.

–Eso os pasa por perseguir dos cosas al mismo tiempo –contesta el mariscal–. Ni vos ni yo podemos hacer nada ya. ¡Habrá que dejar el asunto en las manos de Dios!

Mientras los nobles amañan sin ambages las deliberaciones de la asamblea, los dolores vuelven a torturar a Marie Casimire. Pierde las fuerzas y entra en un estado de delirio. Los médicos, impotentes, alzan las manos al cielo y Juan se desespera:

–¿La mejora de su estado sólo es un alivio antes del fin?

Con el alma profundamente afligida, acude a la asamblea y asiste a los debates, indiferente a los nombres que vuelan de boca en boca. Y de repente todo el Kolo proclama:

–¡Vivat! ¡Wisnowieski!

–¡Ése es un ignorante, un imbécil, un bribón! –exclama Juan.

Sin pérdida de tiempo, se levanta y se precipita al lado de su esposa. Los dolores han cesado. La joven le abre los brazos. Qué importa la suerte de Polonia, si Marysienka está viva.

Días más tarde, alrededor de la cama de la maríscala, comentan los acontecimientos. Miguel Korybut Wisnowieski no consigue la unanimidad. Y está lejos de conseguirla. Es verdad que desciende de los Jagellón y que su padre era el gran duque Yaréma que sometió Ucrania. Sin embargo, no es más que un pobre chico de treinta años al que encontraron en una casucha y cuyas únicas posesiones eran una cama, dos sillas y cuarenta escudos. Y llorando se dejó arrastrar hasta la iglesia para cantar el tedéum de rigor en esas ocasiones.

–¡Mi ex sobrino! –exclama Marie Casimire–. El hijo de Griselda, un muchacho de cortos alcances, glotón y perezoso, que me miraba con ojos cariñosos en Zamosc.

–Un bellaco, un idiota, un mono –brama Juan–. Polonia no puede estar orgullosa de un rey así.

A estos lamentos se añaden los del obispo de Béziers, que viene a despedirse. Avergonzado y confuso, el «representante del despotismo francés» regresa a su país con la misma discreción con la que llegó, sin haber cumplido su misión. Para Sobieski, el asunto es grave. Esta elección les impide alcanzar condiciones honorables en Francia. Están paralizados. Juan, amordazado por sus cargos, ha de resignarse a servir a un «mono» y su esposa no acepta estar encadenada a un país que la mata.

Las semanas pasan. Marie Casimire recobra la salud. Una gelatina de cuerno de ciervo y pies de alce a la que se ha añadido miel y limón le devuelve la energía. Le crecen las uñas y el cabello y su mirada se anima.

–Esta broma no puede durar más –refunfuña–. No permanecerá en el trono.

De todas partes se elevan voces contra ese rey ridículo al que quieren destronar sin más. Algunos incluso hablan de matarlo. Las personas descontentas se desahogan con el mariscal de la Corona que, apartado en su casa, apenas puede contener su impaciencia. Todas estas quejas hacen resurgir las esperanzas del pasado. Vuelven a hablar de Francia y Condé y se recompone una facción. Pero ya no hay embajador. Luis XIV hace ascos a Polonia, ignorando que algunos polacos lo necesitan.

–Aún no hemos perdido nada –dice Marie Casimire–. Sabremos informarle de la situación.

La propuesta parece una tontería y provoca algunas risas. Sin embargo, dos meses más tarde, ha maniobrado con tanta habilidad que se ha reconciliado con la duquesa Wisnowieska y con su hijo el rey, y obtiene para su hermano, el caballero D'Arquien, la muy oficial misión de ir a notificar a la corte francesa la llegada al trono del nuevo rey de Polonia.

–Esconded esta carta en el forro de vuestra chaqueta, mi querido Louis. Entregádsela en secreto al señor De Bonzi. Buena suerte. Cuento con vos para encontrar apoyos seguros.

Se organiza un complot y Marie Casimire es su alma. Alrededor de ella y de su esposo, se pone en marcha una conjura dispuesta a apartar al «mono». La facción aumenta cada día. Así, a los amigos de mucho tiempo, como Sapieha y Jablonowski, se unen senadores, próceres de las familias más importantes y ministros que, al igual que Sobieski, se niegan a servir a un personaje tan ruin. Se comprometen y juran guardar el secreto, con la condición de que el rey de Francia respalde el proyecto. Es lo que el caballero D'Arquien, aprovechando su misión oficial, explicará al obispo de Béziers, con documentos contrastados.

–La amabilidad que profiere a mi cuñado ese bribón me conmueve –dice Juan–. He hecho ascos al Sejm en el momento del juramento, pero ocuparé mi puesto durante la coronación.

La ceremonia se celebra en Cracovia con la pompa habitual. El mariscal de la Corona y gran atamán lleva con dignidad el cetro ante su amo. De la multitud provienen críticas y rechiflas que llegan a oídos del joven soberano obeso. El embajador de Austria está a su lado y lo tranquiliza.

–Casaos con la archiduquesa Leonor –murmura– y tendréis a vuestra disposición a los dragones del emperador para eliminar, si es necesario, cualquier intento de oposición.

Sobieski lo ha oído y aprieta las mandíbulas. La conjura está en peligro. Su mirada se ensombrece y cae sobre Marysienka, en la primera fila de las damas de la corte, engalanada con sus mejores joya, regalo de su esposo. Sonríe y su tez resplandece. Un intenso deseo le quema las entrañas. En cuanto acaba la fiesta, se reúne con ella en el carruaje y allí mismo la abraza con ternura.

–El aire de Cracovia no le sienta bien a vuestra salud –le dice–. Vámonos a Yavorow. Quiero tenerte para mí solo.

En la casa solariega de piedra rodeada de tilos, se aman al lado del fuego tumbados en pieles de osos que cubren los suelos entarimados. Pescan en los numerosos canales que adornan puentecitos de madera y se pasean alrededor del estanque que doran los últimos rayos del sol de otoño. Un correo de Dantzig se reúne con ellos, enviado por el caballero D'Arquien. La respuesta desesperada de Pierre de Bonzi viene acompañada por una carta de Luis XIV, cuyas palabras para la señora Sobieska son más bien severas.

> No puedo olvidar las bellas palabras de esa mujer que ha nacido siendo mi súbdita: «¡Si no hay abadía, no hay cuartel! ¡Si no hay Epoisses, no hay cuartel! ¡Si no hay no sé qué, no hay cuartel!». Así que mi última y firme resolución es dejarlos, a ella y a su esposo, en la mortificación en que se encuentran.[2]

–Le haremos cambiar de idea –dice riendo.

Un informe de su hermano le da mayor satisfacción.

[2] Fragmento de una carta auténtica de Luis XIV a su embajador.

–Aún podemos ganar la partida, Juan. Louis ha encontrado apoyo en la familia Longueville. Escucha lo que nos escribe: «El joven príncipe es un sobrino de Condé. Es apuesto, se aburre y se ofrece como rey. Os adjunto una letra de cambio para un banco de Dantzig que ha firmado para ayudar a los conjurados».

Juan menea la cabeza. La noticia le interesa y el nerviosismo de su esposa le divierte. Marie Casimire supervisa todos los movimientos y cree que está a punto de triunfar cuando un abad llamado Paulmier le solicita una entrevista secreta en un monasterio.

–Soy el enviado «plenipotenciario» encargado de llevar el asunto a buen puerto –afirma.

Con aire de misterio, le presenta a los dos hombres que lo acompañan:

–Akakia y Dubois. Mis agentes.

Cuchichean y conspiran animadamente. Los pajes vuelan hacia algunos castillos. Intercambian mensajes cifrados y coinciden discretamente en iglesias y conventos. Todo se dispone para acoger a ese duque de Longueville que ha adoptado como nombre clave el de «conde de Saint Paul» y Marie Casimire, presa de la excitación más extrema, le comenta a su esposo:

–Ya no hay ninguna duda. Es el rey de Francia quien lo envía.

–Os oigo, alma mía, y sólo puedo animaros a seguir vuestra empresa. Por el momento, otras preocupaciones captan mi atención en las fronteras de Ucrania. Los cosacos están rabiosos de ver en el trono de Polonia al hijo del tirano que asesinaron. Doroszenko recibe a los tártaros y parlamenta con los moscovitas. Están preparando un ataque.

Y de repente, los rumores se desencadenan como un tornado de las orillas del Báltico hasta los Cárpatos y se extienden por toda Europa:

«Un francés, el conde de Saint Paul, va a destronar al rey Miguel».

El Palacio de Varsovia reacciona sin demora. Un comunicado real llega a las ciudades y a los palatinados de la República:

«Tenemos los nombres de los cómplices franceses; les calentaremos los pies y les cortaremos las cabezas».

Una cabalgata irrumpe ante la escalinata del castillo de Yavorow. Jablonowski entra atropellando a los criados y sorprende a los Sobieski en plena cena.

–El asunto es grave –dice–. Los austríacos han tomado el Palacio. Sus espías están por todas partes. La caza ha empezado. Han registrado la casa de Parazmowski, pero no han encontrado nada.

–¿Quién ha divulgado nuestro secreto? –pregunta Marie Casimire, muy pálida.

–Ésa no es la cuestión –dice Sobieski–. ¿Dónde están Radziwill, Sapieha y Morsztyn?

–En sus respectivos hogares. Esperan vuestras instrucciones.

–No efectuaremos ningún movimiento. No tenemos ninguna certeza de un apoyo real del rey de Francia. Actuar ahora sería una locura. No soy Lubomirski.

–¿Qué vamos a hacer entonces? –pregunta el palatino, descompuesto.

–Dejad a vuestras mujeres en un lugar seguro y refugiaos en vuestros castillos.

Se gira hacia Marysienka.

–Ordenad que preparen vuestros baúles, alma mía. Esta noche partís para Dantzig.

La abraza contra su pecho y le besa la frente con ternura.

–Ya sabéis cuánto me cuesta deciros esto, pero vuestra vida está en juego. Y vos sois mi vida.

XVIII

Bajo la protección de Estanislao Jablonowski, palatino de la Rusia Roja, y su hermano, caballero D'Arquien, Marie Casimire toma la ruta del norte escoltada por un séquito discreto. Estrecha entre sus brazos al pequeño Jacques, que está dormido. Las lágrimas le empañan el rostro y tiene el corazón en un puño. A punto de conseguir el objetivo, todo se desvanece. Su única salvación es esta huida en plena noche con la angustia de ser detenida y la incertidumbre al final del camino. ¿Qué encontrará en Dantzig? ¿Cuánto tiempo permanecerá separada de Juan? ¿Por qué el cielo se ensaña de esta manera en impedirle la felicidad? ¿Nunca podrá instalarse en París y vivir en paz al lado de su esposo? Otra vez está embarazada y se siente muy vulnerable.

–He nacido para ser desgraciada, Vania. Tengo miedo.

–Del fondo de la noche surge la luz –responde la sirvienta con voz serena–. Debéis rezar, señora, y no perder nunca la esperanza.

–Lo dudo. Si Dios existe, ¿por qué me abruma de esta manera? ¿De qué sirve hacer una novena?

–A veces hay que tirarle de las orejas a Dios para hacerse oír. Pero siempre acaba respondiendo.

–No puedo esperar nada de su santa voluntad. Voy a seguir luchando para salir de este país antes de que me mate.

Hay mucho movimiento en la ciudad anseática. La mayoría de los conjurados han enviado allí a sus esposas y algunos incluso las han acompañado. Se visitan, celebran fiestas y hacen cálculos para el futuro. Marie Casimire recobra la salud y recupera las energías. Se instala en una casa y regenta un salón. El abad Paulmier no tarda en aparecer. La joven le hace preguntas, lo acosa, pero él se pierde en hueros discursos.

–¡Es un traidor y un estúpido! –exclama al despedirlo.

Sin perder el entusiasmo, escribe de inmediato al ministro De Lionne.

«¿Podemos contar con el apoyo del Rey? Si Su Majestad quiere retractarse, que nos avise cuanto antes.»

Louis d'Arquien se encarga de llevar el mensaje y galopa hacia París. En el mes de agosto, está de vuelta.

–¡Qué desastre, hermana! –exclama–. Nadie me ha recibido. El rey Miguel y el emperador han exigido explicaciones. El amo de Versalles gruñe y afirma que no tiene nada que ver con el asunto Longueville. El joven duque se ha encerrado en su casa. Han detenido a Akakia y a Dubois y puede que los encierren en la Bastilla. Por eso buscan desesperadamente a Paulmier.

–Conozco la comedia que representan –replica la maríscala con una risa burlona–. Cuanto más niegan, más cierto es lo que niegan. Acordaos de la táctica que adoptaron para la elección de Condé. El abad Paulmier se está paseando ahora mismo por los muelles del Báltico y no parece preocuparse. Puesto que rezongáis ante el primer obstáculo, iré yo misma a indagar ante el marqués De Lionne.

Siente un tirón que la hace palidecer. Se lleva las manos al vientre y dice con voz jadeante:

–Además, otro motivo me empuja hacia París. Estoy embarazada, y sin los cuidados necesarios, perderé al bebé.

–¿Soportaréis el viaje?

–Es necesario. Para el niño y para mí. Esta vez, Juan se verá obligado a seguirme.

–¿Estáis segura, hermana?

–Conservo su firma en blanco. Negociaré este asunto.

Muy decidida a hacer que dobleguen las cancillerías y salirse con la suya, la maríscala reúne a su gente y se pone en marcha. Allí donde otros han fracasado, ella va a conseguirlo. Está convencida y su voluntad es inflexible. No volverá a Polonia y arrancará a su esposo para llevárselo allí. Pero el destino no opinaba lo mismo. A pocas leguas de Bruselas, trae al mundo a una niña que se apaga en sus brazos. Este golpe del cielo le hiere directamente su orgullo. El corazón le pesa y tiene el cuerpo destrozado cuando entra en París.

Una carta de Juan acaba de hundirla. Para reunirse con ella lo antes posible, había organizado una confederación a favor de Longueville y todo estaba listo para proclamarle rey. Un despacho del ministro De Lionne acaba de confirmarle que Luis XIV no hará nada contra el rey de Polonia. Juan, aterrado, no hace otra cosa que lamentarse. El proyecto ha quedado reducido a cenizas y Marie Casimire se desmorona. Su esperanza de instalarse en Francia con todos los honores está definitivamente descartada. Ya sólo le queda la vergüenza y ese odio terrible de aquellos que lavan su conciencia acusándola. Los salones de París le cierran las puertas. Versalles, Chantilly, y la casa de Longueville, chasqueados de ver cómo se les escapa un trono, manifiestan su rencor.

–Ella lo ha comprometido todo con sus pretensiones tan poco razonables.

–Es una aventurera, como su padre. ¡Codiciosa y amoral!

La *Gazette* se apodera de la historia y la hincha hasta el infinito. Abrumada por la hipocresía y la injusticia, consumida por la tristeza, Marie Casimire se refugia en su enfermedad y se encierra en una casa discreta donde la curan. Su hijo, que apenas tiene tres años, también recibe tratamiento. El pequeño Jacques soporta mal el mercurio y llora todas las noches.

Mientras tanto, en Varsovia, buscan a los culpables. Quieren juzgarlos por infamia y atentar contra la seguridad del Estado. Pero no osan tocar al gran atamán, que defiende el país en las tierras de Ucrania. Su valor lo purifica. La falta no proviene de él, seguramente, sino de su esposa. La *Gazette* circula en Varsovia y Polonia entera hace recaer la ignominia sobre Pani Sobieska.

Hasta París llegan los clamores contra la joven, y ésta se encierra en su orgullo herido.

«En estas condiciones, ya no quiero volver», escribe enseguida.

Juan acusa el golpe y no para de lamentarse. Tanto uno como otro se echan en cara lo ocurrido y se despedazan. La amargura de la derrota pone freno a los sentimientos. Ya no hay sueños, no hay entusiasmo. Ven el futuro como un callejón sin salida. El honor de Juan está en Polonia y la salud de Marysienka, en Francia. ¿Qué hacer con su amor entre tanto desbarajuste? Cada uno reprocha al otro no haber sabido amar, y las cartas se suceden, sacando a la luz su amargura y su melancolía. Cansado de tanta soledad, Juan se queja de los sufrimientos que soporta al serle fiel. La joven se burla de ello y le contesta:

«Tomad baños de asiento, como hacen los monjes».

Juan se enfurece y Marie Casimire se obstina. El tratamiento le quita las ganas de «hacerlo» y cualquier alusión a ese tipo de actividades la asquea sin razón aparente. Fuera de sus casillas, llega a echarle en cara el mal que la aflige y todo lo que padece por intentar curarse. Juan se indigna de esos alegatos que le ofenden y añade:

«No creo en la existencia de vuestro pretendido “mal”. Vuestros médicos son timadores que merecen ser ahorcados por todas esas curas que os matan».

Sigue escribiendo, preocupado por mantener el frágil vínculo que los une y le explica sus victorias: Breslau, Winnica, Batow, Raszow y muchas más. Pero todo eso no representa nada para él, ya que sólo lo aman desde la lejanía:

«Mi corazón está enfermo por una pasión que me carcome y me mata a fuego lento».

Marysienka, inoportuna, le envía el remedio:

«¡Carta blanca!».

En un grito de dolor, él contesta:

> ¿Por qué carta blanca? Dios es testigo que deseo adelantarme a vuestros pensamientos. Si no he podido dejar Polonia como me lo pedíais, sólo lo he hecho para salvaguardar mi honor, sin el cual ¿qué vale la vida de un hombre, o la mía a vuestro lado, si careciese de él? ¿Se ha visto alguna vez que un atamán haya abandonado el campo de batalla en plena campaña?[1]

La joven se niega a reconocer sus errores y se encierra en su orgullo. Hace más de un año que disputan por un quítame allá esas pajas, y se incordian, intentando que el otro se decante hacia su campo. Pero ni Juan ni Marie Casimire quieren ceder. En esta situación irrumpe el caballero D’Arquien.

–Me he enterado, hermana, de que el gran mariscal se divierte en vuestra ausencia. Asiste a las fiestas de la corte y son muchas las damas que mariposean a su alrededor. Incluso se comenta que Griselda y la reina Leonor le buscan otra esposa.

Marie Casimire pierde el color. ¿Se habrá reconciliado Juan con el «mono»? Recuerda una carta en la que alababa las cualidades de la archiduquesa siempre melosa con el rey Miguel sin separarse nunca de él, sacrificando incluso sus propios caprichos. Se para a pensar un momento. ¿No debería doblegarse? ¿Acaso el honor de su esposo no es el suyo? Suaviza sus palabras, habla de amor con timidez y, a su vez, recibe indirectas:

«Me decís que mi carta era fría. La vuestra tampoco era muy ardiente. Tendré que pensar que en Francia las heladas han llegado pronto».

¿Habrá perdido a Juan? Y, sin embargo, es a él a quien ama, desde el baile aquel en que por primera vez la llamó «Marysienka». ¿Qué haría sin él? ¿Qué hace lejos de él? Todo es sombrío en este París hostil y despreciable que la desatiende, incluida su familia que le pone mala cara. Tiene treinta años y se siente muy sola. Desgrana aún las contradicciones que la ciegan y por fin decide regresar a Polonia. Lo anuncia con desdén, con grandes suspiros. La coquetería ya no surge efecto. La respuesta de Juan es de una frialdad cínica:

«¡Regresáis a mi lado con el mismo entusiasmo con el que yo me iría al patíbulo o a galeras a perpetuidad!».

A principios de diciembre del año 1671, Marie Casimire está de vuelta en Dantzig. El caballero negro no acude a la cita. Un escudero galopa hacia ella y le dice atropelladamente:

–El mariscal está muy enfermo. Tiene un absceso en la garganta.

–¿Dónde está?

–En Sambour. Un cirujano lo va a operar.

[1] Fragmento de una carta auténtica de Luis XIV a su embajador.

Abandona su séquito, que confía a su chambelán, y ordena enganchar un trineo que la lleve rápidamente por la inmensidad inmaculada. De pueblo en pueblo, la gente llora y reza. Por todas partes reina la desolación y la inquietud. El mariscal se está muriendo y la patria agoniza. Va a ocurrir un gran desastre. Se imagina lo peor y los rumores lo confirman. En las puertas de las ciudades, tres mujeres vestidas de blanco trazan letras incomprensibles que no se pueden borrar; las fuentes, rompiendo su funda de hielo, vierten sangre; los lobos, a manadas y mudos, se reúnen en los pórticos de las iglesias y, por la noche, una gran cruz brilla en el firmamento.

Marie Casimire aumenta el ritmo de la carrera. Una escolta la espera en la orilla del Vístula, al sur de Varsovia.

–Lo han trasladado a Pielaskowice –dice el oficial.

–¿Cómo está? –pregunta, angustiada.

El oficial no se atreve a contestar y aguanta las lágrimas.

–¡Deprisa! –grita–. ¿Qué esperáis?

–¿Vuestra Señoría no quiere descansar? Acabáis de hacer un largo viaje y ya cae la noche.

Con un breve gesto, hace una señal al cochero para que se ponga en marcha. Aún quince leguas, quizá veinte o treinta... ¿Qué es el cansancio cuando el castillo está tan cerca? Se gira hacia sus guardias:

–Encended antorchas y forzad las monturas.

Su corazón late muy deprisa. Tiene miedo de esa Muerte que la rodea, e implora la misericordia divina. Ese Dios al que ha dejado de lado hace ya algún tiempo, poniéndolo incluso en duda, lo llama y le suplica, ofrece su «mal» y todos los dolores padecidos para que Juan se cure. ¿Pero cuál será la voluntad del Todopoderoso? Los abetos desfilan incansablemente recortando un camino de estrellas en el cielo infinito. El frío hace crujir la nieve. Enfundada en gruesas pieles, Marie Casimire oye los cascabeles del tiro que desgranan el tiempo, sin importarle la oscuridad donde brillan los ojos de los lobos. Dos días después, está en Pielaskowice.

Juan reposa en la cama de su habitación. El dolor le ha afinado las facciones y le da un aspecto de difunto. Los médicos velan a su alrededor.

–La fiebre ha bajado –dice Davidson–. Ya no hay peligro.

–Dejadnos solos –suspira.

Olvidando la falta de sueño y que su cuerpo está agotado por la carrera con el viento helado de la estepa, se instala a la cabecera de su esposo. La emoción le hace un nudo en la garganta. De repente se imagina que lo podría haber perdido y le demuestra cuánto lo ama. Entonces, ¿por qué le ha infligido tantas decepciones y sufrimientos? El remordimiento le oprime el corazón. Una explosión de vergüenza le enrojece las mejillas, por donde corre ahora un río de lágrimas. Coge su mano inerte entre las suyas y la estrecha con ternura contra su boca.

–Iachou, mi Ianitchkou –murmura–. Estoy aquí y no te dejaré nunca más. Perdóname, amor mío. Perdona mi inconstancia. Te necesito y no puedo vivir sin ti.

Se queda así toda la noche, repitiendo su arrepentimiento, y reza rosario tras rosario para impetrar la gracia de Dios. Por la mañana, Juan se despierta y la descubre. Una oleada de ternura llena sus ojos apagados.

–Alegría de mi alma –dice con voz débil–. ¿Estás aquí?

Juntan sus labios. Ya no necesitan palabras para explicar lo que encierran en lo más profundo de su corazón. Marie Casimire olvida sus sueños de

Francia. Su felicidad es permanecer al lado de Juan, que recupera lentamente las fuerzas.

–Ya no me marcharé –le dice–. Me quedaré a tu lado.

Tanto el uno como el otro descubren esa rara y muy particular felicidad que otorga el amor cuando sale del alma y abrasa la carne. Es una fusión total en la entrega absoluta. Un único cuerpo, un único corazón, y esa plenitud benéfica que pasa del uno al otro, haciéndose más fuerte en el uno y en el otro.

A principios de marzo, están en Yavorow y se hacen arrumacos como en los primeros días aprovechando el tiempo primaveral. Pero una cabalgata viene a turbar su armonía.

–El sultán Mehemmed IV nos declara la guerra –dice un general que llega de Varsovia–. Según él los cosacos le han pedido protección porque Ucrania forma parte de su imperio y ordena al rey Miguel que retire sus tropas de esa región. Si no nos doblegamos, los cañones turcos nos obligarán a hacerlo.

Marie Casimire se ha quedado petrificada y Juan estalla:

–Se lo advertí al «mono», pero no me creyó. Se negó a tender una mano a Doroszenko, atamán de los cosacos, con la ridícula frase de que su padre, el gran duque Yaréma, se levantaría de su tumba para apuñalarlo. Los hechos confirman mis sospechas.

–El ejército se ha congregado en Sambour –añade el general–. El rey no les paga. ¿Cómo van a combatir con el estómago vacío?

Juan se pone nervioso y vocifera. Llegan más noticias. Los complots se multiplican en el país y los Sejms provinciales los hacen abortar con un baño de sangre. Viena ha invadido el Palacio del rey, bloquea la guardia y llena las ciudades y los campos de espías. Se producen arrestos y torturas. Día tras día, la corte del castillo se llena de numerosos cortejos. Los antiguos conjurados se reúnen en torno al mariscal. Y Marie Casimire se anima cuando el abad Paulmier le notifica que él se esconde en un convento cercano y desea verla. Va allí a la hora de vísperas y lo encuentra en la penumbra de una capilla, escondido en el confesionario. Dos horas más tarde, regresa al castillo y anuncia:

–El rey de Francia ha roto con Holanda. Prepara una ofensiva en el Rin y estaría totalmente a favor de la entronización de un príncipe francés en Varsovia. El duque de Longueville sigue estando disponible.

Una vez más, cuchichean y conspiran.

–¿Qué esperamos para pasar a la acción? –dice Jablonowski–. El rey se mofa de nuestra Constitución. ¿Nos dejaremos morir bajo el hacha otomana?

–Nos prepararemos –dice Sobieski–, pero esperaremos al Sejm.

La facción pro francesa vuelve a cobrar fuerza y adquiere más importancia. Redactan mensajes cifrados y los correos pasan clandestinamente a Francia, arriesgándose continuamente a que les «calienten los pies». A principios de abril, el mariscal de la Corona está totalmente restablecido y se dirige a Varsovia al frente su ejército. Marie Casimire permanece en Yavorow. Está embarazada y una vez más sueña con París que el destino parece hacer renacer con sus «compensaciones». Una carta apremiante la hace saltar a un carruaje:

> Daos prisa en venir a toda costa, mi alma, porque aquí las cosas empeoran por momentos.

En efecto, los acontecimientos se precipitan. Cuando llega a finales de junio al palacio de Ujazd, los conjurados están reunidos alrededor de su esposo que echa pestes enfurecido.

–¡El rey me acusa! –dice–. Parece ser que he sido yo quien ha pedido a los cosacos y a los tártaros que invadan Polonia.

–Estáis bromeando –dice Marie Casimire.

Jablonowski lo confirma:

–Estas palabras las ha pronunciado en público, en la apertura del Sejm. La asamblea, indignada, ha protestado enérgicamente.

–Y mientras tanto –prosigue el mariscal–, el turco se prepara y nuestro gobierno no toma ninguna medida. La anarquía ha llegado al límite. Basta de tonterías. Atravesemos el Rubicón. Mañana firmaremos el acto de confederación. A continuación llamaremos al rey de Francia y la vía estará despejada para el «conde Saint Paul», nuestro «rey Longueville».

Todo el mundo aplaude, pero los días siguientes sólo aportan decepciones. Se enteran de que el joven duque ha muerto a orillas del Rin. Reclaman a Condé. Pero, a su pesar, el príncipe está muy ocupado. Francia ya no piensa en Polonia. La facción pro francesa, consternada, no tiene tiempo para lamentaciones. Sus integrantes se dispersan sin tardanza por miedo a las represalias. Juan se reúne con su ejército y se dirige a Ucrania a defender la República.

–Y vos, mi alma –le dice a su esposa–, esperadme en Yavorow y traedme al mundo a nuestro hijo. Esta vez se llamará Thérèse o Alexandre.

A Marie Casimire no le quedan esperanzas de dejar atrás Polonia. Juan se va. Estará sola con su temor y la separación corre el peligro de prolongarse demasiado.

–El hombre no siempre puede escoger el camino que quiere –dice estrechándola entre sus brazos.

–¿Creéis que puedo aceptar con tanta facilidad veros partir? ¿Acaso Dios se divierte poniéndonos a prueba?

Para consolarla, hace zarpar una galera. Juntos remontan el Vístula, ofreciéndoseles una corta luna de miel antes de los tormentos. Juan desembarca en Golab, monta a caballo y desaparece. Ella prosigue viaje hacia el sur y mira a su alrededor, descorazonada, sin un pensamiento en la mente. Un caballero galopa por la orilla y llama a los marineros de la embarcación.

–¡Un mensaje de Su Excelencia para la maríscala!

Sonríe y se anima, imaginando que será un mensaje tierno. Pero lo que lee la hace palidecer:

> Los turcos han cruzado la frontera de Polonia. Kamieniec está sitiado. Dad media vuelta, mi alma. Nos encontraremos en Gniew. Allí estaréis más segura.

Marie Casimire le había dicho que le gustaba Prusia, donde las casas están limpias. Inmediatamente, para complacerla, había pensado en su estarostía de Pomerania, muy cercana, y le había hecho construir, en la linde de un bosque de hayas, robles y abetos, un encantador palacio de madera rodeado de flores. Llega allí a mediados de agosto con su hijo y todo su séquito. Una carta de Juan le espera:

> Alegría de mi corazón y de mi alma: Desde el momento en que nos separamos, sólo soy un trozo de hombre puesto que he dejado la mejor parte de mí mismo. Al ver zarpar la galera, mi corazón estuvo a punto de partirse de tristeza. Sentía una gran felicidad por nuestro amor reencontrado, pero al mismo tiempo una pena violenta y una irresistible languidez. Puesto que Dios y nuestro destino así lo quieren, no hay por qué oponerse a su santa voluntad.[2]

La mirada de Marie Casimire vaga por los arriates de rosas que extienden su color púrpura hasta el río. El aire es suave y el pequeño Jacques juega a su lado, mientras a lo lejos, tras el horizonte, Juan se debate entre los clamores y el polvo. ¿Estará de vuelta para el nacimiento que se acerca? Se convence de ello, sosegando así su preocupación, pero el destino prosigue su camino y las malas noticias caen como una avalancha.

La caída de Kamieniec es el primer golpe que desencadena la tempestad. Ha saltado el cerrojo contra la invasión, y los polacos, aterrados, huyen a millares ante las hordas turcas que invaden, queman, degollan y avasallan. En Varsovia, el rey Miguel niega los hechos y acusa a su gran atamán de difundir falsos rumores. Marie Casimire enloquece cuando se entera de que han puesto precio a la cabeza de su esposo. El país se divide. El rey se confedera contra Juan Sobieski, y éste a su vez se confedera contra el soberano que, para salvar su trono, prefiere someterse a la Sublime Puerta. Un tratado firmado en Buchach el 17 de octubre de 1672 convierte a la República en una provincia vasalla del sultán otomano, y Polonia, consternada, llora de vergüenza.

Mientras tanto, en el castillo de Gniew, las circunstancias siguen cebándose en Marysienka. Matan a su hermano Louis en el Rin y su madre muere en París. Trastornada por estos lutos sucesivos, da a luz a una niña a la que considera demasiado enclenque para sobrevivir. Otra vez la Muerte le ronda y la obsesiona. La tristeza la destroza y la hunde en la desesperación. Se encierra en sus aposentos, cierra con pestillo y corre las cortinas.

Postrada en la oscuridad, espera a sus muertos que no paran de atormentarla. Zamoyski y las tres hijas que tuvo con él, el viejo Stavski, las gemelas nacidas muertas en el momento del Sejm, la pequeña muerta cerca de Bruselas, a los que a partir de ahora debe añadir su hermano Louis y su madre. Se complace en vivir en la sombra y espera así reunirse con ellos. Al cabo de seis días, el capellán del castillo encuentra las palabras que le hacen abrir la puerta. Vestida de negro, pálida y descompuesta, declara con voz sin timbre:

–Mis pobres muertos no me abandonan ni de día ni de noche. No puedo saber que se encuentran en las tinieblas de un sótano sin desear con ardor encontrarme allí con ellos.

–Vamos –dice el santo hombre abriendo las ventanas que dan al parque resplandeciente–. Dejad en las tinieblas a los que Dios ha llamado a su lado y abrid vuestro corazón a las personas que os rodean. Vuestro hijo, vuestra hija, a quien podemos salvar, y sobre todo vuestro esposo.

–Sería preferible para él que yo estuviese muerta. Hasta ahora sólo he provocado su desgracia. El odio que me profesan recae sobre él y soy incapaz de devolverle la felicidad que me da. Sólo produzco malos frutos.

[2] Carta auténtica.

–Aún no se ha perdido nada, señora. Aceptad la voluntad de Dios. Abrid vuestro corazón y destruid este orgullo que es la mayor plaga del hombre.

Numerosas entrevistas con el eclesiástico comprensivo apaciguan su desconcertada alma. Descubre otra plegaria, más recogida, más profunda, y hace provisión de serenidad, llevando en su regazo a la pequeña Thérèse que va creciendo poco a poco. En diciembre, Juan está de vuelta, lleno de inspiración y ardor. Marie Casimire se echa en sus brazos llorando de alegría. La abraza y juguetea por la antecámara diciendo con su fuerte voz:

–Mi amor salva todos los obstáculos. Mis soldados piensan que es un sortilegio. A veces se quejan, porque piensan que me arriesgo demasiado. Pero sé que a las mujeres les gustan los valientes, y espero ser digno de vuestras caricias.

–¿Estáis seguro de no preferir la gloria? –le pregunta en un tono melancólico.

Juan se detiene y sumerge su mirada en los ojos oscuros de Marysienka.

–Si me decepcionáis, entregaré todos mis pensamientos, mi amor y mi salud a la gloria. Pero es de vos de quien quiero enamorarme durante el resto de mi vida, porque ninguna otra criatura puede sustituiros en mi corazón.

Le coge la mano y la conduce hacia la escalera que lleva al *piano nobile.* Marie Casimire le dirige una mirada posesiva y pregunta, con ese tono divertido al que son aficionados en su intimidad:

–¿Astrée podrá disponer de Céladon como le plazca?

–Embriagadme con vuestras dulces caricias –contesta– y Céladon se fundirá en su Astrée.

Se pierden el uno en el otro, olvidando las sombras aterradoras que poblaban sus pesadillas. Ya no hay ni fealdad ni crueldad. Las dudas se disipan y sus cuerpos tranquilizados escuchan los latidos de sus corazones confortados. Sólo a partir de ese momento pueden comentar las noticias.

–El «mono» está acabado –explica Juan–. Esa paz vergonzosa lo desacredita. Sus más fieles partidarios le dan la espalda. Y Miguel Paç es el primero.

–¿Vais a destituirlo?

–No estoy loco. Ahora lo último que necesitamos es una guerra civil. Hay asuntos más urgentes. Desde que he ordenado a mis hombres que se incauten de las joyas de la Corona y las insignias de la monarquía, el rey sabe que soy el más fuerte. Tiembla y propone la reconciliación.

–¿Aceptáis?

–No me queda más remedio. Una decena de «confederaciones» se reparte el país. Al menor roce, corremos el riesgo de que se produzcan altercados. Lo he pensado detenidamente. Prefiero esperar el Sejm de la primavera para imponer medidas.

La mano de Juan se pasea por una cadera y luego por la curva de la cintura tan menuda de Marysienka. Juega con los cabellos que ondulan sobre un seno y prosigue:

–La patria está en peligro. Esta vez el «mono» tendrá que escucharme.

Un destello se enciende en la mirada de la joven que recorre el corpazo de su esposo. Juan se ha fortalecido físicamente en esta campaña y el tono de su voz ha adquirido una firmeza que desconocía. Habla con autoridad y no ha dudado en plantarle cara al rey, al que ha decidido imponer su voluntad. De pronto la impresiona y su piel se estremece con un placer muy particular.

Con la primavera, entran en Varsovia. El gentío les saluda a lo largo de las calles. El mariscal se dirige al Palacio Real para asistir a la apertura del Sejm.

Marie Casimire se va a casa, echando pestes por no poder asistir. Para sosegar su impaciencia, envía a algunos pajes, que le llevan y traen noticias. Escucha, febril, y lo quiere saber todo. Así se entera de que un agente del rey se ha levantado para acusar a Juan Sobieski de haber vendido Kamieniec a los turcos. Los próceres se indignan, la nobleza se moviliza y el rey Miguel queda desautorizado públicamente. El Sejm, por unanimidad, pide justicia y entrega los plenos poderes al mariscal, que quiere reemprender la guerra y romper el tratado vergonzoso.

–El mejor defensor de Polonia –murmura.

Cuando un poco más tarde regresa al palacio, Juan le anuncia en tono triunfal:

–El «mono» se ha doblegado. Tengo un ejército de sesenta mil hombres y echaré a los turcos.

Lo mira con una ternura que el respeto enaltece y se abraza a él diciendo:

–Sólo os falta la corona para ser rey.

El final del verano los separa. Juan se reúne con sus hombres y Marysienka, soñadora, se dirige a Yavorow. El 10 de noviembre de 1673, Miguel Korybut Wisnowieski muere a causa de una indigestión y al día siguiente Juan Sobieski aplasta a los turcos en la fortaleza de Jotín.

XIX

La muerte del rey es una señal. ¿Pero dónde está Juan? ¿Acaso va a perder la oportunidad que se le presenta de hacerse con el destino de su país? Marie Casimire todavía ignora que acaba de conseguir lo imposible. Pero para ella ya no hay duda alguna. Desde que lo vio imponer su voluntad al Sejm y encabezar el ejército, sabe que la corona de los Jagellón es para coronar su frente. Podría habérsela ceñido cuatro años antes si…

Recuerda el relato de Juan, cuando le explicaba la increíble manera en que había sido elegido Miguel. Pura casualidad. Incapaces de decidirse por un candidato, los senadores se habían arrodillado para implorar la luz divina cantando el *Veni Creator,* cuando una voz, que se elevó de no se sabe dónde, exclamó:

–¡Un Piast!

–¡Un Piast! ¡Un Piast! –repitió la multitud.

La asamblea calló, pensando que oía zumbido de abejas, señal de prosperidad, y en el silencio sólo se oyó un nombre:

–¡Miguel Wisnowieski!

De la misma manera la voz anónima habría podido dejarse oír con esta otra: «¡Sobieski!»… Por aquella época estaba enferma y no era lo suficientemente sagaz como para aprovechar tan oportuna ocasión. Además, París la obsesionaba con sus «compensaciones» y sólo tenía una idea en su mente, huir de Polonia en compañía de su esposo. Ambos se desvivieron por el candidato francés y les salió el tiro por la culata. Tanto en Francia como en Polonia sólo consiguieron críticas y calumnias. Pero en esta ocasión todo va a cambiar. Ya no lucha para satisfacer sus caprichos, sino por el honor y la grandeza de Juan. París y sus «compensaciones» son muy poca cosa cuando repentinamente el destino les muestra un trono. No lo dejarán escapar y se vengarán de todas las humillaciones sufridas.

Marie Casimire tiene tiempo de meditar en la soledad de Yavorow. La experiencia ha forjado su inteligencia y los reveses la han hecho madurar. Ha aprendido las lecciones de los acontecimientos y ha asimilado la hipocresía de la política. Conoce su Polonia, versátil y avara, que se deja impresionar por los fastos y avasallar por el dinero. Una y mil veces ha desmenuzado el desarrollo de la última elección, las alianzas oficiales y las negociaciones secretas, las promesas engañosas y las traiciones en el último momento. Descubriendo lentamente la fuerza del silencio y la ausencia, ha tejido su trama y ha forjado sus armas. Su plan está a punto. Pero ahora sólo oye el doblar de las campanas por el rey Miguel.

Pero de improviso las campanas repican y el pueblo sale a los caminos. La gente ríe y baila. La patria está a salvo, el gran mariscal ha ganado. El relato de su victoria se propala por las ciudades y los pueblos, por las chozas y los castillos. Y en todos los rincones del reino, la gente repite su nombre acompañándolo de los epítetos más gloriosos, porque el noble héroe ha sorprendido a los hijos de Alá atacándolos por retaguardia, por la vertiente sur, la más abrupta, la que los infieles consideraban un escudo. Al alba, surgiendo de la nieve, apareció en su campamento, hizo una carnicería y clavó bien alto el águila de Polonia. Una carga perfecta que precipitó a miles de turcos al fondo de las quebradas y los barrancos.

«Este éxito nos asegura la corona», se dice para sí misma Marie Casimire rebosante de alegría.

Sin perder un segundo, hace enganchar su carruaje montado sobre un trineo y se dirige a Zhovkva. El nuevo Alejandro, lo presiente, irá a depositar sus laureles en la cripta donde descansan sus antepasados. Fiel al juramento hecho tantas veces a su madre, se inclinará ante el escudo que lleva su lema, *Vel cum hoc, vel super hoc*,[1] y rezará sobre las tumbas de los familiares que acaba de vengar: el antepasado Zhovkvaski, el gran atamán que quemó Moscú y trajo de vuelta al zar a Cracovia, muerto y despedazado en Cecora; el tío Danillowicz, torturado y muerto en Sokol, al igual que el abuelo Sobieski; y Marc, su hermano, ilustre defensor de Zbarazh, muerto decapitado en Batoh. En cuanto a Jacques Sobieski, castellano de Cracovia, en su época fue el defensor Jotín contra el invasor, pero estaba a resguardo tras las murallas. Juan Sobieski, su hijo, estaba en la llanura y no dudó en escalar las vertientes inexpugnables para reconquistar la fortaleza. Marie Casimire explica todo esto al pequeño Jacques, que deberá asistir a la ceremonia, depositario de una continuidad de la cual ahora es él el heredero.

Las trompetas anuncian el triunfo del atamán. Regresa entre torbellinos de nieve, ondeando las banderas del islam que acaba de coger al enemigo. Detrás de él, innumerables carros transportan un considerable botín. Marie Casimire, maravillada, hace las cuentas de todos los tesoros que se repartirán en una puesta en escena estudiada con astucia. Tras las efusiones del reencuentro, declara con ardor:

–Amor mío, la corona os pertenece.

–No la persigo –contesta–. Hubiese preferido seguir nuestro ataque y reconquistar todas las plazas que quedan en poder de los turcos. La muerte del rey me ha paralizado. Los más valientes capitanes sólo pensaban en regresar a Varsovia para negociar la elección. Espero, les he dicho, que encontremos a un príncipe ingenioso suficientemente rodado para dirigir la guerra y suficientemente maduro para apreciar y desear la paz.

–¡Vos, por supuesto!

–Sigo pensando en Condé.

–Es lo que aparentaremos, pero para conseguir otro objetivo. Acordaos de la última elección. Luis gritaba Neoburgo y trabajaba para Condé. Leopoldo, fiel a sus acuerdos secretos, también apoyaba a Neoburgo, pero para colocar a Lorena. Actuaremos igual que ellos. Ahora es nuestro turno. Jugaremos a favor de Francia, aunque por nuestra cuenta, y fingiremos que respaldamos a Condé. Austria contraatacará y el Sejm se dividirá. Entonces, sólo un nombre reunirá todos los sufragios, el vuestro. ¿Acaso no sois el hombre que ha restablecido el orden y la disciplina? Acabáis de salvar a la República, no se puede prescindir de vos.

Anonadado por este largo discurso, Sobieski contempla a su esposa con una mirada graciosa, pero dejando entrever su admiración.

–Los hombres buscan la gloria con su valor –dice–, pero no hay nada más glorioso en el mundo que las damas cuando son bellas e inteligentes. Veo, alma mía, que a vos el amor también os da alas.

A partir de ese momento establecen la estrategia a seguir y todos se ponen manos a la obra. Los amigos de la conjura se reúnen. Estanislao Jablonowski, Miguel Radziwill, cuñado de Sobieski, el clan Sapieha, Morsztyn, senadores y algunos arzobispos. Ninguno ignora el valor del gran mariscal, que de ahora en adelante cuenta con el reconocimiento del país, el amor de los soldados, la

[1] «O con él o sobre él». *(N. de la A.)* Tiene el sentido de: O vencedor con él, o, muerto, llevado sobre él por sus soldados. *(N. del E.)*

estima de la nobleza y la veneración del clero. Conocen su modestia y su rectitud por encima de cualquier compromiso y cualquier cálculo. Por eso trabajan para él, con método y convicción. ¿Acaso no es el mejor defensor de Polonia?

Marie Casimire escribe en primer lugar al rey de Francia, que no se ha dignado enviar un embajador durante el reinado del difunto rey. Fingiendo que se somete, le pide instrucciones, asegurándole la devoción de la facción pro francesa y de su esposo, totalmente a su disposición. Luis XIV responde con evasivas:

> Vista la coyuntura actual, desearía que los acontecimientos venideros tuviesen un feliz desenlace para Polonia. Estad convencida, señora, de que sólo me serían más agradables si fuesen ventajosas para mi primo el gran mariscal y para vos.[2]

–¿Qué quiere decir el Rey con eso? Siempre encuentra fórmulas vagas, cuando lo que queremos son precisiones –exclama.

Le vuelve a escribir, y lo mismo hace al señor de Pomponne, sucesor del señor Hugo de Lionne. ¿Quién será su candidato y qué están esperando para enviar una embajada? Para que su plan sea un éxito, necesitan la presencia clara de Francia en esta elección. Es el único país suficientemente poderoso para contrarrestar los devaneos de Austria que propone, mediante firmes refuerzos prusianos y sacos de oro, a su favorito Carlos de Lorena. El cual acaba de anunciar que se casará con la reina Leonor y esto le permitirá a la República ahorrarse una pensión de viudedad.

–Ése es el nudo gordiano del asunto –dice Sobieski–. Miguel Paç lo afirmaba en el campamento de Jotín: «Necesitamos a un príncipe soltero que se case con la archiduquesa. Nos ahorraremos una carga y conservaremos para nuestra patria la útil alianza de la corte imperial». Creo que con esas palabras intentaba hacerme entender que, si por casualidad tenía alguna pretensión, estaba eliminado antes de empezar.

–Permanezcamos en Zhovkva y guardemos silencio –dice Marie Casimire–. Si mi existencia es un obstáculo, engañemos a nuestros adversarios y hagamos correr la voz de que estoy enferma, incluso muy enferma, como en la primavera de 1669.

El rumor se extiende a la velocidad del rayo y las lenguas de Varsovia rivalizan en perfidia.

«El mariscal ha envenenado a su esposa para ofrecer su mano a la reina», dicen unos.

«Nada de eso. El autor del crimen es Leonor, que sueña con unirse al héroe de Polonia», replican otros.

A Marie Casimire le divierten esas habladurías, pero sigue preocupándose. Francia no responde a sus llamadas y esa indiferencia, en circunstancias tan importantes, la alarma un poco más cada día. Pierde el sueño y los nervios la corroen cuando por fin, traído por la brisa primaveral, el señor de Forbin-Janson, obispo de Marsella, se presenta en el castillo de Zhovkva. La maríscala está con su esposo para acoger al enviado del rey más poderoso de Europa.

–¡Cuántas aventuras! –explica el prelado sonriente y cortés–. La galera que me transportaba se ha estrellado en las Oreadas, en la punta de Escocia.

[2] Extracto auténtico.

Estábamos perdidos en medio de una espantosa tempestad, pero gracias a Dios, aquí me tenéis.

Respira hondo y añade:

–Su Majestad os confirma sus ofertas: el bastón de mariscal de Francia, la banda azul, una tierra a erigir como ducado con dignidad de par y una suma de cuatrocientas mil libras.

–¿Quién es vuestro candidato? –pregunta impaciente Sobieski.

–Neoburgo –contesta el obispo–. Pero no el viejo duque, sino el hijo, un príncipe joven y apuesto.

–¡No quiero oír hablar de ese mocoso! –grita, sobresaltado, Sobieski, con la cara crispada y la mirada fría–. Creo que el único que nos conviene es Condé. ¿Tenéis los poderes para tratar en su nombre y podéis garantizar la llegada inmediata del príncipe tras la elección?

Forbin-Janson, apurado, hace un gesto incómodo.

–Si los polacos se decantan por su excelencia el príncipe, no haré nada para hacerles cambiar de opinión.

El gran mariscal se pone rígido en el sillón, observa al obispo de los pies a la cabeza con una mirada penetrante y concluye:

–¡Por la gracia de Dios!

La entrevista ha terminado, y mientras se despiden ceremoniosamente, Marie Casimire le confía al visitante:

–Reflexionad detenidamente, señor embajador. Mi esposo está muy solicitado. Hoy en día su opinión tiene un gran peso.

Mientras tanto, en Varsovia se ha iniciado el Sejm entre grandes protestas y agitación. Magníficos cortejos surcan las calles de la ciudad. Los poderosos señores de la República hacen gala de su opulencia. Se dirigen presurosos al Kolo y se reúnen rodeados de tapices y colgaduras de la Szopa, mientras una densa multitud invade los campos de Wola a orillas del Vístula y se pasea entre las lujosas tiendas que los diversos próceres y dignatarios han levantado para la ocasión.

Una de ellas le llama la atención a todo el mundo. Es una verdadera fortaleza hecha de telas de algodón y seda, estarcida con manzanas de oro y campanillas, con un puente levadizo y torreones, caballerizas, cocinas y cuartos de baño. En las salas del consejo han colgado tapices de un valor incalculable, sobre los cuales resaltan escudos destellantes y una gran cantidad de armas con piedras preciosas engastadas. En el suelo, cubierto con las más raras alfombras persas, se amontona un botín jamás visto anteriormente. Colosos medio desnudos, con turbantes o gorros puntiagudos, de brazos cruzados o con el puño en la espada, defienden las entradas. La gente se pregunta a quién pertenece este palacio donde no falta nada de las riquezas de Oriente. La respuesta, traída por el viento, llena la ciudad. Es la tienda de Hussein Pachá, el serasquier del sultán Mehemmed IV, vencido en Jotín. Pero está vacía, y el nombre del gran atamán corre de boca en boca.

Los días pasan y Sobieski sigue ausente. Desde Zhovkva espera que llegue su hora y establece con Marysienka los detalles de su entrada. Mientras tanto, el Sejm designa a su presidente y se inician las deliberaciones. Se presentan varios candidatos, príncipes de sangre real en busca de un trono. Vienen de Dinamarca, Suecia, Transilvania, Saboya, Orange, Brandeburgo, Moskovskaya Oblast’. En total se cuentan diecisiete, rápidamente descartados por su insignificancia o su falta de fortuna. Dos nombres se siguen barajando, Neoburgo y Lorena. Detrás de ellos, las dos potencias rivales, los Borbones y

los Habsburgo. Delante de ellos, los polacos con Francia, contra los lituanos con Austria. Desenvainan las espadas, tiemblan las manos en cuanto se pronuncia una sola palabra y se susurra por todas partes el proverbio popular:

«El mundo acabará antes de que un polaco aprecie a un germano».

Entonces Miguel Paç se levanta y pide que se vote la exclusión de un Piast. Los polacos rugen, ultrajados por las palabras discriminatorias del lituano que, lo adivinan, tiene el punto de mira en su enemigo eterno, Sobieski. De repente, suena una música en la llanura. Tambores, timbales, trompetas y gaitas hacen vibrar el aire con sus extrañas notas. En la asamblea, muda de sorpresa, los asistentes se miran unos a otros mientras fuera el gentío grita con entusiasmo:

–¡Viva Sobieski! ¡Viva el vencedor de Jotín!

La gente corre a las murallas para ver con sus propios ojos al hombre que ha salvado a la patria. Y asisten, cautivados, al desfile más sorprendente, que causa admiración y veneración. Marie Casimire no ha escatimado esfuerzos para sorprender a los polacos. Tras el heraldo de armas que lleva la bandera de Zhovkva y el escudo de plata, a tres pasos, solo, avanza lentamente un caballero magnífico, con una coraza de oro, sobre un caballo que al pasar levanta nubes de polvo entre un bosque de estandartes ornados con colas de caballo y medias lunas de oro. Su prestanza, su elegancia y la riqueza de sus atavíos imponen. La silla está guarnecida con placas de oro y plata, las vainas de oro brillan con esplendor. Pero lo que más impresiona es el fuego penetrante que desprenden sus ojos deslumbrados por el sol. La gente mira con terror a los soldados de su guardia personal, esos jenízaros que hacen temblar el suelo al resonar los grandes tambores. Los sones de las trompetas ponen la carne de gallina y los címbalos elevan los corazones. Descubren entonces la inmensa cohorte de cautivos de bárbaros rostros, arrastrando las pesadas cadenas, y el río de sus guerreros de largos bigotes y barbilla afeitada que blanden con orgullo lanzas, hachas y cimitarras. Los campesinos corren a su encuentro, levantan arcos de triunfo y se ponen de rodillas cuando pasa.

Sobieski, dueño del poder, entra en Varsovia con todo el esplendor de su gloria. Este nuevo triunfo hace renacer en la memoria de la gente las victorias del pasado que le nimban con sus aureolas. Por fin le ha llegado la hora al gran mariscal de ser reconocido por aquellos a quienes ha defendido. La asamblea, confundida, sale y se mezcla con el populacho. Los caballeros y muchos senadores acuden a su encuentro. Consciente de su majestuosidad y de la turbación que provoca, se adentra en el Kolo, toma su asiento en la Szopa y pasea su mirada por la concurrencia, esperando que los debates vuelvan a empezar. Le exponen los hechos y le piden su opinión. Reflexiona y respira hondo antes de decir en un tono lleno de majestuosidad:

–Neoburgo es un niño. El de Lorena un buen soldado, pero nada más. Polonia necesita a un príncipe victorioso y con sangre ilustre. El Sejm debe elegir a Condé.

El nombre resuena como un golpe de gong que inicia el combate. Una sonrisa furtiva pasa por los labios del mariscal. Marysienka no se equivocaba. Le gustaría tenerla a su lado para apretarle la mano y susurrarle algunas palabras al oído. Lo hará más tarde, cuando se encuentre con ella en el palacio de Ujazd donde pone a punto las siguientes fases del plan. Por ahora, escucha y observa cómo sus pares se alborotan con insultos e invectivas. Ahora bien, si llegan a las manos, suelta a sus hombres. Las luchas verbales se

agotan y todos presienten que los dos candidatos van perdiendo sufragios entre sus partidarios.

Mientras tanto, Marie Casimire recibe a numerosas personas e intriga con ellas. Una serie de conversaciones en distintos salones preparan el segundo acto de la comedia. Está inmersa en este asunto y nunca ha sido tan feliz. Maquina con Forbin-Janson y le arranca una carta del joven Neoburgo.

–Siguiendo vuestros deseos –dice el prelado, subyugado–, el duque ha firmado su compromiso. Si lo eligen, sólo se casará con la reina Leonor con el consentimiento del mariscal. Comprobadlo vos misma.

–Bueno –dice leyendo el documento–. Todo perfecto. Convenceos, señor embajador, de que actuaremos siguiendo los intereses de Francia.

Levanta una cortina y desaparece en la habitación contigua donde el abad Paulmier, salido de las brumas en el momento preciso para respaldar discretamente sus maniobras, no para de hacer reverencias obsequiosas. Le entrega una bolsa repleta de ducados. El documento que le ha entregado el obispo bien lo vale. En otro gabinete se reúne con los senadores Radziwill y Sapieha. Regresan del Palacio Real donde, a petición suya, les ha recibido la reina. Le han propuesto, con el fin de conciliar las facciones cuyas luchas se hacen eternas, la solución que, según ellos, apaciguaría los ánimos: casarse con el candidato francés.

–Se niega –dice Radziwill con el rostro rebosante de alegría–. Prefiere a Lorena, del cual ya anuncia la victoria. Los Paç que la rodean están furiosos por nuestra visita. Huelen una trampa y se prometen ganar, por la fuerza si es necesario.

–A pesar de que no sea del gusto de la reina ni de Miguel Paç –exclama Marie Casimire–, los imperiales no reinarán en Polonia.

Sus ojos son dos ascuas. Todo se complica como ella deseaba. Sólo le falta sembrar un poco más la discordia antes de hacer oír la voz del cielo que impondrá a un Piast. El enviado de Francia se pasea bajo los alerces del parque. Observa un instante la silueta armoniosa y el andar elegante del hombre que habla en nombre del Rey Sol. Las humillaciones de su último viaje le vuelven a la memoria. Su mirada se agudiza y se endurece.

–¡Vamos a engañar al diablo! –susurra.

Cruza el césped y camina al encuentro del prelado. Disimulando su satisfacción, le anuncia la negativa de la reina a casarse con Neoburgo y añade en un tono falsamente resignado:

–Las cartas están echadas, señor embajador. Si no queréis asistir al triunfo de Austria, vuestro deber es apoyar a mi esposo. Sabéis cuánto apreciamos a Francia.

El obispo pone mala cara y adopta una expresión de disgusto.

–El Rey estará muy descontento.

–Lo siento, monseñor, pero no podemos rechazar un trono cuando se nos ofrece en bandeja. ¿Preferiríais dejarlo en manos de un Lorena?

Forbin-Janson se inclina. El encanto y la gracia de la maríscala son irresistibles; ahora bien, su inteligencia es temible y su lógica implacable. De ahora en adelante, Francia sólo puede respaldar a Juan Sobieski. La cara de la joven irradia una sonrisa resplandeciente. Tiene entre sus manos todos los hilos de la maquinación. Al anochecer, repiten los papeles. Sólo falta un día para clausurar el Sejm. Es hora de inspirar a los senadores y hacer oír la voz del cielo.

Por la mañana, mientras las delegaciones se adentran en el Kolo, Marie Casimire, al pie de su carruaje, merodea alrededor del cercado y distribuye a sus pajes para enterarse de todo al instante. El momento decisivo ha llegado. Jablonowski debe hablar ante la asamblea y el éxito de la empresa depende de su elocuencia. Otras intervenciones bien dirigidas van a sostener sus palabras. Espera, febril y ansiosa, lo que les depare el destino.

Ante un arriate de senadores nerviosos, el palatino de la Rusia Roja se levanta y da comienzo a su discurso. De entrada, excluye a Neoburgo, y luego proclama al de Lorena, que podría obtener los sufragios si no fuese tan adicto al emperador. El único candidato digno de Polonia es Condé, pero demasiados electores se oponen a él y enumera sus razones. Habla de Polonia, de su pasado glorioso y concluye:

–Pido que un polaco reine en Polonia.

Murmullos de aprobación le responden y se alzan gritos por doquier:

–¡Un Piast! ¡Dios bendiga Polonia!

El palatino, con una voz aún más firme, prosigue:

–Si algunas veces nuestros antepasados han recurrido a extranjeros para elevarlos al rango supremo, fue porque temían la lucha interminable de competidores iguales. Actualmente, este peligro es inexistente, y lo demuestra el hecho de que todas vuestras miradas se dirigen sin dudar a un solo hombre.

Lo interrumpen las aclamaciones, pero prosigue su discurso:

–Es el más noble, el primero de los hijos de Polonia. Si lo situamos a la cabeza de nuestro reino, sólo consagraremos la obra de su propia gloria. Un rey así mantendrá a nuestra nación en el rango que ocupa en el universo porque él mismo ya la ha mantenido allí. No nos convertirá en presa del extranjero, ni se convertirá a sí mismo en vasallo del infiel... Polacos, si podemos deliberar aquí en paz sobre la elección de un rey, si las más ilustres dinastías ambicionan nuestros sufragios, si nuestra potencia ha aumentado, si nuestra libertad está en pie, si incluso tenemos una patria, ¿a quién se lo debemos? ¡Recordad las maravillas de Slobodiszcza, Podhajce,[3] Wroclaw y sobre todo Jotín, nombres inmortales, y elegid a Juan Sobieski!

Los representantes de los cinco palatinados se levantan y proclaman:

–¡Viva Juan Sobieski! ¡Moriremos todos o será nuestro rey!

Sólo protesta una voz, la del gran mariscal. Se niega en nombre de la paz interior y exterior, que se verían más reforzadas con un príncipe de sangre real, y sigue proponiendo el nombre de Condé. El castellano de Lvov pega un salto y exclama:

–¿No oís el estruendo de las armas del turco y sus gritos de venganza? La vida de la República sólo es un largo y noble combate contra los enemigos del mundo cristiano. Escoged como rey al hombre que Dios ha marcado con su cetro en los campos de Jotín. ¡Voto por Juan Sobieski!

Y la asamblea no es más que un grito unánime:

–¡Viva el rey Juan Sobieski!

Pero el gran mariscal se sigue oponiendo. Ha visto a la tribu de los Paç salir ruidosamente de la Szopa. Adivina sus intenciones y quiere un voto unánime.

–No sería digno por mi parte –explica– llegar al trono de manera furtiva, al caer la noche, cuando nadie hubiese tenido tiempo de reconocerse a sí mismo en una resolución tan repentina.

En efecto, la noche cae y posponen el voto hasta el día siguiente. En el palacio de Ujazd, la noche va a ser larga. Hay mucha gente en los salones,

[3] Se pronuncian Sloboditcha y Podraïce.

delegaciones de todo tipo que vienen para sellar su apoyo. Marie Casimire apenas puede dominar su alegría. Las últimas protestas de su esposo no estaban previstas y podrían arruinarlo todo.

–¿Por qué, corazón? –le pregunta–. Ahora ya os habrían elegido.

–Me han dado a entender, mi dama, que debería repudiaros. Si el cetro cuesta ese precio, que se lo queden.

La coge y la estrecha entre sus brazos, acariciando con ternura el cabello enroscado en perlas.

–Eres la única alegría de mi alma –murmura despacioso–. Mi única Astrée.

–Dios no puede abandonarnos –dice besándole la mano.

Abrazados cerca de una ventana abierta, miran el parque inundado por la luz de la luna cuando un grito agudo rasga la noche, acompañado de un batir de alas.

–Aquí tenemos la respuesta del cielo –dice Marie Casimire–. Las cornejas sólo graznan ante los reyes.

El día siguiente, el 20 de mayo de 1674, Juan Sobieski consigue todos los sufragios. Repican las campanas y las salvas de artillería se entremezclan a las bandas militares para saludar al rey Juan III. Una inmensa procesión sale del Kolo. La ciudad entera, transportada por la alegría, acompaña a su soberano hasta la catedral para el tedéum de rigor. Sobieski, conmovido, camina detrás del santísimo sacramento. Marie Casimire está a su lado, digna y seria con sus suntuosos atavíos. Cogido de la mano, lleva al pequeño Jacques que sólo tiene seis años y contempla a su padre con orgullo. Una multitud densa se aglomera por las calles para aclamar al salvador de la patria. Todos contienen la x espiración cuando los guerreros de Jotín, en fila a cada lado de la plaza de la iglesia, de repente arrojan al suelo las sesenta y cinco banderas cogidas a los infieles, para que el sacerdote que lleva al Hijo de Dios vivo en su custodia pise sobre ellas como sobre una alfombra.

El clero, revestido con los ornamentos litúrgicos, recibe a los soberanos a la entrada del atrio. El obispo de Marsella está en primera fila y les felicita en nombre del Cristianísimo rey de los franceses. El órgano desgrana sus melodías acompañadas por los cánticos y las nubes de incienso. Juan y Marysienka suben lentamente por la nave central hasta el presbiterio, la mirada fija en el crucifijo del altar. Juan tiene cuarenta y cinco años y Marysienka treinta y tres. Él, de una estatura magnífica, en pleno desarrollo de su fuerza y su prestancia; ella, fina y altiva en una actitud noble, con unos cabellos espléndidos, una tez inigualable y esa extraña mirada cargada de secretos. Nueve años antes, bajo estas mismas bóvedas, el cardenal Pignatelli los unía en los sagrados lazos del matrimonio. No necesitan mirarse, sus pensamientos se compenetran.

A Marie Casimire le cuesta dominar los latidos de su corazón. Es reina de Polonia, al igual que esa princesa de Francia que la trajo en su cortejo. Echa una mirada al banco en el que se acurrucó, asustada al ver las lágrimas de Luisa ante el gordo Ladislao. A su vez, se esfuerza en ser digna de este trono erizado de púas. La herencia es muy pesada, pero a diferencia de su real protectora, Dios le ha dado un esposo cuyo amor es ilimitado y le hará soportar todas las penas.

Su felicidad dura poco. Un despacho los separa. Las hordas otomanas, aliadas con los tártaros del kan de Crimea, se dirigen con un ejército sobre

Polonia. El sultán Mehemmed IV quiere la revancha y Juan se separa con tristeza de los cálidos brazos de Marysienka.

–¡Ya sé por qué la nación me ha puesto en el trono! –exclama–. Mi misión es vencer a los turcos. Es mi consigna como rey. Que Dios os proteja, mi incomparable. Vuestro corazón es mi más hermoso reino.

La guerra, rival inagotable, lo aferra bruscamente y Marie Casimire guarda el trono esperando su coronación en Cracovia.

XX

La primera carta que escribe es para su padre. Es la primera persona a quien anuncia su entronización y firma con orgullo: «Marie Casimire, Reina». ¡Un éxito rotundo para la hija del pequeño marqués D'Arquien! Eso le dijo Luisa cuando le declaró con un poco de desprecio que el príncipe Zamoyski la aceptaba como Dios la hizo. En efecto, es un éxito rotundo para la dama de honor que, tiempo atrás, se convertía en princesa. Es un éxito mucho más considerable, actualmente, para la antigua doncella que deambula como soberana por los parques reales y toma posesión de los lugares que la han visto crecer sometida, como protegida, a la férula de Luisa.

«¡Marie Casimire, Reina!», susurra mirando su imagen reflejada en el espejo mientras las damas de honor y las camareras, en un ballet de reverencias ejecutadas a la perfección, la visten, la peinan y la engalanan con sus mejores joyas.

«Marie Casimire, Reina», firma al pie de las cartas y los pergaminos.

«¡La Reina!», anuncian los chambelanes a su paso, mientras se dirige al salón de audiencias donde recibe a los dignatarios.

Antes de partir, Juan ha prestado juramento y ha nombrado a algunos ministros, y en su ausencia es Marie Casimire quien regenta el reino. Nada ni nadie la ha preparado para ello. Luisa se llevó el secreto de las intrigas y las reglas de etiqueta que permiten dominar pretendiendo complacer. Del arte de gobernar, no hablaba nunca. Cuando, estirando los hilos de las maquinaciones, la maríscala Sobieska soñaba con el trono, sólo veía la satisfacción de ser «considerada», estar por encima de todos y ver inclinarse a las personas que la habían humillado. Imaginaba fiestas al son de sus caprichos y ahora sólo encuentra cargas y responsabilidades, con la inquietud creciente a medida que pasan los días de perder lo que ha conquistado. Si bien es verdad que es reina, todos estos honores son caducos y sólo están asegurados mientras Juan viva. Sin él, no tiene ningún poder. Hará que regrese a Varsovia. Mientras él defiende la República en las fronteras de Ucrania, Marie Casimire se lanza al juego de la política que a veces hace acallar las armas. Con toda sus fuerzas trabaja por la paz sin la cual no habría consagración y, por lo tanto, ninguna corona.

Una serie de victorias afianza su esperanza. Han hecho retroceder a los tártaros, y los cosacos se rinden. De Persia y Moskovskaya Oblast' llegan embajadas. Temen al turco que despliega fuerzas considerables por Asia y vienen en busca del rey de Polonia, el protegido de la Victoria. Marie Casimire recibe a los enviados plenipotenciarios, escucha y lo indaga todo, sin dejar nada al azar. Tanto en las cortes extranjeras como entre los polacos, poco a poco se impone como portavoz de su esposo, su brazo derecho, su cabeza pensante, su única e indispensable colaboradora. El correo mantiene sus vínculos día a día. Nunca han estado tan unidos de corazón, alma y pensamiento, a pesar de la distancia. Entre batalla y batalla, Juan acaba de terminar las entrevistas que Marie Casimire había empezado y no firma ningún tratado sin haberlo consultado con ella en la intimidad de su alcoba. Con el zar y el jefe de los cosacos organiza una defensa común contra las hordas otomanas. Pero en ese momento, la deserción de los regimientos de Lituania lo desacredita. Las delegaciones se retiran y anulan al mismo tiempo los proyectos de alianza.

–¡Es una maniobra del emperador! –exclama Marie Casimire con rabia–. No le interesa una Polonia poderosa.

–Algún día podría arrepentirse de ello –masculla Juan amargado.

Marie Casimire suspira y reflexiona, y luego pregunta con un tono cansado:

–¿Por qué no llegáis a un acuerdo con el turco? No veo otra solución para evitar una carnicería.

Juan se crispa.

–No, señora. ¿Qué hacéis con mi honor y el de mis antepasados? El señor de Forbin-Janson os hace muy hábilmente la corte y vos escucháis las sirenas de Francia.

–Una negociación bien llevada podría sernos ventajosa –replica sin dejarse avasallar.

Paciente y obstinada, prosigue con su idea. Es verdad que el obispo de Marsella ha sabido ganarse su confianza mediante acertados consejos que la han ayudado a afrontar la hipocresía de la corte. Como buen diplomático, preocupado por los intereses de su amo, la empuja a firmar un acuerdo con la Sublime Puerta.

–Francia puede ayudaros a terminar con la guerra del turco –le explica–. Doscientas mil libras y más todavía si luego os volvéis contra Austria. Un buen ataque contra su aliado de Brandeburgo y algunas tropas para apoyar la acción de los rebeldes de Hungría contra el emperador serán suficientes.

–Nuestros intereses concuerdan, monseñor –declara enseguida–. Apreciamos a Francia y la apoyaremos.

Durante la primavera de 1675, Juan llega a toda prisa a Yavorow. Marie Casimire le presenta el proyecto del tratado.

–Nuestra alianza se afianza. Acabemos cuanto antes con el turco. Luis nos necesita y pagará lo que sea. Después trabajaremos codo con codo con el más poderoso rey de Europa.

–Acepto –dice– con la condición de recuperar los territorios que Prusia nos arrebató durante la invasión sueca.

Forbin-Janson promete todo lo que piden. Juan firma y Marysienka se regocija, imaginando ya la victoria. Pero una vez más sus ilusiones se derrumban. Durante los primeros días del verano, millares de turcos invaden Polonia. Nada se les resiste. El tornado azota a Ucrania, reconquistada, a Jotín y otras fortalezas. Por todas partes, la gente huye de la muerte. Juan repliega sus tropas en Lvov, decidido a defender esta ciudad que es la llave del reino, y Marysienka se instala en Jaroslaw, en la Rusia Negra, para estar más cerca de él.

La atmósfera está cargada esta tarde estival. Escoltada por su séquito, Marie Casimire busca el frescor de los árboles del parque. Su andar nervioso hace crujir la gravilla de un sendero que bordea la fuente. Forbin-Janson camina a su lado. Se inclina hacia él y abre una carta de Juan.

–Las noticias que recibo de mi señor el Rey –así llama desde ahora a su esposo cuando habla de él– son muy alarmantes. Cien mil tártaros han acampado ante las murallas de Lvov y el sultán se acerca con un ejército de cien mil guerreros. Estamos solos, frente a un enemigo tres veces más poderoso que nosotros.

El obispo carraspea y permanece callado. Lo mira de los pies a la cabeza desde su altura y prosigue:

–¿Dónde está el respaldo de Francia? ¿Acaso habéis olvidado el acuerdo que firmamos en Yavorow? Necesitamos hombres y armas. ¿Dónde está el dinero que nos prometisteis?

–En camino –dice el prelado secándose la frente–. No os preocupéis, señora. Una embajada se ha desplazado a hablar con el sultán turco con los deseos de Su Majestad Cristianísima.

–Basta de hipocresías, monseñor. ¿Asistiréis sin hacer nada a la destrucción de vuestro aliado?

–No hemos llegado a ese extremo –contesta, disimulando a duras penas su turbación–. Seguro que el rey Juan todavía nos reserva alguna sorpresa.

–Aquí acaban nuestras relaciones –replica con brusquedad–. He oído vuestras bonitas palabras. Espero hechos.

Dejando plantado y estupefacto al obispo, le da la espalda ajustando su sombrilla y regresa al castillo. Sobre el césped, la corte, indiferente, se queja del calor, bromea y juega a la pelota o al chito.

–Todo está perdido –dicen algunos–. ¿Qué podemos hacer?

–Sobieski está ahí –dicen los demás–. Él sabrá cómo salvarnos.

Se inclinan pero murmuran al paso de Marie Casimire. Antes no le perdonaban su belleza y ahora no aceptan que sea su soberana. La denigran llamándola la «reina D'Arquien».

–Es una advenediza, que ha subido al trono gracias a sus artimañas y a sus trampas.

–Una reina sin corona que no tiene Casa... ¿Podemos reconocerla?

La joven presta oídos y se conforma con sonreír, saludando al pasar. Puesto que no ha recibido los santos óleos de la entronización, se le niegan los honores de reina. Sólo tiene a sus camareras y damas de honor que la acompañan a todas partes. Sus lenguas acechan, Marie Casimire desconfía. Conoce de sobras las trampas de los halagos, por eso no tiene amigas. Una reina sólo puede estar sola con sus secretos. Vuelve a sus aposentos y convoca a su secretario. Es la hora del correo.

–¿Alguna novedad del embajador de Persia?

Les había prometido su apoyo. Aún espera una alianza.

–Su Excelencia anuncia que asistirá a las fiestas de la coronación –responde el joven empolvado– y el vicecanciller nos ha hecho llegar las últimas decisiones tomadas para las ceremonias.

–No es lo que esperaba –dice golpeando el borde de la mesa–. ¿Actualmente dónde están los turcos?

El secretario hojea un fajo de cartas. Un chambelán abre la puerta y anuncia:

–¡El portaestandarte de Su Majestad!

Un oficial cubierto de polvo se inclina, da un taconazo y le entrega una carta cerrada con sello de cera. Marie Casimire reconoce el sello real y despide a la asistencia antes de abrirlo con sus dedos febriles. Tras las palabras resuena la voz de Juan:

> Alegría de mi vida, dueña de mi corazón, mi hermosa y querida Marysienka:
>
> Desde hace algunos días los turcos deliberan. Les espero con los pocos hombres de que dispongo, tomando a Dios como único refuerzo y poniéndome en sus manos para quebrar su orgullo. Os ruego que no os preocupéis, porque vuestra menor pena me pesa más y me vencería antes que un ejército entero. Humildemente os pido un anillo trenzado con los despojos de la amable «mosca». Apreciaré este regalo mucho más que todos los tesoros del mundo.

Sin burlas ni falsas excusas, debéis confeccionarlo y enviármelo inmediatamente. No temáis ver aclararse la cortina, puesto que así será más fácil besar a mi bella «Condesa»...[1] Aquí comentan que el sultán otomano no sólo quiere nuestro país, sino también todo el mundo cristiano. Para que Dios se lo impida, debéis escribir a sus excelencias los obispos para que hagan rogativas en todas las diócesis. ¡Por Dios! Nuestros antepasados ya denominaban a la guerra turca el Juicio final.

Pero volvamos a nuestro «Grande de España»,[2] que besa y vuelve a besar un millón de veces a su amable pequeña «mosca» y todo desde la cabeza hasta el más bonito de los piececitos.[3]

Un escalofrío le recorre el cuerpo. Las palabras tiernas despiertan el deseo y el recuerdo de las caricias.

«¡Iachou! –susurra apretando la carta contra su corazón–. ¡Mi Ianitchkou!»

Se refugia en sus habitaciones para disimular la pena y esa ansiedad que la oprime día a día. El peligro se cierne cada vez más sobre Lvov. ¿Qué hará Juan con su puñado de hombres contra las hordas? ¿Qué puede hacer ella para apoyarlo? Lo ha intentado todo para consolidar la paz y sus intentos han fracasado. Una trágica verdad se está precisando. La lucha se acerca y será sin piedad. Sólo de pensarlo le entra un miedo insidioso que la paraliza. Está a punto de desmayarse y se aguanta en el alféizar de la ventana. Sobre el césped, su hijo Jacques construye un fuerte con la pequeña Thérèse. Se parecen. Tienen los mismos ojos y los mismos cabellos oscuros. Son igual de canijos.

«Son el reflejo de mis angustias y mi dolor», murmura recordando sus embarazos pasados.

Luego desvía la mirada hacia un bebé rollizo lleno de vida que no para de moverse en los brazos de su nodriza. Tiene los ojos y la tez colorada de Juan. Concebido en la euforia de la elección, Alexandre ha venido al mundo a colmarlos de alegría. Bajo los techos de Zhovkva, se hablaba de paz; su esposo asistió al parto, asumiendo una parte de sus sufrimientos cogiéndola de la mano. Era feliz y había producido un buen fruto. ¿Habrá conseguido vencer la enfermedad? Pronto nacerá otro niño. El tratado de Yavorow es su causa. ¿Pero dónde estarán cuando llegue el momento de dar a luz?

Vania la ayuda a refrescarse y cambiarse de vestido. Siguiendo las instrucciones de Juan, dicta cartas y envía correos a varias provincias para que en todas las iglesias se rece por la salvación de la República y su rey. Los días siguientes las noticias empeoran y se enteran de que algunos próceres huyen del país. En la vaina dorada de Jaroslaw todos esperan cínicamente el transcurso de los acontecimientos y se burlan cuando una noche, al final de la cena, Marie Casimire anuncia que va a reunirse con su esposo en la ciudadela asediada.

–Nuestras tropas lucharán mejor –concluye con voz emocionada–, si compartimos su sacrificio.

La situación es desesperada. Y si Juan va a morir bajo el fuego del enemigo, ella morirá a su lado. No quiere sobrevivirle. Forbin-Janson, impresionado, decide acompañarla.

---

[1] Otro apodo dado al sexo de Marie Casimire.
[2] Otro apodo dado al sexo de Sobieski.
[3] Auténtica.

–Admiro vuestro coraje y vuestra nobleza –dice.

–Sólo cumplo con mi deber, monseñor. Mi deber de esposa y reina.

Se pone en marcha por la mañana temprano. Con ella viajan sus tres hijos, dos sirvientas y un pequeño séquito. El carruaje da tumbos sobre las piedras. Marie Casimire mira el campo con cara de preocupación. Ni un alma en los campos desiertos y abandonados. En la lejanía se perfilan las alturas de Lvov en un cielo rojizo. Se inclina sobre la portezuela. El obispo de Marsella caracolea a su altura.

–Ordenad que aceleren el paso –le dice–. No me haría ninguna gracia, tan cerca del objetivo, caer en manos del enemigo.

–No os preocupéis –dice el prelado–. Estamos a punto de llegar a nuestras líneas de vanguardia. El fuego de los turcos está a varias leguas.

Han llegado a uno de los alcores que rodean la ciudad de Lvov, y bajan la pendiente hacia las murallas de la ciudadela. Desde lo alto de las murallas, Juan reconoce el cortejo. Hace abrir las puertas y se precipita a abrazar a Marysienka.

–¿Estáis loca? –exclama, mientras la estrecha entre sus brazos–. De un momento a otro esperamos las primeras posiciones de Ibrahim Pachá.

–¿Acaso no estamos unidos para lo bueno y para lo malo?

Coge la mano de su esposo y deposita en ella un anillo de cabellos trenzados.

–El regalo de la «mosca» –murmura con una sonrisa.

Juan aprieta el anillo sedoso sobre sus labios y se inclina para susurrarle al oído:

–Besaré el lugar donde este delicioso favor ha crecido.

Salvas de honor acogen a la reina de Polonia que deambula por los caminos de la ronda. Al lado del rey, su esposo, ya no tiene miedo. La ciudad es un nido de águila. Las vertientes de las montañas están cortadas por quebradas y barrancos que dominan monasterios fortificados. Al pie de las murallas, la llanura es estrecha.

–Caeremos sobre ellos con ataques sorpresa –dice Juan–, y sólo podrán escapar por este puerto. No tengo suficientes tropas para tender una emboscada, ésa es mi debilidad.

Marie Casimire reflexiona durante un instante y se gira hacia él:

–¿No me habíais dicho que para ser más rápidos vuestros hombres lucharían con sables y pistolas? Os quedan lanzas. Si las claváis hábilmente en el suelo, surtirán efecto.

Los ojos de Juan brillan.

–Es una idea que voy a mejorar con algunos trucos.

Ese mismo anochecer, en la sala de mapas, vuelven a trazar el plan de batalla.

–Ibrahim Pachá sólo está a tres leguas –dice un batidor.

–Lo esperamos como agua de mayo –replica Sobieski.

Su mirada pasa por todos los oficiales reunidos y añade, en tono solemne:

–Oídlo bien, sólo hay dos opciones: o me matan aquí con mi esposa y mi familia, o conseguimos la victoria.

El incendio se aproxima. Marie Casimire se refugia en la catedral con sus hijos. Arrodillada en las losas, en medio de una multitud bañada en lágrimas, suplica al Dios Todopoderoso. Con los que no llevan armas, ayuna y vela rezando el rosario. Juan se reúne con ella en cuanto cae la noche y reza con ella hasta el alba. El 24 de agosto, al final de la tercera misa, tocan a rebato, y

este aviso los precipita a la plaza. Las banderas del islam ondean por los alcores del sur de la ciudad. Sobieski los observa con la mirada fría y confiada. Marysienka está a su lado y le coge el brazo.

–¡Dios no puede abandonarnos! –exclama.

–No temáis, alma mía. Seguid vuestras novenas y daré lo mejor de mí. La Cruz triunfará sobre el islam. He tendido todas las trampas, hasta el puerto taponado por vuestro ejército de lanzas. Vuestro amor me da más fuerzas que diez regimientos.

Una última mirada los une. Juan se decide a cumplir con su deber y Marie Casimire vuelve a sus oraciones. De repente, un huracán proveniente de los Cárpatos cubre la llanura de nieve y granizo y paraliza a los turcos, que se ven obligados a pararse allí con sus pertrechos. El rey de Polonia hace sonar la carga y se lanza a la batalla gritando alto y fuerte tres veces:

–¡Viva Jesús!

Desde el atrio de la catedral, llena a rebosar de gente expectante y temerosa, Marie Casimire, muy pálida, observa la escena. Lleva al bebé en brazos y tanto su hijo como su hija se agarran a sus faldas.

–¡La nieve es un milagro! –exclama con los ojos llenos de lágrimas–. Sigamos rezando. ¡Dios salvará a Polonia!

Baten los tambores, las trompetas braman sobre un viento racheado y aúlla en los flancos de los húsares. La carga rueda como un torrente por las empinadas pendientes. Desenvainados los sables, al blandirlos cortan el aire. La bandera del rey ondea por encima de los contendientes. El estrépito es horrible y gritos inhumanos hielan los huesos. El enemigo retrocede. Huye hacia el puerto precisamente cuando el sol asoma entre las nubes, tiñendo de fuego las puntas de las lanzas por encima de sus banderolas rojas. Presos de pánico, los hijos de Alá se giran para caer de rodillas. Empieza la carnicería. No hay piedad para el infiel. Se les responde con igual atrocidad, devolviendo golpe por golpe. Un grito de alegría sube de la llanura y se extiende por la ciudad. Marie Casimire se inclina hacia sus hijos.

–Dios ha salvado a Polonia –dice–. Vamos a darle las gracias.

–¡Aleluya! –grita la multitud–. ¡Que Dios bendiga a nuestro rey!

Mientras Juan le pisa los talones al enemigo derrotado y consolida su victoria, Marysienka se dirige a Zhovkva donde senadores y dignatarios han venido en tropel a esperar a su soberano. Los recibe como reina, nunca ha sido tan feliz. El triunfo de Lvov consagra a su esposo. De todos los rincones de Europa las delegaciones acuden para felicitarlo y solicitar su alianza. Cada día llegan embajadores con vistosos cortejos y las embajadas invaden el palacio. Bajo los tilos del parque, Marie Casimire mantiene entrevistas con los plenipotenciarios que hablan en nombre de los reyes de Inglaterra y Suecia, del elector de Brandeburgo, del príncipe de Transilvania y del cosaco Doroszenko. El enviado del emperador la colma de amabilidades y sueña con eclipsar al representante de Luis XIV. Todos esos señores conocen su papel y su influencia. Se esfuerzan en seducirla y elogian su coraje, digno del valor de su esposo el rey. Se crece, convencida de su importancia, y se cree indispensable. Y cuando llega el embajador del sofí de Persia, con un numeroso séquito de beyes con ojos de gacela y gorros voluminosos, su orgullo no tiene igual. De todos los rincones del mundo vienen para cortejarla, diosa inalcanzable que conduce al dios del momento.

Su belleza resplandece sin parangón, su ingenio se aviva y su elegancia cautiva a los caballeros. Aprovecha su gracia y su encanto, subyuga sin embriagarse demasiado, siguiendo con el oído atento y el ojo avizor a la menor entrevista. En los recovecos de sus salones, en los pasillos del castillo y bajo las enramadas en las orillas de los canales, los honorables visitantes se codean y se vigilan, intercambiando palabras furtivas. Cada uno quiere al gran capitán para su amo, y preparan sus pujas.

Lejos de dejarse engañar, Marie Casimire se ha percatado de lo que está en juego. Cuando a finales de noviembre Juan regresa y se la lleva a sus aposentos, puede explicarle, entre dos retozos, las negociaciones que tendrá que afrontar:

–El emperador quiere enfrentaros con Francia. Suecia, alentada por Francia, os busca para atacar Brandeburgo, y Francia, muy decidida a atacar a Leopoldo, está dispuesta a todo para reforzar nuestro acuerdo de Yavorow. En cuanto a Persia, se preocupa de las intenciones expansionistas del zar, y es para impedirle que lleve a cabo sus planes, por lo que ha venido a engatusaros.

Juan permanece en silencio. Sus labios corren lentamente por el pecho sedoso de Marysienka y se entretienen con ternura en el vientre rollizo cubierto de puntillas.

–Odio esta política en la cual pareces sentirte tan a gusto –le dice atrayéndola hacia él–. Has nacido para la intriga como yo he nacido para la guerra. Pero ante todo, hermosa mía, no olvides nuestro amor, al que pongo en primer lugar de todo lo que nos incumbe.

Lo envuelve con una mirada llena de voluptuosidad y murmura con voz golosa:

–¡Sólo pienso en nosotros, Iachou!

Con una mano posesiva, aprisiona su virilidad y añade:

–Mantenlos a todos confiados, y haz tratos sólo con Forbin-Janson. La amistad de Luis nos será más provechosa.

Abrasado por la experta caricia, se gira sobre ella y la toma con ardor. Marie Casimire se abandona al placer de Juan y se pierde en un éxtasis compartido.

Un poco más tarde, con su esposa presente, Juan recibe a los embajadores que desfilan uno por uno en su gabinete de trabajo. La última audiencia es para el obispo de Marsella, a quien explica:

–Estoy dispuesto a causarle algunos quebraderos de cabeza a Leopoldo, apoyando a los descontentos de Hungría. Pero en estos momentos no estoy capacitado para atacar Brandeburgo. Los turcos siguen en Polonia, se han apoderado de Kamieniec. Dejadme sanear mi país. Después ya hablaremos.

El prelado presenta buena cara y se muestra conciliador.

–Os ayudaremos a terminar vuestro asunto. El Rey[4] cuenta con ello. Os enviará subsidios. Y, además, una palabra suya al Sultán no será inútil.

–No olvidéis, monseñor, el asunto del cual os he hablado –interviene Marie Casimire–. Un simple ducado con dignidad de par para mi padre y estaré satisfecha.

Sus pretensiones se han reducido, pero sigue negociando. No puede ser del todo feliz si su familia no se beneficia de su gloria.

[4] Luis XIV.

–Eso no supondrá ningún problema –responde inmediatamente el prelado–. Su Majestad se alegra de vuestra elevación a la dignidad de reina.

Juan consiente con la cabeza sonriendo y hace llamar a los dignatarios de la corte, que le suplican para que fije una fecha para la coronación.

–Vuestra Majestad sube al trono a paso de tortuga, pero vuela como un águila para salvar a la patria –declara uno de ellos.

Una risa sonora sacude el corpazo de Sobieski.

–Celebrar algunas fiestas no me desagradaría –dice–. Démonos prisa, la guerra no ha terminado.

Se gira hacia su esposa y añade con una mirada llena de ternura:

–Vos también, alma mía, merecéis vuestra corona.

XXI

La muerte de su hija, desaparecida con los primeros fríos invernales, la sume en la tristeza. Marie Casimire ya no quiere marcharse.

–Esperemos la primavera –gime–. Estoy demasiado aturdida para soportar los sufrimientos del viaje, y el niño que llevo en mi seno es para mí algo precioso. Si lo pierdo, me muero.

Pero una reina no puede sumirse en su dolor cuando la razón de Estado está en medio. Juan teme a los turcos e insiste en la ceremonia de la coronación para el invierno. Se decide llevarla a cabo el 2 de febrero y no se cambiará la fecha. Marysienka se inclina. Ahogando las lágrimas, ciñe su vientre embarazado de ocho meses en un ancho cinturón de piel de uro y transforma su carruaje en litera para seguir a su esposo. El numeroso cortejo de escolta y sus invitados se enfrentan a la nieve y las heladas, realizando trayectos cortos hacia Cracovia donde entra sola a finales de enero. Juan se ha detenido en un monasterio muy cercano donde las delegaciones se reúnen para acompañar su cortejo.

Agotada por el interminable recorrido, la joven se instala en el castillo de Wawel y sólo piensa en recuperar las fuerzas. Las ceremonias serán agotadoras, pero quiere olvidar el malestar del embarazo y resplandecer al lado de Juan cuando reciba la corona. Las damas de honor abren los baúles y el cofre de tocador y preparan la bañera de plata sobredorada, las camareras la desvisten y Vania se acerca para cepillarle el cabello. Cuchichean entre sí. Se miran haciendo gestos de connivencia. Marie Casimire sorprende esas miradas asustadas en el espejo y pregunta qué las provoca.

–La reina Leonor confabula contra Vuestra Majestad. Tiene numerosos partidarios que se oponen a vuestra coronación.

Se niegan a darle más detalles. Insiste. Acaban por confesarle que se ha creado una confabulación que se hará oír durante la coronación.

–¿Un escándalo? –pregunta esforzándose en sonreír–. Vamos, señoras, es imposible. No pueden ultrajar al hombre que acaba de salvar Polonia.

Su corazón está a punto de estallar pero no muestra su turbación y hace preparar los múltiples atavíos de la solemne celebración. Vestidos, mantas forradas, joyas, lo ha previsto todo en un orden perfecto. La nobleza polaca, que no cesa de chismorrear, seguirá haciéndolo, lo sabe. Echan en cara a la «hija de un hidalgüelo» el que haya conquistado el trono y traman para deponerla. Hace poco, en Zhovkva, Juan ve cómo le ofrecen la alianza eterna de los Habsburgo si se separa de su esposa para unirse con la ex reina, a lo que responde al embajador de Austria:

–Si fuese rey coronado de Polonia y estuviese casado con Leonor y tuviese que abdicar para conseguir a Marysienka, no dudaría una hora y me divorciaría inmediatamente.

¿Qué hará si, como dicen, una gran protesta enturbia la ceremonia? ¿Abandonará a la madre de sus hijos? No. No duda ni un segundo de su fidelidad y su amor. Pero, y ella, ¿soportará el ser humillada en público y en presencia de él? Contrae todos los músculos de su cuerpo. «El fruto de la vergüenza», fueron las palabras de la condesa de Guébriant antes de enviarla al camaranchón inmundo. ¿Qué dirán esta vez? Se estremece y espera la llegada de Juan.

Dos días más tarde, bajo el tronar de los cañones, su esposo entra en la ciudad. Desfila magnífico con las tropas y los dignatarios ataviados con sus mejores galas, mientras los aclama una multitud entusiasmada que se apiña

ante las murallas y en las calles. Desde las ventanas del castillo, Marie Casimire lo observa. El pequeño Jacques está a su lado; Alexandre, en brazos de su ama de cría. Su corazón se sobresalta cuando redoblan los tambores y los flautines de los jenízaros de la Guardia real. Se seca furtivamente una lágrima y se yergue con dignidad. Con una majestuosidad impresionante, Juan avanza a paso lento sobre un caballo tordo de Persia. Sin duda alguna, es el hombre más apuesto del reino, y ese hombre es su esposo. Sobre una chaqueta de brocado de oro con fondo rojo, lleva una hopalanda azul forrada de marta y bordada de oro. Su gorro escarlata ribeteado de marta cebellina lleva un copete de plumas negras ensartadas en una rosa de diamantes. Los pajes van vestidos al estilo francés, los criados de a pie al estilo persa; etíopes y enanos de Asia caminan alrededor de su destrero, al que siguen doce compañías de haiducos, espahíes y dragones.

–¡Nuestro salvador, nuestro padre! –gritan por doquier.

La gente se empuja y se abre paso a codazos alrededor de los arcos de triunfo. Todos quieren tocar los faldones de su ropa talar. Al final del día, sube la pendiente que lleva al Wawel y se recoge unos instantes en la iglesia antes de reunirse con Marysienka en sus aposentos.

–Iachou –le dice acurrucándose en sus brazos–, júrame que me amas.

La mira muy serio, teniendo entre sus manos el rostro encantador de la esposa, y pregunta:

–¿Son los fastos reales desplegados a tu alrededor lo que te emociona?

Marie Casimire le explica los proyectos de Leonor y la risa de Juan resuena en la alta estancia.

–Convenid, señora, que revolucionáis el reino. Nunca una reina de Polonia ha sido coronada al mismo tiempo que el rey. Vos seréis la primera en la historia de este país.

–Nunca me han apreciado –gime–. Soy la francesa, el reflejo del *absolutum dominium.* Pero sobre todo me echan en cara no tener sangre real.

–Yo no tengo más que vos.

–Pero sois el héroe, Juan. La gente se vanagloria de vuestras victorias y se queja de ver a vuestro lado a una mujer cuyo nacimiento carece de brillo.

–Marysienka, lo que habéis hecho en Lvov es digno de una reina; conozco a pocas hijas de rey que hayan hecho lo mismo.

Un chambelán anuncia al obispo de Marsella. Juan le explica las artimañas de la archiduquesa.

–Lo que debo anunciaros ahuyentará vuestros temores –declara el prelado.

Se inclina ante la reina y añade:

–Al rey de Francia le complace que os coronen «como hija suya». Difundiremos la noticia.

–Como su hija –repite, entornando los párpados.

Por fin llega el gran día. Las campanas repican por toda la ciudad. En sus aposentos, Marie Casimire se arregla con minuciosidad. Durante casi cuatro horas, le han dado un masaje, le han puesto aceite, polvos y perfume. Camareras y damas de honor, en un ballet bien orquestado, le pasan las camisas, las enaguas, el vestido de brocado de oro, asegurándose de que no le apriete demasiado la cintura, y finalmente el manto real «de estilo polonés», todo blanco, realzado con llamas de oro. Es el mismo que llevó Luisa cuando se casó con Ladislao. Marie Casimire recuerda su asombro de niña al descubrir a su protectora con sus atavíos de reina. Con el rostro abstraído, contempla su larga cabellera de seda que ondula alrededor de su rostro y cae

en cascada por la espalda. Un collar de perlas de un oriente raro realza la luminosa blancura de su tez. Tiene treinta y tres años y nunca ha sido tan apetecible con el pecho rotundo y las caderas formadas. Arreglada hasta la punta de las uñas, no ha perdido ninguno de sus encantos y su cuerpo perfumado con esencias exhala olores que despiertan la voluptuosidad.

Del brazo de Juan, sube al carruaje real que los lleva a la catedral de Wawel, donde desde la mañana se congregan la alta nobleza y los cargos más elevados de Polonia. La pareja intercambia una mirada emocionada y sube la escalinata al son impresionante del órgano. Cruzan el atrio y se dirigen hacia el altar, precediendo una larga procesión de obispos vestidos de pontifical. Marie Casimire se instala en su sillón. La rodean sus amigos, los de la conjura y la elección, Jablonowski, Radziwill, los Sapieha y Morsztyn, que se inclinan con deferencia y la tranquilizan con su presencia. Juan entra en la sacristía para ponerse el alba y la capa que llevan los reyes de Polonia para esta ocasión. Al regresar al altar, recibe las siete unciones, coge la espada que le tiende el arzobispo y jura:

–¡Juro proteger y defender la Santa Iglesia contra los infieles!

Blande la espada tres veces y el obispo de Cracovia le coloca sobre la cabeza la corona de los Jagellón.

–¡Vivat! ¡Rex! –clama la concurrencia.

El fragor ininterrumpido de los cañonazos anuncia el acontecimiento a la población. Juan se gira hacia su esposa. Con gran ceremonia, el Nuncio Apostólico y el obispo de Marsella la conducen a su lado. Se arrodilla y disponen sobre sus hombros un manto escarlata ribeteado de armiño. En ese momento rompe el silencio un vocerío hostil en toda la iglesia. Los prelados se quedan petrificados. Marie Casimire palidece y fija su mirada en el crucifijo del altar para no desfallecer. En su memoria vuelve el olor del caramanchón inmundo, y su corazón formula una plegaria:

«Nada de vergüenza para mí, Señor, tú eres mi refugio».[1]

Un escalofrío le recorre el cuerpo. El bramido lancinante de las trompetas de plata cubre las protestas, y el obispo le pone sobre el cabello suelto la corona que Luisa llevó antes que Leonor. Su mirada se une a la de Juan, que la envuelve de ternura y reconforta su alma. Poco importan el mundo y sus murmuraciones. Es reina, consagrada ante Dios. Algunos no se lo perdonan. Pero de ahora en adelante, nadie podrá arrebatarle su título. Segura de sí misma y altiva, sale de la catedral del brazo de «su» rey. Fuera la multitud los aclama. Y Juan se inclina para confiarle:

–Leonor está vencida. Reináis conmigo.

Marie Casimire sonríe, pero su amor propio herido no podrá olvidar lo ocurrido. Por el momento, el pueblo la adula y la venera:

–¡Vivat Krolewa![2] ¡Vivat María Kaziemira!

Su nombre coreado por miles de gargantas sube hasta las nubes y los clamores la transportan hasta el palacio. Desde la galería de madera, sigue saludando, se embriaga ante la muchedumbre que semeja un arriate de manos que se mueven en su honor. El Gran Tesorero arroja medallas de oro y plata al gentío y celebran un suntuoso banquete bajo los artesonados con lagunares de un amplio salón decorado con las más bellas tapicerías del mundo.[3]

---

[1] Salmo 70.

[2] Se pronuncia Krulova y significa reina, en polaco.

[3] Las famosas tapicerías que representan el Diluvio universal, según la narración bíblica, y que actualmente todavía se pueden ver en el castillo de Wawel.

Al día siguiente, acompaña a Juan, que atraviesa Cracovia con una escolta interminable. Estirada sobre los cojines carmesíes de un carro dorado, se pavonea como una Madona, vestida con marta cebellina y enjoyada. Esta magnífica procesión pasa por las calles adornadas con flores y gallardetes hasta llegar a la plaza del mercado, donde tendrá lugar la ceremonia del juramento. En un estrado cubierto con alfombras preciosas, han colocado el trono, con el palio de oro y escarlata. Y lo que siente Marie Casimire al subir los peldaños de la mano de Juan no se puede describir. De repente tiene la sensación de que su pecho es demasiado estrecho para contener los latidos de su corazón. La antigua protegida de Luisa, triunfadora, saluda con orgullo a sus súbditos, que se apiñan por millares alrededor, en las ventanas e incluso en los tejados. La majestad se filtra en sus venas, una sonrisa de reina le ilumina el rostro y sus gestos encuentran por instinto la gracia real que encandila a las masas.

El sol pálido no mata el frío. Su estado no le permite retrasarse. Regresa a su litera y se refugia en el palacio Lubomirski. A recaudo de un palco, asiste al desfile de todas las delegaciones de los cuerpos del Estado que vienen a inclinarse ante el rey de Polonia para jurarle fidelidad. El pequeño Jacques, de ocho años, está al pie del estrado y se comporta dignamente montado en su caballo ante los hidalgos. Es un delfín apuesto, se dice para sí misma, imaginando ya transmitir lo que acaba de conquistar. Durante un instante, un sueño hegemónico ilumina sus grandes ojos oscuros.

La ceremonia se termina. Al lado de Juan, Marie Casimire preside un festín amenizado por violines y otros entretenimientos que continúan hasta enlazar con los fuegos artificiales que encantan la noche.

Entonces comienza una nueva vida para Marie Casimire. Por fin le conceden los privilegios de la realeza: Casa, viudedad, regimientos, guardia cosaca... Camareras y damas de honor se multiplican en sus aposentos. Al igual que Luisa, dicta, ordena y distribuye favores. Los más poderosos del reino se inclinan, pero nada puede satisfacerla hasta que no se haya vengado de las protestas que la humillaron en la catedral. Una elevación de su familia le es indispensable, tanto más cuanto que siguen riéndose sarcásticamente de sus modestos orígenes. A pesar de todo su resplandor, la corona no puede borrarlo y las burlas no salvan a su esposo. Sin esperar más, convoca al obispo de Marsella.

–Os lo repito, monseñor. Un título de duque y par y ya no se hable más del asunto. No pido la luna, después de todo. No debería costarle tanto al rey de Francia concedernos esta satisfacción. ¿No me habíais dicho que era coronada «como hija suya»?

Forbin-Janson disimula su turbación. No le puede confesar a la reina de Polonia que su amo hace una mueca cuando le hablan de ese asunto. Una lavativa de cristal machacado le parecería menos doloroso que acordar este favor a un disoluto capitán de la Guardia comido de deudas. Además, Luis recuerda ciertas palabras de una señora Sobieska, a fin de cuentas su súbdita, que tuvo la osadía de plantarle cara con su «¡Si no hay abadía, no hay cuartel!». Una hábil pirueta salva al ingenioso prelado:

–Es para agradaros, señora, por lo que Su Majestad nos envía al marqués de Béthune que se ha casado con vuestra hermana.

–Eso no cambia en nada mi petición. Para mí es muy importante ese ducado con dignidad de par para mi padre.

–Vuestro cuñado tiene acceso directo al Rey. Le comunicará vuestro deseo.

Con estas palabras, Marie Casimire se tranquiliza y piensa en las ventajas con las que podrá gratificar a su familia. Desde hace ya tres años, su hermano mayor, el conde de Maligny, está al mando de un regimiento en los ejércitos de Juan. Lo hará nombrar coronel de los dragones de la Corona. Su hermana Louise-Marie, ahora marquesa de Béthune, abandonará su puesto de camarera de la reina María Teresa y se reunirá con ella a orillas del Vístula. Como esposa del embajador de Francia, será la primera dama de todas las damas de la corte. En cuanto a la benjamina, Marie-Catherine, también formará parte del viaje. De aquí a poco le organizarán una bonita boda, y harán venir al marqués D'Arquien en cuanto haya recibido su ducado con dignidad de par.

Por ahora, en el carruaje que lleva a los soberanos a Varsovia, hablan de bautizo. Marie Casimire ha dado a luz a una niña a la que han llamado Thérèse Cunégonde. Recuerda que el rey de Francia y la viuda de Carlos I de Inglaterra sostuvieron a Jacques en brazos, y decide que la princesita tenga como padrinos a la reina de Francia y al nuevo rey de los ingleses. Juan lo aprueba y establecen los detalles de la fiesta. Marie Casimire dice con voz cansada que el parto la ha agotado. Se impone una curación, los médicos lo han dejado claro.

–Iré a tomar las aguas a Bourbon-l'Archambault –concluye.

Juan se crispa y refunfuña:

–¿Qué quimeras vais a perseguir? ¿Acaso París es más importante que vuestra corona?

–Sólo pienso en curarme, Iachou, y me preocupo por Jacques. Está creciendo mal, su espalda se está deformando. Debe recibir un tratamiento.

–¿Qué puedo deciros, alma mía, sino que me importáis más que yo mismo?

Envían cartas a Versalles. Un correo anuncia que el marqués de Béthune traerá los pasaportes y representará a los reales padrinos en la pila bautismal. Sin pérdida de tiempo, Marie Casimire prepara sus baúles. Un séquito real, digno de la recepción debida a las Majestades con la cual la honrarán. Luis, que se ha alegrado de su encumbramiento, sólo puede estar orgulloso, piensa, de ver en el trono de Polonia a una francesa que defiende sus intereses. Menudo placer, pues, pasear su grandeza por Francia y hacer callar a cuantos, respaldando a los Longueville o a los Condé, la trataban de aventurera, codiciosa y sin educación. La reina de Polonia, con su boato y su posición, saldará su última cuenta y vengará como se debe las heridas de la mariscala Sobieska.

Pero el embajador, su cuñado, no llega. Marie Casimire se impacienta. El fuego vuelve a quemarle las entrañas y tiene miedo. Hace bautizar a su hija olvidando a los ilustres padrinos y se pone en marcha, en compañía de su hijo mayor y un séquito de cien personas. A pocas leguas de Varsovia, el carruaje de los Béthune se cruza con el suyo. Se besan con frialdad. Marie Casimire presenta sus excusas por haber precipitado la situación, poniendo como excusa su salud, y pide sus pasaportes.

–Anuladlo todo –dice el marqués–. Os niegan los honores otorgados a la realeza.

Pálida de sorpresa, Marie Casimire se sofoca.

–No os entiendo. He sido coronada «como hija suya».

–Su Majestad establece una diferencia entre la esposa de un rey elegido y la de un rey hereditario.

–¿Y eso qué significa?

–Que os aconsejo permanecer en Polonia. Podríais sufrir algunos disgustos.

Marie Casimire prorrumpe en amenazas, estalla y suelta imprecaciones y finalmente se tranquiliza.

–¿Y qué ocurre con mi padre? –le pregunta todavía con voz rota.

–Se ocupan de ello en el despacho del señor de Pomponne –asegura el diplomático, al cual la escena le deja helado–. Tengo bastantes posibilidades de obtener lo que esperáis.

–Siempre las mismas respuestas, nunca nada preciso –replica enojada.

Brama una orden y el séquito real da media vuelta. La joven, herida en su amor propio, se dirige a Yavorow para esconder su orgullo ofendido. Estaba orgullosa de haber conquistado el trono y consideraba que estaba a la misma altura que todos los reyes de la Tierra, ¡con el insigne privilegio de poder llamar «mi hermano» al Rey Sol! Pero Luis se burla de la reina de Polonia y la rechaza con menosprecio, infligiéndole la mayor humillación de su vida. La conmoción quebranta todo su ser. Le es difícil admitir la implacable verdad; las negociaciones de la elección sólo le han proporcionado los artificios de la realeza. La sangre real no se compra.

–Y, sin embargo –susurra con rabia–, una reina «elegida» vale tanto como una reina «hereditaria».

Esta historia la consume y la hace enfermar. Desde su llegada al castillo, los dolores crecen y hace su aparición la fiebre. Una fiebre tan alta que la postra en cama durante varias semanas y la hace delirar. Los médicos temen por su vida y llaman al rey Juan, que acude, trastornado, y la vela con ternura, abandonando durante un tiempo los complicados asuntos de gobierno.

A principios de agosto, Marie Casimire se encuentra mejor. Juan le explica que debe marcharse. La República está en peligro. Los turcos se hacen fuertes en Kamieniec. El Sejm ha votado y le ha concedido un ejército de cien mil soldados.

–Me esperan para dar el asalto –dice dominando su tristeza–. Cualquier retraso podría perder a Polonia.

Marie Casimire se desmorona y se echa a los pies suplicando:

–Juradme que firmaréis la paz. Francia os lo pide.

Juan la levanta y la estrecha entre sus brazos, pero no transige.

–Los turcos están en nuestras tierras y me niego a firmar un pacto con la Sublime Puerta si no es con honor, es decir, mediante las armas.

–¡Te lo suplico, Iachou, detén esa guerra! No puedo soportar estar lejos de ti.

–No acentúes mi pesar, Marysienka. Puesto que no podemos estar unidos corporalmente, al menos estémoslo de pensamiento y corazón, porque es aquí donde deseo vivir y reinar.

La joven, desesperada, rompe en llanto. La eterna rival se alza de nuevo, ante la cual cede por la salvación de la República. Cartas, retratos, un escapulario, un brazalete, a los que se suman mil ternuras para entretener el recuerdo. También disputan con mala fe por tonterías y las respuestas llegan a contratiempo. Vuelve a sus cuidados presumidos de antaño para no confesar su inquietud. No vuelve a recuperar la salud y arrastra los pies, agotada por los embarazos repetidos.

–Doce ya[4] –murmura con voz cansada–. Y sólo para cuatro hijos que me quedan.

El horrible «mal» se despierta, y vuelven a aparecer los dolores punzantes y los desmayos. A diario toma baños de azufre y aumentan las dosis de mercurio. Teme los efectos en la piel, en los dientes y en el cabello y vuelve a obsesionarse. Se ve vieja, fea, repudiada... Sólo le queda una solución, no volver a quedarse embarazada, no «hacerlo» más. ¿Pero cómo va a decírselo a Juan? ¿Y cómo va a dominar el deseo cuando está a su lado? Vale más separarse. Con mano trémula, escribe:

> ¡Se acabó! He conseguido llegar donde quería, a desvincularme totalmente de vos. Mi corazón ha cambiado por completo y no hay vuelta atrás posible. ¡Adiós, quizá para siempre![5]

Abatida por el sufrimiento, se ha encerrado en sí misma, dando de lado al mundo, pero desconoce las dificultades por las que atraviesa su esposo. Miguel Radziwill, su cuñado, irrumpe en su refugio y la saca brutalmente de su melancolía.

–Juan se ha atrincherado en el pueblo de Zurawno –le dice–. Cien mil turcos le cercan y van a asaltar el pueblo. Está perdido, y el país con él.

–¡No! –grita–. No se dejará aplastar. Al igual que en Lvov ganará.

–Está sólo, Marysienka, con quince mil hombres como máximo y el terreno no le ayuda.

Las noticias se suceden y la trastornan con más violencia porque estaba muy lejos de imaginarlas. En efecto, la situación es desesperada. A Austria le han llegado voces del tratado de Yavorow y teme una Polonia victoriosa. Espías a sueldo del emperador han divulgado el rumor de que esta guerra es una comedia montada por el rey de Polonia con los franceses y los turcos para extorsionar con más impuestos a los polacos. Las tropas desertan, prefiriendo volver al tratado vergonzoso de Buchach. En todas las iglesias del reino se celebran exequias por los muertos. Marie Casimire palidece cuando le anuncian que ha llegado un escudero real con un mensaje urgente. Teme lo peor y lee una respuesta a su carta de separación que la deja indefensa y desamparada.

> He estado a punto de caer del caballo al leer vuestras últimas palabras: «Adiós para siempre». Nada me aflige más que esas personas odiosas que os cuentan tonterías. Deberían preocuparse por vuestra salud en vez de alterarla con historias falsas. Yo estoy bien, gracias a Dios, pero me pregunto de qué me sirve mi salud si no puedo oír buenas noticias de la vuestra, que es mil veces más importante para mí y sin la cual no puedo sobrevivir. Por lo tanto, beso todos vuestros encantos y os abrazo con toda mi alma.[6]

Tanto amor la conmueve y la llena de confusión. Se siente muy pequeña y poco digna de Juan con su corazón atribulado. ¿Va a abandonarlo como los demás y perderlo para siempre? Enseguida olvida sus languideces y sus indisposiciones, hace acopio de energía y se precipita a Varsovia donde reúne

[4] Al final de su vida, Marie Casimire contará dieciséis. Cuatro durante su matrimonio con el príncipe Zamoyski y, de los doce con Juan Sobieski, sólo cuatro sobrevivieron.
[5] Carta auténtica.
[6] Carta auténtica.

al Senado y, adjudicándose las prerrogativas del soberano, convoca a la pospolita.[7]

–¡Cómo podéis dudar por un instante de vuestro rey! –exclama desde lo alto de su trono–. ¿No os avergonzaría dejarle morir a manos de los infieles cuando el propio Papa le envía dinero para combatirlos?

Les enseña el documento que acaba de recibir. Inocencio XI ofrece una suma elevada para formar un ejército y construir fortificaciones. Los nobles gritan: ¡A las armas! y emprenden la ruta del sur. Llegarán cuando la batalla haya terminado.

Algunos días más tarde, en su castillo de Zhovkva donde noche y día reza el rosario, Marie Casimire se entera de la victoria. Repitiendo la experiencia de Podhajce, Juan ha luchado desesperadamente. Con sus conocimientos sobre la defensa y sus trucos cercanos a los de un genio, ha vencido al enemigo. En la cripta de los antepasados, Marie Casimire da gracias al cielo y espera al héroe. Tiros de mosquete, sobre un fondo de tambores y trompetas, anuncian la cabalgata real. Impaciente, hace enganchar su calesa y sale a su encuentro. De un salto Juan descabalga y devora los labios que se inclinan hacia él, mientras sus manos hambrientas aprisionan su pecho y corren bajo las enaguas.

–¿Estáis contenta, mi amor? –le dice anhelante–. Empezabais a enfadaros conmigo porque me acusaban de no querer la paz. La he firmado y he liberado la tumba de Jesús mancillada por los infieles. A partir de ahora estará bajo la custodia de sacerdotes cristianos.[8]

Marie Casimire acaricia con veneración el querido rostro esculpido por los vientos y el polvo, y de repente se estremece en su intimidad poseída.

–Iachou –murmura con emoción–, estoy muy orgullosa de ti.

–¿Osarías repetirme lo que me has escrito: «Adiós para siempre»?

–Perdóname. A veces tengo miedo de no ser ya la mujer que has amado.

La estrecha contra él y dice con voz aterciopelada:

–No veo despuntar en vos la estación del otoño, señora. Sois el más gentil de los veranos y os amo hoy igual que el primer día.

–¿Ya no te irás?

–He conservado mi honor y lo pongo a tus pies.

Unas ráfagas de viento húmedo azotan su rostro delicado. La corte se reúne alrededor de las chimeneas. Marysienka resplandece con su amor reencontrado. Se ha vestido «al estilo polonés» y todos se fijan en los numerosos collares de oro y piedras preciosas que caen en cascada desde lo alto del vestido. A su modo celebra el regreso de su vencedor, mediante una cena preparada por un *chef* francés y servida al son de violines, y a continuación una representación de *Andromaque,* traducida al polaco por el amigo Morsztyn. Tras el espectáculo, muy aplaudido, el marqués de Béthune entrega al rey de Polonia, en nombre del rey Cristianísimo, la banda azul de la orden del Espíritu Santo.

–¡Para el liberador del Santo Sepulcro! –dice con gravedad.

Juan se levanta y pronuncia unas palabras solemnes. Lo felicitan. Forbin-Janson anuncia que va a regresar a París y se despide. Acto seguido se acerca a Marie Casimire para confiarle en secreto:

[7] Milicia polaca, compuesta de nobles.

[8] Fue una de las cláusulas del tratado de paz que Juan Sobieski impuso en el campo de batalla.

–El Rey se alegrará. Ya no hay ningún impedimento para que de ahora en adelante se aplique el tratado. Cuento con Vuestra Majestad para favorecer el asunto de Hungría y un ataque rápido a Brandeburgo.

La soberana asiente con una sonrisa y le dice con voz dulce:

–Sigo esperando un ducado con dignidad de par para mi padre. Comunicadle a Su Majestad que no podría concederme mayor placer.

XXII

Por primera vez desde su boda, Marie Casimire no teme la guerra. Juan no partirá más a luchar. La felicidad le sonríe, pero no puede confiarse. Mientras su padre no reciba el ducado con dignidad de par, seguirá siendo, a pesar de la corona, la «hija de un hidalgüelo». Borrar esa «mancha original», como no para de decir, es lo primero.

Con la mirada fija en Francia, espera. Pero pasan los meses y Versalles no contesta. Se preocupa y llama al marqués de Béthune. Bastante apurado, le explica a la reina en pocas palabras la increíble maquinación que se trama en los salones de Versalles. Un tipo llamado Brisacier, secretario de los mandos particulares de la reina de Francia, pretende ser un hijo secreto de Juan Sobieski, concebido durante uno de sus viajes de juventud. Se hace llamar Brisacierski y piensa convertirse en duque, como el marqués D'Arquien, exhibiendo una recomendación del rey de Polonia, presentada por un padre carmelita tan sospechoso como el documento.

–Desde que se produjo este incidente –concluye–, Su Majestad no quiere oír hablar de vuestro padre. Luis se pregunta si no habéis inventado este subterfugio para obligarle.

–La impostura del pequeño Brisacier no nos incumbe para nada –replica secamente–. ¿Qué dice mi señor el rey a todo esto?

–Prorrumpe en amenazas y jura por san Estanislao que él no ha firmado nada.

–¿Acaso lo poníais en duda? Lo comunicaremos al señor mi hermano y todo se aclarará.

Algunas semanas más tarde, llega una respuesta lacónica de Versalles. El Rey Sol ha reconocido la estafa y castigado a los culpables, pero no habla del ducado. Mane Casimire, herida en su amor propio, se rebela y exclama que se ha cometido una injusticia.

–Lo que pido para mi padre no es una extravagancia. Es simplemente una compensación mínima por los servicios que desempeñamos en Hungría.

El marqués de Béthune intenta hacerla entrar en razón.

–Olvidadlo –dice–. Su Majestad no cederá. Reconoced de una vez por todas que vuestro progenitor es un canalla que sólo piensa en alborotar, beber y batirse. Nunca será duque.

Con la voz rota, Marie Casimire sigue implorando:

–Entonces que lo hagan mariscal de Francia. Vendrá a Varsovia y correremos el velo del silencio sobre su vejez tempestuosa.

Pasan unos meses más, y la conducta del marqués D'Arquien alimenta sin cesar las crónicas de sociedad. Una amarga pócima para la soberana, que ha de rendirse a la evidencia. Así que abandona cualquier esperanza de favor y convence a su padre de que venda su capitanía de los Guardias y se reúna con ella en Polonia. El asunto se lleva a cabo con discreción. Para no alertar a sus múltiples acreedores, el marqués D'Arquien entrega la suma a su amo, el duque de Orléans. Tiempo perdido. Al salir del Louvre, se lo llevan a la Bastilla, detenido por oponerse a pagar unas deudas. Y llega el embargo.

–¡Que paguen, por Dios! –exclama Marie Casimire en cuanto se entera de la noticia–. Mi padre no puede permanecer en prisión. Me moriría de vergüenza.

Con una rabia profunda, indaga y descubre que el autor del drama no es otro que Louise-Marie. La embajadora no ha recibido su dote y, ante el temor de verse privada de ella, ha solicitado una carta sellada con una orden del rey. Luis XIV, a favor, no se ha hecho de rogar. Marie Casimire convoca

inmediatamente a los Béthune y suelta toda su cólera. Las dos hermanas se insultan, mientras el embajador, impávido, afirma que no tiene nada que ver en ello. Poco a poco se tranquilizan y se explican. Mandan cartas al duque de Orléans y a Versalles. Se levanta el embargo y el marqués D'Arquien, liberado, se marcha para siempre de París.

A finales de 1678, llega a Varsovia, donde una reina lo recibe con todos los honores reservados a las personas más poderosas de la Tierra, lo instala en el Palacio Real y le da una Casa. El padre y la hija unen sus rencores. Repasan minuciosamente las vejaciones padecidas por ambas partes y la rabia que sienten hacia Luis que les tiraniza con su desprecio, aumenta.

–¡Me vengaré! –afirma la soberana.

Sin esperar, torpedea el asunto de Hungría. Echando madera al fuego y poniendo a Juan entre la espada y la pared, despierta las sospechas de los senadores a propósito de diez mil hombres reunidos clandestinamente cerca de la frontera; luego convoca a Jablonowski, su fiel cómplice de la elección, que ha recibido el cargo de atamán de campaña.

–Id a Stryij –le dice–. Licenciad a las tropas enroladas por los Béthune y alejad a los oficiales franceses que supervisan la empresa. ¡Si oponen resistencia, cortad cabezas!

En el palacio de Versalles, Luis echa pestes y monta en cólera. La buena diversión que había imaginado para debilitar a Leopoldo ha fracasado. Reclama a su embajador y contraataca dando en el blanco al declarar que la marquesa de Béthune es directamente responsable de este fracaso, y la destierra a Turena. Marie Casimire, que entretanto se había reconciliado con su hermana, clama en el desierto. Una vez más, la afligen al asestar un golpe a su familia. Las humillaciones no paran de acumularse y su orgullo se rebela. A partir de ese día, le da la espalda al Rey Sol y sonríe al representante del emperador, a quien se le abren las puertas del Palacio Real y se convierte en su pareja titular en el juego del hombre.[1]

–Tranquilizaos, alma mía –le dice Juan–. No compliquéis más mi tarea. Ya es bastante difícil en estos momentos. Austria, con sus sabias campañas, cada día adquiere nuevos partidarios, y la mitad de la República se alza contra nuestra alianza con Francia.

–¿Y qué esperáis para denunciarla? Luis os niega el título de «Majestad» y no cumple sus promesas. Os lanza a operaciones azarosas como los embrollos de Hungría o el ataque a Brandeburgo, atrayéndoos con el señuelo de Königsberg y la Prusia ducal. ¿Habéis recibido las pensiones y las sumas previstas por el tratado de Yavorow?

–Siempre he respaldado a Condé, y gracias al apoyo de Francia hemos ganado mi elección. ¿Creéis que puedo renunciar a convicciones por las cuales he luchado durante tantos años? La facción pro francesa sigue siendo el partido de la Corona.

–Aunque os desagrade, Iachou, he dejado de creer en las sirenas de Versalles. En cambio, el enviado del emperador pronuncia palabras que tienen la suerte de encantarme, y sus ofertas son alentadoras. Nos ofrece una archiduquesa para nuestro pequeño Jacques, cuando llegue el momento, y un título de príncipe del Imperio para mi padre.

–No tengo ninguna fe en Leopoldo.

–¿Dejaréis que Luis me deshonre?

[1] Juego de cartas de origen español, muy de moda en el siglo XVII.

Un silencio los separa. Sus miradas se enfrentan, pero una sonrisa de Marysienka hace renacer su complicidad, como en la época de la conjura y la elección.

–Actuemos con habilidad –dice–. Fingid ser francés y yo respaldaré a Austria. De un lado y del otro las ofertas subirán y Luis se arrepentirá de haberme negado un ducado con dignidad de par.

–Veremos lo que dice el próximo embajador. Me anuncian al marqués de Vitry.

Desde el momento en que entra en el salón de audiencias, Marie Casimire desconfía. Se ve que el hombre no pretende otra cosa que seducir. El diplomático tiene una silueta elegante, una inteligencia ingeniosa y un encanto lleno de finura. Sin embargo, en los ojos de mirada aguda, la soberana descubre al aventurero sin escrúpulos. Siente a un enemigo por instinto. En silencio, escucha el discurso que pronuncia ante el rey Juan. Juramentos y promesas para reforzar una alianza que Versalles juzga indispensable. Después se gira hacia ella, saluda con una reverencia de corte teatral y anuncia:

–Su Majestad tiene el placer de acordar un ducado con dignidad de par... ¡al príncipe Jacques!

Al oír estas palabras, Marie Casimire se crispa y lo mira de arriba abajo con altivez. ¿Intenta humillarla una vez más? Lo que representa un honor para el marqués D'Arquien, capitán de la Guardia, no es aceptable para su hijo, que es el hijo de un rey. Con voz tajante, contesta:

–Os equivocáis de persona. Su Alteza Real el príncipe Jacques no necesita un ducado. Con la ayuda de Dios obtendrá un trono.

La audiencia termina y el diplomático se retira, muy decidido a devolver la ofensa de este desaire que lo mortifica aún más porque ultraja a su amo. El raudal de críticas que vierte sobre la soberana se extiende por toda la ciudad y llega hasta París.

–Unas exigencias fuera de tono... Un orgullo indescriptible –declara a los cuatro vientos–. Se le debe todo y todos deben ceder...

Marie Casimire no se preocupa y aumenta el furor del hombre que habla en nombre de Luis. La reina muestra sus simpatías a Austria y vitupera a Francia. Vitry se enrabia y se queja ante su ministro. Ha venido a Varsovia para afianzar la obediencia del rey de Polonia y se encuentra en su camino a una reina que se las ingenia para enredar el asunto. Versalles se altera y envía de refuerzo al obispo de Beauvais, el antiguo obispo de Marsella. Con la ventaja que le da su larga experiencia con los soberanos, sin duda alguna el señor de Forbin-Janson reorientará la situación.

Mientras tanto, todo se complica. En Constantinopla los turcos tratan con dureza a la delegación polaca encargada de ratificar la paz firmada en Zurawno. Hay un nuevo visir, Kara Mustafá, que odia a los cristianos y habla de «guerra santa». Las caravanas se multiplican en los desiertos y los puertos del mar Negro son un hervidero de gente. Se prepara un ataque de gran envergadura. Algunos hablan de Austria, otros temen por Polonia. Juan está preocupado. Quiere atacar Kamieniec, realizar una rápida ofensiva para echar a los bárbaros del país, pero el Sejm se opone. En los brazos de Marysienka, se lamenta:

–Por un lado, me empujan a la guerra, y por el otro me retienen.

–Tened cuidado, Juan. Ya no podéis contar con la facción pro francesa. Vitry suelta su veneno.

–Ahora sé que es mi enemigo. Sin embargo, seguiré fingiendo la amistad. Otra actitud provocaría una guerra civil.

En efecto, Varsovia está revolucionada. Los espías abundan y el viento propaga sus calumnias. Los agentes de Viena propalan que el rey de Polonia pacta con Francia y con el otomano para aplastar a otros cristianos. Mientras tanto, Vitry desencadena su furia contra la reina y separa de forma solapada la facción pro francesa de la causa de su rey. La división está por todas partes, pero contrariamente a lo que comentan, los soberanos están muy lejos de la desunión. Dejando la capital a las habladurías de los sapos y los lobos, Juan y Marysienka, acompañados de su séquito y sus hijos, se instalan en Wilanów, un palacio que acaban de construir a tres leguas de allí, a la orilla de un río perdido en el bosque.

El destino sigue su curso y los acontecimientos se precipitan. El arzobispo Pallavicini, nuncio del Papa, venido especialmente desde Roma, solicita una audiencia.

–Viena está en peligro –declara–. Nuestros informadores merecen toda credibilidad. Todo Oriente está tomando las armas y se dirige hacia el Danubio. ¡Hay que salvar a Austria! Su Santidad os lo pide, porque de ello depende la suerte de la cristiandad.

–Los polacos no lucharán por el emperador –afirma Juan, un tanto desilusionado–. Se han negado a liberar su propio país.

–Los turcos no se detendrán en Viena –prosigue el nuncio–. Se apoderarán de Cracovia e irrumpirán en toda Europa. El sultán ha jurado que hará abrevar a sus caballos bajo la cúpula de San Pedro.

–Francia no es tan pesimista, Eminencia –replica Juan.

–Luis se comporta como un hereje. Es él quien lanza a los turcos contra los Habsburgo. Un plan diabólico para destruir el Sacro Imperio Romano Germánico y tomar una posición hegemónica en la cristiandad. Tened cuidado, Majestad. Su Santidad está pensando en excomulgar a ese rey al que llaman Cristianísimo.

Al oír estas palabras, Marie Casimire se anima. No erraba al cambiar de bando.

–Opino lo mismo que vos, Eminencia –dice–. Ayudando a Austria, salvaremos la cristiandad.

Juan suspira.

–He alertado a las cortes de Europa. Esperamos su respuesta.

Dos días más tarde, anuncian la llegada de Forbin-Janson. Los reencuentros son calurosos y la entrevista cordial. Rememoran los viejos tiempos, la elección, el asedio de Lvov. También hablan de los movimientos del ejército turco. El prelado minimiza el peligro, alegando que sólo se trata de Viena. El sultán quiere formalizar un asunto con el emperador y Polonia no debe entrometerse. Juan refunfuña, escéptico, y se retira a su biblioteca. Solo con la reina, Forbin-Janson pide proseguir la entrevista.

–Es un asunto de la mayor importancia –dice con cara de preocupación.

Marie Casimire sonríe para sus adentros. Sabe a dónde quiere ir a parar y le divierte. Juno majestuosa, se sienta ante su clavicordio y toca una cantata observándolo con el rabillo del ojo. Ante la turbación del obispo, ataca con desenvoltura.

–El sonido de este instrumento es una maravilla. Un regalo del emperador.

El hombre se crispa.

–Así que apoyáis a Austria. ¿Cómo os atrevéis?

–Luis no quiere que mi padre sea duque. Leopoldo hará de él un príncipe del Imperio.

Forbin-Janson se sale de sus casillas:

–Sois francesa, señora, y el marqués D'Arquien es un súbdito del rey de Francia. Aceptar un título alemán sería un escándalo y provocaría la ruptura entre nuestros países. ¿Qué hacéis con nuestra amistad y nuestros acuerdos?

–¿Qué puedo hacer, monseñor? Francia me ha traicionado primero. No cumple con su palabra, y hoy en día toda Europa se burla del rey de Polonia, cuyo suegro es un mero hidalgüelo. El marqués D'Arquien obtendrá la preeminencia que merece. No pienso echarme atrás.

El obispo se tranquiliza y pronuncia palabras conciliadoras.

–Os lo suplico, señora, no vayáis más lejos. Arreglaremos las cosas.

Marie Casimire lo despide y va a reunirse con su esposo.

–Nuestro amigo ha picado el anzuelo –le dice–. Las ofertas van a aumentar dentro de poco.

Juan se levanta lentamente. Desde que no hace la guerra, ha engordado. Le cuesta respirar y camina pesadamente, pero en su rostro abotargado, la mirada sigue siendo intensa.

–¿Me acompañaréis al parque? –le dice ofreciéndole el brazo–. Olvidad vuestras intrigas y hablemos de nosotros. ¿Sois feliz, alma mía?

–¿Cómo no voy a serlo, Iachou? Llevamos cinco años sin separarnos un solo día. No me canso de vos y sólo lamento una cosa, el daño que os causa la situación de mi padre.

–Poco me importa el mundo, Marysienka. A mí sólo me importa el fondo de tu corazón. El mío no ha cambiado. No puedo vivir sin ti.

A principios del año 1682, la amenaza turca se hace más inminente, y las comitivas se suceden en la corte de Wilanów. Forbin-Janson y Vitry la asaltan con mil gestos de amabilidad. En nombre de Luis, abogan por la neutralidad y la atosigan con compensaciones tentadoras: Silesia, la corona de Hungría, pensiones, dinero, mucho dinero. El representante del emperador se limita a repetir lo que ya ha avanzado en innumerables ocasiones, y el nuncio del Papa vuelve a predicar la cruzada prometiendo suministrar importantes subsidios de la Santa Sede. Los soberanos escuchan, pero no prometen nada.

Una mañana, Marie Casimire hace enganchar su carruaje. En compañía de sus damas de honor, un capellán, un confesor, escuderos y pajes, se dirige con gran solemnidad al monasterio de Czestochowa. Si bien es verdad que es piadosa y quiere rezar a la Virgen de Jasna Góra que proteja a Polonia, en realidad lo que busca es entrevistarse en secreto con un emisario de Leopoldo. Dejando a todo el mundo ante la efigie de la Señora, se escapa por la sacristía y se encuentra con él en la penumbra de una capilla que vigila un grupo de frailes. El hombre se presenta. Se llama Zierowski y llega de Viena con una llamada desesperada del emperador.

–Los cañones turcos estarán muy pronto ante nuestras murallas. Sin el respaldo del rey Juan, no habrá Sacro Imperio Romano Germánico.

Ante el silencio de la reina, añade:

–Sabemos que un tratado une Polonia con Francia. Pero también conocemos vuestro resentimiento con el Rey Sol, vuestras simpatías por nuestro país y el peso de vuestra influencia sobre el rey Juan. Contamos con Vuestra Majestad para persuadirle de que nos preste su ayuda. Desgraciadamente, estamos ante

una situación en que no podemos ofrecer grandes cosas, tan sólo la alianza de la Corte imperial.

–Algo que no se puede desestimar –responde rápidamente–. Vuestro embajador lo explica muy bien.

Un movimiento de cabeza, una sonrisa incitante, y añade:

–Decidle a Su Majestad el emperador que haré cuanto esté en mis manos.

Zierowski se inclina con respeto y luego saca de sus calzas un rollo de pergamino.

–Creo, señora, que estos documentos os serán de gran utilidad.

Marie Casimire descubre con sorpresa que tiene entre sus manos el sello del marqués de Vitry. Un regalo que no dejará indiferente a su esposo. A partir de ahora sus espías podrán apoderarse de los despachos enviados al gabinete de Versalles. Ya no habrá secretos para ella.

En el camino de vuelta, la reina finge que dormita. Mil pensamientos agitan su cabeza. La situación es grave. Ya no hay duda, la guerra es inminente y Juan deberá partir. A Marie Casimire no le costará empujarlo a actuar, ya sabe dónde lo arrastra su conciencia. En cambio, ella debe ser fuerte y no imaginar los peligros que va a correr, sino todo lo contrario, deberá animarlo. Y todo eso no lo hará para agradar al emperador, ni vengarse del rey de Francia y ver cómo su padre se convierte en un príncipe del Imperio. Todo eso es secundario. Salvando Austria, Juan salvará su país y sobre todo será el salvador de la cristiandad, por encima de todos los reyes de Europa, por encima del Rey Sol que menosprecia a los soberanos elegidos y no se digna concederle el título de «Majestad». Cumplirá con su destino de guerrero como ella aceptará el suyo de ayudarlo.

Un golpe de gong durante el verano siembra la confusión. Los rebeldes húngaros echan a los imperiales y se alían con el bajá de Buda, arrastrando con ellos a cuatro países vecinos con los que se habían confabulado, Transilvania, Moldavia, Valaquia y Ucrania. A partir de ese momento se abre una vía magnífica para las hordas colosales de la Sublime Puerta que podrán llegar a Viena sin ningún obstáculo. Juan conserva la calma. El sultán le escribe que no tocará Polonia. Marie Casimire tiembla. Teme una tempestad y presiente un cataclismo.

–¿Desde cuándo confiáis en un turco? –pregunta con perfidia.

–Versalles me ha dado su palabra –dice Juan.

–Luis os ciega. Escuchad al Papa y salvad la cristiandad. Así permaneceréis fiel a vuestros principios.

La gente que está a su alrededor se inquieta. El nuncio Pallavicini permanece en Wilanów, y el embajador de Austria aumenta las ofertas de su amo. Además de los títulos y una archiduquesa, promete el apoyo de la Corte imperial para asegurar el trono de Polonia al príncipe Jacques. Esta vez los soberanos no son insensibles. Forbin-Janson y Vitry se preocupan. Su coto reservado se les escapa. Se debaten en Versalles y por fin obtienen algo con que satisfacer a la reina. Convencidos de su triunfo, acuden con rapidez.

–Victoria, señora –proclama el obispo–. Tenemos el ducado con dignidad de par para el marqués D'Arquien. Su Majestad ha firmado.

Con la cara inmóvil, Marie Casimire lee el certificado y descubre que el título no podrá homologarse ni será hereditario, y que su padre no podrá volver a aparecer por Francia.

–Está incompleto –dice en tono seco–. El honor no me permite aceptar.

Vitry se ufana con altanería y, girándose hacia el rey, se extraña de que le nieguen tal favor. Forbin-Janson, más diplomático, añade que con el tiempo Luis reconocerá los pequeños detalles olvidados.

–Bastará con contentarle –dice recalcando cada palabra.

–Su Majestad puede ahorrarse las molestias –le responde Marie Casimire con altivez–. Esperaremos a que esté capacitado para otorgarlo todo a la vez.

Juan ha escuchado en silencio, con la cara crispada.

–No queremos ser el hazmerreír de Europa –declara de repente.

Se levanta y pone fin a la entrevista.

Al día siguiente, el agente del emperador, Zierowski, está en Wilanów. Llega aprovechando la noche con documentos muy importantes. Son fajos de despachos confiscados a los correos de Francia en los desfiladeros de los Cárpatos, que demuestran la connivencia de Versalles con los magiares y los turcos. Una de las cartas anuncia la próxima llegada del sultán a Hungría. Otra resume una misiva de Luis XIV a Mehemmed IV asegurándole que permanecerá neutral en caso de que el otomano invada Austria. Juan estalla:

–No habla de Polonia. ¿Qué hace con ella? Estaremos rodeados por las fuerzas del islam.

Recorre la sala de un lado a otro y luego se gira hacia su esposa para decirle:

–No os preocupéis, Marysienka. He tomado una decisión. Entre el Papa y el señor «mi hermano», no lo dudo. Mi conciencia de cristiano ilumina mi camino. ¿Pero me seguirá el país? Esa es mi única preocupación. Debemos esperar a que se reúna el Sejm para tener las ideas claras. Las cabezas se calientan y las facciones se rebelan. No debemos dejarles nada a lo que puedan cogerse.

El rostro de la reina se ilumina.

–Como en tiempos de la elección –responde–. Engañaremos a los traidores y daremos gato por liebre al diablo.

Una sonrisa cómplice los une. Se compenetran y se comprenden y, aunque a veces se pelean, sólo es para reconciliarse mejor.

Por la mañana, Juan convoca al obispo de Beauvais y le dice mirándolo fijamente a los ojos:

–Después de conquistar Viena, los turcos bajarán a Cracovia. No lo dudo ni un segundo. ¿Podéis asegurarme que vuestro rey está dispuesto a enviarme fuerzas para ayudarnos? Si queréis mi neutralidad, necesito un juramento.

Forbin-Janson se descompone y dice con voz velada:

–Su Majestad no me ha autorizado a comprometerme hasta ese punto.

Los soberanos de Polonia rompen la alianza con Francia. Esa misma noche el obispo emprende la ruta de París. El marqués de Vitry acalla su rabia y permanece en Varsovia, dispuesto a oponerse al rey de Polonia, que no puede tomar una decisión sin el acuerdo del Sejm. Espera ese momento para actuar. Pero, por su parte, Marysienka le vigila y posee la llave de su «Secreto».

XXIII

Oscurecen el cielo negros nubarrones. Un viento helado, venido del Sitch, sopla en ráfagas y levanta la nieve acumulada en los tejados. En esta mañana de enero de 1683 se oyen la música de las bandas militares y los cascos de briosos corceles retumbando en los adoquines de Varsovia. Los senadores, los nobles y los sacerdotes se dirigen presurosos al Palacio Real donde tendrá lugar el Sejm. Escogen asiento en la sala del trono, y Marie Casimire se oculta tras las cortinas del palco que hizo construir Luisa. Como lo hacía su protectora, asiste sin ser vista a esta manifestación política prohibida a las mujeres. Desde su escondite drapeado con tejidos ligeros, observa a los dignatarios y busca, ansiosa, a los cómplices del marqués de Vitry. El representante de Francia ha estado instigando como un diablo durante estas últimas semanas. Sus calumnias han rozado la indecencia y su oro se ha derramado a raudales para aumentar las filas de una facción pro francesa que desde ahora ya no apoya al rey de Polonia y promete hacer oír su veto. Sin embargo, el momento es delicado. La salvación de la cristiandad depende de esta asamblea. ¿Qué harán los amigos de la elección, Morsztyn, Radziwill, Jablonowski, los Sapieha y otros como ellos a los que un odio enfermizo al Imperio decanta del lado de Francia?

Juan hace su entrada, con un empaque soberbio, y empieza a distribuir cargos honoríficos para asegurarse el apoyo de los indecisos. Se levanta y todos guardan silencio para oírlo. Marie Casimire lo escucha y murmura al mismo tiempo que él cada palabra que han escrito juntos. Romper con Francia… No para aliarse al Imperio, sino para defender la cristiandad contra la Media Luna… Un discurso elocuente, conciso y brutal que concluye con esta declaración:

–El carnero que da topetadas en las puertas de Viena también tiene puestas sus miras en las de Cracovia. Devolvamos al bárbaro golpe por golpe, y persigámosle de victoria en victoria, más allá de esa frontera que lo arroja sobre Europa. Hagámosle retroceder hasta el desierto y exterminémoslo. ¡Esta empresa sólo es cristiana, noble y decisiva!

Entonces el nuncio toma la palabra y confirma la amenaza otomana sobre Viena, para luego lanzarse sobre Cracovia y sin duda después sobre Roma. Hace una señal al representante de Austria que viene a leer un despacho recibido de un diplomático cuyo puesto está en Constantinopla. En él se dice que el visir Kara Mustafá ha decidido lanzar contra la cristiandad las innumerables fuerzas del islam, amenazando tanto Roma como Viena, pero no menciona Varsovia. Se proclama la «guerra santa» en todas las mezquitas de Oriente.

Un largo estremecimiento recorre a los miembros de la asamblea. Desde el escondite, la reina ve cómo las caras se crispan de temor. Un peligro temible se acerca y los asistentes escuchan con interés las propuestas del emperador, la alianza del Sacro Imperio Romano Germánico, de Brandeburgo y Sajonia. Sesenta mil hombres se unirán al ejército polaco a las órdenes del rey de Polonia. El Papa ha enviado la décima parte de los ingresos de la Santa Sede. Aquí están las sumas, van a pagar. Las aclamaciones estallan. Marie Casimire rebosa de alegría. Parece ser que la causa está ganada. Pero cae la noche y se separan. El Sejm nunca delibera a la luz de las velas.

Juan y Marysienka no concilian el sueño. Sus agentes actúan a resguardo de las sombras de las calles y se deslizan por los pasillos del Palacio Real. Saben que el marqués de Vitry vacía sus arcas. Es el momento de las negociaciones.

El carruaje del diplomático recorre la ciudad y se ha detenido durante un buen rato ante la imponente casa del Tesorero de la Corona.

–Morsztyn juega a dos bandas –dice Marie Casimire.

Juan se crispa y da órdenes:

–Apoderaos de todos los correos. Que no salga ninguna correspondencia diplomática del país. Quiero saber qué se está tramando.

Al día siguiente, el viento ha cambiado de dirección. La tribuna es tomada al asalto por los que acaban de verter su veneno contra el emperador. Uno de ellos pronuncia un largo discurso que concluye con estas palabras:

–En Jotín y Lvov, ¿dónde estaban los soldados de Leopoldo? Si respaldarnos al Habsburgo, sólo acrecentaremos la dolorosa esclavitud de los bohemios, los croatas y los magiares. La Sublime Puerta sólo tiene un objetivo, destruir Viena. Los enemigos de Polonia son Austria y Brandeburgo. Su único amigo es Francia, que siempre ha puesto su política, sus finanzas y sus aliados al servicio de la República.

Entonces, un Sapieha añade pérfidamente que las maniobras absolutistas del rey Juan y su sueño de monarquía hereditaria no pueden tolerarse por más tiempo. Algunos senadores se levantan al grito: «¡Abdicación! ¡Abdicación!».

Y de repente se oye una voz: «¡Deposición!».

La asamblea se paraliza por la sorpresa y los gritos de los rebeldes se prolongan. La cólera evita que Marie Casimire se desmaye. Con la mano aparta discretamente la cortina que la oculta y se inclina para ver mejor a los traidores que fomentan la revuelta. ¿Qué hacen sus amigos, los partidarios de Austria? Se despiertan y aumenta el griterío. La réplica se organiza. Desde su posición, la reina domina la sala e inmediatamente se percata de un movimiento con visos de oleada alrededor de Morsztyn. Los oponentes se acercan a él para recibir órdenes. El Tesorero trabaja para el marqués de Vitry.

La puesta del sol interrumpe la sesión y en el entorno del rey suspiran de alivio, ya que nada está perdido hasta que no hayan votado. Y siguen moviéndose para intentar impedir un veto de la facción pro francesa.

–Para vencerlos, necesitamos pruebas –suspira Marysienka–. ¿Las encontraremos a tiempo?

–¡Convocaré la leva general y castigaré a los perturbadores! –dice Juan dando un puñetazo en la mesa.

–¡Recemos! –dice el nuncio del Papa–. A veces Dios hace milagros.

Entre tanto, los espías al servicio de Marie Casimire recorren la ciudad y vuelven con documentos. Se han apoderado de la correspondencia de Morsztyn con el gabinete de Versalles, pero no hay manera de descifrarla sin conocer la clave. En ese momento el agente del emperador, Zierowski, empujando a los chambelanes, irrumpe en los aposentos reales y arroja sobre la alfombra un saco lleno de despachos.

–Es el correo de Vitry –dice–. Mis hombres lo han interceptado en Dantzig.

Rápidamente descodifican los informes enviados al señor de Pomponne y descubren el complot fomentado por Luis XIV. ¡Deponer al rey de Polonia y, si se resiste, usar el puñal o el veneno! Un hombre comprado lo sustituirá; su nombre, Jablonowski. Juan pega un grito. Su mejor amigo, aquel cuyo discurso le ha valido la elección y al que acaba de nombrar gran atamán de la Corona, se ha convertido en un Judas. Se desmorona, dolorosamente herido, agitando entre las manos la larga lista de los conjurados, todos habituales de la corte, y las sumas que ha recibido cada uno.

–¿Qué puedo hacer ahora –gime–, que los más fíeles me abandonan?

Marysienka lo abraza y lo reconforta.

–Estoy aquí y Dios está con nosotros. Os necesita. ¿Existe alguien que haya salvado con más éxito que vos Polonia del yugo del islam? Actualmente sois la única esperanza de la cristiandad entera. El Papa os apoya y el emperador os suplica que lo ayudéis.

Juntos, preparan el contraataque que les otorgue la ventaja.

–Sólo dad un nombre –le dice–, el de Morsztyn. Los demás creerán que ignoráis su papel o adivinarán vuestra indulgencia y se esforzarán en merecerla.

Por la mañana, cada uno ocupa su lugar. Tras las oraciones habituales, Juan se pone de pie, imponente y digno. Su mirada brilla y su voz resuena como el rugido del león. Habla del complot destinado a deponerlo y de la traición de su Tesorero. Blande los papeles interceptados y añade:

–Estos informes desvelan otra cosa. El hombre que debe matarme si no acepto mi derrota, un brazo magnífico que he salvado del hacha otomana, y un amigo al que aprecio con todo mi corazón, ése que se dispone a sustituirme en el trono.

En un silencio de muerte, soldados armados ocupan súbitamente las salidas y las miradas se dirigen hacia Sapieha y Jablonowski, cuyos rostros cobran un color escarlata. Una inmensa satisfacción llena el corazón de Marysienka. En su trono, Juan muestra una majestuosidad real. Domina la asamblea. Con una voz más penetrante, prosigue su discurso:

–Creo que el señor de Vitry se ha vendido siniestramente para agradar a su rey. Seguramente ha hinchado el número de conspiradores que han aceptado los treinta denarios. Nos ultraja a todos al describirnos como una nación venal, sin fe ni honradez. Por lo tanto os pido que testifiquéis la impostura declarando la guerra al infiel que mañana estará a las puertas de la República. ¡Guerra al enemigo de la Cruz! ¡Guerra al islam!

Un estruendo de aclamaciones es la respuesta. Los conjurados, que han entendido su generosidad, gritan más fuerte que los demás su fidelidad al soberano y su odio a los turcos. Vitry consigue escapar, pero los guardias rodean a Morsztyn. Marie Casimire llora de alegría y no teme levantar la cortina que la oculta para ver mejor el triunfo de su esposo. Todo el Sejm se levanta entusiasmado y vota unánimemente.

Un poco más tarde, se reencuentran y se abrazan con fuerza; sus corazones laten con la misma emoción.

–Un golpe maestro –le dice con ardor–. A partir de ahora nada te detendrá. Serás el salvador de la cristiandad.

–Así que estás satisfecha de mí –responde sumergiendo su mirada en los bellos ojos oscuros de Marysienka.

–Te amo, Iachou, y estoy orgullosa de ti.

A finales de marzo, firman el tratado de alianza con Austria, y el marqués de Vitry emprende el camino de Versalles. Furioso por haber perdido la partida, propala por todas partes por donde pasa que el rey de Polonia está enfermo y demasiado gordo para hacer la guerra. El rey lo que hace es abrir su tesoro personal, reclutar gente sin demora, movilizar el país y ponerse a hacer ejercicio para recuperar su vigor a la cabeza de sus ejércitos.

Un viento de euforia sopla sobre Wilanów. Juan y Marysienka resplandecen de felicidad. En la explanada adornada con estatuas antiguas, se pasean

cogidos de la mano entre los arriates multicolores. Se pierden en los macizos y las enramadas hasta la orilla del río y no paran de hablar. Defienden la misma causa y no tienen necesidad de fingir. Sus corazones y sus ambiciones concuerdan. Una nueva juventud anima su sangre e ilumina sus miradas. El éxito de esta campaña será la obra de los dos.

Han sido las pruebas las que les han unido desde la tarde aquella de septiembre en que se juraron fidelidad al intercambiarse los anillos de esmalte en la capilla de los padres carmelitas. A veces el cuerpo siente menos los deseos, pero los sentimientos no cambian. Los dos arden con una misma llama. Juan tiene cincuenta y cuatro años y Marysienka cuarenta y dos. A pesar de su corpulencia, él conserva toda la prestancia que su autoridad magnifica. Majestuosa y altiva, ella no ha perdido nada de su gracia y su elegancia. Aunque nuevas maternidades han redondeado las curvas de su silueta, la tez conserva su blancura incomparable y sus cabellos, largos y sedosos, ondulan suavemente sobre sus hombros.

–La operación debe prepararse con minuciosidad –dice Marie Casimire–. Acordaos de la elección. Una puesta en escena perfecta, basada en dos palabras clave: silencio y ausencia. Haremos lo mismo.

–Explicaos, alma mía. Me divertís y me sorprendéis.

–Vitry cree que os perjudica explicando que sois impotente y que os estáis muriendo.

–No se equivoca. Estos largos años de paz me han oxidado como a metal viejo. Respiro mal, necesito ayuda para subir al caballo y me ronda la apoplejía.

–El ingenio compensará estos males. Fomentemos esos falsos rumores. Harán vuestra fortuna. Los turcos se convencerán de que no os moveréis. Seguros de su victoria, no desconfiarán ni tomarán precauciones. Los sorprenderéis y los aplastaréis más fácilmente.

De París a Constantinopla, rápidamente corre la voz de que Juan Sobieski se muere. Luis XIV se frota las manos al ver aproximarse el fin de los Habsburgo. El sultán se toma el tiempo de cazar en los Cárpatos y empuja a su visir hasta las murallas de Viena. El emperador multiplica sus llamadas a Polonia y muy pronto huye de la capital.

Juan se pone nervioso. Marysienka lo retiene. Quiere asegurarse de que no le faltará nada. Sigue cuidándolo, y también a Jacques, que ha querido seguir a su padre. A medida que pasa el tiempo, el entusiasmo cede su lugar al miedo. La partida, aureolada de gloria cuando era una cosa lejana, de repente es ineludible y la pone enferma. Su coraje se debilita. La desesperación le llena el alma. Juan salvará la cristiandad sin ninguna duda, piensa, pero, y ella, ¿no va a perderlo?

El 15 de julio la caballería turca arrasa los arrabales de Viena.

–Ya no podemos esperar más –dice Juan.

Encabeza sus ejércitos. Marysienka, turbada, lo sigue acompañada de la corte en masa. Un cortejo multicolor, rutilante de oro y pedrería, envuelto en nubes de polvo recorre los caminos resecos por el verano. A mediados de agosto, llegan a Cracovia, siguen todos los «caminos de la cruz» de la ciudad y asisten a una misa solemne en la catedral. Mientras tanto, los combates ante las murallas de Viena que amenazan con caer en manos enemigas, se encarnizan. En cada etapa, los correos traen noticias: la guarnición se agota, los príncipes de Europa, emocionados, afluyen al bando de los imperiales y se

desesperan de no encontrar allí al rey de Polonia. El nuncio viene a arrodillarse ante él y le suplica que se dé prisa prometiendo la espada de honor de Su Santidad y la Rosa de Oro para la reina. El embajador de Austria lo acosa y lo urge a que se apresure, añadiendo mil promesas a las compensaciones acordadas en el tratado.

–Que Dios haga que los encuentre allí –responde el soberano– y no faltarán caballos turcos en toda Polonia.

Después se detienen en Czestochowa donde Juan, vestido con una casaca azul, que hace voto de llevar durante la batalla, pone a su ejército bajo la protección de la Virgen de Jasna Góra. Se acelera la marcha y el tiempo vuela hasta la frontera de Silesia. Es la última etapa. En el pueblo de Tarnowskie, un mensajero de Carlos de Lorena, el conde Caraffa, se deshace en llantos de alegría cuando reconoce al rey de Polonia a la cabeza de sus «caballeros acorazados» y sus temibles húsares.

–¡No puedo creer lo que ven mis ojos! –dice–. ¡Alabado sea Dios!

La descripción que hace de la situación es dramática. Trescientos mil turcos están a los pies de las murallas de Viena. Los aliados sólo tienen cien mil hombres para hacerles frente.

–Pero estáis aquí, Majestad –dice besando la punta del manto real–. Vuestro brazo invencible nos salvará del islam.

Juan escucha con atención el informe detallado de las fuerzas otomanas, la extensión de sus líneas, sus medios de combate, y declara con su voz atronadora:

–¡Yo me ocuparé de ellos, los aplastaremos!

–El salvador de la cristiandad –murmura Marie Casimire con una admiración mal disimulada.

Su deseo va a cumplirse, porque toda Europa ya se inclina ante Juan. La gravedad de las circunstancias le hace olvidar el peligro. Sin embargo, llega el momento de separarse y la emoción le pone un nudo en la garganta. Le cuesta ahogar las lágrimas pero conserva la dignidad. Abraza a su hijo Jacques, que tiene apenas quince años y se muere por mostrar su valentía.

–Sed digno de vuestro padre –le dice–. Estoy orgullosa de vos y os guardo todo mi afecto. Que Dios os proteja.

Se vuelve hacia Juan, que la estrecha entre sus brazos.

–Marysienka, mi única, ¿por qué lloráis?

–Volveréis, lo sé. Sólo me lamento de que nuestro Aleksander sea demasiado joven para combatir a vuestro lado.

–Estará allí, pues uno de mis escuadrones lleva su nombre.

Un último beso, un último abrazo.

–No me dejes sin noticias, Juan –murmura–; me moriría.

–Una cadena de correos nos mantendrá constantemente enterados de lo que ocurra. Ten confianza, alma mía.

Una última mirada antes de que se le rompa el corazón. Al son de los pífanos y los tambores, los regimientos se adentran en los desfiladeros, enarbolando banderas y lanzas tras el estandarte del rey rodeado por sus oficiales. Desde la ciudadela, Marie Casimire los sigue con la mirada durante un buen rato y no puede retener un grito cuando, en el vacío del horizonte, se pierden su esposo, su hijo y su hermano, el conde de Maligny. Un miedo terrorífico la invade y la deja helada. ¿No habrá abierto las puertas del infierno empujándolos a esa guerra? De tanto soñar con la gloria, ¿no ha condenado a Juan al sacrificio y puesto fin a su amor? Los remordimientos le

torturan el alma. Juan ya no es tan vigoroso como en Jotín y en Lvov. En Zurawno ya le ha causado preocupaciones. ¿Podrá resistir su cuerpo cansado por tantos años de acampada y de batallas a los esfuerzos que se le exigirán?

En el carruaje que la lleva de vuelta a Cracovia, tiene un ataque de nervios. Sin poder frenar los temblores de su cuerpo, con la mirada extraviada fija en lontananza, pronuncia frases incoherentes y a todos les preocupa que pierda la razón. Todos lloran a su alrededor. Sus hijos, impresionados, y sus damas que han visto partir, ellas también, a un esposo, a un hermano o a un padre. Pero llega una carta que le permite volver a dominarse. Un caballero cubierto de polvo lanzado al galope se detiene bruscamente delante de su portezuela. Reconoce al oficial Dupont, un ingeniero francés que pertenece al servicio de Juan, y lee rápidamente lo que ha escrito la mano amada:

> Única alegría de mi alma, hermosa y amada Marysienka: Me han dicho que una agitación extremada podría haceros enfermar. Os ruego, mi querida alma, que os tranquilicéis y os sometáis a la voluntad de Dios. Él se dignará concederme sus ángeles conductores, y me permitirá regresar sano y salvo con los míos.[1]

Otros mensajes de forma escalonada cubren la ruta. Casi cada día largos relatos detallados de lo que ocurre y una palabra tierna aquí y allí lo convierten en algo presente. Juan no le oculta nada de los príncipes con los que coincide, de los honores que recibe, de los obstáculos que habrá que superar, y de sus momentos de descanso cuando a veces juega a las cartas o incluso baila. Describe poéticamente los países que atraviesa, enriqueciendo su texto con pequeños dibujos, y le da noticias de Jacques que se porta bien. Marie Casimire le contesta y hace mil preguntas: ¿están bien equipados?, ¿sus trajes son suficientemente suntuosos en comparación con los demás? ¿Tienen suficiente comida? ¿Sus tiendas son suficientemente confortables? También abundan las recomendaciones. Que Jacques no olvide cambiarse de ropa en cuanto sude, y Juan que se envuelva con mantas para protegerse de la humedad de la noche. Y, sobre todo, que ni uno ni otro olviden llevar consigo las reliquias que les ha dado.

A principios de septiembre, llega a Cracovia y se instala en Wawel con su padre, sus hijos y lo que queda de la corte. Vuelve a preocuparse. Lleva cuatro días sin recibir correo. El último mensaje decía: «Mañana espero oír los cañones de Viena, y pasado mañana beber el agua del Danubio».

Torna la ansiedad. Escribe. Carta tras carta, se queja. Juan la descuida y la olvida. Los celos se insinúan en su corazón. Y ya no duerme por ello. Desconfía de todas las damas que acompañan a los príncipes. La buena presencia y el prestigio del rey de Polonia no dejarán de seducirlas. Que no se atrevan a arrebatarle a su esposo. Con algunas indirectas lo alerta enseguida y lo acusa de negligencia. El procedimiento siempre ha funcionado. Y de hecho, obtiene lo que quería. Dupont irrumpe de pronto y le entrega una carta de Juan en respuesta a sus reproches y a sus quejas.

> Debo quejarme de vos a vos misma, mi querida e incomparable Marysienka. ¿Cómo es posible que no tengáis una mejor opinión de mí, después de todas las pruebas de ternura que os he dado? Si a

[1] Carta auténtica. Forma parte de la famosa serie de treinta cartas que Sobieski envió a su esposa durante la batalla de Viena.

> veces tardo mucho en escribiros, tiene una explicación muy sencilla. Los luchadores de las dos partes del mundo sólo están a algunas millas los unos de los otros. Debo pensar en todo, atender al menor detalle. ¿Creéis que sobra tiempo para hacer algo más? Os lo ruego, mi corazón, por el amor que me profesáis, no descuidéis vuestra salud que es tan preciada para mí. Me parece bien que hayáis mandado rezar «las cuarenta horas». Hay que seguir haciéndolo. Se dirigen al hombre que se ha nombrado él mismo Dios de las armas y, por consiguiente, de la victoria.[2]

Día tras día, llegan nuevas cartas. La marcha hacia Viena ha comenzado. En una sala del castillo desenrollan unos mapas y Marie Casimire, rodeada de dignatarios y generales, sigue la progresión de los ejércitos de Juan. La hora de la verdad se acerca. Alrededor de ella se lamentan y predicen el desastre. Le es muy difícil conservar la calma. Espera y reza pensando en su amado que ya no come, ya no duerme, se ha resfriado y sufre dolores de cabeza. Una misiva, fechada el 12 de septiembre, aumenta su angustia. Juan la escribe desde las alturas del Calenberg, cerca de un convento incendiado, a las tres de la mañana.

> Estamos frente por frente del campamento turco... Desde las diez se ha levantado un fuerte viento que nos da en la cara. Parece que las fuerzas de la naturaleza se han desencadenado contra nosotros, como si el visir, que tiene la reputación de ser un gran mago... La situación no se parece en nada a lo que nos habían dicho. Para llegar a Viena, sólo hay bosques, precipicios y una gran montaña que se alza ante nosotros. Debemos cambiar nuestro orden de batalla y hacer la guerra al estilo de Mauricio Spinola que avanzaba *a la secura,* ganando poco a poco terreno... Nuestro ejército ocupa el espacio de una buena media milla de montes y bosques, en un terreno tan abrupto que sólo se llega de un ala a otra a través de pequeños senderos... He pasado la noche en el ala derecha, cerca de la infantería. Desde allí se divisaba todo el campamento turco y los cañonazos no me dejaban pegar ojo. Ya despunta el alba. Debo acabar besando un millón de veces a mi amable e incomparable Marysienka.[3]

Esa misma mañana empezó la batalla. De entonces acá, silencio. Marie Casimire no sale de la iglesia. Igual que en Lvov, desgrana rosario tras rosario, y los campanarios de la ciudad llaman al Dios Todopoderoso. La mañana del 20 de septiembre, un rayo de sol atraviesa la vidriera y viene a iluminar sus manos cruzadas. ¿Es un presagio? Sigue rezando y regresa al palacio. Los niños se despiertan y vienen a saludarla. Thérèse, Aleksander y Constantin, el único que ha sobrevivido de todos los que trajo al mundo desde la paz de Zurawno. Los tres tienen los ojos de Juan y el rostro alegre. Platican tiernamente cuando un ruido de carreras en los pasillos los sobresalta. Unos pajes anuncian a un mensajero. Dupont entra, con barro hasta el vientre, y la ropa hecha jirones. Extenuado por la carrera, habla con dificultad. Muestra un estribo de oro diciendo:

[2] Auténtica.
[3] Texto auténtico.

–El rey Juan lo ha desatado él mismo de la silla de Kara Mustafá.

Marie Casimire desfallece. La emoción la turba, pero se domina. Dupont saca un rollo de sus calzas.

–Tras la batalla –dice–, el rey Juan pidió un tambor y se arrodilló en el suelo para escribiros.

Febril, Marie Casimire rompe el sello y empieza a leer:

> Desde las tiendas del visir, el 13 de septiembre, por la noche.
> Única alegría de mi alma, encantadora y muy amada Marysienka: ¡Alabado sea Dios para siempre! Él ha concedido la victoria a nuestra nación. Un triunfo como no habían visto los siglos anteriores. Toda la artillería, todo el campamento de los musulmanes y riquezas infinitas han caído en nuestras manos...[4]

La descripción es inaudita. Miles de tiendas con baños de un refinamiento exquisito y fieras, equipajes magníficos, aljabas y cinturones con diamantes engastados, montones de oro, zafiros, rubíes, mil objetos «muy bellos y ricos», alfombras, martas cebellinas y todos los perfumes de Oriente. Como un niño, se maravilla y se complace en fascinarla.

> Por lo tanto, no podréis decirme, corazón mío, como las mujeres tártaras a sus esposos, cuando regresan sin botín: «No eres un guerrero, puesto que no me has traído nada; porque sólo el hombre que se echa hacia delante puede coger algo»...

También habla de la batalla, de Jacques que ha sido «valiente hasta el último momento», y del escuadrón de Aleksander que ha realizado verdaderas hazañas. La carta es larga. Marie Casimire se detiene un momento. La emoción es intensa y las lágrimas le empañan los ojos. Entonces Dupont le explica la increíble jornada: el ataque encarnizado de Carlos de Lorena, la resistencia de los turcos, la carga heroica del rey de Polonia y sus siete mil húsares sobre los trescientos mil guerreros del islam.

–Demos gracias a Dios –dice la soberana juntando las manos–. ¡Él ha salvado a la cristiandad!

[4] Esta carta es la más famosa de la serie de Viena. Sólo damos algunos fragmentos.

XXIV

El corazón rebosante de satisfacción, Marie Casimire no para de soñar. ¿Ha conocido mayor felicidad? En adelante, su fortuna está bien asentada y nadie podrá volver a burlarse. Manda de nuevo a Dupont junto a su esposo cargándolo con mil ternuras y regalos encantadores. Un retrato, libros, una bufanda y estas palabras perentorias:

> Mi preocupación no cesa, sólo cesará cuando pueda abrazaros, amor mío. Os ruego que sea pronto, porque ya no puedo vivir sin vos.[1]

Impaciente, espera su regreso. Pero un extraño destino, una vez más, viene a empañar su alegría. Le llegan más noticias que, al leerlas, la dejan sin habla. Al día siguiente de la victoria, Leopoldo no se dignó recibir a Juan en su Palacio. Se limitó a saludarlo educadamente en el campo de batalla. Y cuando a su vez Jacques avanzó con la cabeza descubierta, el emperador ni siquiera se llevó la mano al sombrero. Sin una mirada, sin un gesto, pasó delante de las tropas polacas y se marchó más tieso que un huso. Las puertas de Viena se cerraron, despreciando al rey de Polonia y sus valientes guerreros.

–¡Es un patán! –exclama, ultrajada–. Sólo se merece desprecio.

En cuanto a Luis XIV, hace publicar en el *Mercure*:

«En el momento en que se preparaban a combatir, se extendió el rumor de que el rey de Polonia encabezaba el ejército cristiano. Al oír esto, el miedo se apoderó de los turcos, que levantaron el sitio antes de ser atacados. No hubo combate».

–¡Ignominia! –exclama estrujando el despacho.

Tanta es su furia que las palabras le hacen un nudo en la garganta. ¿Tan molesta es la gloria de Juan que sólo encuentra ingratitud y nadie es capaz de agradecérselo? ¿Por qué le infligen todas esas humillaciones? Se crispa y murmura:

–¡Ante la valentía del rey elegido, sólo muestran su altanería los reyes hereditarios!

Se abren las viejas heridas, pero apenas puede contener su cólera y se consuela entregando a las gacetas los relatos minuciosos y detallados que le traen las misivas amargas de su esposo. Siguiendo sus consejos, expurga de éstas los temas de quejas porque, según el viejo adagio que Juan le recuerda, «quien no sabe disimular su disgusto, hace reír a sus enemigos». De manera hábil, presenta los hechos y realza, sin culpar a nadie, la grandeza del rey de Polonia y la valentía de sus ejércitos.

Las semanas pasan y su esposo continúa su cruzada. Sus cartas llegan una tras otra y las victorias se desgranan: Parkany, Esztergom, Szczecin... Fiel a su juramento, persigue a los turcos derrotados a través de Hungría, muy decidido a liberar el país del yugo musulmán. Mientras tanto, Marie Casimire regenta el reino y se preocupa. Quejas y críticas afluyen de todos lados. Los que apoyaban a Francia airean la presunción de Austria y ríen con sarcasmo. Se sublevan contra el ensañamiento del rey a proseguir una guerra que juzgan inútil. Las pérdidas se acumulan con cada batalla. ¿Para quién? ¿Por qué? ¿Para asegurar un trono al príncipe Jacques? Tienen algo que criticar del botín y la toman con la reina. ¿No habrá sacrificado Polonia con el único fin de

[1] Fragmento auténtico.

llenar sus cofres de riquezas? Celos, envidia y codicia se dan la réplica en un torrente de maledicencias y calumnias. Los próceres se desatan. La corte se divide y el país se inflama. Marie Casimire se azora y le suplica a Juan que regrese. Pero éste se empeña en terminar lo que ha empezado. No quiere dejar ninguna posibilidad a los turcos de reagruparse para llevar a cabo un contraataque. La soberana se enfurece y se hace eco de todos los descontentos. Juan responde enérgicamente:

> He dedicado mi vida a la gloria de Dios y a Su santa causa, y perseveraré en ella. Sin embargo, mi querida alma, no os preocupéis, tengo apego a la vida. Por el servicio de la cristiandad y por mi patria, por vos, por mis hijos, por mi familia y mis amigos. El honor también es importante para mí, por el que he trabajado durante toda mi carrera.

Ella le insiste y le amenaza con ir a buscarle al frente de su propio regimiento. Eso divierte a Juan y prosigue su misión. No obstante, para tranquilizarla, le envía regalos: una manta de satén de China realzada con bordados, cajas de oro y perfumes. Le trae sin cuidado. Todas esas fruslerías la dejan indiferente. Lo que quiere, con toda seguridad, es a él. Furiosa, deja de escribirle. Juan se lamenta de no recibir noticias, enumera las mezquitas convertidas en iglesias y habla por fin de regreso indicando la ruta que va a seguir.

> Me acerco a los lugares que cobijan toda mi felicidad y mi vida. La esperanza de volver a veros dentro de poco tiempo me sostiene noche y día. Beso a mi amable «mosca» que recibirá el nombre de «sultana», puesto que no se muestra ante nadie sin máscara, salvo a su fiel Sylvandre.[2]

El victorioso guerrero sólo ve su descanso. Busca el reencuentro y sus cartas rebosan sensualidad, abandonando el sello real para adoptar el criptograma cómplice de los primeros años de matrimonio. Marysienka cierra los ojos. Los resentimientos se derriten ante el deseo de Juan. Su voz, su olor, sus labios, sus manos... Suspira, ya está en sus brazos. El corazón le late con fuerza. Se impacienta y pide su carruaje.

–Deprisa –exclama–. Haced enganchar los caballos, sacad los trineos y preparad a los niños.

Inclinada sobre los mapas, estudia las rutas que conducen a Lubowla en la frontera, y escoge la más corta. Quiere ser la primera en llegar. Con Thérèse, Aleksander y Constantin, recibirá dignamente a sus guerreros, a su hijo, a su hermano y, sobre todo, a su querido esposo. Por él afronta el viento helado del invierno. El viaje es duro. Todos los elementos se desatan para desbaratar sus planes. Los torbellinos de nieve alzan sus obstáculos y frenan la marcha. Los caballos piafan y se meten en unos atolladeros intransitables. Los cocheros azuzan a las bestias y los látigos restallan en el aire. Cuando llega al puerto, sólo ve un ejército de tropas agotadas arrastrando los pies detrás del gran atamán Jablonowski.

–¿Dónde está mi señor el rey? –pregunta inquieta–. ¿Cómo está? ¿Y cómo está Jacques?

[2] Cartas auténticas de la famosa serie.

–Han tomado la ruta de Nowytarg –explica el palatino–. Daos prisa, señora. Su Majestad se desespera de no veros.

Aún algunas horas en la tormenta y el frío antes de reunirse con Juan en una casa de campo que ha adecentado para esta ocasión. Espera sin estar muy convencido contemplando con la mirada perdida las contorsiones del fuego en la chimenea.

–¡Iachou! –le dice corriendo hacia él.

Se sobresalta y se levanta.

–¿Dónde estabas, alma mía?

La estrecha contra él y suspira:

–Pensaba que me hacías ascos y ya no querías saber nada de mí.

–Mi apuesto vencedor –responde besándole la mano.

–Creía haber encontrado un camino mejor que el vuestro, y Dios me ha castigado por haber omitido vuestras instrucciones.

Se la lleva hacia la alcoba diciendo:

–¡Ven! Me has abierto el apetito.

El 24 de diciembre, entran en Cracovia bajo una nevada impertinente. Un cortejo magnífico al son de tambores, trompetas y pífanos. Retumban los cañones y repican las campanas. Una multitud enardecida llena las calles con sus aclamaciones. Las bandas militares suenan con fuerza. Saludan al rey vencedor, que avanza dignamente detrás de los fabulosos trofeos arrebatados al enemigo. Marysienka está a su lado, en un caballo blanco, y el orgullo, que trasciende su belleza, la hace resplandecer. La victoria de Juan también es la suya. Tras tantos sufrimientos, se merece compartir su gloria. Detrás de ellos vienen sus hijos; Jacques, que ha luchado con tanto ardor como su padre, y Aleksander, de ocho años, cuyo escuadrón se ha lucido con brillantes proezas. Y cuando todos juntos regresan al castillo de Wawel, la reina toca el clavicordio para honrar a su esposo con una marcha triunfal.

Tres meses más tarde, están en Yavorow y reciben a las numerosas delegaciones que vienen para felicitar al rey de Polonia. De todos los rincones de la Tierra llegan cartas y la más sorprendente es la de un astrónomo de Dantzig que la noche de la victoria vio nacer en el firmamento una nueva constelación a la que bautizó con el nombre de «Escudo de Sobieski».[3] Los embajadores se agrupan bajo las enramadas del parque. Venecia, España, Brandeburgo y Curlandia envían sus cumplidos al gran capitán que ha vencido al islam. Algunos príncipes, plantando cara a la prohibición de Luis XIV, han venido desde Francia para ponerse a sus órdenes. También anuncian al emisario del Papa, y Marie Casimire estalla de alegría cuando el arzobispo Pallavicini le presenta a Juan la espada de la Santa Sede y luego se gira hacia ella y le entrega la Rosa de Oro. El destino la ha recompensado. Ha convertido en rey a su esposo y en algo más que un rey, en el salvador de la cristiandad.

Sin embargo, todo eso no es suficiente para ella. La actitud del emperador al pie de las murallas de Viena la ha vuelto susceptible. Tiene el orgullo a flor de piel y no soporta ninguna falta de respeto ni para su persona ni para su familia. En el cenit de los honores, la incorregible reina no está satisfecha. Necesita alianzas espectaculares para sus hijos y para su padre que aún no posee ningún título. Leopoldo parece olvidar las promesas que ha pronunciado muchas veces en su nombre su agente Zierowski. Con su insolente altanería, no se da por enterado. Puede tolerar que su padre no se convierta en un príncipe del Imperio. De ahora en adelante está capacitada para interceder

[3] Actualmente todos los astrónomos conocen esta constelación con forma de blasón.

ante el Vaticano y no duda que podrá obtener un capelo cardenalicio para el suegro del hombre que ha salvado la cristiandad. Pero Jacques necesita a una esposa de alto rango. ¿Esperará como una mendiga la buena voluntad de una corte que les debe la vida?

En esta coyuntura llega de París el marqués de Béthune con gran expectación. Le explica que el Rey sigue viéndola con malos ojos, pero a pesar de todo le ha encargado la misión de restablecer las relaciones con Polonia. Francia y Austria, una vez más, rivalizan en influencia a orillas del Vístula.

–Haced las paces con la Sublime Puerta –dice el embajador–. Después podríais, con nuestra ayuda, volved contra Prusia y Moskovskaya Oblast'.

–Estoy ligado al emperador –confiesa Juan– y no he terminado con el turco.

De repente, Marie Casimire ve una posibilidad de maniobrar y, siguiendo su costumbre, pide una «compensación».

–¿El señor «mi hermano» nos concedería una princesa de sangre para Jacques?

Una vez más vuelve a negociar y trama las intrigas. Para preocupar a Austria, se inclina amablemente hacia Francia, y la facción pro francesa resucita bajo su influencia. Leopoldo, alarmado, envía a su emisario, un sacerdote jesuita llamado Vota que vuelve a sacar el tratado de alianza, recuerda los juramentos de la Liga cristiana cerca de Viena y habla de cruzada.

–El emperador os apoya para conquistar Moldavia y Valaquia –anuncia con voz zalamera.

La mirada de Juan se ilumina. Este discurso se aviene con el pensamiento que lo obsesiona, echar al turco de una vez por todas de los países cristianos para que nunca más vuelva a conmocionar Europa.

–Y podríamos ofrecer un trono a los dos mayores –dice Marie Casimire, soñadora.

Vota responde rápidamente:

–Su Majestad Imperial está de acuerdo y busca a una archiduquesa digna del príncipe Jacques.

Los soberanos se miran en silencio. En sus ojos, un mismo destello de luz traduce su acuerdo. Marie Casimire ya no quiere saber nada de la guerra, pero se inclina ante las brillantes perspectivas. Inmediatamente se movilizan. Se ha formado una coalición contra el islam. Venecia ataca por mar y Carlos de Lorena invade las últimas plazas de Hungría. Juan se pone al frente de sus ejércitos y se dirige al mar Negro. Jacques y Aleksander lo siguen a la conquista de sus respectivas coronas, mientras Marie Casimire le sigue para compartir la gloria de su esposo. Pero se cansa rápidamente de esta campaña que no es más que una persecución por las tórridas llanuras. El ejército se divide, reina la discordia y las peleas estallan entre facciones rivales. Vuelve a Zhovkva y se entera de que han sido derrotados cerca de Yassy y han efectuado una retirada desesperada a través de la estepa en llamas.

Esta vez el regreso es triste. Juan está amargado y agotado. Se le han hinchado las piernas y le duele todo el cuerpo. Marysienka lo cura y lo consuela.

–Descansa, Iachou. Deja de guerrear. Has salvado a la cristiandad en Viena. ¿Qué más quieres?

–Hemos fracasado, pero hemos servido de carnaza. Los turcos se han concentrado a nuestro alrededor. Mientras tanto Venecia conseguía más terreno y Lorena entraba en Buda. Ahora Hungría es libre.

–Gracias a ti. Nadie podrá olvidarlo.

–Mi misión no ha terminado. Debo recuperar Kamieniec.

Se recupera y parte al asalto de la fortaleza. Pero es demasiado tarde para organizar un asedio. Ha llegado el invierno y el ejército se desmembra. En unos días, hace construir un fuerte que mantendrá al turco a distancia y que llama Trinidad. Bajo la ventisca, se dirige a Zhovkva y emprende el regreso a Varsovia al lado de Marysienka.

–Olvidaos de la guerra –le dice–. El país necesita orden y disciplina.

Suspira, desengañado:

–La nobleza polaca es incorregible. Es más fácil aplastar a las hordas bárbaras que domarla a ella.

En efecto, mil conspiraciones arruinan la ciudad. En su palacio de Wilanów, a Marie Casimire le asaltan muchas preocupaciones. El desastre de Yassy ha barrido las esperanzas de conseguir coronas para sus hijos. A falta de Moldavia para Jacques, lucha para asegurarle un matrimonio interesante, y sigue zigzagueando entre Francia y Austria. Dos archiduquesas presentadas por Leopoldo se han prometido con otros antes de que tuviese tiempo de leer el contrato. Estas afrentas repetidas le atacan los nervios y más aún porque el marqués de Béthune se vuelve sordo cuando habla de «princesa de sangre». Y mientras tanto, la salud de Juan empeora. Su sucesión le preocupa y los sueños dinásticos lo atormentan.

–Una monarquía hereditaria consolidaría el país –dice–. La reina, que en paz descanse, no se equivocaba con su proyecto de elección *vivente rege.* Propondré a Jacques. Los soldados lo respetan.

–No puede ser rey de Polonia –replica Marysienka.

Quiere a su hijo pero discierne con claridad la situación. El ahijado de Luis XIV está dotado para la guerra, y también para la danza y el canto. Pero el tratamiento con mercurio que le aplicaron desde el nacimiento lo ha convertido en un joven bajito, flaco, feo y jorobado.

–Nació con el «mal» –precisa–. A pesar de los cuidados, su cuerpo se ha deformado. Tiene una salud delicada y un humor versátil. Temo por su razón. Aleksander sería una opción más acertada. Es apuesto, se parece a vos. Además, es hijo del rey, mientras que Jacques sigue siendo el hijo del gran mariscal.

Estas palabras dejan a Juan confundido. Sus ojos, fijos en su esposa, se llenan de lágrimas mezcla de tristeza y espanto. ¿Qué clase de madre es para establecer ese tipo de distinción entre sus hijos? Marie Casimire adivina su pensamiento y añade:

–Os repito lo que dice la República.

–Son mis hijos por igual –contesta, lastimado–. Puesto que Jacques es el primogénito, será mi delfín. Le enseño el oficio de rey y le dejaré suficiente dinero para que compre su elección.

–Ver a uno de nuestros hijos sucederos es mi mayor deseo –dice suspirando–. ¿Pero puede un rey elegido convertir en hereditario su trono? Polonia se desangrará antes de consentirlo.

Juan adopta una expresión de preocupación y se retira exclamando:

–Que el fuego queme la tierra, que los bueyes devoren los prados, cuando esté muerto, ¿qué me importa todo eso?[4]

[4] Proverbio ruso.

Mientras su esposo con gesto adusto se retira a su rincón, Marysienka intenta enfrentarse a las nuevas dificultades que la asaltan. Jacques y Aleksander se envidian y sus peleas se comentan desde Wilanów hasta Varsovia. Cada uno tiene sus partidarios. La familia se divide y la corte murmura. Juan sufre. Estas discordias lo matan y la arenilla obstruye sus riñones. De ahora en adelante, la política se trata en su habitación, y Marie Casimire se ocupa de todo: los problemas de etiqueta, el comercio de las cargas, las rivalidades, las intrigas... y, por encima de todo eso, sus hijos, que se despellejan vivos. Su esposo grita de dolor ante los médicos impotentes.

Ahora más que nunca está sola. La espían y las habladurías se propalan. Desconfía de todos, incluso en su entorno más cercano. Damas de honor y camareras son sus enemigas. Pero conserva la fuerza. Altiva, hace frente a las circunstancias y celebra diversiones palaciegas: conciertos, comedias, óperas y bailes de disfraces. Tiene un teatro, una capilla de música y abre las puertas de su castillo a los artistas que llegan de París, de Viena y de Italia. Cuando llega el invierno, se enardecen con *kuligi,* esas alocadas carreras de trineos que afluyen de castillo en castillo, al son de los tiros de mosquete y violines. En sus salones, anima la conversación y se impone con autoridad. Wilanów está bajo su férula. Sentencia, dicta, ordena. Domina su corte colmándola de placeres y con ello aumenta el brillo de su trono. Juan le perdona sus humores ya que ella lo distrae de las preocupaciones de la política, de los senadores descontentos y de los agotadores Sejms. Sus gustos difieren y a menudo los separan, pero en la intimidad de sus aposentos, la ternura siempre está ahí para unirlos.

El 25 de marzo de 1690, los esfuerzos de Marie Casimire se ven recompensados. Al lado de su esposo, asiste en la catedral a la boda de Jacques con la princesa palatina Hedwige de Neoburgo, hermana de la emperatriz. Una ceremonia con gran pompa y boato. No ha escatimado detalles: piedras preciosas y regalos galantes, trajes suntuosos, una calesa, escoltas con uniformes irisados, festines, entretenimientos y fuegos artificiales... Mediante este matrimonio, su primogénito se convierte en cuñado del emperador de Austria, del rey Pedro de Portugal y de Carlos II de España. ¿Quién hubiese podido predecirle tal ventura cuando entraba en esta misma iglesia, hace cuarenta y cuatro años, llevando la cola de la duquesa de Nevers convertida en reina de Polonia?

Pero su felicidad es de corta duración. La llegada de la archiduquesa bajo el techo de Wilanów vuelve a fomentar las hostilidades entre los dos hermanos. Jacques quiere estar en Viena para asegurarse el apoyo de Austria en el momento de la elección. Aleksander se exaspera. Con su reciente boda, su hermano mayor lo eclipsa en la carrera al trono de Polonia. La envidia corroe al joven celoso, que acaba de cumplir los quince años. Con su actitud provoca dramas tremendos y se queja a su madre. Ante este hijo tan apuesto, Marie Casimire es débil y no encuentra palabras suficientemente firmes para regañarlo. Lo ilusiona con promesas y retiene a Jacques explicándole:

–No tenéis por qué precipitar los acontecimientos. Si lo hacéis perderíais toda vuestra consideración ante el emperador. Sabed esperar. Tomad posesión del principado que acabamos de ofreceros en Silesia y haced acondicionar vuestro palacio. A Francia, ya os lo he dicho muchas veces, sólo le interesa ver a nuestra familia en el trono de Polonia. Después de un largo

reinado, si a Dios le place, vuestro padre el rey, con su influencia, hará subir al trono al que sea más apto entre vosotros.

Lo que Marie Casimire afirma es verdad, no engaña a su hijo. La llegada de un representante oficial de Luis XIV le hace albergar alguna esperanza. Con Béthune en París y el obispo de Polignac en Varsovia, hará decantarse a Francia, cuando se presente la ocasión, a favor de un Sobieski. No pronuncia ningún nombre, deja a cada uno su ilusión, pero las peleas se envenenan. Los gritos de Jacques la exasperan, al igual que el llanto de su imperial nuera, que se lamenta de la violencia de su príncipe. La corte critica a la reina y, en su propia familia, la acusan de las peores bajezas. Harta, se recluye en los aposentos de Juan. En su gabinete holandés, su esposo se ha rodeado de prelados y filósofos. ¡Qué lejos está él de los problemas, mientras la soberana tiene que enfrentarse a las tormentas! La furia se impone. A veces, vitupera, sin ton ni son, contando las desgracias que la abruman cuando sólo desea que todos sean felices. De repente, sin control alguno, en un gesto desesperado, coge el busto de Jacques que hay en una consola y lo lanza contra el suelo, rompiéndolo en mil pedazos. A la vez cae en un abatimiento entre sollozos, incapaz de decir palabra. Juan la mira con cara de no comprender nada, despide a los presentes y convoca a los médicos.

–El «mal» vuelve a manifestarse –dice O'Connor moviendo la cabeza–. Esta vez está en los nervios.

–¿Qué podemos hacer? –pregunta el soberano.

–Cuidados y paciencia. Quizás evitemos la pérdida de razón.

Juan la estrecha entre sus brazos y Marysienka se deja acariciar.

–Si perdéis vuestra salud, mi querida alma, moriré.

–Por vos –dice recuperando el aliento– resistiré. ¿Me perdonaréis tantos tormentos?

–Preservemos nuestro amor y aceptemos la voluntad de Dios.

Una cura en Silesia le devuelve la energía. La acompañan Thérèse, Aleksander y Constantin, así como su padre y toda una pequeña corte de azafatas, camareras, escuderos, pajes y chambelanes. En el pueblo de Varmbroum, toma baños en aguas sulfurosas de color azulado dos veces al día. El olor es tan nauseabundo que dos camareras se bañan con ella y sostienen cerca de su nariz cestas con rosas o copas de esencias perfumadas. Mientras tanto, unos músicos ocultos detrás de una tela le ofrecen conciertos de canto y de instrumentos. El paisaje montañoso es magnífico alrededor de los manantiales del Elba. Descansa y se divierte. Los dignatarios del Imperio la visitan. Celebran fiestas, bailes y juegos. A los dados, al faraón y al hombre. Poco a poco recupera el ánimo y la vitalidad, cuando un buen día un caballero le trae un mensaje de Juan que la hace palidecer.

–¡Mi señor el rey está enfermo! –exclama.

Sus órdenes se suceden en cascada. Parte enseguida, sin tomar el tiempo de purgarse, llevándose en su carrera a los niños. Tanto de día como de noche, caminan sin detenerse hasta Zhovkva, agotando a más de veinte caballos en el recorrido. Cuando llega encuentra a su esposo en pie de guerra. Ha reclutado un ejército y el emperador le envía cinco mil hombres para conquistar Moldavia.

–Debo hacer retroceder al enemigo hasta sus desiertos y exterminarlo –dice con ardor–. Mi misión no ha terminado.

–¿Por qué me habéis alarmado sobre vuestra salud?

Juan se inclina y le susurra al oído:

–Te echaba de menos. Quería verte antes de montar a caballo.

La perspectiva de la acción lo ha rejuvenecido. Se inquieta y sus ojos brillan. Marie Casimire se estremece y lo mira en silencio. ¿No es demasiado gordo y viejo para irse así a acuchillar a los turcos?

–¿Por el emperador corréis el riesgo de perder la vida? –le pregunta con la voz amarga–. Firmad la paz, Juan. El país ya no puede más. Vuestros mejores apoyos no os lo aconsejan.

–Lo sé. Me acusan de ser un déspota. Me acusan de arruinar mi país por un capricho personal. ¡Que aquél que dude de mí visite las tumbas de mis antepasados y vea mi divisa! Seguiré sacrificando mi vida por los intereses de la religión y la República esperando que Dios no niegue Su misericordia al hombre que nunca ha dejado de dar sus días por su pueblo.

Marie Casimire se siente desfallecer. El miedo le atormenta el corazón. Se echa en brazos de Juan y lo abraza con una fuerza inaudita, temblando porque quizá sea la última vez que siente el calor de este gran cuerpo.

–Rezad, mi alma –le dice besándola–. Volveré.

Espera y la ansiedad cede su lugar a la alegría. Juan vuelve a triunfar. Una serie de victorias que otorgan numerosos territorios a Polonia. Y de repente, es el desamparo de un ejército hambriento y vagabundo que se arrastra, extenuado, por las llanuras sobrecalentadas de Transilvania. Leopoldo, siguiendo su costumbre, no ha respetado su palabra. No ha enviado ni hombres ni víveres. Apelando a su autoridad de reina, se dirige a Sambour, vacía los graneros de trigo del dominio real y hace enganchar una cantidad de berlinas que van a socorrer a los rescatados.

Esta campaña es la última. Lo entiende en cuanto ve a los escuderos ayudar al rey a bajar de su caballo. El héroe está destrozado, envejecido y agotado por los dolores y el cansancio. Se cruzan sus miradas. Desamparo en él y compasión en ella. La ternura los enlaza. Abrazados, permanecen largo rato sin decir nada, escuchando los latidos de sus corazones que nunca han dejado de estar unidos.

Los años pasan. Polonia critica a su cansado y viejo rey. Juan se desentiende de la política. Ya no quieren reconocer al gran hombre. En los Sejms dicen invectivas contra él. Entonces se encierra en su palacio y Marysienka lo distrae. Van de castillo en castillo. Zhovkva, Olesko, Jaroslaw, Yavorow, Pielaskowice... De vez en cuando acampan en la campiña. La corte les sigue, su larga caravana de carruajes y carros, rodeada de jinetes y violinistas, se extiende por montes y valles, según las estaciones. Pero un día regresan a Wilanów. La archiduquesa les ha dado una nieta que es el vivo retrato de su abuela y recibe su nombre. Después del bautizo, más fiestas revolucionan la capital. En el mes de enero de 1695, se celebra la boda de Thérèse Sobieska con el Elector Maximiliano de Baviera. Juan está muy emocionado. Conoció a su yerno ante las murallas y lo honra con su afecto. Marie Casimire rebosa de alegría. Sin contar, gasta. Un ajuar suntuoso, una dote más que real, y un cortejo deslumbrante. Su única hija es soberana y la boda es su éxito. Tras la ceremonia escribe rápidamente al Rey Sol:

> Mi señor hermano:
>
> No pensaría que mi hija está bien casada si su boda no hubiese obtenido la aprobación de Vuestra Majestad. Considero esta unión

con todas sus ventajas, pero la que más me satisface, es que acerca a mi hija a la sangre de Vuestra Majestad...[5]

Ese mismo día recibe una carta de Roma. El nuncio Pignatelli, que bendijo su matrimonio con Juan, se ha convertido en Papa con el nombre de Inocencio XII y le anuncia que el marqués D'Arquien será honrado con el capelo cardenalicio. ¿Por fin está satisfecha? Por supuesto. La reina de Polonia ya no es la hija de un hidalgüelo. Ahora bien, el destino no le permite alegrarse. Juan está muy mal.

[5] El Elector de Baviera era viudo de una hija del emperador de Austria. Ese primer matrimonio lo había convertido en cuñado de Leopoldo y, por el juego de los vínculos de sangre, en un pariente de Luis XIV que estaba él mismo ligado a los Habsburgo por su madre Ana de Austria y su esposa la infanta María Teresa.

XXV

Los médicos se agolpan alrededor de la cabecera del soberano. Todos pretenden curarlo, pero no encuentran el remedio. Los medicamentos propuestos no surten efecto. Uno de ellos, enviado desde Viena, lo hubiese matado si Marie Casimire, movida por su instinto, no hubiese ordenado que primero lo probasen en un enfermo del hospital que presentaba los mismos síntomas. El pobre desgraciado murió inmediatamente, presa de convulsiones espantosas. Las píldoras no contenían el polvo milagroso anunciado, sino una mezcla corrosiva destinada a quitar de enmedio al rey de Polonia. Desde ese día, ya no sale de la habitación de Juan y no escatima esfuerzo para intentar curarlo. Los sufrimientos de su esposo son atroces. Las piernas se le han hinchando y parece que vayan a abrírsele. Unos abscesos espantosos le devoran la carne. Marie Casimire lo alivia con vendas húmedas y ungüentos, y le hace instalar un sillón acondicionado en la cama en el que puede dormir sin ahogarse. Además de la gota y la arenilla que le ocasionan dolores espantosos, respira mal y temen que se produzca una apoplejía. En dos ocasiones ya, ha tenido otros tantos amagos.

Los médicos menean la cabeza. La muerte está cerca. Marie Casimire se niega a reconocer los síntomas y se aferra desesperadamente a la menor sonrisa, al menor gesto, para convencerse de que Dios le permitirá permanecer a su lado.

Una mañana de junio cree que se ha cumplido su deseo. Juan se encuentra mejor y quiere levantarse. Su voz resuena, vibrante, y la gente trajina sin descanso. Tras revestir con una casaca de brocado de oro y un abrigo forrado ricamente ornamentado, se gira hacia su esposa y dice con un mohín de seductor:

–¿Me acompañaréis a pasear?

–¿Cómo podría negarme? –le susurra, cariñosa–. Hace tanto tiempo que espero este momento...

Cogidos de la mano, deambulan entre los arriates de rosas y saborean cada instante de esta felicidad inesperada. El paso de Juan es lento. Respira con fatiga, pero sus ojos brillan y sus mejillas se colorean. Habla con ánimo y da instrucciones a los jardineros. Quiere embellecer el parque, completar las galerías del palacio, adquirir más fieras, ampliar la escuela de pintura cerca del invernadero de naranjos... Marysienka lo escucha, maravillada. La brisa de verano hace nacer mil proyectos y el brazo de Juan se posa sobre sus hombros. Se detienen bajo una enramada, observan los caprichos del sol en el río y se dirigen a una verja desde donde saludan a la multitud que se apiña para intentar ver a su rey, porque hoy es el 17 de junio de 1696, aniversario de su elección. En Varsovia celebran el acontecimiento con fiestas, presididas por Jacques, Aleksander y Constantin, que representan a su padre ante todos los dignatarios de la corte. En Wilanów, desierto, los soberanos saborean una paz inhabitual.

–Veintidós años ya –dice Marie Casimire–. ¡Fue una jornada magnífica! No podré olvidarla.

–Estabais satisfecha de mí.

–Estaba orgullosa de ti –dice con ardor–. Y sigo estándolo.

La contempla emocionado y acaricia un tirabuzón que tiembla bajo las puntillas de la escofieta.

–¡Mi única Astrée, sin la cual no puedo vivir!

–Mi Ianitchkou –suspira–. En muchas ocasiones he pensado que preferías la guerra.

La estrecha contra él.

–De ahora en adelante, nada podrá separarnos.

Van a la capilla y oyen misa. Casi están solos ante el altar. Enlazan sus manos y sus miradas.

–Fe y amor –murmuran como lo hicieron treinta y cinco años antes al intercambiar sus anillos de esmalte.

Juan está resplandeciente. No sufre y cree que se ha curado. Se sienta a la mesa, come con buen apetito y regresa a su habitación para descansar. Marysienka lo acompaña distrayéndolo con algunas palabras ingeniosas. De repente, al entrar en la habitación, se desploma, fulminado por un ataque. Llama y acuden hidalgos, médicos y prelados. Lo transportan a su cama y guardan silencio. Todavía respira. Con el corazón en vilo, se arrodilla y aprieta sus labios contra la mano amada. Su rostro está muy cerca del de Juan. Abre los ojos y la observa.

–Estuvo bien –susurra con dificultad.

Esboza una débil sonrisa y se apaga.

Sola, cerca de la cama donde Juan reposa, Marie Casimire vela. Su corazón se entristece rodeada de las llamas vacilantes de las velas. El tiempo se detiene y el mundo se limita a las facciones dormidas para siempre. Durante unas horas aún es suyo, vestido con magnificencia y serenidad. Mientras esté aquí, el pasado será presente, con todos los recuerdos que lo multiplican. Lo contempla rezando, la mirada fija en los labios apenas entreabiertos. En el silencio de la habitación, le sigue hablando. Juramentos y palabras de amor más allá de la eternidad. ¿Qué será el mañana? No quiere pensar en ello, porque cada instante de la noche los une.

Por la mañana, como en el pasado, deben separarse. Juan se marcha. Ya no parte a la guerra. Esposa hasta el final, lo conduce a Varsovia donde van a llevarse a cabo las exequias. Su último viaje al gran palacio de ladrillo donde, cuarenta y un años antes, la hacía bailar por primera vez y la llamaba «Marysienka». Y ella, comprendiendo la fuerza de su prestigio, lo convirtió en rey. Ahora debe devolverlo a su pueblo para el último homenaje. Bajo la gasa, Marie Casimire ahoga sus lágrimas. Es reina y se comportará con dignidad como siempre ha sabido hacerlo. Digna del hombre que, por ella, superó a todos los reyes de la tierra salvando a la cristiandad.

Retumban, lúgubres, los cañones. Las campanas doblan a muerto. El cortejo cruza la ciudad enlutada y se detiene ante el Palacio Real. Marie Casimire se sobresalta. Las puertas están cerradas, vigiladas por un ejército de lanzas y la voz de Jacques rompe el silencio. Declara que en calidad de «delfín», ha tomado posesión de los lugares, ha comprado la Guardia y se otorga *de jacto* la autoridad del soberano difunto, muy decidido a hacerse elegir antes de que su hermano se lance a la carrera de ganar el trono. Ante la asamblea desconcertada, les prohíbe la entrada, ridiculizando al mismo tiempo los restos mortales de su padre.

–¡Sacrilegio! –grita el pueblo.

–¡Blasfemia! –gruñen los dignatarios.

En el carruaje, la reina palidece. Un puñal clavado en el pecho le penetra el corazón. Su propio hijo mancilla el glorioso nombre de la familia y lo cubre de

vergüenza. Ante toda la República, el fruto de su carne la traiciona. Desea morir, pero encuentra suficiente energía para bajar del coche y gritar:

–¡Paso libre al rey!

Aleksander saca la espada contra su hermano. Marie Casimire lo detiene. La mirada de Jacques la fulmina. Una mirada llena de rencor que la acusa de haberlo hecho deforme. Su gesto es el acto desesperado del hijo desdeñado que quiere ser «considerado», y se impone con la violencia para no ser rechazado. ¿Podrá ella perdonarle? Jacques se echa a sus pies. Con palabras emotivas, se arrepiente. La madre comprende el desasosiego, pero la reina sólo ve el crimen de lesa majestad. Con la mirada fría y la cabeza erguida, cruza el patio embaldosado, seguida por el cuerpo de Juan llevado por los Grandes Oficiales.

En la sala del trono hace instalar el catafalco. El rey de Polonia está cubierto con su manto de armiño y le han colocado el cetro sobre el pecho. Sólo le falta la corona. Marie Casimire se niega a entregarla, convencida de que Jacques, en un arrebato de locura, podría apoderarse de ella. Un ayudante de campo encuentra en un rincón de la guardarropía el casco de acero del vencedor de Viena, y es al rey guerrero a quien el pueblo de Varsovia dirige un último adiós. A la sombra del catafalco, la reina se recoge, crispada por el dolor. Se dicen misas de forma permanente y unos frailes cantan el *Libera me* y recitan el salmo:

> Él logrará la bendición del Señor,
> la justicia del Dios de su salvación.
> Alzaos, puertas eternas,
> para que entre el rey de gloria.[1]

Pasan las semanas y Marie Casimire vive un infierno. El ultraje infligido por Jacques le consume la conciencia y aumenta la crueldad del vacío dejado por el rey. Con respecto a Juan se siente culpable y quiere enmendar sus errores, pero su razón se enturbia. El Sejm se ha abierto, y los viejos demonios la asaltan. Intrigas, artimañas, negociaciones. Jacques está en la lid. Compra a sus partidarios, y el ejército le apoya en recuerdo de Viena. Tiene posibilidades. Para vengarse, Marie Casimire se opone a él y gana a la facción pro francesa para la causa de Aleksander. Este pone mala cara. Las diversiones que puede permitirse con su herencia le atraen más que la corona. En memoria de Juan, la soberana propone hacer elegir a su viejo cómplice Jablonowski. Pero él también rechaza la propuesta.

–Soy demasiado viejo y estoy muy cansado –le dice–. El país necesita una energía nueva.

De momento se enfurece, pero luego se alía con el príncipe de Conti, favorito de Francia, al que defiende con ardor contra Augusto de Sajonia, candidato del emperador. De repente, sin razón que lo justifique, cambia de opinión y habla del Elector de Baviera, su yerno, y luego de su hijo Jacques con el que se ha reconciliado. Por unas palabras inapropiadas vuelve a enfrentarse y la lleva de nuevo al príncipe de Conti. Veleta descentrada, gira sin rumbo y sin saber dónde establecerse. Repitiendo los gestos del pasado, querría seguir luchando y se apega a los recuerdos, pero la pareja de antaño ha perdido la cabeza y el cuello ya no tiene funciones que desempeñar.[2] Le

[1] Salmos, 23.

[2] Referencia al proverbio polaco citado en el lema de esta obra.

cuesta aceptar la soledad, y aún le cuesta más admitir que ya no tiene poder. La mujer que ha gobernado durante tantos años, mientras el héroe conquistaba los laureles a golpe de sable, debe conformarse con su título que aún le garantiza algunos honores. Su inmensa fortuna la entretiene en una ilusión de poder, y libera el rencor que le provoca su orgullo.

Arrollada por el tumulto de los acontecimientos, no tiene tiempo de pensar en su tristeza. Esta se hunde en su interior, a martillazos que le dan otros dolores que la asaltan y la torturan. Mil obstáculos se alzan a su alrededor. Se ensañan y la persiguen. El rey Juan ya no está aquí para defenderla. Con su desaparición, Marie Casimire vuelve a ser la extranjera, y el odio, como ya no tiene freno, estalla. La República ha encontrado a su víctima, y la gente lanza invectivas a la «egoísta francesa», responsable de todos los males de Polonia. Le cuelgan los proyectos más sórdidos. Se burlan de la vieja loca que remueve el lodo en el bazar de la política y se empeña en confundir las pistas. Molesta. A los gritos de escándalo ella les contesta con sus derechos de reina viuda. Todo el país se ha vuelto en su contra y la destierra a Dantzig, no muy lejos de la miserable etapa donde, cincuenta y dos años antes, la encerraban en un caramanchón llamándola «el fruto de la vergüenza». Siempre la humillación.

¿Dónde irá? ¿A Francia, como en la época en que huía de Zamosc? La palatina Zamoyska perseguía por aquel entonces un sueño «particular», una sencilla felicidad en los brazos de un húsar que la llamaba «Marysienka». Los caprichos del destino la empujaron hacia un trono, y el hombre de su vida salvó la cristiandad. Para la viuda de un héroe tan importante, sólo existe un refugio, Roma. A la sombra del Vaticano tendrá muchos amigos, y entre ellos encontrará a su padre vestido de cardenal.

A finales de enero de 1699, un largo cortejo cruza la frontera. Acompañada por una escolta resplandeciente, Marie Casimire deja las tierras polacas. Huye de la ingratitud y del odio, deja Polonia para siempre. Aunque el país la eche, sigue siendo su reina y viaja con mucho equipaje. Un ejército de cosacos y un séquito de trescientas personas dan fe de su rango. En el carruaje que la lleva a gran velocidad, un capellán, un médico y dos damas de honor le hacen compañía, así como su nieta[3] que se ha acurrucado a su lado y la reconforta con su ternura. De la numerosa familia por la cual se ha sacrificado para colocarla según su rango, esta niña de cuatro años es la única en manifestarle sus sentimientos de afecto. Su hermano mayor, su hermana pequeña, sus sobrinos y sobrinas, polacos por casamiento, han preferido conservar sus intereses y sus tierras. Sus hijos, indiferentes, se han escudado tras obligaciones o placeres. Thérèse no se ha dignado invitarla a Baviera. Jacques se ha encerrado en su principado de Silesia, al lado de su archiduquesa, debilitada por embarazos problemáticos. Aleksander y Constantin descubren París y se revuelcan en un libertinaje cuyos ecos la despellejan viva.

Una tristeza infinita apaga la mirada. El óvalo de su rostro, afinado por el dolor, tiene una palidez mortecina, y sus cabellos han encanecido bajo la escofieta de puntilla. Ninguna decepción le ha sido escatimada, y la más cruel, sin ninguna duda, fue la actitud incalificable de Augusto de Sajonia para con Juan. Elegido por el Sejm, se ha hecho coronar en Cracovia sin respetar la tradición que quiere que el nuevo rey entierre a su predecesor en la cripta del Wawel antes de recibir la consagración con los santos óleos. Había esperado a cumplimentar esta última formalidad para emprender su viaje, e hizo llegar al

[3] Marie Casimire Sobieska, hija primogénita del príncipe Jacques.

soberano la suma necesaria para asegurar los gastos de los solemnes funerales. Sin vergüenza, éste conservó el dinero y olvidó el féretro real en Varsovia, en la capilla del convento de los capuchinos donde Marie Casimire, roída por la vergüenza, fue a recogerse antes de marcharse. Llorando, le juró a Juan que vengaría su memoria y llevaría bien alto la antorcha de los Sobieski.

Este pensamiento le dio la fuerza suficiente para recoger sus cosas, cerrar Wilanów y dar la espalda a todo lo que acompañaba el amor que compartían. En los caminos nevados de Austria, su corazón queda destrozado. Después de tantos años, debe volver a empezar, arrancarse de su decorado familiar, abandonar lo que juntos han construido. Un largo escalofrío le recorre el cuerpo y sus manos se crispan en una arquilla de terciopelo colocada en sus rodillas en la que ha guardado preciosamente las cartas de Juan. Por encima de las nubes está cerca de ella, y sus almas permanecen unidas en la misma comunión. De ahora en adelante poco le importa el país donde viva, poco importa el tiempo; cuando llegue el momento, Juan estará allí y le tenderá la mano.

Bajo un sol primaveral, Italia muestra sus bellezas. Un legado del Papa, enviado a su encuentro, la acoge en Bolonia. En Faenza, otro cardenal, su padre, le abre los brazos y la estrecha contra su pecho. La escolta de ciudad en ciudad, donde los actos de bienvenida se suceden, preparados con minuciosidad hasta el último detalle. Oficios religiosos, discursos, festines y bailes. La reina de Polonia es honrada y los palacios despliegan sus magnificencias. Las atenciones la abruman. Adulan a la soberana, pero a Marie Casimire la agota esta pompa que no puede hacerle olvidar la tristeza de estar separada de Juan. Cuando llega a los arrabales de Roma la primera mañana de abril, se detiene en una casa y permanece allí hasta que cae la noche, prefiriendo efectuar una entrada discreta en la Ciudad Eterna. Un coche cerrado la conduce al palacio Odescalchi puesto a su disposición por orden del Santo Padre. Una ligera sonrisa alegra sus labios. En este retiro real, la ha precedido Cristina de Suecia. La mujer con ingenio la impresiona, pero quiere dar otra imagen de sí misma. La ex reina de Polonia es ante todo la viuda del salvador de la cristiandad.

Rápidamente instala su corte y su primera salida conmueve la ciudad. Varios carruajes con seis caballos preceden a su carroza, que cuenta con ocho, y ciento cincuenta espahíes caracolean alrededor de su cortejo. Se dirige al Vaticano para una audiencia solemne con Su Santidad. Es un reencuentro emotivo de la ex palatina y el antiguo nuncio que, en julio de 1664, la unió al gran mariscal de la Corona y oficializó una boda secreta debida al ardor de retozo nocturno. A partir de ese día, asiste a todas las ceremonias religiosas. Tiene su palco en la basílica de San Pedro y no falta a ningún oficio ni a ningún sermón. Si por ventura llega tarde, el predicador vuelve a empezar. Y cuando se cruza con el santo sacramento en su camino, detiene a su cochero y se arrodilla en los adoquines. Regularmente va al monasterio de San Egidio donde se dicen novenas por el alma de Juan. En la iglesia San Estanislao de los Polacos manda decir una misa a perpetuidad el 12 de septiembre de cada año por los muertos de la liberación de Viena. Distribuye limosnas, compra indulgencias y hace construir con su propio dinero, en la Trinità dei Monti, un convento para una congregación de benedictinas que protegía en Polonia. El Senado le ofrece una recepción en el

Capitolio y, para conmemorar el acontecimiento, expone el busto sobre una placa de mármol que glorifica a la soberana «que incitó a su real esposo a liberar Viena y salvar la cristiandad». Roma reconoce sus méritos. Ha conseguido lo que quería. La viuda del héroe es una heroína ante la cual se inclina la Ciudad Eterna.

En el siglo que llega a su fin, otra vida empieza. Sin faltar a sus devociones, Marie Casimire se embebe de las bellezas de Roma y reencuentra esa alma de mecenas que Juan había fomentado en Wilanów. Sus pasiones se avivan. Como en el pasado, tiene su propio teatro y sus músicos. A partir del otoño, hace renacer la academia la Arcadia fundada por la reina Cristina, y adquiere el título de académica con el nombre de «Amirisca Telea». Allí invita a Corelli y a Haendel, que le dedican algunas obras, y apoya a numerosos talentos. La ex reina de Polonia ha conquistado un nuevo reino y recibe los honores que merece.

Cardenales, embajadores y dignatarios se agolpan en su antecámara y su corte cobra mayores proporciones. Al innumerable grupo de hidalgos, pajes, escuderos, damas de honor y camareras, se añaden algunos marqueses italianos, honrados por servirla como chambelanes. Domenico Scarlatti se convierte en su maestro de capilla y compone para ella.[4] Los mejores artistas de la época se presentan en sus salones donde se asiste ajustas instrumentales memorables.[5] Los nombres más importantes de Roma se disputan para sentarse a su mesa. Los platos son exquisitos y la conversación elocuente. Comedias y óperas, conciertos de canto y de instrumentos preceden a la cena, que también se ameniza con intermedios. Para Aleksander y Constantin, que han venido a reunirse con ella, y para su nieta, cuya gracia se afirma con el paso de los años, organiza bailes y mascaradas. Bajo los artesonados iluminados del palacio Odescalchi se celebran fiestas continuamente, y la gente está subyugada por esta reina de gustos delicados, tan refinada como virtuosa, que lleva las joyas más preciosas del mundo. El resplandor de su tez sorprende, su fortuna impresiona y su exotismo seduce. La lisonjean, la adulan, le dan la serenata y la calle se llena de carruajes para verla en su balcón.

Marie Casimire se entretiene con esos halagos que adormecen las heridas del pasado. Sus amigos cardenales, Ottoboni, Barberino, Sacripanti, trabajan a su lado y le dan la ilusión de vivir cerca de Dios, o al menos de tener la gracia divina al alcance de la mano, porque el propio Papa viene a rezar a su capilla. Cuando Inocencio XII muere, está al corriente de todos los conciliábulos del cónclave. Pero por una vez, no sucumbe al demonio de la intriga.

–¡Por suerte –suspira–, mi padre no tiene ninguna pretensión!

El antiguo capitán de la Guardia es incorregible. Marie Casimire está al corriente de sus excesos y paga discretamente sus deudas para acallar cualquier escándalo. La viuda del salvador de la cristiandad debe permanecer inmaculada. Y eso la preocupa porque sus hijos imitan al abuelo. Ellos también tienen sus calaveradas, cuyos relatos se divulgan de tugurio en tugurio y de palacio en palacio. Algunas de sus joyas desaparecen para embellecer a una cortesana o colmar las pérdidas de juego. Cierra los ojos y finge que lo ignora. Pero a veces el drama es inevitable, como el día en que la

[4] Operas, sobre todo: *Amor d'un'omhra*... En 1713, organiza en los jardines del Palacio del Odescalchi una representación de su *Iphigénie en Tauride.*

[5] Una de ellas ha marcado los anales de Roma. Haendel tocaba el órgano y Scarlatti tocaba el clavicordio. Triunfó el primero.

Tolla, una actriz bastante conocida, vino a cantar bajo sus ventanas por amor a Constantin, y se encontró en la calzada, maltratada a golpes de espada por un galante celoso que no era otro que el príncipe Sforza.

Marie Casimire aún se estremece al recordar su furia ante una violencia de ese tipo que, además de abrumar a una pobre mujer, ultrajó el nombre de su hijo, el nombre de su esposo, el rey de Polonia, y el suyo. El honor de los Sobieski debía ser vengado. Desafiando las críticas de los diferentes estamentos ciudadanos y la cólera del nuevo papa Clemente XI, se desquitó a su manera. La Tolla, puesta en prisión, fue raptada por sus guardias, acogida bajo su techo y luego, bajo el nombre de «condesa de la Paille», fue enviada a Nápoles en un carruaje de seis caballos con una bolsa bien repleta.

Marie Casimire se da importancia ante el mundo, pero tiembla en su habitación. Un sentimiento de amargura le llena el corazón. ¿Qué será de sus hijos cuando ella ya no esté aquí? Creía haberlos convertido en seres perfectos y sólo ve a seductores sin voluntad. ¿Por qué se pierden así? ¿Los habrá mimado demasiado? El exilio, seguramente, los ha descarriado. Está convencida de ello y se lamenta, y no ve ninguna solución mientras Augusto reine en Polonia. Y ese tiempo, a pesar de sus rezos, parece no tener fin.

Una mañana de enero de 1704, se extiende una noticia que la llena de estupor. El rey de Suecia ha entrado en Varsovia y ha proclamado la destitución de Augusto. La esperanza despunta, tímida, animada por una carta de Jacques que la conmueve. El rey de Suecia quiere que él sea el rey de Polonia, en memoria del gran hombre que hizo retroceder el islam hasta las puertas de Europa. Marie Casimire se arrodilla ante el retrato de Juan.

–¡Iachou! –exclama llorando de alegría–. Nadie puede olvidar lo que has hecho.

Lo contempla extasiada y luego, recuperando el dominio de sí, convoca a Aleksander y Constantin.

–Recoged vuestras pertenencias, señores, y reunios con vuestro hermano mayor. Os necesitará. Ayudadlo por todos los medios y no lo traicionéis jamás. Por mi parte yo haré cuanto pueda por seros útil.

Se perdonan los perjuicios y la perspectiva de un regreso elimina las viejas reticencias de las que se ha arrepentido más de una vez. La nostalgia le hace un nudo en la garganta, las imágenes le vienen a la mente; Polonia entera entra en la habitación al galope de sus caballos alazanes. El rumor de los ríos en primavera, la tierra húmeda en el bosque de otoño, Zhovkva, Wilanów, Pielaskowice... y ese olor familiar de remolacha, kacha y kapousta[6] que acompañaba el olor de las carnes asadas. En su marco de oro, Juan le sonríe. ¿Acaso no es lo que quería, que Jacques le sucediese? Prepara sus baúles y aumenta sus devociones. ¿Le permitirá Dios ser madre de un rey? Se afana, escribe a Baviera y Viena. El Papa se conmueve y la respalda. El zar Pedro I se acuerda de ella. Pide la mano de su nieta para el zarevich Alexis.

La gente reconoce su importancia y su ambición se despierta. Al lado de su real hijo, tomará su revancha. Será su consejera, su guía a través del laberinto de las intrigas. Su olfato y su vista temible han vencido las peores estratagemas. Augusto le restituirá todo lo que le debe. Recuperará sus derechos, sus tierras, sus castillos, y reinará en la sombra, con más seguridad que en el pasado, pero antes de todo eso, Juan por fin tendrá el funeral solemne que le deben.

[6] Col al estilo polaco.

Se alza sobre la cumbre de sus sueños y cae muy aturdida, herida en el corazón por un despacho de Aleksander. Jacques y Constantin están en prisión. Augusto, para despojarlos, les ha tendido una emboscada y los ha encerrado en Königstein, en Sajonia. Las palabras se le borran. Su cuerpo vacila. Se desmorona y cree morir.

–¿Acaso Dios me ha abandonado? –suspira.

Acurrucada en un sillón, ya no sabe qué pensar y murmura moviendo la cabeza:

–Cada uno lleve su propia cruz.

En lo más hondo de su desamparo, encuentra suficiente energía para alborotar a todo el mundo. Todo el Vaticano se indigna y los conventos rezan. Actúa con sus cartas patéticas y se ofrece para ocupar el lugar de sus hijos en las mazmorras del «tirano», y financia conjuraciones para liberarlos. La muerte de su padre la hiere de muerte en medio de este drama. Lo hace enterrar en Saint-Louis-des-Français.

El gran palacio se vacía. La reina está de luto y ya no celebra fiestas. Los prelados mundanos y los príncipes despreocupados acuden a otros lugares en busca de otras vanidades. Una vez más, está sola con el dolor y las desilusiones. Sombra silenciosa, su nieta de diez años la observa intentando entenderla y la reconforta cogiéndole la mano y besándola con ternura.

Aleksander regresa al año siguiente. Ha rechazado la corona que le proponía el rey de Suecia. Augusto se apega firmemente al trono y mantiene a los Sobieski en sus celdas. Meses más tarde Marie Casimire se dirige a Nápoles para asistir al milagro anual de san Jenaro. Perdida entre la multitud de humildes campesinas, da gracias al Señor. Su tragedia ha terminado.

Sin embargo, empieza otra. Jacques y Constantin han renunciado a cualquier pretensión al trono. Estanislao Lesczynski ha recibido la corona. Su nieta no será zarina. Y ella no volverá a ver Polonia.

XXVI

Los años pasan. El cielo de Roma pierde sus atractivos. Con el tiempo, los rostros cambian en el Vaticano. La hazaña de Viena cae en el olvido y la reina de Polonia ya sólo es una vieja dama que ha dejado de sorprender. Las pruebas han agotado a Marie Casimire. Su mirada ya no brilla como antes y su salud declina. Un dolor sordo le desgasta las caderas y las rodillas, la cabeza le zumba y la vieja fiebre se despierta de nuevo en su vientre. El «mal» está en los huesos, le han dicho los médicos que temen complicaciones. Es verdad que no duerme mucho. Los problemas económicos la consumen. Día tras día, su tesoro va tocando fondo. Su padre y sus hijos casi la han arruinado y sus intendentes no le han enviado nada de los ingresos con que contaba. Las demandas intempestivas de Augusto y las guerras han arramblado con sus vastas propiedades.

Cuenta y vuelve a contar su numerario, hace el inventario de sus joyas y se rinde a la evidencia. El palacio, la academia y su corte de cuatrocientas personas son un pozo sin fondo, sin contar las extravagancias de Aleksander que pasa de cortesanas a mesas de juego. Mantener su rango a este precio la echará muy pronto a la calle. Así que se impone una decisión, ¡disminuir el ritmo de vida fastuoso!... Se estremece de horror. La reina de Polonia no puede venir a menos. Ya oye las rechiflas. Más vale quitarse de enmedio.

Una llamada tímida a Thérèse, que vive en Baviera, no obtiene respuesta. Jacques, que ha sido nombrado gobernador de Glatz en Bohemia, no puede recibirla, ya que su cuñado el emperador se opone. Sólo queda Francia, su tierra natal. Se irrita sólo en pensar que, en su carta, deberá pedir perdón por todos los altercados del pasado. Esta vez, no exige ni almohada, ni ducado con dignidad de par, ni ninguna otra «compensación». Sólo desea un techo bajo el que pasar sus últimos días.

«El orgullo me ha destrozado. Ha llegado el momento de aprender un poquito de humildad», murmura.

A principios de 1714, escribe humildemente al Rey Sol y le pide permiso para volver a su país y le ruega que le otorgue una residencia. Espera impacientemente. ¿Volverán a verse? Recuerda al niño que la observaba con una mirada divertida cuando, en el séquito de Luisa de Gonzaga, emprendía la ruta de Varsovia. Ajusta su escofieta de puntilla y contempla su rostro en el espejo. ¿Se reconocerán después de tantos años? La pregunta quedará sin respuesta. Luis acepta su regreso, pero establece una condición. Que no se acerque ni a París ni a Versalles. Que la ex reina de Polonia escoja entre los castillos de Blois, Amboise o Chambord. Marie Casimire prefiere Blois.

En el mes de junio se embarca con toda su gente a bordo de una galera del Papa y estrecha a Aleksander entre sus brazos. Se queda en Roma para solventar unos problemas y se reunirá con ella por el camino. Este contratiempo de última hora la irrita y se le hace un nudo en la garganta cuando sueltan amarras. De repente siente un miedo cerval de estar lejos de él y morir durante la travesía. De ahora en adelante sus días están contados. Ella lo sabe. Antes de marcharse, redactó su testamento en el cual repite lo que ya le había escrito repetidas veces a su hijo primogénito. El féretro del salvador de la cristiandad no puede permanecer en el suelo de una capilla en el convento de los capuchinos. Hay que construir una tumba coronada con una estatua ecuestre de mármol blanco realzada de oro. Este pensamiento la obsesiona desde que perdió toda esperanza de volver a Polonia. Noches

enteras se ha dedicado a dibujar esquemas y enviarlos, con el dinero necesario, para completarlos. En cuanto a ella, el destino decidirá.

Algunos días más tarde, entra en la bahía de Marsella, saludada por las salvas de las carroñadas y las aclamaciones de la multitud entusiasta. Todos los barcos han alzado la gran empavesada. El gobernador del puerto, el intendente de las galeras reales y los dignatarios de la ciudad la reciben al pie del embarcadero. La recepción es magnífica. Se han necesitado dos quintales de cera virgen para el alumbrado y las damas del mercado insisten en presentarle sus deseos de bienvenida acompañados de ciento cincuenta tarros de confitura y dos baldes de pescado de roca.

Marie Casimire no esperaba recibir tantos honores en la tierra de Francia. Emocionada, lo agradece de todo corazón y prosigue su viaje remontando el Ródano. La sorpresa es mayor en Lyon, donde el mariscal de Villeroy la trata como soberana en nombre del Rey. Sonríe por esa consideración tardía. Lo que treinta años antes la hubiese colmado de felicidad, ya no la conmueve. Usando como excusa el cansancio, acorta las ceremonias y continúa su periplo incógnito. Por la ruta de Forez, atraviesa el valle del Lignon, donde Honoré d'Urfé hizo vivir a sus personajes.

–Astrée y Céladon –dice con la mirada fija en el campo.

Ante la sorpresa de su nieta, añade:

–Les debo muchas cosas.

Entorna los ojos. Coge la mano de la joven y le cuenta una larga historia de criptogramas y de un juramento pronunciado sobre anillos de esmalte, en la penumbra de una capilla a las afueras de Varsovia. Acaricia su anillo.

–Fe y amor. Estas palabras nos han unido para la eternidad.

Se le enturbia la mirada y hunde el cuerpo en los cojines del asiento. Se reúne con su sueño, olvidando durante un tiempo el calor, el polvo y los baches del camino. El cortejo se detiene en el Nivernais. Una numerosa familia espera a la reina de Polonia. Su padre le ha legado el castillo de Prye donde venía a vendimiar. Se instala allí durante algunos días, bebe agua de Pougues y llega hasta el castillo de Bordes, donde su hermana Louise-Marie, también viuda, la acoge con lágrimas en los ojos.

A mediados de septiembre llega a Blois por el Loira. Sin prisas, ha seguido el curso del río, descubriendo con encanto la dulzura infinita de sus riberas. A medida que pasaban los días, la paz del paisaje se iba infiltrando lentamente en su interior y ha ahuyentado la preocupación. Ya no siente cansancio en el cuerpo, y se abandona a una especie de alegría, hasta ahora desconocida, ligera, aérea, que conforta su alma y la lleva hacia el infinito. Flotando entre dos mundos, se deja mecer por el son cristalino de las gotas de agua que van cayendo de los remos. Todo le parece irreal, hasta el gran puente de piedra que abrasa el sol de poniente. Y de repente, las campanas repican. En un concierto de salvas de artillería, las gabarras atracan. Una densa multitud cubre la orilla. Le ofrecen las llaves de la ciudad con un discurso solemne, y luego la escoltan con gran pompa. Por las calles cubiertas enteramente de colgaduras, precedida por la burguesía y un regimiento de caballería rindiéndole honores, la reina de Polonia sube hacia el castillo, llevada en una silla tapizada de terciopelo negro y galones de oro, bajo palio llevado por los regidores.

Cuando cruza el porche, Marie Casimire se estremece. Esta morada será su último refugio antes de reunirse con Juan. Dos reinas, según le han dicho,

murieron en este lugar. Ana de Bretaña[1] y Catalina de Médicis. En el patio, se fija con curiosidad en las fachadas desiguales. Le proponen un ala inacabada construida por Gastón de Orléans. No hay escaleras y las puertas no cierran bien. Lo acepta para los cocheros y los mozos de caballerizas, y escoge para ella el ala Luis XII. Los ornamentos de flores de lis le han gustado.

En el primer piso, al final de la galería, instala sus aposentos. Un salón de recepción ornamentado con un dosel, en el que organiza un simulacro de corte, y su dormitorio. Comparado con los esplendores de Roma, este espacio es reducido. Pero no le importa. Sabe muy bien que no permanecerá aquí mucho tiempo. Su nieta, que ya ha cumplido los veinte años, está cerca de ella en la habitación contigua. Capellanes, médicos, damas e hidalgos se reparten el resto de las habitaciones. Su séquito lo componen todavía doscientas personas. Abren los baúles y se disponen a decorar con armonía y refinamiento. Cómodas, pequeños muebles, alfombras de Persia, cortinas de terciopelo, porcelanas de China y Japón, vajilla de oro y plata. Los retratos de su hija, de sus hijos, de sus nietos y los de Juan, aparte de un inmenso cuadro que representa la batalla de Viena, animan las paredes. La arquilla llena de cartas está en la cabecera. Reencuentra sus gestos, sus costumbres. Polonia no está tan lejos, puesto que los objetos familiares están al alcance de la mano.

Al igual que en Roma, quince años antes, visita las iglesias y los conventos, hace decir misas y distribuye limosnas. A todos les explica las hazañas de su esposo el rey Juan, salvador de la cristiandad. Su rostro resplandece cuando habla de él, héroe mitificado por su valor y su fe. Sin duda alguna está a la derecha del Señor. Y la viuda, para merecer reunirse con él, rompe su orgullo desechando las vanidades. Se acabaron las ostentaciones de la basílica de San Pedro, los palcos decorados y las prosternaciones espectaculares. Ahora reza en la sombra, al fondo de una capilla o en un rincón de su habitación, y descubre en el convento de las ursulinas la serenidad de la sencillez. Realiza numerosas visitas a la madre abadesa, que le explica las razones del sufrimiento:

–Morir para uno mismo, para renacer en Dios. Como Jesús en la cruz.

Sumisión, obediencia... Marie Casimire mueve la cabeza. En su vida sólo ve rebelión contra la calumnia y la lucha incesante para ser «considerada». Orgullo, vanidad. ¡Cuántos pecados ha cometido! ¿Tendrá tiempo suficiente para enmendar sus errores y permitir que su conciencia descanse en paz? Suspira y se somete. ¡Qué no haría para asegurarse de que se volverá a encontrar con su amor! Por él, quiso ser honrada y se ha dejado llevar por las futilidades. Pero ha sabido amar. Sólo por eso, Dios no podrá condenarla. A partir de ese día, la reina se hace esclava del Señor y acepta Su santa voluntad.

La prueba no tarda en manifestarse. Un despacho de Roma la sume en el dolor. Una epidemia se ha llevado a Aleksander. Este drama es una prueba. El vacío se cierne a su alrededor. Al igual que a la muerte de Juan, un trozo de vida se desprende de su ser. Sufre en silencio y no llora. El apuesto gigantón está al lado de su padre, con los demás niños, muertos demasiado pronto. Pronto se reencontrará con todos ellos.

Un invierno helado paraliza Turena. El frío, de un rigor excepcional, sorprende a los habitantes de la ciudad y provoca muchas desgracias. Un viento proveniente del este sopla a ráfagas y la muerte merodea por el Loira,

[1] Esposa de Carlos VIII y luego de Luis XII.

que se hiela. Marie Casimire sonríe. La hora se acerca, pero no la pilla desprevenida. Con una minuciosidad muy particular, prepara su funeral y fija los detalles de todas las ceremonias. El destino la ha convertido en reina y se respetará el protocolo. Quiere conservar su imagen hasta el final, aunque esta vez sin orgullo ni vanidad. La viuda del salvador de la cristiandad se irá con dignidad, con las insignias de su rango. Cortinas de terciopelo negro ribeteadas de plata cubrirán las paredes de la iglesia. Las hace bordar con los escudos de los Sobieski y los La Grange d'Arquien. Cojines, alfombras, copones y candelabros, no olvida nada, ni siquiera la ropa que llevará para la eternidad: camisa de puntilla, manto de damasco engalanado con satén, una cofia con punto de Malinas, medias, guantes y zapatos, todo blanco y todo nuevo. Ropa de una mujer nueva para acceder al nuevo nacimiento, como dicen las Escrituras. Las guardan en un baúl con el cetro, la mano de marfil símbolo de la justicia y la corona real.

Una benigna primavera le otorga una prórroga y algunas alegrías. El Elector de Baviera, su yerno, la visita. Le da noticias de Thérèse y de sus hijos, de los cuales le trae unos retratos. Los acaricia con los dedos arrugados y le regala un relicario finamente esculpido. Durante el verano, visita Chambord con su nieta. La grandeza del lugar la impresiona.

–Elegancia y majestuosidad –dice.

La mirada se le nubla y mira a lo lejos. Le vuelven los recuerdos de Wilanów: la Aurora, con su imagen, y las Cuatro Estaciones que ornamentan los techos,[2] las pinturas «al fresco» de su guardarropía, la estatua ecuestre del vencedor de Viena en la antecámara, las columnatas de la galería, las diosas antiguas en las pechinas y los cupidos en las barandillas, los estanques de mármol rojo, las enramadas a orillas del río, y su último paseo del brazo de Juan.

–El esposo más amable, más cariñoso… y el más amado –suspira. Apretando la mano de la princesa, añade–: A pesar de desear ser enterrada al lado de mi señor el rey, no creo que sea conveniente ponerme en otro lugar que donde muera.

–No habléis de esas cosas –balbucea la joven en un tono de desamparo–. Os amo con toda mi alma y no quiero perderos.

–Amad, hija mía, os lo suplico. No hay nada que nos enaltezca tanto. Los honores y la fortuna van y vienen, pero el amor nunca muere.

Un mes más tarde, se entera de que Luis XIV ha muerto de gangrena en su palacio de Versalles.

–Que Dios lo perdone –dice estremeciéndose.

–Para Dios no existen las coronas –replica el capellán–. Cada uno recibirá el premio o el castigo según sus obras.

Unas sacudidas húmedas hacen crujir todos sus huesos. Se le deforman las rodillas. Anda mal y tiene que apoyarse en un bastón. Para olvidar su dolor, se hace llevar en silla a los jardines en terraza, a aspirar el perfume de las rosas que el sol de otoño vuelve más embriagador. Se entretiene en las cascadas y en las cuevas. Las hojas se arremolinan, los pájaros levantan el vuelo piando y los matorrales se despojan de sus hojas. Mira el cielo cubierto y aspira una gran bocanada de aire.

–¿Quién me dará alas como a la paloma? –dice con nostalgia–. Volaré y descansaré.

[2] Célebres pinturas que hoy en día aún se ven en Wilanów. La primavera y el verano tienen el rostro de Marysienka. El otoño y el invierno el de Juan.

Llega otro invierno, más riguroso que el anterior. Escarcha, nieve, hielo. No se ha visto nada igual desde hace cien años. Las paredes se agrietan, las puertas cierran mal, las chimeneas escupen el humo dentro, pues a pesar de eso el intendente del castillo no da ninguna orden para poner remedio y se limita a refunfuñar.

–¡Vuestros polacos lo rompen todo!

La reina no insiste. Está cansada de luchar por naderías. Está cansada de vivir. Un viento helado gime en los árboles. Un viento helado que anuncia la muerte. Percibe los síntomas. Le duele todo el cuerpo. Un dolor atroz que le carcome los huesos y le quema el vientre. Sufre en silencio y reza.

–Dios me impone su pasión, y le doy las gracias –le confía a su capellán–. Debo expiar muchos pecados.

Al precio de un esfuerzo sobrehumano, consigue dar unos pasos con la ayuda del bastón y va de la cama al sillón cerca del fuego. Espera, preocupada, y lee las Escrituras:

> Espérame, dice el Señor, hasta que venga el reino de Dios... Entonces verás los frutos de la obediencia. Alegría por las penitencias y, para una humilde sumisión, la corona de gloria.[3]

–Dios mío, no te alejes de mí –repite a menudo–. No me apartes con furia.

Se confiesa, comulga, y hace novenas ante las imágenes de la Virgen que se acumulan en la cabecera de la cama. Vuelve a leer su testamento, añade algunas cláusulas y verifica sus cuentas: la parte de sus herederos, la de los pobres y el dinero necesario para pagar las misas en sufragio de su alma. Sigue jugando a los dados con su nieta, come con buen apetito y recibe a algunas personas de su séquito. Se ocupa a su manera en cosas para llenar el tiempo. Los días son muy cortos y las noches muy largas. La angustia le impide dormir. Merodean unas sombras, crujen los muebles y se rompen algunas ventanas. Sentada en su cama, espera.

Una mañana de enero, Blois está cubierto de nieve. Marie Casimire acoge la noticia con una curiosa sonrisa y no cambia en nada su ritual: se toma un baño en la bañera de plata sobredorada, se hace vestir y peinar con cuidado, oye misa en su habitación y desayuna una taza de chocolate. Se entretiene con su gente, pregunta por los menús y da las órdenes para el día. Sólo entonces, aguantando con fuerza el bastón, se acerca a pasitos cortos acompasados a una ventana del salón y mira el Loira inmaculado tras la ciudad envuelta de blanco.

–¡Mi bella Polonia! –dice, soñadora.

Un extraño sentimiento la hace estremecer. Pide su sillón y se sienta. Su mirada se pierde en los copos que revolotean ante la ventana. Sus párpados se cierran ligeramente. Los gemidos del viento la llevan hasta un bosque de alerces. Un largo camino bordeado de árboles inmensos la lleva lejos a una llanura que brilla bajo el sol. ¿Está cerca de Zhovkva o de Pielaskowice? Un zumbido la aturde, de repente oye los cascabeles de un trineo, los chasquidos del látigo, los aullidos de lobo de los cosacos, el galope de una cabalgata.

–¡Iachou! –suspira.

Su cabeza cae sobre su hombro.

[3] Lucas 22:18. Imitación de Jesús.

En este 30 de enero de 1716, Marie Casimire de La Grange d'Arquien, reina de Polonia, gran duquesa de Lituania, Rusia, Prusia, Mazovie, Samogitie, Livonia, Smolensko y Cziernechovie, acaba de apagarse a la edad de setenta y cinco años. Al día siguiente, los médicos le practican la autopsia y, siguiendo su voluntad, depositan su corazón en la iglesia de los jesuitas. Las exequias se llevan a cabo como lo había pedido. La visten de blanco, y ponen su cuerpo embalsamado en un féretro acolchado en seda, colocado sobre un estrado de cinco pies de alto bajo el dosel de su alcoba, rodeado de veinte candeleros de plata. En la sala, recubierta de terciopelo negro realzado con moaré de plata, al igual que el resto del castillo, se han instalado dos altares y se dicen misas permanentemente, tanto de día como de noche. En su testamento, Marie Casimire pedía diez mil, hasta cien a la vez. Los miembros de su séquito velan el cadáver sin poder dominar su tristeza. El obispo de Blois viene a bendecirla, rezar un responso y el *De Profundis.* Las campanas de la ciudad doblan durante tres días y tres noches, y los conventos no dejan de rezar por la viuda del salvador de la cristiandad.

Mientras tanto, se plantea un asunto grave: ¿dónde será inhumada la reina de Polonia? Su nieta ha mandado cartas a su padre y a su tío a Silesia, a su tía la Electora de Baviera, a Versalles y a todas las cortes de Europa. El Regente da órdenes para que Su Majestad sea enterrada «a costa del Rey», con todos los honores debidos a su rango. Esperan una respuesta del príncipe Jacques. ¿Querrá dejar el cuerpo de su madre en Francia? ¿No preferiría llevarlo a Silesia o a Polonia?

Las semanas pasan. Se discute y las miradas se vuelven hacia la princesa. La joven, inmersa en su dolor, no quiere tomar ninguna decisión. A finales de marzo, sin embargo, bajan el féretro a una capilla ardiente en la planta baja del castillo y, el 4 de abril, se celebran las exequias en la iglesia Saint-Sauveur. Todas las paredes aparecen cubiertas con colgaduras de terciopelo negro con bordados de escudos y lágrimas. Las casullas de los capellanes lucen también el escudo de la reina, al igual que los manteles del altar, los copones, los candeleros y los otros objetos sagrados. El féretro está cubierto con un paño de terciopelo negro cruzado con satén blanco y bordado de armiño. Sobre un cojín posa una corona real, en otro cojín el cetro y una mano de marfil. El obispo celebra una misa solemne, un padre de la Compañía de Jesús pronuncia la oración fúnebre ante una concurrencia muy numerosa de damas enlutadas, vestidas con mantos largos de cuatro varas, mientras los caballeros del séquito y los dignatarios de la ciudad se concentran en las filas de bancos. Tras tantas solemnidades, la iglesia se despoja de toda su pompa, y se deposita el féretro en una capilla lateral con todos sus ornamentos reales y escudos de armas. Sólo un capellán vela a la reina de Polonia, que poco a poco cae en el olvido. Pero el 3 de diciembre por la mañana, el féretro desaparece, misteriosamente robado durante la noche.

EPÍLOGO

La noche cae sobre Varsovia. Finales de enero de 1717. Han finalizado los divinos oficios en el convento de capuchinos. Los frailes se recogen entre nubes de incienso. El hermano portero acaba de regresar a su celda, pero de pronto resuena la campanilla de la portería. Una visita a una hora tan avanzada de la noche le sorprende. Abre la mirilla y a duras penas divisa un leve resplandor. Intrigado, abre la puerta y se queda de piedra al ver lo que cree un gran cofre negro, flanqueado por cuatro candelabros de plata, abandonado en la misma plaza frente a la fachada del convento. Los frailes acuden a su llamada. Meten la caja en una sala y se disponen a desmontar la tapa. En el interior hay un féretro precintado en el cual descubren con estupefacción el cuerpo de una vieja dama vestida de blanco. Tiene un cetro y una mano de marfil cruzados sobre el pecho, un rosario de ámbar y una cruz de diamantes alrededor del cuello, una diadema en la frente y una medalla con su efigie sobre los labios. Es Marie Casimire, reina de Polonia. Sin entender lo que les ocurre, se recogen a orar un momento y la llevan a la capilla donde descansa el rey Juan, el vencedor de Viena.

Más tarde, descubrirán la clave del misterio. Al abandonar Francia para regresar a las tierras de su padre, la joven princesa no tiene el valor de abandonar a su abuela lejos del hombre que tanto la había amado. El féretro, colocado por orden suya entre sus numerosos baúles, cruzó las fronteras con gran secreto.

En 1733, el envejecido príncipe Jacques hará transportar a sus padres a Cracovia. En la cripta de Wawel, donde están inhumados los reyes de Polonia, Juan y Marysienka descansan desde entonces en la misma tumba de granito, unidos para siempre.

Durante mucho tiempo se ha considerado que el epílogo era una leyenda. Sin embargo, la historia es verdadera. La corrobora el testimonio de un sacerdote de Saint-Sauveur fechado el 18 de diciembre de 1716 que figura en el registro de la parroquia, descubierto en los archivos de Loir-et-Cher.

BIBLIOGRAFÍA

Documentos:

Cartas manuscritas de Marie Casimire
–Al príncipe Zamoyski (Archivos Nacionales, Varsovia).
–A Juan Sobieski (Biblioteca Czartoryski, Cracovia).
–A su hermano, el caballero D'Arquien (Archivos Nacionales, Varsovia).
–A su hermano, el conde de Maligny (Archivos Nacionales, Varsovia).
–A su hijo el príncipe Jacques, publicadas por Ziembicki (Biblioteca Polaca, París).
–A la palatina Sienawska (Biblioteca Czartoryski, Cracovia).
–A varios altos personajes de la República (Archivos Nacionales, Varsovia).

Fragments inédits de la correspondance de Marie Casimire, reine de Pologne [Fragmentos inéditos de la correspondencia de Marie Casimire, reina de Polonia], Ediciones Gauthier, 1895.

Lettres du roi de Pologne Jean Sobieski à la reine Marie Casimire [Cartas del rey de Polonia Juan Sobieski a la reina Marie Casimire], Ediciones Kukulski, Varsovia.

Lettres de Jean Sobieski á la reine Marie Casimire pendant la campagne de Vienne [Cartas de Juan Sobieski a la reina Marie Casimire durante la campaña de Viena], traducción de Plater, Ediciones Michaud, 1826.

Lettres de Pierre des Noyers [Cartas de Pierre des Noyers], Berlín, 1859.

Gazette de France, años 1650, 1665, 1668 y 1676, Biblioteca Nacional, París.

Archivos de Nièvre.
Bulletin de la Société Nivernaise, 1869 y 1896.
Cartas inéditas de Marie Casimire, reina de Polonia.

Archivos de Loir-et-Cher.
Correspondencia de Chuppin, intendente de los edificios del Rey en Blois, 1716.
Formalidades y ceremonias tras la muerte de Marie Casimire, reina de Polonia.
Diario de Noël Janvier, 1694-1726.
Relation d'une visite de la reine de Pologne aux Ursulines de Blois.
Mémoire des meubles de l'appartement de la feue reine de Pologne, (Profesor Komaszynski).
Henri de la Bassetière, *Une Reine en exil.*

Mémoires de Philippe Dupont sobre la campaña de Viena (Biblioteca Czartoryski, Cracovia).

Mémoires del caballero Pazek, trad. de Paul Cazin.

Le Cabinet des Dames. Manuscrito de Luisa de Gonzaga copiado por Frépont en 1667. Biblioteca Polaca, París.

Obras consultadas:

Aurenche, H., *La Fortune de Marysienka, reine de Pologne,* París, 1937.

Bluche, François, *Louis XIV.*

Bordonove, Georges, *Louis XIV,* colección «Les Rois qui ont fait la France», Ediciones Pygmalion.

Boy-Zelenski, Thadée, *Marysienka, la plus aimée des reines,* trad. de Paul Cazin, Varsovia, 1975.

Cheve, C. F., *Histoire complète de la Pologne,* París, 1863.

Courrade, Augustin, *L'Hydre féminine combattue par la Nymphe Pougoise ou Traité des maladies des femmes traitées par les eaux de Pougues,* Nevers, 1634.

Coyer, *Histoire de Jean Sobieski.*

Daliarac, *Anecdotes de Pologne,* París, 1699.

Grotanelli, *Una Regina di Polonia in Roma,* Florencia, 1881.

Korzon, *Heur et Malheur de Sobieski,* Cracovia, 1898.

Le Laboureur, *Voyage de la reine de Pologne,* París, 1647.

La Grange d'Arquien, A. de, *Histoire de la Maison La Grange d'Arquien,* 1982.

Levron, Jacques, *La vie quotidienne à la cour de Versalles au XVII*è*-XVIII*è *siècles.*

Locquin, Jean, *Hommage de Rome à Marie Casimire, reine de Pologne,* jubileo de 1700.

Magne, E., *Lettres inédites à Louise de Gonzague, reine de Pologne, sur la Cour de Louis XIV.*

Michener, James A., *Pologne.*

Millepierres, F., *Vie quotidienne des médecins au temps de Molière,* París, 1964.

Morton, J. B., *Sobieski, roi de Pologne.*

Ranum, Orest, *Les Parisiens du XVII*è *siècle.*

Rousseau de La Valette, *Casimir, roi de Pologne,* París, 1679.

Salvandy, *Histoire de Pologne avant et sous Jean Sobieski,* París, 1827.

Targosz, Karolina, *La cour savante de Louise-Marie de Gonzague et ses liens scientifiques avec la France,* trad. de Vilette Dimov, Varsovia, 1982.

Tazbir, Janusz, *La Culture nobiliaire en Pologne au XVI*è *et XVII*è *siècles,* Acta Poloniae Historica, 1979.

–Culture of the Baroque in Poland.

–Poland as the rampart of Christian Europe.

Tende, Gaspar de, sieur d'Hauteville, *Relation historique de la Pologne,* París, 1686.

Toscan, Raoul, *Marie de Gonzague, princesse nivernaise et reine de Pologne.*

Sienkiewicz, H., *Par le Fer et par le Feu.*

–Le Déluge.

Waliszewski, K., *Marysienka, reine de Pologne,* París, 1898.

Wolowski, *Vie quotidienne en Pologne au XVII*è *siècle.*